

UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

W. COCKER, 14  
WASHINGTON

LA LIENDDO  
DE LA  
DECLAVITUD

E 185

.97

W3

C. 1

W3775



1080003135



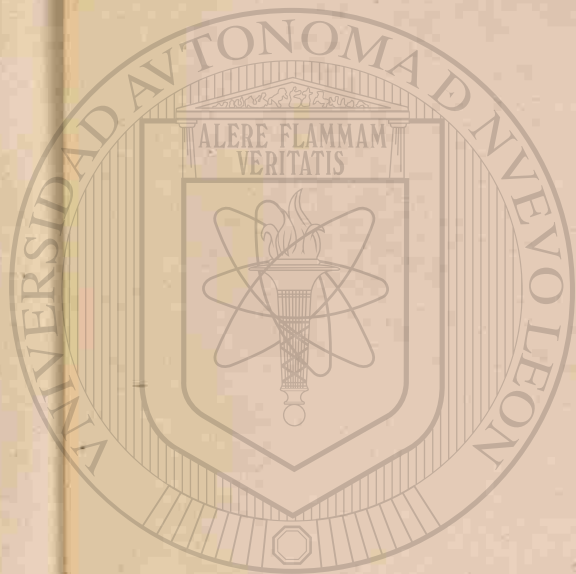
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





U A N L

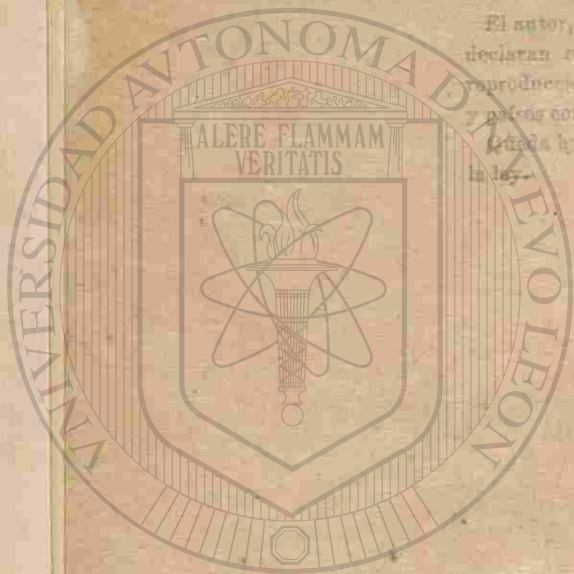
**SALIENDO DE LA ESCLAVITUD...**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







El autor, el traductor y los editores  
declaran reservados sus derechos de  
reproducción y traducción en España  
y otros con venidos.  
Hacia efecto el depósito que marca  
la ley.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*Booker T. Washington  
Tusagee, Alabama,  
U.S. of America.*

Booker T. Washington

## Saliendo de la esclavitud...

Prólogo escrito expresamente  
para esta edición española,  
por su autor.

Traducción y prefacio de *Eduardo Marquina*

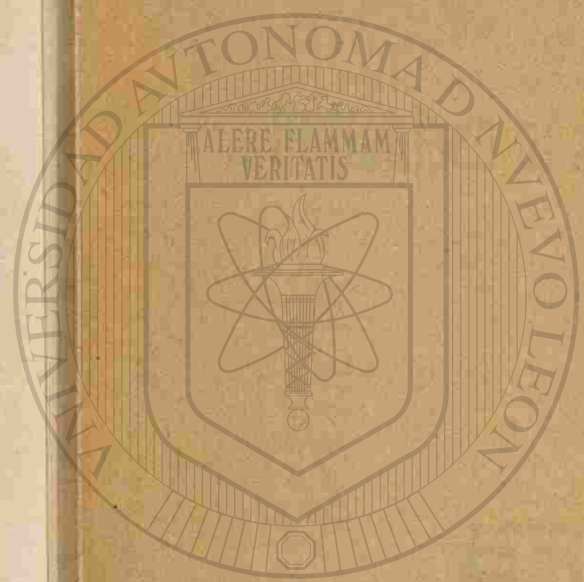


LIBRERÍA CIENTÍFICO-LITERARIA  
**TOLEDANO LÓPEZ Y C.ª**  
Elisabets, 4. — BARCELONA

1905

92  
W3175

ER 30 nov 78



*Este libro está dedicado á mi esposa*

*Margaret James Washington*

*y á mi hermano*

*John H. Washington*

*cuya paciencia, fidelidad y trabajo han contribuído poderosamente al éxito de la obra de Tuskegee.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

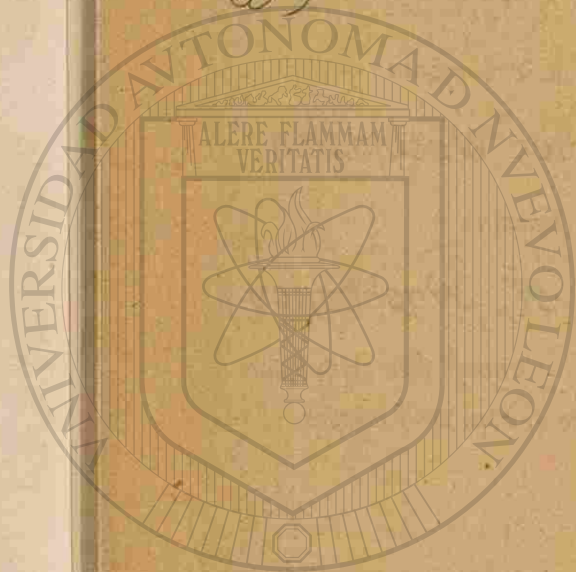




E185

.97

W3



FSRM

3135

PRÓLOGO ESPECIAL PARA  
NUESTRA TRADUCCIÓN ESPA-  
ÑOLA. ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕

Con gran satisfacción concedo el necesario permiso para la traducción, en lengua española de mi libro «Up From Slavery» — Y lo concedo, esperando que mis luchas y experiencias personales puedan ser provechosas á otros de los que procuran alcanzar la Luz. Si estas mis experiencias y luchas proporcionan algún bien á los alumnos ó maestros españoles, yo seré quien más lo agradezca.

Alienta muchísimo el ver que todas las razas y naciones están llegando á aquel momento pedagógico, en el que se advierte que la educación no se circunscribe al cerebro solamente y que todo aquello que hace aprender algo á la mano, dignificando el trabajo, es Educación, en el más alto sentido de la palabra.

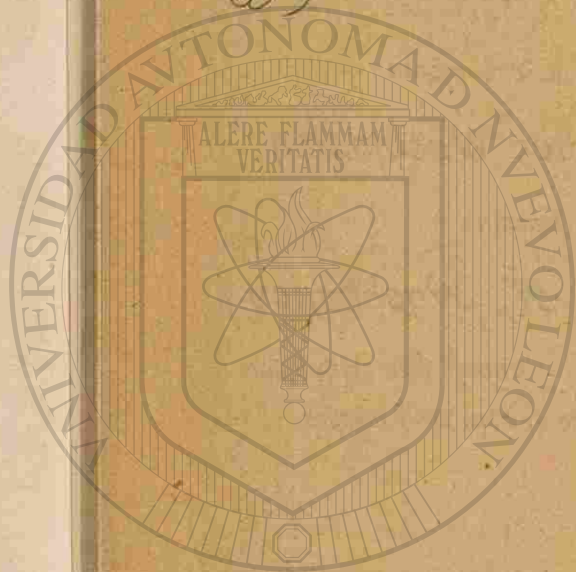
BOOKER. T. WASHINGTON. ®

Tuskegee (Alabama), E. U. de América. Julio de 1904.

E185

.97

W3



FSRM

3135

PRÓLOGO ESPECIAL PARA  
NUESTRA TRADUCCIÓN ESPA-  
ÑOLA. ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕ ✕

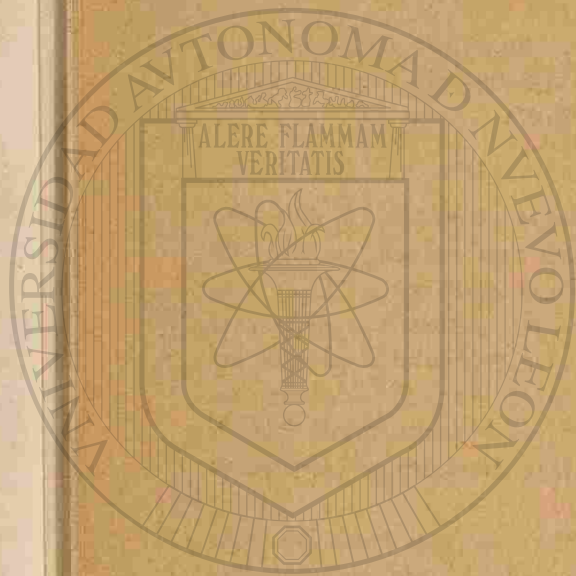
Con gran satisfacción concedo el necesario permiso para la traducción, en lengua española de mi libro «Up From Slavery» — Y lo concedo, esperando que mis luchas y experiencias personales puedan ser provechosas á otros de los que procuran alcanzar la Luz. Si estas mis experiencias y luchas proporcionan algún bien á los alumnos ó maestros españoles, yo seré quien más lo agradezca.

Alienta muchísimo el ver que todas las razas y naciones están llegando á aquel momento pedagógico, en el que se advierte que la educación no se circunscribe al cerebro solamente y que todo aquello que hace aprender algo á la mano, dignificando el trabajo, es Educación, en el más alto sentido de la palabra.

BOOKER. T. WASHINGTON. ®

Tuskegee (Alabama), E. U. de América. Julio de 1904.





#### PREFACIO DEL AUTOR

Este libro es el resultado de una serie de artículos sobre mi vida, publicados en el *Outlook*. Mientras iban apareciendo en esta revista, me maravillaba la infinidad de peticiones que me llegaban de todos los puntos del territorio para que mis escritos se reunieran en un volumen. Y le estoy muy agradecido al *Outlook* por el permiso que me otorga de atender á estas peticiones.

He procurado relatar una historia sincera y sencilla, sin ánimo ninguno de embellecerla. Mi única pena es haber hecho tan imperfectamente lo que me propuse hacer. Lo mejor de mi tiempo y de mi esfuerzo lo invierto en el trabajo de dirección del Instituto Normal é Industrial de Tuskegee y en las colectas que es preciso hacer para reunir el dinero necesario al sostenimiento de esta institución.

Mucho de lo que va á leerse en estas páginas

ha sido escrito ó en el ferrocarril, ó en los hoteles de las estaciones, mientras esperaba un tren ó finalmente, en los momentos que podía hurtar á mi labor de Tuskegee. Sin el concurso generoso é infatigable de M. Max Benett no habría podido salir adelante satisfactoriamente con mi empeño.

#### PREFACIO DEL TRADUCTOR

Los Editores de este libro creen ofrecer al público español una obra educadora y práctica. En todo el año 1901 no se conoció volúmen que pareciera de más importancia ó de más interés al público de los Estados Unidos, según afirma un periódico de Chicago. Otro periódico le llama la segunda «Cabaña del Tío Tom». Federico Harrison, el impecable crítico inglés, dice de él que es «una de las biografías más asombrosas de nuestros tiempos». Finalmente, Othon Guerlac, el traductor francés, que recoge todas estas opiniones al frente de su traducción, añade que la obra de Booker Washington «es una preciosa contribución á la historia social de los Estados Unidos en los comienzos del siglo xx».

Nosotros vemos, principalmente, en SALIENDO DE LA ESCLAVITUD, la eficacia constructora y normativa de uno de los tratados de educación



ha sido escrito ó en el ferrocarril, ó en los hoteles de las estaciones, mientras esperaba un tren ó finalmente, en los momentos que podía hurtar á mi labor de Tuskegee. Sin el concurso generoso é infatigable de M. Max Benett no habría podido salir adelante satisfactoriamente con mi empeño.

#### PREFACIO DEL TRADUCTOR

Los Editores de este libro creen ofrecer al público español una obra educadora y práctica. En todo el año 1901 no se conoció volúmen que pareciera de más importancia ó de más interés al público de los Estados Unidos, según afirma un periódico de Chicago. Otro periódico le llama la segunda «Cabaña del Tío Tom». Federico Harrison, el impecable crítico inglés, dice de él que es «una de las biografías más asombrosas de nuestros tiempos». Finalmente, Othon Guerlac, el traductor francés, que recoge todas estas opiniones al frente de su traducción, añade que la obra de Booker Washington «es una preciosa contribución á la historia social de los Estados Unidos en los comienzos del siglo xx».

Nosotros vemos, principalmente, en SALIENDO DE LA ESCLAVITUD, la eficacia constructora y normativa de uno de los tratados de educación

más sólidos que se han escrito en estos tiempos.

Las ediciones de este libro se han multiplicado en América, desde su aparición. En las Bibliotecas populares rivaliza el número de sus demandas con el de las más apasionantes novelas históricas y de aventuras que constituyen, todavía, el pasto favorito de aquel público primitivo, en materia de arte y de literatura. Booker Washington ha sobrepujado, con el éxito de su prosa honrada y simple, el de Federico Douglass, el negro abolicionista, con *Mis años de esclavitud y de libertad*, y el de miss Mary Mc Lane, la inspirada, con la sorprendente y caprichosa *Historia de mi vida*.

Ni las galas del lenguaje, reducido á las sobrias proporciones de un medio de expresión claro y sincero, ni la emoción patética de maravillosas aventuras novelescas, podrían explicar este éxito de público logrado por nuestro autor. Nada, á la vez, más alejado de la retórica en la forma, y de la fantasía en el fondo, que su obra. Fuerza es, por consiguiente, buscar la razón de la popularidad lograda por ella lejos de sus méritos artísticos ó literarios.

En SALIENDO DE LA ESCLAVITUD hace Booker Washington la historia de su vida. Esta historia comienza en un plantío de la Virginia, en plena esclavitud, y termina en Tuskegee, ante la mesa del director de un *Instituto Normal é Industrial*, en cuyos terrenos se levantan cuarenta edificios, cuyo capital asciende á medio millón de dollars, cuyos alumnos sobrepujan el millar, y que es generalmente conocido con el nombre de «Universidad de los negros». Booker Washington narra simplemente los pasos que ha dado para llegar de la cabaña al Instituto y las observaciones que han determinado su plan pedagógico para sacar, de hecho, á la raza negra de la esclavitud. En su libro hay las dos cosas que aprecia más el pueblo — y estamos por decir la humanidad — del siglo xx: hechos y datos. Vigorizando los unos sopla una fuerte corriente de *voluntad*, y, agrupando los otros, para organizarlos en doctrina vela, grave y continua, una serena *razón*. Voluntad y razón ocupan, en nuestro libro, el lugar de arte y literatura. Apresurémonos á decir que ambas cosas están aquí en su verdadero lugar. Tratábase de trasladar



una vida desde los abismos de la esclavitud y la ignorancia á la plena posesión de la libertad en un medio civilizado: la voluntad sirvió para llevar á cabo el tránsito. Con la fuerza expansiva de su generoso movimiento necesitó esta vida influir en las demás y arrastrarlas en su evolución: la razón intervino entonces, creando el instrumento necesario para el caso nuevo: toda una educación, toda una pedagogía nueva. Lo que apasiona en este libro es la sincera expresión de una realidad triunfante. La tensión del esfuerzo realizado halla su compensación armónica en la completa utilización á que se aplica. Las aberraciones de una fantasía indómita ceden el sitio al laborar paciente de una voluntad que sabe adónde va y por dónde va. El sentimiento instintivo de la raza, que pudo ser un lujo pasional y teatral en los comienzos de la campaña abolicionista, no asoma en Booker Washington más que como un determinante más de su vocación y de su función pedagógicas. Cuando su raza va por mal camino, no halaga á su raza. Conoce los defectos de los negros más á fondo que sus mismos detractores. Sabe

tener razón en todo cuanto dice. Todo en él converge á la misma empresa grande: educarse y educar á los suyos. No hay una vacilación, no hay un minuto perdido en todo el libro. La vida paciente y voluntariosamente cultivada le ha dado el ciento por uno. Su empresa, que apasiona y entenece en los comienzos, deja en el alma, después de realizada, una confortable serenidad y una sana confianza en el poder de la naturaleza humana. Creemos que la verdad y la noble serenidad con que el autor nos cuenta los pasos de su vida son el primer elemento del éxito que ha tenido su obra. En seguida contribuye al mismo lo que llama Booker Washington el carácter de realidad de toda biografía. Nos gusta saber positivamente, mientras leemos, que todos aquellos hechos que nos apasionan, nos conmueven y nos educan, han sido realizados por una persona viva y no imaginaria; han desarrollado su influencia entre un círculo de hombres de carne y hueso y están á nuestro alcance porque otros, antes que nosotros, los han llevado á cabo. Una alta ejemplaridad brota del libro. Rebasando de nuestro



entendimiento lubrica los resortes de nuestra voluntad. No satisface un simple deseo de curiosidad, sino que atiende y cura nuestra sed moral. Es una biografía que puede hacer hombres, enriquecida de una pedagogía que fatalmente ha de hacer ciudadanos.

Dos cuestiones primordiales forman, por decirlo así, el ambiente propio de los hechos que se explican en este libro. Una, hasta cierto punto, restringida; la otra de interés universal: la primera es la llamada, en el Norte de América, la *cuestión negra*; á la segunda, el propio Booker Washington la llama *educación profesional*. Creemos que algunas palabras sobre aquel problema de razas y sobre esta rama de la pedagogía prepararán bien al lector para entrar con el interés más despierto en la lectura de este libro.

Cuando se habla de la *cuestión negra* suelen encoger los hombros desdeñosamente las gentes

de por acá. O ignoran en absoluto los hechos en que dicha cuestión pueda basarse ó, si han viajado, si han leído un poco y se las dan de liberales y progresivos, creen que dicha cuestión no existe porque, en su opinión, todos los hombres son iguales y porque la Revolución francesa ya nos ha dicho aquí la última palabra respecto á los *derechos* del hombre. Hagamos notar, de paso, que ninguna revolución nos ha hablado todavía de los *deberes* del hombre. Esta segunda actitud no acusa menos ignorancia que la primera. Las grandes verdades sociales atraviesan un período hipotético antes que la práctica las encarne y realice. Ha sido necesaria nada menos que la Revolución francesa para establecer la igualdad de derechos entre nosotros, hombres de Europa, que tenemos aproximadamente la misma edad social y que hemos marchado formando una falange única por el camino del progreso, y pretendemos que la dificultad no suba de punto en América, donde *nueve millones de negros*, ayer en la esclavitud y casi en el salvajismo, son repentinamente declarados ciudadanos americanos y tienen que



marchar, desde aquel punto y hora, de consuno con hombres que ya llevan diecinueve siglos de civilización. La serena palabra de Abraham Lincoln emancipando á los nueve millones de esclavos afro-americanos merecerá la aprobación de todos los filósofos; pero se habría atascado en los labios de cualquier otro político menos seguro de su razón y de sí mismo que el glorioso Presidente. Desde el momento en que la abolición de la esclavitud fué un hecho en América, surgió allí el problema tal vez más difícil de resolver que se ha ofrecido nunca al Gobierno de un Estado. Gentes que comenzaban su camino social y gentes que llevaban siglos recorriéndolo debían gobernarse por las mismas leyes, reivindicar los mismos derechos y, en una palabra, vivir la misma vida, dentro de las mismas condiciones. Si á esto añadimos la diferencia de razas que, por lo menos, las condicionaba diferentemente para comportarse en la vida; la herencia de odios entre esclavos y propietarios acostumbrados á considerarse mutuamente, no ya como de raza distinta, sino como enemigos natos, y las condiciones en que la abo-

lición se proclamó, viniendo, como una imposición del Norte triunfante, á trastocar toda la vida del Sud, donde los esclavos habían entrado á formar parte de las costumbres, se comprenderán un poco las dificultades del problema, que todavía no ha encontrado una solución satisfactoria á los cuarenta y dos años de haberse planteado.

Las últimas estadísticas establecen un total de cinco negros por siete blancos en la Virginia; cinco negros por seis blancos en la Alabama, la Georgia y la Florida; un blanco por un negro en la Luisiana; cuatro negros por tres blancos en el Missisipi, y cuatro negros por dos blancos en ambas Carolinas. Como afirma el propio Booker Washington, son (únicamente en el Sud) unos dieciséis millones de brazos que, fatalmente, han de ayudar al Estado á levantar la carga de la cosa pública ó han de pesar sobre ella, como un peso muerto, para sepultarla. Esta era la situación, al comenzar, después de la abolición de la esclavitud, el nuevo estado de cosas. Por lo que puede rastrearse del propio libro cuya traducción ofrecemos al público es-



pañol, nada más desconsolador que la situación de espíritu de los negros al comenzar esta decisiva etapa de su vida. Entre tantos millares, se contaban por los dedos los que supieran leer. El régimen de la esclavitud, al quitarles toda libertad, les había privado de toda iniciativa. La sumisión al palo había arrancado de sus almas todo sentimiento de responsabilidad. Como en la esclavitud no vieran más que perpetua privación y perpetuo trabajo, no podían imaginarse la emancipación más que como satisfacción y holganza perpetuas. La ignorancia les había hecho supersticiosos; la vigilancia de los capataces, hipócritas; la carencia de hogar, sensuales; la falta de propiedad, vagabundos: sin una cierta riqueza sentimental que debían á su naturaleza de meridionales, las represalias de aquellos millones de hombres lanzados repentinamente á la plenitud de todos los derechos de los ciudadanos hubieran sido feroces. Los blancos que los emanciparon habrían recogido la herencia sangrienta de los dominadores. Todavía late algo de este espíritu vengativo en las páginas de Frederik Douglass y de los gran-

des apóstoles de la abolición. Todas las medidas de prudencia parecían excusables por parte del Gobierno en las proximidades de la peligrosa reivindicación. Cuando la esclavitud, llegando á la exageración mayor del régimen odioso, había hecho de los negros magullados y tundidos, ciegos por la ignorancia, rapaces por la miseria, sanguinarios por el afán de represalia, poco menos que fieras acuciadas, se comprende que un Gobierno, veedor del peligro, dejara llegar las cosas al extremo antes que intervenir para realizar ese acto tan sencillo, que las circunstancias hacían heroico, y que consistía en declarar que nueve millones de hombres tenían derecho á ser hombres. Por un momento, en los negros días de los furiosos *lynchamientos* debió cruzar por la conciencia en alarma del Sud, el confuso propósito de suprimir el problema antes de resolverlo, y hubo predicadores de la exterminación, como hubo apóstoles del abolicionismo. Afortunadamente, el acto positivo del Gobierno vino á establecer legalmente la igualdad civil de entrambas razas. Desde aquel momento, la cuestión política se convertía en una



cuestión humana; lo que habían impedido las leyes, iban á realizarlo los hombres, y las dos razas, iguales en el derecho, podían ser hermanas en la compleja baraúnda de la vida. Albo-reaban los días generosos en que el esfuerzo personal recibiría una justa recompensa. La raza se desvanecía desde el momento en que se le permitía el libre gesto al individuo. Acababa la misión de los apóstoles y de los políticos. Era preciso abandonar las grandes ideas generales para que el principio de la abolición de la raza viviera, con actos, en cada uno de sus individuos. Para resumir nuestro pensamiento en dos nombres, la misión de Frederik Douglass se cerraba triunfalmente y comenzaba, dura y laboriosa, la misión de Booker Washington.

Los negros habían recibido su libertad como un beneficio tan inmenso que les hizo olvidar todos los horrores de la esclavitud. El bálsamo fué tan eficaz que, á su contacto sólo, cicatrizó la herida. Únicamente la libertad tiene poder para borrar de esta manera toda la sangrienta huella de los despotismos. Aquellas espaldas curvadas por el hábito de la faena, aquellas frentes que

la Naturaleza había ensombrecido providente, para evitarles el sonrojo de la afrenta, aquellos ojos que lloraban lágrimas de sangre en los años de su humillación, al recibir el bautismo de libertad, curaron como por ensalmo y, fortificados de humanidad, no vieron en sus antiguos amos más que hombres y, por consiguiente, hermanos. Una alegría tan intensa ablandó las entrañas de la raza, al sentirse reintegrada en sus derechos, que la mañana de la abolición fué una mañana de cantos, de plegarias y de lágrimas de satisfacción. No puede citarse el caso de un solo esclavo, por grandes que fueran las ofensas recibidas de sus amos, que se aprovechara de la libertad para tomar venganza de ellas. Cuando el hombre ha conquistado la libertad, su alma ha acabado de pedir. En adelante, todo trabajo recaerá en sí mismo para perfeccionarse cada día y progresar fácilmente en la libre armonía de sus relaciones con sus semejantes.

Esta necesidad de perfeccionamiento y de progreso la sintió la raza negra, desde el día que sucedió á la abolición. Cuando la raza no fué ya una traba para el individuo, éste, sueltas



para siempre las violentas ataduras, rompió á andar. No pongamos á cargo de la raza negra únicamente los errores y las faltas de estos primeros pasos aventurados torpemente por el camino de la civilización. Dadas las mismas circunstancias, el hecho se reproduciría en cualquier otro país y por individuos de cualquier otra raza. En aquel brusco tránsito de la esclavitud á la ciudadanía, el más íntimo y poderoso deseo del negro era adquirir plena conciencia de su libertad. No le bastó que le afirmaran que era libre. ¡Tantas veces se había dormido con la esperanza de serlo y le habían despertado á primo día las voces y los latigazos del odiado capataz! El negro quería hacer uso de aquella libertad que, por lo menos esta vez, iba á ser cierta, y una ingenua ambición espoleó su alma de niño. Quiso improvisarse personaje en pocos días. Antes de aprender á leer, el niño se hace gorros y bocamangas con galones. Es humano. La raza negra, que estaba entonces en la infancia, copió fatalmente la infancia de las otras razas. El enfermo que tras largas semanas de llevar en cabestrillo el brazo, recibe permiso del

médico para utilizarlo, puede, con el ansia de cerciorarse de su completa curación, abusar de aquel permiso, y comprometerla neciamente. El caso es común y basta á convencernos de él la observación diaria. Algo parecido debió acontecerle á la raza negra, privada durante largos años del uso de su libertad y recibiendo repentinamente el derecho de proclamarla y de vivirla. Extremóse tanto, en el principio, el ejercicio de la divina facultad reconquistada, que los negros estuvieron á punto de perderla nuevamente y para siempre. De entonces datan ciertas cortapisas y medidas atentatorias al derecho recientemente concedido, que, si una prudencia irreflexiva y miedosa dictó á los blancos de aquel tiempo como necesarias, ya en la actualidad no se aguantan más que en virtud de una verdadera injusticia social. En cuarenta años la raza negra ha entrado en posesión de sí misma y los niños de entonces están tocando á su mayor edad. El camino andado y los adelantos hechos, desde aquella época, son la mayor garantía que puede ofrecerse al Gobierno de los Estados Unidos para convencerle de que nada se pierde por



exceso de libertad. Tenía un rebaño de nueve millones de esclavos que se veía obligado á alimentar, á vigilar y á guardar costosamente: hoy cuenta nueve millones de ciudadanos más, cada uno de cuyos actos es una contribución á la riqueza de la gran República.

Para pasar de la irreflexiva ambición de los primeros tiempos á la legalidad y á la seguridad de su actual estado civil ha sido necesario que la raza negra operara una paciente labor de reforma social en cada uno de sus individuos. Lo que largos siglos de civilización habían ido haciendo entre los blancos sus conciudadanos, han tenido que improvisarlo los negros en los cuarenta y tantos años que les separan de la abolición. Ha sido preciso revivir en intensidad sumaria, el glorioso proceso de los tiempos. Por pobres que fueran los resultados obtenidos deberíamos considerarlos como maravillosos y, poniendo freno á nuestras impacencias, ordenar á nuestras esperanzas que surgieran.

Un hombre desvalido y menesteroso, sin recursos materiales y casi desprovisto de apoyo oficial en sus comienzos, tomó sobre sus hom-

bros la pesada carga de hacer aptos para utilizar la libertad que se les concedía y realizarla en una vida civilizada, á las negros, sus hermanos. Este hombre es Booker Washington. En el año 1901, este hombre había dado á los Estados Unidos tres mil ciudadanos jóvenes, maestros en un oficio, dotados de la cultura moral suficiente para gobernarse á sí mismos y fundar una familia, concedores de los trabajos de la tierra y del poder de la redención que es la corona del trabajo, y preparados, la mayoría de ellos, para ejercer con frutos el profesorado donde quiera que se instalaran. Aunque sólo una centena, de entre cada millar, sigan las huellas del apostólico maestro, y aunque los resultados obtenidos por ellos no lleguen más que á la mitad de los logrados por el primero, es lógico esperar que, gracias á la iniciativa de Booker Washington y á vuelta de una veintena de años, toda la raza negra se habrá formado á sí misma y ya no existirán entre blancos y hombres de color otras diferencias que las que ofrecen todos los individuos de todas las razas entre sí. La cuestión de razas estará definitivamente apurada.



La razón y la cultura darán cuenta de todo prejuicio. El mérito, el valor y la utilidad civil de los individuos serán la única norma de su aprecio. La Humanidad se regocijará de la definitiva armonía que verá reinar entre sus hijos.

No creeríamos haber dicho sinceramente todo lo que en nuestro interior ha suscitado el estudio de esta cuestión si no estampáramos para condensarla una frase que creemos justa. Hemos consultado, en diferentes ocasiones, lo que, á propósito de los Estados Unidos en general y de los negros en particular, han escrito diversos literatos y sociólogos europeos ó americanos. No hemos leído más que dos obras firmadas por negros: la que tienen en sus manos nuestros lectores y la antes citada de Douglass. Pues bien; la mesura, la imparcialidad, la conciencia, el respeto y hasta la humildad serena con que los dos negros hablan de la raza blanca, ofrecen un contraste curioso con el desdén, la animosidad, la ligereza, la burlona falacia y hasta la injusticia manifiesta y despreocupada de que alardean casi todos los autores blancos al tratar la cuestión negra. Esto nos ha hecho pensar más

de una vez que la raza negra habrá acabado su educación cuando la blanca acabe la suya. No podemos exigirle que la acabe antes. Mientras los blancos persistan en sus prejuicios y hablen de su raza, oponiéndola á la negra, los negros tendrán derecho á persistir en los suyos y oponerse á nosotros. No cabe otra cosa. La cuestión ha de resolverse al mismo tiempo de ambos lados. Todos los peligros de la *raza negra* habrán desaparecido, en el Norte de América, cuando, á su vez, acaben todos los peligros de la *raza blanca*. Únicamente *los hombres* pueden ser ciudadanos.

\*  
\*\*

Tal vez lo que hace tan una y eficaz la labor de Booker Washington respecto á su raza, es la visión neta que tuvo, desde el principio, de la misión que le incumbía. Decidido á hacer la educación de su pueblo y bien penetrado de las necesidades del mismo por la observación paciente y fervorosa, no dudó un momento de los



métodos pedagógicos que debían conducirle á los resultados apetecidos. La necesidad de lo que él llama *educación profesional* se amarró á su espíritu con tenacidades de apostolado. Todo el *Instituto normal é industrial* ha nacido y se ha desenvuelto al calor de esa idea-madre. Toda su obra arranca de ella. Toda la raza negra llegará, por ella, á la emancipación de hecho, al estado de ciudadanía constante.

¿Qué es, pues, la *educación profesional*? Los profanos en la materia, apenas tienden sus miradas por el campo riquísimo de la enseñanza, ven precisarse, claros y netos, entre el abigarramiento de sistemas, métodos y teorías, dos grandes caminos, nervios poderosos de la educación, á los que van á parar, para organizarse en cuerpo activo, todos aquellos menudos filamentos. O la enseñanza toma por objeto la práctica realidad de la vida, ó la cultura ideal é independiente del espíritu. O hace ciudadanos y tiene un límite preciso, ó hace sabios y se pierde en el *abismo de ciencia* de que habla Rabelais. La primera tiene cuenta de las necesidades de los hombres y les pone en condiciones de atender y proveer

á ellas; la segunda, desinteresada y santa, está toda ella hecha de *afán de saber*, aparta los ojos de esta vida, se abraza á la filosofía y asume los ardores de una verdadera religión. La primera conviene á todos los hombres; esta última es función de almas escogidas. Aquella, cuya finalidad es limitada y concreta, obedece á una ley; ésta, cuyos fuegos arden sin consumir, carece de modalidad porque la pasión no tiene ley. En realidad de verdad, la pedagogía, que en la esencia es *método*, sólo tiene que ver con la primera. Aquí tenemos un fin claro que lograr. Aquí tenemos un sujeto preciso sobre el cual ejercitarnos. Aquí la ciencia está en su elemento y puede realizar su pontificado. Dado el hombre y las necesidades eternas ó circunstanciales, físicas ó civiles en que ha de agitarse, pongámosle en condiciones de satisfacer por sí mismo todas estas necesidades. Esta es la única pedagogía científica y la única que puede organizarse en cuerpo de doctrina.

Los anglosajones han sintetizado en su *self-help* (*bastarse á sí mismo*), el fondo de esta doctrina pedagógica. El discípulo se adiestra en



todas las disciplinas que ha de utilizar después en la lucha por la vida. Estudia, no *para conocer*, sino *para hacer*. Los cuidados de su cuerpo alternan con la cultura del espíritu. Mientras cultiva su inteligencia se le fuerza á una verdadera gimnasia de la voluntad. Todas sus iniciativas se enderezan á un fin práctico. En el fondo, la lucha por la vida es la conservación triunfante del individuo. La educación práctica tiene esto en cuenta, y uno de los principales cuidados es poner al individuo en condiciones de atender á la conservación de su vida, de asegurarse la subsistencia, de *ganar dinero*. Siendo el dinero una convención que sirve á los hombres para resumir y en cierto modo fijar el agradecimiento que unos á otros se deben por la prestación de servicios mutuos, el camino más corto para acumular dinero es ponerse en condiciones de prestar servicio á la sociedad. Hay en la sociedad necesidades, por decirlo así, orgánicas, esenciales, ineludibles y, hasta cierto punto, invariables. Estas necesidades pueden reunirse en tres grandes grupos: la necesidad que tienen los hombres de alimentarse, la necesidad de una

vivienda, la necesidad de un vestido que les cubra. Todas las diversas profesiones que hacen referencia á cualquiera de los tres grupos indicados, son de una rápida utilización y ponen al individuo que sobresale en ellas en un pie de ventaja indiscutible para abordar la lucha por la vida. El sabio orientalista, que carece de medios para llevarse un trozo de pan á la boca, tal vez no encuentre modo de transformar en un montón de céntimos sus conocimientos más preciosos. Pero el labrador, el carpintero, el panadero, el albañil, el maquinista, el zapatero, mientras la humanidad coma, se vista y se resguarde de la intemperie en un recinto cubierto, es decir, mientras haya humanidad, hallarán modo de prestarle á ésta un servicio necesario y de recibir, en cambio, de ella una recompensa justa. La educación profesional es la rama de la pedagogía práctica que toma como base y, en cierto modo, como condición de la enseñanza el dotar á los educandos de una profesión ú oficio cualquiera. Es la forma, por excelencia, de la educación en las democracias y la más apta para crear rápidamente la prosperidad de un pueblo ó de una



raza. Su humildad de origen aparente tiene la generosidad fecunda de todos los limos. Calándose sobre necesidades previstas, nada de ella se pierde y es constante servicio su ministerio. Asegura la vida, conquista las abundancias materiales y, subviniendo á todas las necesidades del cuerpo, deja intacta y libre la independencia del espíritu. Podría temerse que la abundancia de *profesionales* originara la inutilidad ó el abaratamiento de la profesión. Nada menos cierto. Aun suponiendo que en un pueblo, en una ciudad, en una raza, todos los individuos estuvieran educados en el ejercicio de una profesión, el carácter individual, personal y substantivo que tienen los trabajos manuales diferenciaría á cada obrero. Este sería estimable por unas condiciones y aquél se vería solicitado por otras. A mayor abundamiento, de la concurrencia, sobre una base de conocimiento general, brotaría una necesidad: la necesidad de perfección. De la perfección, el obrero se vería llevado á la invención. Y aquí nos encontramos, al final de una buena, basta, dura y, al parecer, grosera educación profesional, con el predominio y el

éxito glorioso y oportuno de lo intelectual y del espíritu. Lo que hay es que el camino se ha recorrido normalmente, y cuando el espíritu aparece, el cuerpo es fuerte para hacer respetar sus derechos. Es necesario que el hombre coma para poder pensar; pero sería vergonzoso obligarle á pensar para poder comer. De estas dos afirmaciones, la primera parece formular el programa de la educación profesional y práctica; en cuanto á la segunda, ¿no es en el fondo la expresión escueta de lo que se proponen los partidarios de una educación intelectual á ultranza?

Llegar por el aquietamiento de las bajas necesidades á aquella condicionalidad harmónica en la que el espíritu puede hacer pacífica irrupción, nos parece un sistema pedagógico más liberal y más perfecto que comenzar imponiendo violentamente silencio á las necesidades lícitas del cuerpo en nombre de una educación intelectual que siempre participará del prejuicio y del dogma.

Todos los resultados de la educación profesional y práctica nos llevan á un posible mañana de intelectualidad y de belleza.



El ansia inagotable de la humanidad, satisfechas unas necesidades, creará otras nuevas siempre dentro de un harmónico progreso. Pero si desatendéis esas primeras necesidades del hombre y no curáis de su hambre antes que de su ingenio curioso, lograréis que el discípulo, desengañado de vuestras doctrinas, abandone las aulas y vegete en la incorregible postración del bruto.

Siendo la riqueza la condición necesaria del éxito en el actual teje maneje de relaciones internacionales, puede afirmarse que la primera nación del mundo será la que produzca más. El término de la educación profesional es *enseñar al alumno á producir*. A medida que reciben su educación los alumnos de Tuskegee van construyendo los diversos pabellones del espléndido Instituto, fabrican los muebles, el material de estudio, etc., etc. La nación que preconice y adopte un sistema de enseñanza análogo tocará en sí misma iguales beneficios: el Estado dará á los alumnos una enseñanza útil y los alumnos construirán para el Estado toda una nación.

No solamente la educación profesional y prác-

tica lleva indiscutibles ventajas sobre cualquier otro sistema de enseñanza, sino que es condición necesaria para todos los demás. No podéis enseñar moralidad al hombre combatido de necesidades y sin medios para atender á ellas. El que no sabe vivir, no sabrá vivir bien. *Lo primero es hacer*, lo segundo hacer el bien conscientemente.

La transcendencia política y civil de la enseñanza es tan grande que su importancia corre parejas con la de la higiene en las grandes agrupaciones modernas. Cuando un Estado como el nuestro, descuida lamentablemente una misión como la de la enseñanza, no tiene derecho á exigir nada de su pueblo. Ni orden, ni obediencia, ni respeto á la ley, ni trabajo: á nada de esto es acreedor el Estado español respecto de sus súbditos. La misión del Estado no es eternizarse parásito sobre el pueblo que lo aguanta. Somos algo más, á pesar de nuestro abatimiento, que el andamiaje de un trono. Si el Estado no interviene en nuestra economía general para servirla y sanearla, es un miembro inútil dentro de la nación. Y los miembros inútiles



deben amputarse del organismo ó son una amenaza constante para su salud y, al fin y á la postre, la causa inevitable de su ruina.

Es preciso empaparnos íntimamente de esta idea del *Estado activo* que ha sido la salvación del joven pueblo americano y que lo ha hecho el pueblo por antonomasia del siglo xx.

Sin salirnos de las estrictas leyes de la oferta y la demanda, cuando el Estado nos pida soldados y cuarteles, pidámosle, á nuestra vez, maestros y escuelas. Pidámoslo con voluntad, con seguridad y con constancia, resistamos serenos ante su negativa y no contribuyamos á eternizar la atroz leyenda de esta pobre España en la que un general y un obispo se disputan el poder, á los dados, sobre las espaldas curvadas de un pueblo de analfabetos.

Consideremos — y el libro que hoy ofrecemos á nuestros lectores servirá de punto de partida para estas consideraciones — las buenas, honradas y positivas ventajas que podemos sacar de la educación profesional. Cortemos la espiral á nuestros humos y pensemos en la construcción de nuestras casas antes que en el blasón que

deberá adornar su portalada. Aprendamos que la independencia del espíritu nace del trabajo de las manos. Aprendamos que la necesidad no admite trampas y que hasta ahora el camino más corto para llegar á comer pan es saber amasarlo. No hay empleo vil, ni oficio grosero, ni profesión plebeya, porque todos ellos son trabajo y en todo trabajo hay la misma virtud. Saquemos cuanto bien podamos de las circunstancias tal como se presentan, y depongamos en las aras del mañana el incienso de las radiantes teorías. A la inteligencia le toca pensar la libertad; á la voluntad amarla; á la mano realizarla. Aprendamos á atribuir á esta última, en el terreno de la enseñanza, el glorioso lugar que le corresponde.

Booker Washington termina el prólogo que, á petición nuestra, ha tenido la amabilidad de mandarnos para esta traducción española, con las siguientes palabras: *Todo aquello que hace aprender algo á la mano, dignificando el trabajo, es Educación, en el más alto sentido de la palabra.*

Nosotros añadiremos: «Todo aquel cuyas ma-

nos estén educadas para dominar y labrar la materia, poseerá la Tierra.»

Hay en el Génesis un versículo miraculoso y santo, donde se atribuye al poder de la divina palabra la creación del mundo.

Pero hay, entre los mitos griegos, una fábula más real y más humana: la de aquel gigante que aguantaba la Tierra con los hombros y con las manos.

E. MARQUINA

Paris, Abril, 1905.

## Saliendo de la esclavitud...

Brooker T. Washington

☞ CAPÍTULO I.—ESCLAVO  
ENTRE LOS ESCLAVOS. ☜

Nací esclavo en una *plantación* del condado de Franklin, en la Virginia. No estoy completamente seguro del lugar ni de la fecha exacta de mi nacimiento; pero, es indudable que debí de nacer en alguna parte y en un momento dado. Por lo que me ha sido posible averiguar, debí de nacer próximo á la Casa-correo de un arrabal llamado el Fuerte de Hale, por los años 1858 ó 1859. Ignoro el mes y el día. Los primeros recuerdos que puedo evocar se relacionan con la *plantación* y el *barrio de los esclavos*, ó sea la parte de la *plantación* en que los esclavos tenían sus viviendas. Mi vida comenzó en el medio más miserable, más descorazonador y más triste que pueda imaginarse. Y esto no porque mis amos fueran extraordinariamente crueles: en comparación con los otros, no lo eran. Yo nací en una



nos estén educadas para dominar y labrar la materia, poseerá la Tierra.»

Hay en el Génesis un versículo miraculoso y santo, donde se atribuye al poder de la divina palabra la creación del mundo.

Pero hay, entre los mitos griegos, una fábula más real y más humana: la de aquel gigante que aguantaba la Tierra con los hombros y con las manos.

E. MARQUINA

Paris, Abril, 1905.

## Saliendo de la esclavitud...

Brooker T. Washington

☞ CAPÍTULO I.—ESCLAVO  
ENTRE LOS ESCLAVOS. ☜

Nací esclavo en una *plantación* del condado de Franklin, en la Virginia. No estoy completamente seguro del lugar ni de la fecha exacta de mi nacimiento; pero, es indudable que debí de nacer en alguna parte y en un momento dado. Por lo que me ha sido posible averiguar, debí de nacer próximo á la Casa-correo de un arrabal llamado el Fuerte de Hale, por los años 1858 ó 1859. Ignoro el mes y el día. Los primeros recuerdos que puedo evocar se relacionan con la plantación y el barrio de los esclavos, ó sea la parte de la plantación en que los esclavos tenían sus viviendas. Mi vida comenzó en el medio más miserable, más descorazonador y más triste que pueda imaginarse. Y esto no porque mis amos fueran extraordinariamente crueles: en comparación con los otros, no lo eran. Yo nací en una



verdadera choza de madera que medía catorce por dieciséis pies de superficie y habité en esta choza con mi madre, mi hermano y mi hermana hasta después de la guerra civil, época en la cual todos fuimos declarados libres.

No sé casi nada de mis antepasados. Cuando estaba en mi barrio de los esclavos, y más tarde también, oía citar, á medias palabras, en las conversaciones de los negros, las torturas que los esclavos, entre los que deberían hallarse mis abuelos por parte de madre, habían tenido que soportar en el barco donde se les conducía de Africa á América. Me ha sido imposible recoger ningún dato positivo sobre la historia de mi familia, anterior á mi madre. Recuerdo que ésta tenía hermanastro y hermanastra. En los tiempos de la esclavitud no se concedía mucha importancia á la historia genealógica y á los anales de una familia — quiero decir de una familia de negros. — Supongo que mi madre debió llamar la atención de algún comprador que, por esta causa, pasó á ser su propietario y el mío. Su entrada en la tropa de esclavos debió revestir aproximadamente la misma importancia que la compra de un caballo ó de una vaca. De mi padre tengo todavía menos noticias que de mi madre. Ni tan siquiera conozco su nombre. He oído decir que era un blanco habitante en una de las plantaciones vecinas. Lo cierto es que nadie me ha dicho que manifestara por mí el más mínimo interés, ni que, en modo alguno se preocupara por subvenir á mi educación. No se lo echo en cara. Era también una víctima infortunada de la institución que el pueblo americano había introducido tan desdichadamente en su organismo social.

Nuestra choza no nos servía exclusivamente de vivienda: era además la cocina de la plantación. Mi madre coci-

naba. La choza no tenía ventanas; no tenía más que dos aberturas practicadas en los costados, por las que entraba la luz y, á la vez el viento frío y glacial del invierno. También había una puerta, ó, hablando con propiedad, alguna cosa que se llamaba puerta; pero los goznes mal ajustados sobre los que giraba y las anchas grietas que la hendían, sin contar con su pequeñez exigua para el marco, hacían de nuestra choza un lugar muy poco confortable. Aparte de estas tres aberturas había, en un rincón, el «agujero de los gatos», abertura practicada en el muro, que toda casa ó choza de la Virginia poseía en el período anterior al de la guerra.

El «agujero de los gatos» ó «gatera» era una abertura cuadrada, de unas siete á ocho pulgadas que permitía entrar y salir á los gatos por la noche. En nuestro caso particular, jamás comprendí la necesidad de semejante máquina, toda vez que había, en la choza, por lo menos media docena de agujeros que habrían podido utilizarse para el mismo fin. En nuestra choza no había embaldosado: la tierra lo suplía. En el centro de este pavimento natural había un agujero ancho y profundo donde se guardaban las patatas en invierno. El «hoyo de las patatas» ha quedado netamente grabado en mi memoria, porque recuerdo que, cuando las guardaban ó cuando las sacaban de él, había logrado, más de una vez, apoderarme de un par, que cocía en el rescoldo para regalarme con ellas. No había horno en la plantación y mi madre tenía que cocinar para los blancos y para los esclavos sobre un fuego abierto, en pucheros y cazuelas. De modo que si el frío, en invierno, era azote de la choza mal construída, en verano, el calor del hogar no era mucho más soportable. Mis primeros años de infancia, pasados en la reducida choza, no difieren gran cosa de los de los otros esclavos. Como es natu-



ral, mi madre no podía consagrar á sus hijos más que cortísimos instantes y aprovechaba, para estar con nosotros, algunos minutos por la mañana, antes de comenzar su trabajo y algunos por la tarde, cuando su jornada había terminado.

Uno de mis recuerdos más antiguos me representa á mi madre, ya tarde, á la noche, haciendo cocer un pollo, y despertando gozosa á sus hijos para dárselo á comer. Ignoro cómo y dónde lo habría encontrado. De todos modos supongo que procedería del corral de nuestro propietario. Algunos podrán llamar á esto un robo. Hoy mismo, yo lo condenaría con ese nombre. Pero aconteciendo el hecho en la época indicada y sin otro fin que el de alimentar á sus hijos ¿quién podrá hacerme creer que mi madre se hizo culpable de un crimen? Era simplemente una víctima del sistema de la esclavitud.

No recuerdo haber dormido en cama, antes de proclamarse la emancipación que libertaba á mi familia. Eramos, en la choza, tres niños: Juan, mi hermano mayor, Amanda, mi hermana y yo, y nos acostábamos en el duro suelo, en un jergón ó, hablando con mayor exactitud, en un montón de trapos sucios echados por tierra.

Alguien me ha pedido, no hace mucho tiempo, que hablara de los juegos y diversiones de mi infancia. Antes de que se me hiciera esta petición, nunca se me había ocurrido la posibilidad de dedicar al juego ningún momento de mi vida. Por mucho que ahonde en mi memoria, cada instante de mi vida se me representa ocupado en alguna labor determinada y, sin embargo, creo que sería actualmente un hombre más útil si, cuando era pertinente, hubiera podido conceder á los juegos el tiempo necesario. En los tiempos de la esclavitud, era yo demasiado niño para que pudieran ocuparme en una

faena fija. A pesar de esto, me empleaban casi siempre, en limpiar los patios, llevar el agua á los trabajadores de los campos ó ir hasta el molino, una vez por semana, para transportar el trigo que debía molerse. El molino se hallaba situado á unas tres millas de la plantación. Esta era la más temida de todas mis obligaciones. El pesado saco de trigo iba atravesado en el lomo de un caballo de modo que quedara igual cantidad á ambos costados; pero acontecía casi siempre que el saco resbalaba hasta destruirse el equilibrio y caer del caballo. Algunas veces me caía yo también. Como no tenía la fuerza suficiente para volver á colocar el saco sobre el caballo, me veía obligado á quedarme esperando horas y horas que viniera algún caminante á sacarme del apuro. Y las horas trascurridas en semejante espera, las invertía de ordinario en llorar amargamente.

Habiendo perdido el tiempo de este modo, llegaba al molino con retraso, y antes que me molieran el trigo y estuviera yo de vuelta, la noche se me echaba encima.

El camino era extremadamente solitario y á menudo atravesaba bosques espesísimos. Yo tenía mucho miedo porque se decía que los bosques estaban llenos de soldados desertores y me habían contado que la primera cosa que hacía un desertor, con un niño negro, al encontrarle á solas, era cortarle las orejas. Además cuando volvía tarde á casa sabía yo que me esperaban una fuerte reprimenda ó una paliza.

Como esclavo que era no recibí entonces ninguna instrucción, aunque recuerdo haber llegado muchas veces hasta la misma puerta de la escuela, con una de mis amas jovencitas, para llevarle sus libros. La vista de aquellas docenas de niños y niñas, encerrados en la clase y embebidos en el estudio, me causó una impresión profundísima y en mi interior sentía que entrar en una



escuela para estudiar en ella con aquel reposo, equivaldría poco más ó menos á entrar en el Paraíso.

La primera vez que me di cuenta del hecho de mi esclavitud y de que se discutía la libertad de los esclavos, fué una mañana, muy temprano, al despertarme mi madre que, inclinada sobre sus hijos, dirigía al cielo una ardiente plegaria para que Lincoln y sus ejércitos lo-graden la victoria y un día ella y sus criaturas fueran libres. Jamás he podido comprender, cómo, por aquel entonces, en todo el Sud, los esclavos, absolutamente ignorantes casi todos, en materia de libros y periódicos, pudieran, tan perfecta y exactamente, estar al tanto de las grandes cuestiones nacionales que agitaban al país.

Desde la época en que Garrison, Lovejoy y otros habían comenzado su campaña en favor de la libertad, los esclavos siguieron muy de cerca los avances del movimiento. Yo no era más que un niño durante el período preliminar de la guerra y durante el curso de la guerra misma; pero ahora recuerdo las numerosas confidencias musitadas tarde, á alta noche, entre mi madre y otras esclavas de la plantación. Estas confidencias y discusiones demostraban que los esclavos comprendían la situación y se hacían tener al corriente de la marcha de los acontecimientos por lo que llamaban «el telégrafo de la viña» (1)

Durante la campaña en que Lincoln fué candidato á la Presidencia por primera vez, los esclavos de nuestra plantación, situada á muchas millas de toda línea férrea, de toda gran ciudad ó periódico diario, conocían punto por punto las grandes cuestiones que se debatían. En los comienzos de la guerra entre el Sud y el Norte,

(1) *Grape vine telegraph*, frase popular que se refiere á la transmisión de las noticias por el rumor público.—(N. del T.)

ni un solo esclavo ignoraba en nuestra plantación que, aunque hubiera de por medio muchos intereses, la esclavitud figuraba antes que todos. Hasta los individuos más ignorantes de mi raza, en las más apartadas plantaciones, sentían en el fondo de sí mismos, con una certidumbre inequívoca, que la libertad de los esclavos sería el resultado supremo de la guerra, si las armas del Norte llegaban á triunfar. Cada éxito de los ejércitos federales y cada derrota de los confederados se seguían con el más profundo interés. Con frecuencia los esclavos conocían el resultado de las grandes batallas antes que los blancos. Generalmente estas noticias las recogía el negro á quien enviaban á la Casa-correos, en busca de las cartas. En nuestro caso particular, el correo estaba á unas tres millas de la plantación y el ambulante de correos venía una ó dos veces por semana. Este ambulante, que era un negro, tenía la costumbre de rondar largo rato en torno de la Casa-correo para sorprender lo esencial de las conversaciones de los blancos, que, naturalmente se agrupaban allí para discutir las noticias que les llegaban con las cartas. Y cuando regresaba de la habitación de nuestro dueño común, el ambulante esparcía las noticias recogidas de este modo, entre los esclavos, que se enteraban de los sucesos importantes antes que los blancos de la «Casa grande» como llamábamos á la habitación de nuestro dueño.

No puedo recordar que una vez siquiera, durante mi niñez ó mi adolescencia, nuestra familia se sentara reunida delante de una mesa, hiciera sus rezos y comiera de un modo civilizado. En la plantación, los niños se procuraban el sustento aproximadamente como los animales. Un trozo de pan aquí, un trozo de carne allá; ahora una taza de leche, ahora unas pocas patatas... Algunas veces, ciertos miembros de la familia comían en el



mismo puchero, mientras otros tenían un plato de hojalata colocado sobre sus rodillas, y no se servían, ordinariamente, más que de sus manos. Cuando tuve edad para ello me hicieron ir á la «Casa grande» á las horas de comer, para que, mientras mis amos comían, espantara las moscas moviendo un abano, colgado sobre la mesa. No es necesario decir que la conversación de los blancos versaba principalmente sobre el tema de la libertad y de la guerra. Yo no perdía palabra. Estoy viendo todavía á una de mis amas jovencitas y á varias amigas que la visitaban, comiendo bizcochos, en el patio de la Casa. En aquella época los bizcochos eran mi más ardiente deseo, en materia de dulces; así es que, en el momento aquel, me parecía que si alguna vez conquistaba mi libertad, mis votos se colmarían por completo, cuando pudiera proporcionarme algunos bizcochos y comerlos con tanto gusto como mis señoritas. A medida que se prolongaba la guerra, los blancos se veían con más dificultades para proporcionarse víveres. Estoy convencido de que los esclavos no sufríamos, en la privación, tanto como los blancos, porque nuestro régimen ordinario se componía de pan de centeno y carne de cerdo, alimentos que nos proporcionaba la misma plantación; mientras que los amos necesitaban café, té, azúcar y otros requisitos que no podían cultivarse y que los azares de la guerra hacían de difícil adquisición. Con frecuencia tenían los blancos grandes apuros. Tomaban granos de trigo tostados, en lugar de café y una especie de miel negruzca hacía las veces de azúcar. De ordinario no se azucaraba nada aquel pretendido café ó té.

Recuerdo que las primeras botas que hube de calzarme eran de madera. Estaban cubiertas de un cuero burdo; pero la plantilla y los talones eran de madera y de

un grueso de media pulgada. Cuando andaba movían un ruido infernal y además eran muy incómodas porque el pie no podía colocarse holgadamente en ellas. Aquel calzado comunicaba á toda la persona un aire de increíble torpeza. Pero la prueba más dura que tuve que soportar como esclavo, fué la de llevar una camisa de lienzo. En la parte de la Virginia donde me encontraba, se empleaba el lienzo más grosero para vestir á los esclavos. Yo no puedo concebir una tortura comparable á la que causa el estrenar una camisa de esas, si no es la producida por la extracción de una muela. Es algo como los arañazos de una docena de punzas de castaña ó de un centenar de alfileres en contacto con la piel. Todavía hoy logro reproducirme netamente el martirio que me originaba echarme encima aquella vestimenta. Por desdicha mía, tenía la piel demasiado dulce y demasiado sensible. No me dejaban escoger. Era necesario llevar aquella camisa ó ir desnudo. Yo habría preferido no llevar nada.

A propósito de esta camisa, mi hermano Juan realizó uno de los actos más generosos que un esclavo haya realizado por otro. En distintas ocasiones, cuando me veía obligado á estrenar una camisa, mi hermano se ofrecía á llevarla en mi lugar, durante algunos días, hasta que perdiera toda rasposidad. Mientras duró mi infancia esta camisa fué mi único vestido.

Por lo que al comienzo he relatado podrá imaginarse, tal vez, que existía un fondo de animosidad en mi raza contra los blancos, ya que la mayoría de estos combatían en una guerra que debía tener por resultado la esclavitud de los negros, si triunfaba el Sud.

Para los esclavos de mi plantación no era esto verdad y tampoco lo era para la gran masa de la población



esclava del Sud; para ningún sitio donde se tratara á los negros nada más que medianamente. Durante la guerra civil fué muerto uno de los hijos de mis amos y otros dos fueron gravemente heridos. Recuerdo el sentimiento de tristeza que reinaba entre los esclavos, cuando supieron que el «señorito Billy» había muerto. No era un dolor fingido: era real.

Algunos de los esclavos habían cuidado del «señorito Billy» cuando era niño; otros habían jugado con él. El «señorito Billy» había intercedido por muchos de ellos cuando el intendente ó el amo les azotaban. El dolor del barrio esclavo no le cedía en nada al de la «Casa Grande.» Cuando los otros dos señoritos, regresaron heridos, la simpatía de los esclavos se manifestó de muchas maneras. Demostraron tanta solicitud como los parientes para ayudar á cuidar á los enfermos. Los hubo que solicitaron velar por la noche á sus jóvenes señores. Esta ternura y este afecto por parte de aquellos que gemían bajo el yugo de la esclavitud provenían de la bondad y generosidad de su naturaleza. Cuando los blancos estaban en la guerra, los esclavos habrían dado su vida por defender y proteger á las mujeres y á los niños de la plantación. El esclavo designado para pasar la noche en la «Casa Grande», en ausencia de los dueños, era llamado á un «sitio de honor». El que hubiera pretendido tocar á la señora de la casa, joven ó vieja, habría tenido que pasar antes por encima de un cadáver. No sé si alguien lo habrá notado, pero creo que se reconocerá la justicia que me ampara cuando afirmo que son rarísimos los casos de hombres de mi raza, esclavos ó libres, que hayan hecho traición á la confianza depositada en ellos.

Puede afirmarse que, en general, antes y durante la guerra, los individuos de mi raza no abrigaban senti-

mientos de antipatía contra la raza blanca; y existen numerosos ejemplos de negros que han continuado sirviendo á sus amos, caídos por un motivo ú otro en la indigencia. Yo conozco el caso de algunos antiguos propietarios que lograron escapar á la miseria, gracias al dinero, que, durante largos años, les enviaron sus esclavos. Conozco otros antiguos esclavos que han contribuído á los gastos de educación de los descendientes de sus amos. Se da, por ejemplo, el caso de un joven blanco, hijo de un antiguo propietario, á quien el vicio de la bebida reduce á tal extremo de embrutecimiento y de miseria, que da grima: pues á pesar de la indigencia de los negros en aquella plantación, ellos le procuran, desde hace algunos años, todo lo necesario para poder vivir. Uno le manda el café; otro el azúcar; el de más allá un trozo de carne y así sucesivamente. Nada de lo que poseen les parece bastante bueno para el hijo del «anciano señor Tom,» que no padecerá jamás, mientras quede en aquellos lugares alguno de los que conocieron, poco ó mucho, al señor Tom.

He dicho que se citaban pocos casos en que un hombre de mi raza haya hecho traición á la confianza depositada en él. No hace mucho tiempo, en una villa del estado de Ohío, encontré á un antiguo esclavo que, antes de proclamarse la abolición de la esclavitud, se había comprometido á pagar á su dueño, durante un tiempo dado, una suma determinada al año, y mientras tanto quedaba en libertad de trabajar como quisiera y por quien quisiera. Creyendo que en Ohío se daban los mejores salarios, allí se dirigió. Cuando la libertad fué concedida á los esclavos como un derecho, debía todavía unos trescientos dollars á su dueño. De hecho, estaba absuelto de toda obligación para con él. Sin embargo, este negro hizo á pie el camino hasta Virginia, donde



vivía su amo, para entregarle, en propia mano, hasta el último dollar, comprendidos los intereses que debía todavía.

Al contármelo no me ocultaba que se sabía perfectamente dispensado de pagar su deuda; pero habiendo empeñado su palabra, quería mantenerla, porque nunca faltó á ella. No le parecía posible disfrutar de la libertad hasta haber cumplido su promesa.

Tal vez podría inferirse de algunas cosas aquí contadas que los esclavos no deseaban la abolición: esto no es exacto. No he visto nunca á uno solo que no deseara ser libre ó que quisiera volver á la esclavitud.

Con toda mi alma compadezco á la nación ó á cualquier grupo de individuos bastante desdichados para dejarse atrapar por la zarpa de la esclavitud. Pero hace ya mucho tiempo que he dejado de abrigar sentimientos rencorosos contra los blancos del Sud que nos mantuvieron en la servidumbre. No es justo hacer á una región más responsable que á otra del hecho de la esclavitud que fué reconocido y patrocinado por el gobierno federal durante muchos años. Formando ya, como formaba, parte de la vida económica y social de la República no era cosa fácil para el país deshacerse de una tal institución. Por otra parte, cuando, desembarazándonos de todo prejuicio y de toda parcialidad de raza, contemplamos los hechos cara á cara, nos es forzoso reconocer que, apesar de la crueldad y la injusticia del régimen, los diez millones de negros educados en la escuela de la esclavitud americana, están en mejores condiciones, desde el punto de vista material, intelectual, moral y religioso, que los negros de cualquiera otra parte del globo. Y esto es de tal modo verdadero que los negros de este país, pasados por el período de la esclavitud, vuelven constantemente á Africa como misioneros

para instruir y educar á los que permanecen en la patria antigua.

No digo todo esto para justificar la esclavitud, no: fué una institución implantada, como todos sabemos, en América con miras comerciales y egoístas más que humanitarias y maldigo de ella. Pero he querido hacer notar que la Providencia se sirve de los hombres y de las instituciones para que se cumplan sus designios. A los que me preguntan cómo puedo tener confianza en el porvenir de mi raza en este país, dadas las condiciones aparentemente desesperadas, porque atravesamos á veces, les recuerdo las vicisitudes á que nos ha sometido y de que nos ha sacado siempre con bien la Providencia.

Desde que tengo la necesaria madurez para pensar en estas cosas, he creído siempre que á pesar de los crueles martirios que le torturaron, el negro sacó tanto provecho como el blanco de la esclavitud. A la verdad, no eran los negros los únicos en experimentar las funestas consecuencias del régimen. Esto podía comprobarse claramente en nuestra plantación. Todo el sistema de la esclavitud estaba concebido de tal suerte que el trabajo, por regla general, se consideraba como un signo de degradación y de inferioridad. En consecuencia las dos razas reunidas en una plantación trataban de esquivarlo. En nuestra región el sistema de la esclavitud ha contribuido á que desaparecieran en la raza blanca, la confianza en sí misma y el espíritu de empresa. El que fué mi propietario tenía muchos hijos y algunas hijas: pero, que yo sepa, ninguno ha sabido nunca adoptar una profesión ó montar una industria productiva. Las hijas no aprendían ni á coser, ni á cocinar, ni á gobernar una casa. Los esclavos estaban encargados de estas ocupaciones; pero no tenían un interés personal en la plantación y su ignorancia les incapacitaba para acabar



ninguna faena de un modo serio y cuidadoso. Como consecuencia, las empalizadas se demolían, las puertas de los corrales salíanse de sus goznes, las de las casas chirriaban, los cristales se rompían, el yeso saltaba de las paredes sin que se le reemplazara, y el patio se llenaba de mala yerba.

De ordinario había una comida especial para los negros y otra para los blancos. Sin embargo, en la mesa de los señores faltaban aquella delicadeza y aquella perfección en los detalles que hacen de la *home* el más confortable, el más grato y el más atractivo de los sitios de reposo. Por otra parte había en los alimentos y otros artículos *filtraciones* que minaban las fortunas. Cuando se proclamó la libertad, el esclavo estaba tan bien preparado como su amo para comenzar un nuevo género de vida, salvo en lo referente á la instrucción y al ejercicio de la propiedad. Pero el propietario de esclavos y sus hijos no habían aprendido ninguna profesión. Inconscientemente se habían penetrado del sentimiento de que el trabajo manual no estaba hecho para ellos. En cambio los esclavos habían aprendido algún oficio; no se avergonzaban de trabajar y muy pocos se negaron á ello.

Por fin se terminó la guerra y llegó el día de la libertad. Fué un día memorable y lleno de incidentes. Lo habíamos esperado largo tiempo. La libertad iba á ser una realidad; desde hacía algunos meses, todos los días veíamos soldados desertores que regresaban á sus casas. Otros, dados de alta ó cuyos regimientos habían sido licenciados bajo palabra, pasaban constantemente por delante de nosotros. «El telégrafo de la viña» funcionaba activamente día y noche. Las noticias y rumores de los grandes acontecimientos iban pasando rápidamente de una en otra plantación. Temiendo una probable inva-

sión de los yankees, la plata y otros objetos de valor se sacaron de la «Casa grande», se clavaron en grandes cajas de madera y se confiaron á la custodia de los esclavos de confianza. ¡Desdichado de aquel que hubiera intentado tocar al tesoro custodiado! Los esclavos estaban dispuestos á darles á los soldados yankees cualquier cosa, comida, bebida, trajes, todo, excepto lo que había sido confiado á su custodia.

A medida que el gran día se acercaba, las canciones eran más frecuentes que de ordinario en el barrio negro. Eran más atrevidas, más bravas y duraban hasta altas horas de la noche. La mayor parte de los versos de estos cantos de la plantación contenían alusiones á la libertad. Verdad es que estos himnos no eran nuevos; pero hasta entonces habíalos cantado cuidando de explicar que la libertad á que aspiraban se refería á la otra vida y nada tenía que ver con este mundo. Ahora se quitaban la máscara y no les atemorizaba dar á entender que la «libertad», en sus cantos, significaba la del negro aquí, en la tierra. Durante la noche que precedió al gran día se participó á los barrios de esclavos que un acontecimiento extraordinario iba á tener lugar, al otro día, en la «Casa grande.» Puede decirse que nadie durmió aquella noche: la espectación era general. Por la mañana, muy temprano, se dió á todos los esclavos orden de que se reunieran en la Casa. Yo me dirigí, por consiguiente, en compañía de mi madre, de mi hermano y de mi hermana y de un gran número de esclavos á la habitación de nuestro dueño.

Toda la familia de éste estaba reunida en la galería de la casa, los unos sentados y los otros en pié, dispuestos á hacerse cargo de lo que iba á pasar y de lo que iba á decirse. Había en los semblantes una expresión de interés sincero: de tristeza, tal vez, pero no de amargura.



Al recordar ahora la impresión que me produjeron, me parece que no estaban tristes por perder su propiedad, sino tristes por verse obligados á separarse de aquellos á quienes habían mantenido y á los que estaban unidos por tantos vínculos.

Lo que más netamente recuerdo, en relación con este acontecimiento, es á un señor extranjero (probablemente un funcionario de los Estados Unidos), que hizo una pequeña alocución y leyó un largo documento; el acta de la proclamación, seguramente. Terminada la lectura del acta, se nos dijo que éramos libres y que teníamos el derecho de irnos cuando y donde quisiéramos. Mi madre, que estaba á mi lado, se inclinó sobre sus hijos y los abrazó mientras que lágrimas de gozo le corrían por la cara. Ella nos lo explicó entonces todo, diciéndonos que este era el día por el que había rezado tantas veces, temiendo que no llegara antes de su muerte.

En los primeros momentos hubo alegrías locas, acciones de gracias y frenéticos transportes de entusiasmo. No había en todo esto asomo alguno de animosidad. Al contrario: los esclavos estaban conmovidos de piedad por sus antiguos dueños.

La alegría loca de los negros emancipados no duró más que un momento; porque yo pude observar que al regresar á sus chozas ya era manifiesto un cambio en su actitud. La responsabilidad que la libertad lleva en sí misma, el tenerse que arreglar en adelante solos con sus hijos, parecía preocuparles hondamente. Su caso era el de un niño de diez á once años al que se echa repentinamente al mundo, obligándole á que se baste á sí mismo. Algunas horas habían sido suficientes para colocarles frente á frente á los problemas que la raza anglo sajona había empleado siglos en resolver: el problema de encontrarse un domicilio, de escoger una pro-

fesión, de dar una educación á sus hijos; el cumplimiento de los deberes sociales y la necesidad de fundar una Iglesia y mantenerla.

No era nada sorprendente que, en el espacio de unas horas, se aquietaran los gritos de alegría, para dar lugar á un sentimiento de profundo abatimiento en las chozas de los esclavos. Ahora que la habían conquistado, la libertad les parecía á muchos de ellos una cosa más grave de lo que hasta entonces habían creído.

Había negros que contaban setenta y ochenta años. Ya no tenían las fuerzas necesarias para crearse una posición, en algún lugar desconocido, y con dueños desconocidos, dando por hecho que les fuera fácil hallar un nuevo domicilio. Para éstos, la cuestión de la libertad ofrecía dificultades positivas. Además, había, en el fondo de su corazón un extraño sentimiento de fidelidad al «viejo señor» á la «vieja señora» y á sus hijos, contra el cual eran impotentes para defenderse. Habían pasado con ellos la mitad de un siglo y no era cosa de poca monta pensar seriamente en la separación. De ahí que se viese á muchos esclavos viejos, salir uno á uno de sus viviendas, y dirigirse á hurtadillas á la «Casa-Grande» para tener con el que hasta entonces había sido su dueño, secretas entrevistas, en las que había de quedar fijado su porvenir.



## CAPÍTULO II.—MI INFANCIA

Hay dos puntos sobre los cuales estuvieron de acuerdo todos los negros, apenas proclamada la abolición de la esclavitud: la necesidad de cambiar de nombre y la necesidad de alejarse de la antigua plantación, durante algunos días ó durante algunas semanas, para darse perfecta cuenta de su libertad.

Por estas ó las otras razones cada cual se dió cuenta de que no convenía, en adelante, llevar el nombre del antiguo propietario y muchos se apresuraron á cambiárselo. Fué uno de los primeros signos de la libertad. Como esclavo, un negro no tenía sino un nombre que le distinguía: Juan ó Susana, por ejemplo. La necesidad de determinar el apelativo se presentaba raramente. Si Juan ó Susana pertenecían á un blanco apellidado «Hatcher,» se les llamaba, en ocasiones, Juan Hatcher ó el Juan de Hatcher. Pero como había en esta denominación de «Juan Hatcher» ó «el Juan de Hatcher» algo que repugnaba á un hombre libre, no pocos cambiaron sus nombres por los de Juan S. Lincoln ó Juan S. Sherman; la inicial S no hacía aquí las veces de apellido, era lo que los negros llamaban con orgullo su partícula; una copia ingenua de la inicial que los blancos americanos tienen la costumbre de colocar entre su apelativo y su apellido y que es generalmente la del nombre de su madre.

Como acabo de decir, los más de los negros se alejaron de su plantación, por lo menos algunos días, para convencerse de que realmente tenían el derecho de ir donde quisieran y para probar el gusto de la libertad. Después de haber pasado un tiempo fuera, la mayoría de los esclavos viejos volvieron á sus antiguas viviendas y establecieron una especie de contrato con sus dueños, que les conservaron en su propiedad.

El marido de mi madre, que era padrastro de mi hermano Juan y mío, no pertenecía á los mismos dueños que mi madre. Venía raras veces á la plantación. Recuerdo que le veíamos una vez al año, en los alrededores de Navidad.

Durante la guerra se escapó en seguimiento de los ejércitos federales, con los que había llegado, á lo que parece al Nuevo Estado de la Virginia del Oeste. En cuanto se proclamó la abolición de la esclavitud, llamó á mi madre á Kanawha-valley (Virginia del Oeste.) Por aquellos tiempos un viaje á través de las montañas de Virginia hasta la del Oeste no era empresa agradable ni mucho menos. Se colocaron en una carreta los pocos fardos y utensilios que poseíamos; pero los niños tuvimos que hacer á pie una gran parte del camino, es decir, muchos centenares de millas.

Ninguno de nosotros se había visto jamás á larga distancia de la plantación. Un viaje de un Estado á otro era, por consiguiente, un acontecimiento. El instante en que nos separamos de nuestros antiguos dueños y de nuestros compañeros de la plantación, fué solemne.

Desde aquel día hasta el de su muerte quedamos en correspondencia con los individuos más ancianos de la familia de nuestros amos y luego, continuamos las relaciones con sus hijos. Nuestro viaje duró varias semanas y la mayor parte de las veces dormíamos al raso y



hacíamos nuestra comida sobre un fuego improvisado al aire libre. Recuerdo que una noche acampamos cerca de una cabaña de madera y mi madre quiso encender fuego dentro, para preparar la cena, y extender un jergón en el suelo á fin de que pasáramos la noche. Aún no había prendido la leña, cuando una enorme cubra negruzca de un metro y medio de longitud, por lo menos, cayó de la chimenea y se extendió en el suelo. Como es natural, abandonamos inmediatamente la cabaña. Finalmente llegamos al término de nuestro viaje, una diminuta villa denominada Malden, á cinco millas de Charleston, la actual capital del Estado.

Constituían la principal industria de esta parte de la Virginia las minas de sal, y la diminuta villa de Malden estaba emplazada en el centro de los hornos. Ya mi padrastró había encontrado trabajo en una de las fábricas y había alquilado una cabaña para que nos sirviese de habitación. Nuestra nueva morada no valía mucho más que la que acabábamos de abandonar en la plantación de la Virginia; en realidad, era peor. Nuestra cabaña de la antigua plantación, aunque en un estado de ruina abominable, estaba situada de tal modo, que respirábamos desde ella el aire libre. Nuestra nueva cabaña formaba parte de una compacta aglomeración de viviendas y como no había, referente á ellas, ningún reglamento de higiene, la suciedad en torno de las chozas era con frecuencia insoportable. Entre nuestros vecinos los había negros y blancos, pero estos últimos pertenecían á la clase más pobre, más ignorante y más abyecta. El conjunto era estrambótico. La embriaguez, el juego, los atracos, las riñas y la inmoralidad caracterizaban la vida ordinaria de aquellas gentes. Todos los que habitaban en la villa, tenían alguna ocupación en las minas de sal. Yo era muy joven, pero

mi padrastró encontró trabajo para mi hermano Juan y para mí en una de las fábricas. Con frecuencia me veía obligado á acudir á la labor á las cuatro de la madrugada.

Mi iniciación en los conocimientos científicos, se remonta á los tiempos en que trabajaba en una mina de sal. Cada embalador de sal tenía escrita en sus toneles una cierta cifra. La de mi padrastró era 18. A la terminación de la jornada, el jefe de los embaladores escribía esta cifra sobre cada uno de nuestros toneles; muy pronto logré reconocerla donde quiera que la viese y acabé por escribirla, aunque ignorara todas las otras cifras y todas las otras letras.

Zahondando con ahinco en mi memoria recuerdo haber sentido siempre un vehemente deseo de aprender á leer. Ya desde niño me había dicho que si no lograba más en la vida, por lo menos sería lo bastante instruido para poder leer periódicos y libros. Acabábamos de instalarnos en nuestra nueva cabaña de la Virginia del Oeste, cuando supliqué á mi madre que me procurara un libro. Cómo ni dónde se lo procuró, no sabría decirlo: lo esencial es que pudo hacerse con un viejo abecedario de Webster, de cubiertas azules, que contenía el alfabeto y algunas sílabas vacías de sentido, tales como ab, ba, ca, da. Yo me puse á devorar este libro, indudablemente el primero que caía en mis manos. Había oído decir que para aprender á leer era necesario conocer el alfabeto; traté, pues, de asimilármelo, por todos los medios imaginables y sin profesor porque no lo encontraba. En aquel tiempo no había, á mi alrededor, un solo hombre de mi raza que supiera leer y yo era demasiado tímido para dirigirme á un blanco. Sin embargo, en el espacio de algunas semanas logré conocer una gran parte del alfabeto. Mi madre compartía ente-



ramente mis ambiciones y me ayudaba en ellas cuanto podía. Era completamente ignorante en materia de letras, pero tenía mucha ambición por sus hijos y un gran fondo de buen sentido que le permitía hacer frente á cualquier situación crítica y salir de ella con honor. Si durante mi vida he realizado alguna cosa digna de atención, la debo ciertamente á esta cualidad que he heredado de mi madre.

Por aquel entonces, y mientras yo me esforzaba en instruirme, llegó á Malden un joven negro que había aprendido á leer. En cuanto los negros lo supieron, se procuraron un periódico y al terminar cada jornada de trabajo, aquel joven se veía rodeado de un grupo de hombres y mujeres ansiosos de escucharle leer las noticias del día. ¡Cómo envidiaba yo á aquel joven! Me parecía el hombre de la tierra más digno de envidia y el que debía estar más contento con su suerte.

Entonces comenzábase á discutir sobre la conveniencia de otorgar una escuela á los negros. Este asunto se llevó el interés de todo el mundo; iba á ser la primera escuela de aquella parte de la Virginia para niños negros, es decir, un verdadero acontecimiento. La dificultad consistía en encontrar un maestro. Se pensó en el joven de Ohio que leía los periódicos, pero su edad no le favoreció. Mientras se buscaba un profesor, se tuvieron noticias de otro joven negro de Ohio que había sido soldado y que estaba instalado en la villa. Decíase que tenía buena instrucción y al instante se le contrató como maestro en la primera escuela negra. Y como, hasta entonces, no había habido escuela libre para los negros en esta región, cada familia consintió en pagar mensualmente una cantidad determinada, á condición de que el maestro se hospedase cada día, por turno, en una casa. No era para el maestro mala la

solución, porque cada familia servía aquel día la mesa con lo mejor que había en la despensa. Recuerdo que yo esperaba siempre con una impaciencia y un apetito notables «el día del maestro» en nuestra pobre cabaña.

Este hecho de toda una raza que quiere asistir á clase por la primera vez, es un fenómeno de los más interesantes que se hayan presentado nunca en la historia. Únicamente las personas que hayan convivido con la población negra, pueden formarse idea exacta del ardor que las gentes de mi raza manifestaron por instruirse. Acabo de decirlo; era una raza entera sentándose en los bancos de la escuela. Hubo pocos que se creyeran demasiado jóvenes y ninguno que se creyera demasiado viejo para aprender á leer. En cuanto se dispuso de maestros, no solamente se colmaron las clases de día, sino las de noche. La ambición de todos los ancianos era poder leer la Biblia antes de morir y por eso las clases nocturnas contaban con frecuencia hombres y mujeres que tenían cincuenta y hasta setenta y cinco años. También había escuelas dominicales, creadas desde la proclamación de la libertad; pero el principal de los libros que allí se cursaban era el abecedario. Las clases diarias, las nocturnas y las dominicales rebosaban; y con frecuencia tenían que despedirse alumnos por falta de sitio.

Con la apertura de la escuela de la Ranawha valley coincidió la decepción más grande de mi vida. Hacía algunos meses que yo trabajaba en el horno de sal y mi padre se había dado cuenta de que podía reportarle algún dinero; de modo que, al abrirse la escuela, declaró que no podía prescindir de mí. Esta decisión pareció que echaba por tierra todas mis ambiciones y mi decepción fué tanto más cruel cuanto que, desde el sitio donde trabajaba, podía ver pasar á los otros mucha-



chos que felices, se dirigían mañana y tarde á la escuela. A pesar de todo, resolví instruirme y, con más ardor que nunca, dime á estudiar el alfabeto en el libro de cubiertas azules.

Mi madre compartió mis sufrimientos, trató de consolarme, por todos los medios imaginables, y me ayudó á encontrar lo que necesitaba. Finalmente logré hacer tratos con el maestro que consintió en darme lección por la noche, después de mi jornada de trabajo. Experimenté una tal satisfacción de haber logrado aquellas lecciones que, creo, hacía yo más por la noche que los otros estudiando todo el día. Los beneficios que personalmente me reportaron aquellas lecciones, son una de las razones que me indujeron luego á favorecer la creación de clases nocturnas en Hampton y en Tuskegee. Pero, en mi corazón de niño, seguía acariciando la idea de seguir las clases de día y no dejaba pasar ocasión sin defender mi causa. Triunfé, por fin, y se me permitió asistir á la escuela diariamente, durante algunos meses, á condición de levantarme temprano, por las mañanas, para trabajar en el horno hasta las nueve y de volver por las tardes, en saliendo de la escuela, á trabajar dos horas todavía.

La escuela estaba á cierta distancia de la fábrica; y como era necesario trabajar hasta las nueve y las clases comenzaban á las nueve precisamente, me hallé en presencia de una seria dificultad. Cuando yo llegaba á la escuela, las clases habían comenzado siempre y muchas veces mi sección había recitado ya sus lecciones. Para vencer esta dificultad, cedí á una tentación por la que me condenarán, sin duda, la mayor parte de las personas que me leen; pero es un hecho, y debo mencionarlo. Tengo una confianza ilimitada en el poder y en la influencia de los hechos. Generalmente no se ga-

na nada con ocultarlos. Había en el despacho de la fábrica un reloj. Este reloj, como es natural, regía la jornada de trabajo de más de cien obreros. A mí se me ocurrió que para llegar á tiempo á la escuela no tenía más que adelantar la aguja desde las ocho y media hasta las nueve y es lo que hice cada mañana, hasta que el mayordomo de la fábrica, notando algo anormal, cerró con llave la caja del reloj. Por mi parte no había querido hacer daño á nadie. Sólo deseaba llegar puntualmente á mi clase.

En la escuela me encontré frente á nuevas dificultades. En primer lugar, todos los alumnos llevaban sombrero ó gorra y yo no tenía una cosa ni otra. Por lo demás, no recuerdo haber llevado, hasta entonces, cubierta la cabeza, y aun creo que ni yo ni muchos de mis compañeros, habíamos pensado nunca en esta necesidad. Pero, como es natural, viendo cubiertos á mis compañeros, yo empezaba á estar violento. Siguiendo mi costumbre, comuniqué mis cuitas á mi madre, quien me dijo que carecía de medios para comprarme un sombrero en una tienda, lo que constituía, por entonces, la gran novedad entre los individuos de mi raza, jóvenes ó viejos; pero que ella encontraría el modo de satisfacer á mis deseos. Buscó dos trozos de una tela tejida á mano, los cosió hábilmente y me puso en posesión de mi primera gorra, de la que estaba yo más orgulloso que un monarca.

Mi madre me dió, aquel día, una lección que no he olvidado nunca y de la que he hecho todos los posibles porque se aprovecharan los demás. Al recordar este incidente, me ha causado siempre una completa satisfacción el que mi madre tuviera la fuerza de carácter suficiente para no caer en el ridículo de los que quieren aparentar lo que no son. Por eso no me compró un



sombrero en el almacén, con lo que habría hecho creer á mis compañeros ó á los demás que era más rica de lo que era en realidad. Siempre le he agradecido que no se creara una deuda comprando un objeto cuyo importe no habría podido satisfacer. Desde aquel entonces he sido dueño de toda clase de sombreros y de gorras, pero ninguno me ha causado tanta satisfacción como la gorra confeccionada, con dos trozos de trapo, por mi madre.

Después he podido comprobar, con honda pena, debo confesarlo, que muchos de los compañeros que comenzaron llevando sombreros flamantes y que se burlaban de mi gorra hecha á mano, han acabado sus días en un penitenciario, mientras que otros se han quedado sin dinero para adquirir ninguna clase de gorra.

Mi segunda dificultad, en la escuela, nacía de la necesidad urgente de escogerme un nombre. Desde niño había respondido al nombre de Booker. Antes de ir á la escuela no se me había ocurrido nunca que pudiera serme útil ó necesario poseer un segundo nombre. Cuando pasaban lista, noté que todos los niños tenían dos nombres por lo menos; los había que se permitían el lujo — para mí excesivo — de un tercer nombre. Estaba muy perplejo porque sabía que el maestro iba á preguntarme mis dos nombres, siendo así que yo no tenía más que uno. Cuando me llegó el turno, tuve una idea luminosa que, á mi juicio había de colocarme á la altura de la situación, y al preguntarme el maestro cuales eran mis nombres, le respondí friamente: Booker Washington, como si hubiera llevado este apellido desde mi nacimiento; luego, bajo este nombre se me ha conocido.

Más tarde supe que mi madre me había dado el nombre de Booker Taliaferro; poco después de mi na-

cimiento, desapareció y se olvidó mi apellido; cuando nuevamente tuve conocimiento de él volví á adoptarlo y desde entonces he firmado «Booker Taliaferro Washington.» Creo que no debe haber muchos hombres en nuestro país que hayan gozado de un privilegio como el mío para darse nombre á sí mismos.

En más de una ocasión he tratado de imaginarme qué ocupaba la posición social de un niño ó de un hombre que desciende de noble y honrada prosapia de antepasados, remontándose á lejanos siglos, y de los que ha heredado no solamente un nombre, sino una fortuna y una hacienda familiar que son su orgullo; pero en el fondo he creído siempre que si hubiera heredado estas ventajas, junto con la de pertenecer á una raza más popular que la mía, habría cedido fácilmente á la tentación de contar sobre mis antepasados y sobre el color de mi piel, en lugar de hacer por mi desenvolvimiento personal todo lo que debía hacer. Hace muchos años que he decidido, ya que no tengo antepasados, dejar á mis hijos un recuerdo del que puedan enorgullecerse y que les anime á remontarse más alto todavía.

La sociedad no debería juzgar al negro y sobre todo al joven negro, con demasiada precipitación y severidad. El joven negro tiene que luchar con obstáculos, desengaños y tentaciones que son incapaces de imaginar siquiera los que no ocupan la misma situación. Un blanco, lleno de juventud, que emprende una obra cualquiera, según la opinión de la gente ha de triunfar; mientras que si se trata de un joven negro hay un sentimiento de sorpresa cuando no fracasa. En una palabra, el negro entra en la vida con todas las presunciones en contra de él.

Sin embargo, la influencia de los antepasados sobre los individuos y por lo tanto sobre una raza, tiene al-



guna importancia, á condición de no exagerarla demasiado. Los que no se cansan de señalar las debilidades morales del joven negro y comparan el desenvolvimiento del blanco con el suyo, no tienen bastante en cuenta la influencia de los recuerdos que flotan alrededor de las casas de las antiguas familias. Ya he dicho que yo no recuerdo quién era mi abuela. Tengo y he tenido tíos, tías y primos, pero me sería difícil decir dónde se encuentran. Y mi caso es el de millares de negros. El solo hecho de que el blanco sepa que si no triunfa en su empeño compromete la historia de una familia que se remonta á muchas generaciones, es bastante para evitar que sucumba á la tentación. El hecho de que el hombre tenga detrás de sí y á su alrededor una familia, cuya historia y cuyas relaciones le llenan de orgullo, es un estimulante para vencer todos los obstáculos.

El tiempo que me concedían para ir á la escuela era muy corto y además iba á ella con mucha irregularidad. Pero ni esto duró mucho. Tuve que abandonarla completamente y consagrar todo el tiempo al trabajo de la fábrica. Nuevamente recurrí á las clases nocturnas. Puedo afirmar que la mayor parte de mis conocimientos los adquirí de noche después de mi jornada de trabajo. A veces me era difícil encontrar un maestro á gusto mío. Y me aconteció, cuando hube encontrado uno, que tuve la decepción de comprender que mis conocimientos igualaban á los suyos. Con frecuencia tenía que hacer kilómetros de camino para ir á dar mis lecciones. Pero por tristes y descorazonadoras que fueran las pruebas que tuve que soportar en mi juventud, no hubo un solo día en que abandonara la resolución que me había formado de procurarme una educación á cualquier precio.

Poco después de nuestra llegada á la Virginia del Oeste, mi madre adoptó, á pesar de nuestra pobreza, á

un joven huérfano á quien más tarde dimos el nombre de James B. Washington. Desde entonces forma parte de la familia y no la ha abandonado nunca.

Ya hacía algún tiempo que trabajaba yo en la fábrica, cuando me encontraron trabajo en una mina de carbón, explotada principalmente para utilidad de la fábrica. Siempre he aborrecido el trabajar en una mina de carbón. Una de las razones que me remueven á ello es la imposibilidad de ir limpio durante el trabajo y la dificultad de lavarse y arreglarse después de una jornada de labor. Además, para llegar desde la entrada de la mina á los yacimientos del carbón, era necesario recorrer por lo menos un kilómetro de tinieblas profundísimas. No creo que se encuentre en parte alguna, una obscuridad tan absoluta como en una mina de carbón. Esta, estaba dividida en gran número de «cámaras» ó compartimentos y como yo no pude aprender nunca la distribución de estas cámaras, me perdí en ella muchas veces. Para añadir horror á la situación, mi lámpara se extinguía y si por azar me encontraba sin fósforos, me veía obligado á errar en la noche hasta tropezar con alguien. El trabajo no era solamente pesado sino peligroso. Constantemente estábamos expuestos á volar bajo la violencia de una explosión inesperada ó á morir aplastados por el desprendimiento de un bloque de pizarra. Accidentes de este género se sucedían sin cesar y me tenían en perpetua zozobra.

Muchos niños, de los más jovencitos precisamente, se veían obligados entonces — y creo que también ahora — á pasar gran parte de su vida en las minas de carbón, sin poder hacer ningún estudio. Yo he podido comprobar más tarde, con tristeza, que, por regla general, los muchachos que han comenzado su vida en una mina de carbón están atrofiados física y mentalmente. No tie-



nen más deseo que permanecer indefinidamente en las minas de carbón.

En aquel tiempo y más tarde, adolescente ya, complacíame en representarme á mí mismo los sentimientos y las aspiraciones de un joven blanco al que nada, absolutamente nada detiene en sus ambiciones y en su actividad. Envidiaba al blanco que no encuentra obstáculos para ser diputado, gobernador, obispo ó presidente de la República, ni en su nacimiento, ni en su raza. Trataba de imaginarme el modo como yo obraría en iguales circunstancias. Me veía comenzando en los más bajos peldaños de la escala, para llegar á los más altos, á la cima.

Confieso que al presente ya no envidio al joven blanco como le envidiaba entonces. He comprendido que el éxito no debe medirse por la posición que se ocupa en la vida, sino por los obstáculos que han tenido que vencerse para llegar hasta ella. Considerados de esta manera, el origen y la impopularidad de su raza ponen al negro en condiciones que no vacilo en declarar ventajosísimas, desde el punto de vista práctico. Con muy pocas excepciones, el negro se ve obligado á perfeccionarse más y á comportarse mejor que el blanco, para que se acepte su trabajo. Pero de esta lucha que debe sostener, áspera y encarnizada, saca una fuerza y una confianza en sí mismo que nunca tendrán los que se encuentran el camino llano merced á su nacimiento ó á su origen.

Escoja el terreno que quiera para dilucidarlo, siempre prefiero ser lo que soy: un miembro de la raza negra; y no se me ocurre envidiar á los más favorecidos de las otras razas. He experimentado siempre una profunda tristeza al oír á los hombres reclamar derechos, privilegios y distinciones, sin más razón que la de ser miembros de cierta raza y abstracción hecha de sus mé-

ritos y de su valer profesional. Nunca he podido evitar un sentimiento de tristeza con respecto á esas personas porque creo íntimamente que un hombre no se eleva por pertenecer á una raza superior, sino por la virtud real que tenga en sí mismo y que el porvenir de una raza tenida como inferior, no le ha de impedir que se realce al que tiene un valor intrínseco y personal. Todo ser perseguido, toda raza perseguida encontrarán consuelos infinitos en la gran ley humana universal y eterna que quiere que el mérito, bajo cualquier piel que se esconda, sea reconocido y recompensado. Y lo que acabo de decir no es por llamar la atención sobre mi persona, sino sobre la raza á la que estoy orgulloso de pertenecer.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

CAPÍTULO III.—LA LUCHA  
POR LA EDUCACIÓN.

Aconteció que un día mientras trabajaba en la mina de carbón, sorprendí la conversación de dos mineros que hablaban de una gran escuela para negros, situada no sé en qué sitio de la Virginia. Hasta entonces no había oído hablar de otra cosa, en materia de colegios, que de pequeñas escuelas para niños negros, como las que había en nuestra villa.

En la obscuridad me acerqué cuanto pude á los dos hombres que hablaban. Logré comprender no sólo que aquella escuela estaba fundada únicamente para las gentes de mi raza, sino que á los estudiantes pobres, pero con méritos, se les daban medios de trabajar para pagarse los estudios, en todo ó en parte, y aprender á la vez un oficio ó una industria.

Oyendo contar estas cosas me parecía oír lo más hermoso que había en el mundo y ni el cielo mismo ofrecía á mis ojos mayores atractivos que la escuela normal y agrícola de Hampton (Virginia) de que hablaban aquellos hombres. Tomé en seguida mi resolución; me propuse ir á aquella escuela, aunque no tuviera la menor idea de dónde estaba instalada, ni cómo podría llegar á ella; todo lo que sabía es que me inflamaba esta única

ambición: ir á Hampton. Noche y día me hostigaba el mismo pensamiento.

Sin embargo, después de este incidente, continué todavía algunos meses trabajando en la mina de carbón. Oí hablar entonces de un sitio vacante en la casa del general Luis Ruffner, propietario del alto horno y de la mina. La señora Viola Ruffner, esposa del general, era una yankee del Vermont. Tenía fama de gran severidad con sus doncellas y sobre todo con los muchachos que tomaba á su servicio. Nadie permanecía en la casa más que dos ó tres semanas. Todos la dejaban pretextando su excesiva severidad. A pesar de ello, resolví ensayar aquel empleo, antes que continuar en la mina de carbón; mi madre dió los pasos necesarios cerca de la señora Ruffner y el trato se cerró en veinticinco francos mensuales.

Había oído hablar tanto de la severidad de la señora Ruffner que casi tenía miedo de verla y temblaba en su presencia. No me costó gran trabajo comprender lo que quería. Quería, en primer lugar, que todo resplandeciera de limpieza en torno de ella y que todo se hiciera con prontitud y orden; además, y sobre todo, quería una franqueza y una honradez perfectas en el trato. No debía descuidarse nada; todas las puertas y todas las empalizadas debían mantenerse en buen estado. Según mis cálculos estuve en casa de la señora Ruffner dieciocho meses antes de mi salida para Hampton. De todas maneras las lecciones que recibí en aquella casa me aprovecharon tanto como las que después he recibido. Todavía ahora no veo un pedazo de papel en los alrededores de una casa ó en la calle, sin que me entren deseos de recogerlo en seguida. No veo un patio sucio, sin experimentar la necesidad de limpiarlo, una tabla que falte en una cerca sin ganas de poner otra en su



lugar, una casa con la fachada sucia sin querer blanquearla, un botón que falte en un traje ó una mancha de grasa sin que me sea necesario llamar la atención de alguien.

Mi miedo á la señora Ruffner trocóse pronto en un sentimiento de confianza y acabé por considerarla como una de mis mejores amigas. Cuando ella se dió cuenta de que podía descansar en mí, arregló su conducta en consecuencia. Durante los dos inviernos que pasé en su casa me permitió ir á la clase una hora diaria, algunos meses; pero la mayor parte de mis estudios los hacía de noche, sólo, ó en compañía de maestros que yo mismo me pagaba. En todos los esfuerzos que hice por mi educación, la señora Ruffner me animaba con su simpatía. En su casa monté yo mi primera biblioteca. Me procuré una caja de madera, hice saltar una de sus tapas, coloqué estantes, reuní en ellos cuantos libros de todos los géneros caían en mis manos, y llamé á esto «mi biblioteca.»

Apesar de mi éxito en casa de la señora Ruffner yo no abandonaba mi proyecto de ir al instituto de Hampton. Durante el otoño de 1872 me decidí á hacer los esfuerzos necesarios para ponerme en camino, aunque, como he dicho antes, no tuviera la menor idea de la situación topográfica de Hampton, ni de los gastos que aquel viaje me ocasionaría. Nadie de cuantos me rodeaban me aprobó esta idea del viaje á Hampton, excepto mi madre; y ella estaba llena de inquietud, temiendo que me lanzara á una empresa loca. De todos modos consentía en ello contra su voluntad. El poco dinero ganado por mí, había servido para mi padrastro y mi familia, de modo que me quedaban solamente algunos dollars para comprarme las prendas de vestir más necesarias y hacer los gastos indispensables. Mi hermano Juan me

ayudó todo lo que pudo; pero naturalmente fué muy poco porque trabajaba en la mina, donde ganaba exiguo jornal y la mayor parte de su salario lo entregaba para subvenir á los gastos de la casa.

Lo que más me conmovió en lo referente á este viaje mío, fué el interés con que me miraban algunos viejos negros. Habían pasado la mayor parte de su vida en la esclavitud y no esperaban ver el día en que uno de los suyos abandonara su casa para ir á la escuela. Unos me daban una pieza de plata, otros algunos céntimos, otros un pañuelo.

Llegó, por fin, el gran día y salí para Hampton. No tenía más que un grosero saco de mano con algunas prendas que había podido procurarme. Mi madre, en aquel momento, estaba bastante enferma y su salud parecía comprometida; yo temía no volverla á ver. Nuestra separación fué tristísima. Sin embargo, mi madre estuvo muy animosa hasta el final. Por aquel tiempo no había línea ferrea entre las Virginias del Este y del Oeste. No había trenes más que en una parte del camino y el resto del viaje se hacía en diligencias.

La distancia entre Malden y Hampton es de cerca de quinientas millas. No hacía mucho rato que había salido de casa, cuando me convencí con clarísima evidencia de que iba á faltarme dinero para pagar el viaje. Jamás olvidaré una de las amargas experiencias que entonces adquirí. Habíamos viajado por la montaña, durante gran parte de la tarde, en una vieja diligencia, cuando, ya obscurecido, el carromato se detuvo para hacer noche, ante una casa de apariencia vulgar, de fachada pobre, pero que se intitulaba hotel. Yo era el único negro que había entre los pasajeros. En mi ignorancia imaginaba que el hotel estaba allí para permitir que los viajeros de la diligencia descansaran de



sus fatigas. Ni por un momento se me había ocurrido que una diferencia en el color de la piel, significara nada en este asunto.

Cuando á cada viajero se le había señalado su cuarto y todos se preparaban para cenar, me acerqué yo tímidamente al hombre que estaba en el despacho. Es verdad que yo no podía literalmente pagar mi habitación ni mi comida, pero esperaba conmovier hasta cierto punto al propietario; porque, en aquella estación, el frío de las montañas de Virginia era intensísimo y yo quería proporcionarme un abrigo para la noche. Sin preocuparse siquiera de si podía ó no pagarle, el hombre de el despacho se negó redundamente á tomar en consideración mi demanda. Fué la primera vez que comprendí lo que significaba para mí el color de mi piel. Sin embargo, logré reaccionar del frío dando grandes pasos alrededor del hotel y así transcurrió la noche. Me embarazaba tanto el ansia de llegar á Hampton que ni siquiera tuve tiempo de guardarle rencor al hostelero.

Logré llegar á la villa de Richmond en la Virginia, á unas ochenta y dos millas de Hampton, parte á pie, parte en ferrocarril y en carruaje. Cuando llegué á Richmond harapiento, hambriento y sucio, era muy entrada la noche. Jamás había estado en una población grande y esto aumentaba mi embarazo. No tenía un céntimo en el bolsillo, no tenía amigos ni conocimientos en la villa é ignorando las costumbres, no sabía adónde ir. Me dirigí á distintas habitaciones pidiendo que me alojaran, pero todos los propietarios me exigían dinero y era precisamente lo que á mí me faltaba. No teniendo nada más que hacer comencé á pasearme por las calles. En mi paseo distinguí espléndidos escaparates con pollos asados y fuentes de patatas fritas que se ofrecían á mi vista con insinuaciones completamente sugestivas. Y la

tentación era tan grande que me parecía que hubiera ofrecido todo lo que esperaba alcanzar en el porvenir, por una pierna de pollo ó una fuente de patatas. No podía tener una cosa ni otra: no podía comer absolutamente nada.

Tuve que andar á través de las calles, hasta media noche. Por fin sentí tal extenuación que no pude dar un paso más. Estaba fatigado, estaba hambriento, estaba todo lo que queráis, menos desanimado. En el momento en que tocaba los últimos límites de la fatiga física, llegué á un punto de la calle en que la acera era de una elevación considerable. Esperé algunos instantes para convencerme de que nadie me veía, me acurriqué contra el borde de la acera y pasé la noche en el suelo, con mi saco por almohada. Durante casi toda la noche pude oír el ruido que hacían los transeuntes sobre mi cabeza. A la mañana siguiente me encontré más descansado, pero tenía un hambre voraz porque hacía mucho tiempo que mi comida no era suficiente. En cuanto se hizo de día, pude distinguir lo que me rodeaba y advertí que á poca distancia había un barco del que descargaban piezas de fundición. Acerquéme al sitio aquel y pedí al capitán permiso para ayudar en la descarga con objeto de ganarme algo con que comer. El capitán, un blanco, que parecía tener buen corazón, me lo concedió. Trabajé el tiempo necesario para ganarme el importe de un almuerzo que me pareció, por el recuerdo que he guardado de él, el mejor almuerzo de mi vida.

Quedó tan contento el capitán de mi trabajo que me ofreció emplearme todos los días por una suma mínima. Acepté de buena gana. Trabajé en el servicio del barco durante algunos días. Aun cuando no gastaba en comer más que lo indispensable, restábame escaso aho-



ro con que atender á las necesidades de mi viaje á Hampton. A fin, pues, de economizar todo lo posible y de llegar á Hampton á tiempo, continué acostándome todas las noches bajo la misma acera que me había dado hospitalidad el día de mi llegada á Richmond. Muchos años después de estos sucesos, los negros de la villa de Richmond, galantemente, organizaron una recepción en mi honor á la que acudieron más de dos mil personas. Esta recepción tuvo lugar no lejos del sitio en que había pasado mi primera noche y, debo reconocerlo, mi pensamiento estaba embargado por el recuerdo de aquella acera que me había proporcionado mi primer abrigo, más que por la recepción que se me brindaba aun siendo cordialísima y amable.

Cuando pude reunir lo que me parecía una cantidad suficiente para lograr mi objeto, di gracias al capitán del barco por su bondad y me puse nuevamente en camino.

Llegué á Hampton, sin nuevos incidentes, con dos francos y cincuenta céntimos en el bolsillo para comenzar mi educación. Este largo viaje había sido fecundo en acontecimientos para mí; pero la sola vista de la gran escuela, construída de ladrillos y de tres pisos, me recompensó con largueza de todo cuanto había sufrido para llegar hasta ella. Si los que dieron los fondos para construir aquella escuela, conocieran bien la impresión que me produjo á mí y que habrá producido á millares de negros, tendrían suficientes ánimos para volver á comenzar sus munificencias. Era, para mí, el edificio más hermoso y más grande que había visto nunca. Me sentía revivir al contemplarlo. Comprendía que una nueva existencia se me preparaba y que mi vida iba á adquirir una nueva significación. Había llegado á la tierra prometida y resolví no dejarme detener por

ningún obstáculo en mis esfuerzos para realizar en el mundo cuanto bien pudiera.

Llegué al recinto de la institución, y me presenté á la directora para que me señalara mi clase. Había pasado tanto tiempo sin probar alimento conveniente, sin bañarme y sin cambiar de ropa que, naturalmente, le hice una impresión muy poco favorable y en seguida comprendí que se preguntaba interiormente si debía admitirme como alumno. No podía quejarme si me tomaba por un vagabundo. Durante algún tiempo se calló, sin tomar resolución, y yo vagaba en torno de ella, tratando de hacerle comprender lo mejor que podía que, al fin y al cabo, era digno de interés. En este intervalo presencié la admisión de otros alumnos y esto acababa de mortificarme, porque yo sentía en mi fuero interno que podría cumplir como los demás, con sólo que me sujetaran á cualquier prueba.

Pasaron algunas horas y la directora me dijo: «La clase que está aquí al lado necesita barrerse, tome usted una escoba y bárrala.»

Instantáneamente comprendí que aquella era la ocasión de dar la medida de lo que valía. Jamás orden ninguna ha sido recibida con tan pronta voluntad. Yo sabía barrer porque la señora Ruffner me lo había enseñado á conciencia, cuando estuve en su casa.

Barrí la clase tres veces, luego tomé un trapo y limpié el polvo cuatro veces. Todas las maderas, cada banco, cada mesa y cada pupitre sufrieron también cuatro veces la misma operación. Además cambié de sitio cada mueble y limpié bien los rincones y los armarios. Tenía conciencia de que, mi porvenir dependía de la impresión que causara en la Directora con la limpieza de aquel cuarto. Una vez terminado mi trabajo, la avisé. Era una yankee aseada y lista. Dirigióse á la



sala; examinó el suelo y los armarios; luego tomó un pañuelo, lo pasó sobre las maderas, á lo largo de las paredes, por las mesas y los bancos, y, cuando hubo terminado su inspección sin encontrar la más mínima partícula de polvo, me dijo con una calma grande: «Creo que podremos aceptar á usted en este establecimiento.»

Fuí uno de los seres más felices de la tierra. Mi examen había consistido en un ejercicio de barrido y jamás discípulo de Harvard ó de Yale (1) sufrió examen de ingreso que le diera una satisfacción más completa que este á mí. He tenido que sufrir después otros muchos exámenes; pero éste fué el mejor de todos.

Os he contado las pruebas que tuve que soportar para entrar en Hampton. Tal vez hay pocos que hayan podido hacer experiencias tan duras como yo; sin embargo, en aquellos tiempos había centenares de jóvenes que no ingresaban en Hampton ó en otros establecimientos análogos sin antes soportar pruebas parecidas á las mías. Muchachos y muchachas estaban decididos á instruirse, á cualquier precio.

Mi prueba de barrido en la sala de clase me allanó el camino, para que pudiera acabar mis estudios en Hampton. Miss Mary F. Mackie, la directora general me ofreció una plaza de fámulo. Acepté de buena gana, porque de este modo podría trabajar y pagar mi pensión con mi jornal. El trabajo era penoso y constante, pero yo perseveré con buena voluntad. Tenía que cuidarme de un gran número de cuartos y me era preciso trabajar de noche, aún levantándome á las cuatro

(1) Las Universidades de Harvard y Yale figuran entre las más famosas de las Universidades americanas. La primera está en Cambridge; la segunda en Newhaven.—(N. del T.).

de la mañana para preparar el fuego y repasar mis lecciones. Durante toda mi permanencia en Hampton y después de mi salida, miss Mary F. Mackie fué una de mis mejores y más fieles amigas. Sus consejos y sus exhortaciones me han sostenido siempre, en los momentos más difíciles.

Acabo de hablaros de la impresión que me produjo el edificio y el aspecto general del instituto de Hampton; pero nada os he dicho de la impresión más fuerte y más duradera, hecha en mí por un grande hombre, el ser más noble y singular que me haya sido dado encontrar en esta vida. Me refiero al ya difunto general Samuel C. Armstrong.

He tenido la fortuna de conocer personalmente gentes de gran carácter en Europa y en América, pero no vacilo en afirmar que no he encontrado nunca un hombre que, en mi opinión, igualara al general Samuel C. Armstrong. Apenas salido de la esclavitud y de las minas de carbón cuya influencia degradante sufría todavía, era un privilegio raro para mí aquel trato directo con un carácter como el del general. Desde la primera vez que le vi me causó la impresión de un hombre perfecto. A su lado experimentaba la sensación de algo sobrehumano. Tuve la dicha de conocerle personalmente desde el día de mi llegada á Hampton hasta su muerte, y cuanto más le trataba más se agrandaba á mis ojos.

Habrían podido suprimir de Hampton las construcciones, las clases, los profesores y la enseñanza, dejando á los discípulos el derecho de mantener relaciones con el general Armstrong; esto sólo hubiera constituido para ellos una educación liberal. Y á medida que envejeczo veo, con más claridad, que ninguna educación derivada de los libros ó de los mejores laboratorios, iguala á la que nace del contacto con los grandes ca-



racteres. En lugar de estudiar constantemente en los libros ¡cuánto más valdría, en mi opinión, estudiar en los hombres y en las cosas! El general Armstrong pasó dos de los últimos meses de su vida en mi casa de Tuskegee. Sufrió, por aquel entonces, de una parálisis que le quitaba el uso de sus miembros y de su voz casi por completo. Apesar de su enfermedad, trabajaba sin descanso, noche y día por la causa á la cual había consagrado su vida. No creo que nunca tuviera un pensamiento egoísta. Igual satisfacción le causaba ayudar á los otros establecimientos del Sud, que sacrificarse por el de Hampton. Se había batido contra los blancos del Sud durante la guerra civil y, sin embargo, nunca le oí pronunciar una palabra amarga contra ellos; por el contrario, se esforzaba constantemente en encontrar la manera de serles útil.

Sería difícil dar idea del ascendiente que tenía sobre los estudiantes de Hampton y de la confianza que les inspiraba al mismo tiempo. Puede decirse que sus discípulos le adoraban. Por lo que á mí se refiere estaba íntimamente convencido de que el general no podía intentar nada sin triunfar. Cuanto pedía tenía que concedérsele. Cuando estaba hospedado en mi casa, en La Alabama, la parálisis le obligaba á permanecer en un sillón de ruedas, y recuerdo que uno de sus antiguos discípulos solicitó el favor de empujarle, en su sillón, hasta la cima de un collado alto y en pendiente dura, lo que exigía un esfuerzo considerable.

Cuando llegó á la cumbre de la colina, el discípulo, con el rostro transfigurado, exclamó: «¡Cuánto me complace haber podido hacer algo meritorio por el general antes de que muera!»

Mientras yo era discípulo en Hampton se llenaron los dormitorios de tal modo, que era imposible alojar

á todos los que deseaban ser admitidos. Entonces tuvo el general la idea de levantar tiendas que podían servir de cuartos para dormir. En cuanto supimos que el general deseaba que algunos de los antiguos adoptasen las tiendas como residencia durante el invierno, casi todos nos ofrecimos.

El invierno que tuvimos que pasar en aquellas tiendas fué excesivamente frío; sufrimos lo indecible, pero jamás el general lo conoció, estoy seguro de ello, porque nadie se quejaba. Nos bastaba con saber que le dábamos gusto y que permitíamos que se instruyeran otros alumnos. Más de una vez, en una cruda noche, soplaban tan furiosamente el viento, que levantaba literalmente la tienda dejándonos á la intemperie. El general tenía la costumbre de visitar las tiendas por la mañana temprano, y su voz grave y animosa nos fortalecía y nos hacía olvidar toda penuria.

No he hablado más que de mi admiración por el general Armstrong y, sin embargo, no era único en su género; formaba parte de una cruzada de hombres y mujeres que, llenos de espíritu cristiano, al terminar la guerra, se habían levantado á centenares para entregarse á la regeneración de la raza negra.

No se encontrarán en la historia del mundo, hombres y mujeres de corazón más alto, más puro y más generoso que los que figuraban en las escuelas de negros.

Para mí la existencia en Hampton era una revelación constante; me sentía revivir en un mundo nuevo. En primer lugar, el hecho de comer á horas determinadas y sobre un mantel, tener plato, tomar baños y servirme de un cepillo para los dientes y de sábanas para dormir; todo esto, era nuevo para mí.

Muchas veces he dicho que la más preciosa de las enseñanzas que me proporcionó Hampton, en este or-



den, fué el uso de los baños. Allí aprendí, por la primera vez, que este uso no sólo es bueno desde el punto de vista higiénico, sino que inspira al hombre el respeto de sí mismo.

En todos mis viajes al Sud y á otros sitios, desde que salí de Hampton, he procurado tomar un baño cotidiano. No siempre me fué esto fácil, sobre todo cuando me encontraba entre gentes de mi raza que no solían tener más que una sola cámara por habitación; pero en ese caso me dirigía á cualquier riachuelo de los bosques y me hundía en sus aguas. También me he esforzado en dar á entender á los negros que deberían instalar un baño en sus habitaciones.

Durante algún tiempo no tuve en Hampton más que un par de botinas; cuando era necesario las lavaba por la noche y las suspendía delante del fuego para que estuvieran secas por la mañana. Mi pensión me costaba seis dollars al mes. Tenía que pagarlos parte en dinero y parte en trabajo. Cuando llegué á Hampton no poseía más que cincuenta sueldos y con los raros dollars que mi hermano Juan podía enviarme de tarde en tarde me era muy difícil atender á todo. Por lo tanto, resolví hacerme indispensable en mi cargo de fámulo. Y lo logré de tal modo, que al poco tiempo me hicieron saber que me dispensaban de toda pensión á cambio de mi trabajo. Los gastos de estudios eran de 70 dollars anuales. No es necesario decir que yo no podía pagar semejante cantidad. Si hubiera tenido que pagar, además de mi pensión, gastos de estudio tan considerables, me habría sido necesario marcharme de Hampton. A instancias del general Armstrong, uno de sus amigos, el señor S. Griffith Morgan de New-Bedford (Massachusetts), se ofreció á pagar mis estudios durante mi permanencia en Hampton. Más tarde, comenzada

ya mi obra de Tuskegee, tuve el placer de trabar conocimiento con él y visitarle algunas veces.

Otra de mis dificultades era la de procurarme libros y vestidos. Logré que me prestaran sus libros aquellos de mis compañeros más afortunados que podían comprárselos. En cuanto á vestidos no tenía ningún completo cuando llegué á Hampton. Todas mis ropas cabían en mi saco. Y esto me preocupaba tanto más cuanto que el general pasaba revista por sí mismo para convencerse de que sus discípulos llevaban limpio el traje. Era necesario que nuestras botas estuvieran lustradas; que no faltara un botón en nuestras blusas y que no se viera en ellas una sola mancha. Llevar un único vestido para el trabajo y para las clases y no ensuciarlo, era un problema difícil de resolver. Logré, no obstante, triunfar en mi empeño, hasta el día en que mis maestros se convencieron de la buena voluntad que me animaba. Entonces pensaron en hacerme beneficiar de los trajes de segunda mano que habían enviado en cajas nuestros protectores del Norte. Aquellas cajas fueron la providencia de centenares de estudiantes pobres, que hacían méritos para continuar sus estudios. Sin ellas, no creo que me hubiera sido posible continuar en Hampton hasta el fin.

Antes de mi llegada á la escuela no recuerdo haber dormido nunca en una cama con sábanas. En la época de mi llegada á Hampton, el establecimiento tenía pocos dormitorios y el sitio era escaso. Había, en el propio cuarto que yo, siete discípulos más; casi todos habían entrado antes. Ignorando yo para qué podían servir las sábanas, la primera noche me acosté debajo de las dos; la segunda noche encima, hasta que observando á mis compañeros, aprendí la manera de utilizarlas



y luego, procurando acostumbrarme, he hecho aprovechar á otros de mi experiencia.

Yo formaba entre los alumnos más jóvenes de Hampton. La mayor parte de los estudiantes eran hombres ó mujeres de edad madura y algunos de ellos contaban cuarenta años. No es frecuente el privilegio de vivir en compañía de trescientos ó cuatrocientos hombres, poseídos todos del mismo afán de ilustrarse. Cada hora del día estaba consagrada al estudio ó al trabajo. Todos ellos habían estado bastante tiempo en contacto con el mundo para saber apreciar la necesidad de la instrucción. Algunos eran demasiado viejos para estudiar en los libros, y apenas verles esforzarse en vano para aprender las lecciones; pero suplían con la voluntad lo que les faltaba de inteligencia. Muchos otros, además, eran tan pobres como yo, y á la par que con los libros tenían que luchar con la miseria que les privaba de las cosas más indispensables de la vida. Otros tenían padres ancianos que dependían de ellos y otros, finalmente, eran hombres casados que tenían que subvenir, de una manera ú otra, al mantenimiento de sus mujeres.

La gran ambición que les animaba á todos era prepararse á luchar por su raza, cada cual en la medida de sus fuerzas. A su vez era admirable la abnegación de maestros y empleados. Trabajaban por los estudiantes noche y día, y no parecían satisfechos más que cuando podían ayudarles de una manera ú otra.

El día en que se narre, y espero que será pronto, la parte que tomaron los profesores yankees en la educación de los negros después de la guerra, este capítulo constituirá una de las páginas más emocionantes de la historia de aquel país. Día vendrá, y no está lejos, en que todo el Sud sepa apreciar este servicio mejor de lo que ha sido apreciado hasta el presente.

#### EL CAPÍTULO IV.—AYUDO Á MIS COMPAÑEROS. ❧ ❧ ❧

Una nueva dificultad surgió en mi vida de colegial, al terminarse mi primer año de Hampton. La mayor parte de los alumnos se fueron á pasar las vacaciones á su casa. Yo no tenía dinero para volver á la mía y me era necesario irme á algún sitio. Por aquel tiempo no había la costumbre de que los alumnos permanecieran en el colegio durante las vacaciones. Experimenté una profunda tristeza viendo hacer á los demás sus preparativos de marcha. Yo no tenía dinero para ir á ningún sitio.

Por entonces poseía un traje, que había adquirido no sé como, que era de segunda mano, pero que estaba todavía en buen estado. Resolví venderlo para procurarme un poco de dinero con que hacer frente al gasto del viaje. Yo era bastante orgulloso y, en mi orgullo de muchacho, hacía todo lo posible por esconder á mis compañeros mi falta de dinero. Hice saber á algunas personas de la ciudad que tenía ropa para vender; y á fuerza de persuasión logré que un negro viniera hasta mi cuarto, á ver mi traje para comprármelo. Después de convencerle cobré ánimos. Al otro día, muy temprano, vi llegar á mi futuro cliente. Después de examinar escrupulosamente el traje prenda por prenda



y luego, procurando acostumbrarme, he hecho aprovechar á otros de mi experiencia.

Yo formaba entre los alumnos más jóvenes de Hampton. La mayor parte de los estudiantes eran hombres ó mujeres de edad madura y algunos de ellos contaban cuarenta años. No es frecuente el privilegio de vivir en compañía de trescientos ó cuatrocientos hombres, poseídos todos del mismo afán de ilustrarse. Cada hora del día estaba consagrada al estudio ó al trabajo. Todos ellos habían estado bastante tiempo en contacto con el mundo para saber apreciar la necesidad de la instrucción. Algunos eran demasiado viejos para estudiar en los libros, y apenas verles esforzarse en vano para aprender las lecciones; pero suplían con la voluntad lo que les faltaba de inteligencia. Muchos otros, además, eran tan pobres como yo, y á la par que con los libros tenían que luchar con la miseria que les privaba de las cosas más indispensables de la vida. Otros tenían padres ancianos que dependían de ellos y otros, finalmente, eran hombres casados que tenían que subvenir, de una manera ú otra, al mantenimiento de sus mujeres.

La gran ambición que les animaba á todos era prepararse á luchar por su raza, cada cual en la medida de sus fuerzas. A su vez era admirable la abnegación de maestros y empleados. Trabajaban por los estudiantes noche y día, y no parecían satisfechos más que cuando podían ayudarles de una manera ú otra.

El día en que se narre, y espero que será pronto, la parte que tomaron los profesores yankees en la educación de los negros después de la guerra, este capítulo constituirá una de las páginas más emocionantes de la historia de aquel país. Día vendrá, y no está lejos, en que todo el Sud sepa apreciar este servicio mejor de lo que ha sido apreciado hasta el presente.

#### EL CAPÍTULO IV.—AYUDO Á MIS COMPAÑEROS. ❧ ❧ ❧

Una nueva dificultad surgió en mi vida de colegial, al terminarse mi primer año de Hampton. La mayor parte de los alumnos se fueron á pasar las vacaciones á su casa. Yo no tenía dinero para volver á la mía y me era necesario irme á algún sitio. Por aquel tiempo no había la costumbre de que los alumnos permanecieran en el colegio durante las vacaciones. Experimenté una profunda tristeza viendo hacer á los demás sus preparativos de marcha. Yo no tenía dinero para ir á ningún sitio.

Por entonces poseía un traje, que había adquirido no sé como, que era de segunda mano, pero que estaba todavía en buen estado. Resolví venderlo para procurarme un poco de dinero con que hacer frente al gasto del viaje. Yo era bastante orgulloso y, en mi orgullo de muchacho, hacía todo lo posible por esconder á mis compañeros mi falta de dinero. Hice saber á algunas personas de la ciudad que tenía ropa para vender; y á fuerza de persuasión logré que un negro viniera hasta mi cuarto, á ver mi traje para comprármelo. Después de convencerle cobré ánimos. Al otro día, muy temprano, vi llegar á mi futuro cliente. Después de examinar escrupulosamente el traje prenda por prenda



me preguntó cuánto quería por él. Respondíle que, á mi juicio, bien valía unos tres dollars. El precio pareció convenirle; pero con la mayor tranquilidad me dijo: «Me quedo con él. Ahora os daré á cuenta cinco sueldos y el resto cuando lo tenga.» No es difícil adivinar el efecto que me hizo esta proposición.

Perdí toda esperanza de poderme marchar de Hampton para encontrar un empleo durante las vacaciones. Mi deseo era ir á algún sitio donde pudiera trabajar y ganarme lo necesario para comprar ropa y otras cosas indispensables. A los pocos días, profesores y alumnos habían partido de Hampton y yo me quedé solo y más abatido que nunca.

Después de algunas pesquisas inútiles en la villa y los alrededores, acabé por encontrar un empleo en un restaurant de Fortress Monroe. Mi salario era apenas suficiente para pagar mi hospedaje. Pero me quedaba mucho tiempo entre las comidas y por la noche, que aprovechaba para mis estudios y para dedicarme á la lectura; desde este punto de vista, el verano me fué muy provechoso.

A fines de mi primer año de colegio debía á la Escuela diez y seis dollars que no había podido pagar en un equivalente de trabajo. Mi único deseo era encontrar medio de procurarme esta suma para saldar mi deuda. La consideraba como una deuda de honor y no hubiera podido tratar de volver á Hampton sin liquidarla de antemano. Hice economías por todos los medios imaginables, lavándome yo mismo la ropa y privándome de las prendas de vestir más necesarias; apesar de todo, el verano tocaba á su fin y yo no había reunido aun los diez y seis dollars.

Un día de la última semana que pasé en el restaurant, encontré debajo de una mesa un billete de diez

dollars, flamante y nuevecito. Aquel hallazgo me llenó de alegría. Pero, habiendo tenido lugar en una casa que no era mía, creí de mi obligación participárselo al dueño. También él pareció alegrarse mucho pero me explicó tranquilamente que, habiéndolo encontrado en su casa tenía derecho á guardarse aquel dinero, y así lo hizo. Debo confesar que aquel golpe fué duro para mí. No digo que me descorazonara porque no recuerdo haber perdido nunca los ánimos en ninguna de mis decisiones. Siempre he tomado una resolución con la idea de llevarla á cabo y nunca he podido soportar á las personas que constantemente disponen de alguna razón para poder demostraros que no lograréis vuestros propósitos. Al revés, aquél que sabe indicarme los medios de que echar mano para realizarlos, me inspira un profundo respeto. Hacia fines de aquella semana, fuí á ver al tesorero del instituto de Hampton y le expuse francamente mi situación. No cupe en mí de gozo cuando me aseguró que podría reanudar mis estudios y que me abriría un crédito hasta que me hallara en condiciones de pagarle. Durante mi segundo año de estudios, continué desempeñando mis funciones de fámulo.

La instrucción sacada de los libros no forma sino la parte mínima de lo que aprendí en Hampton. Lo que más profundamente me impresionó, en mi segundo año de estudios, fué el completo olvido de sí mismos que advertía en los profesores. Me era difícil comprender que pudiera alcanzarse aquel ápice de la abnegación en que sólo se es feliz pensando en los demás. Y antes de terminarse el año había podido experimentar por mí mismo que los más dichosos son, en realidad, aquellos que hacen más por los otros; cosa que me he esforzado en tener presente durante toda mi vida.

Considero también como una de las buenas enseñan-



zas que saqué de Hampton, el haberme familiarizado con la cría de los animales domésticos, y en especial de las mejores clases de aves. Todo estudiante que ha podido darse cuenta de las ventajas que se siguen de una incubación y de una cría razonadas, no se contentará con especies mediocres.

Mi segundo año de estudios me fué sobretodo provechoso para el conocimiento de la Biblia, que aprendí á apreciar en su justo valor. Debo á miss Nathalie Lord, profesora en Portland (Maine), el amor que tengo á la Biblia y el uso que hago de ella. Confieso que, hasta entonces, me había preocupado poco; desde entonces aprendí á amar su lectura no solamente por la edificación interior, sino por el goce literario. Aquellas lecciones me dejaron un recuerdo tan indeleble que, hoy mismo, por ocupado que me encuentre, no dejo de hacer mi lectura cotidiana por la mañana, antes de comenzar mi labor.

Sean cuales sean mis condiciones oratorias, las debo igualmente, en gran parte, á miss Lord. Habiendo observado buenas disposiciones en mí para este arte, dióme lecciones particulares sobre la manera de respirar, la entonación y la articulación. Nunca ha tenido atractivos para mí el hablar por hablar. Creo, á decir verdad, que nada hay tan vano y tan poco satisfactorio como el discutir en público sobre un asunto abstracto. Pero desde mi más tierna infancia he tenido el deseo de hacer alguna cosa para el bien de la Humanidad y de hablar al mundo de esta cosa. Las reuniones para debates oratorios (1) que teníamos en Hampton eran para mí una

(1) Las *sociedades de debates* son muy frecuentes en los Estados Unidos. Cada agrupación de jóvenes, cada escuela ó cada universidad tienen su *debating society*, para ejercitarse en el arte de la palabra.—(N. del T.).

fuente constante de goces intelectuales. Se celebraban todos los sábados por la noche y durante el tiempo de mi permanencia en Hampton, no creo haber faltado á una sola. Por el contrario, logré establecer la costumbre de una nueva reunión. Yo había notado que después de la cena, antes del estudio de la noche, perdíamos ordinariamente veinte minutos en conversaciones fútiles. Unos veinte compañeros resolvimos reunirnos para utilizar este tiempo en discusiones oratorias. Nunca veinte minutos de recreo han proporcionado tanta satisfacción ni tanto provecho.

A fines de mi segundo año de Hampton, gracias á un envío de dinero de mi madre y de mi hermano Juan, completado por un regalo en efectivo de uno de los maestros del instituto, pude volverme á pasar mis vacaciones en Malden, en la Virginia del Oeste.

Llegado á mi casa, supe que las fábricas para la extracción de la sal gemma no funcionaban y que la mina de carbón había dejado de explotarse á causa de la huelga de mineros. Parece que las huelgas se reproducían habitualmente cada vez que los obreros tenían algunos ahorros. Durante la huelga gastaban, naturalmente, todos sus recursos; luego, abrumados de deudas, volvían al trabajo en las mismas condiciones de antes ó se trasladaban á otras minas, lo que les suponía un gasto considerable. En uno y otro caso, su situación era más precaria al acabar que al comenzar la huelga. Hasta la época de las huelgas, yo había conocido en aquella región mineros que hacían buenas economías; pero desde que se presentaron los agitadores de profesión, dejaron de ahorrar hasta los obreros más laboriosos.

Mi madre y los otros individuos de mi familia tuvieron gran contento al verme y especialmente al com-



probar por sí mismos los progresos que había hecho en mis dos años de ausencia. La alegría de todos los negros del lugar, grandes y chicos, y sobre todo la de los más ancianos, era conmovedora. Me vi forzado á hacer una visita á cada familia, á comer un día en cada casa, y, por todas partes, á repetir el relato de mi estancia en Hampton. Me fué preciso, además, hablar en la iglesia, delante de los alumnos de la escuela, y en otros muchos sitios. Pero lo que deseaba con más fervor, es decir, una ocupación, no se encontraba en parte alguna. No había trabajo á causa de la huelga. Mi primer mes de vacaciones se pasó casi entero en buscarme un empleo que me permitiera pagarme mi vuelta y los gastos de reinstalación.

Al acabarse aquel mes hice una gran correría para buscarme colocación. Mis pasos no dieron resultado y la noche se me vino encima antes de regresar á casa. Se me acabaron las fuerzas cuando todavía me faltaba una milla para llegar á ella, no podía dar un paso y tuve que detenerme en una choza abandonada para pasar allí el resto de la noche. Hacia las tres de la madrugada mi hermano me encontró dormido en aquel sitio y me participó lo más dulcemente que pudo que nuestra querida madre había muerto durante la noche.

Fué para mí el momento más triste y más duro de mi vida. Ya hacía muchos años que mi madre no gozaba de buena salud; pero yo estaba lejos de imaginarme, al despedirme de ella la víspera, que no había de verla más y mi deseo había sido siempre que no muriera sin estar yo á su lado. Lo que más me acuciaba, cuando estaba en Hampton, era la ambición de crearme una posición que me permitiera proporcionar á mi madre la mayor alegría y el mayor bienestar posibles. Ella misma nos había confiado su deseo de vivir lo bastante

para ver á sus hijos instruídos y en camino de ser algo en el mundo.

Poco tiempo después de la muerte de mi madre, era extraordinario el desorden en nuestro hogar. Por mucho que se esforzara mi hermana Amanda, era demasiado joven para llevar la casa y mi padre no tenía posición para alquilar una sirvienta. El desarreglo era tal que unos días comíamos y otros ayunábamos. Más de una vez tuvimos que contentarnos con una lata de tomates en conserva y galletas por única comida. Nuestros trajes estaban descuidados, y los alrededores de nuestra vivienda acusaban la desolación del abandono. Me parece que fué el período más negro de mi vida.

Mme. Ruffner, á la que he nombrado más arriba, me recibía siempre con cariño y me ayudó mucho en este período de pruebas. Algunas semanas antes de terminar las vacaciones me proporcionó ocupación en su casa; y además jornales que iba á hacer, un poco lejos de mi choza, en una mina de carbón, me ayudaron á procurarme algún dinero.

Hubo un momento en que pensé tener que renunciar á la idea de mi regreso á Hampton; pero no quería abandonar sin lucha un proyecto que había llegado á echar tales raíces en mi corazón. Necesitaba abrigo para el invierno próximo, y tuve que contentarme con algunas ropas que mi hermano Juan me procuró. No tenía, por consiguiente, trajes ni dinero; pero contaba con lo suficiente para llegar á Hampton y cuando me convencí de ello, volví á cobrar esperanzas. Una vez en Hampton mi suerte estaba asegurada, porque, como los otros años, podía hacerme útil, desempeñando mi oficio de fámulo y de este modo pasar, sin más gastos, un nuevo año de estudios.

No faltaban más que tres semanas para reanudarse



las clases, cuando me llegó una agradable sorpresa bajo la forma de una carta de miss Marie F. Mackie, la directora, mi excelente amiga, rogándome que regresara á Hampton quince días antes de la apertura de curso para ayudarla en la limpieza y arreglos que tenían que hacerse en el colegio. Mi situación se despejaba por completo. Era una buena ocasión de que me abrieran un crédito en los libros del tesorero. Y salí para Hampton en seguida.

Durante dos semanas fui testigo de un ejemplo que no olvidaré jamás. Miss Mackie pertenecía á una de las más antiguas y distinguidas familias del Norte; sin embargo, por espacio de quince días, trabajó á mi lado, limpiando ventanas, sacudiendo muebles, arreglando camas ¿qué sé yo? No habría estado satisfecha si se hubieran abierto las clases sin que todos los cristales de las ventanas resplandecieran de limpieza; y todos los años hacía este trabajo por sí misma con la mayor alegría.

Yo no podía comprender que una dama de su linaje y de su inteligencia se empleara en oficios tan vulgares para contribuir al enaltecimiento de una raza desdichada, pero su ejemplo ha bastado después para sublevarme agriamente contra las escuelas para negros que no enseñan á sus educandos la dignidad del trabajo.

Durante mi último año de estancia en Hampton, cada minuto que me dejaban libre mis ocupaciones, lo dedicaba al estudio. Quería hacer estudios brillantes aquel año para figurar en la lista de honor de los oradores en la distribución de premios. Logré el éxito soñado y en el mes de junio de 1875 terminaba el curso regular de estudios en Hampton. Todo el bien que he sacado de mis años de pensión en aquella casa, puede

atribuirse á dos causas principales: en primer lugar al trato directo con un grande hombre; el general S. C. Armstrong, que, ya lo he dicho, realizaba, en mi concepto, el carácter más escogido, más vigoroso y más noble que me haya sido dado frecuentar. En segundo lugar el haber comprendido por la primera vez y claramente lo que la instrucción debía significar para el hombre.

Hasta entonces yo había compartido la idea que tenían casi todos los negros, según la cual instruirse quiere decir proporcionarse una vida agradable y fácil y eximirse de todo trabajo manual. En Hampton no solamente aprendí que el trabajo no deshonra, sino que comencé á amar el trabajo independientemente de lo que reporta en dinero; por sí mismo, por la confianza que nos dá en nuestras fuerzas, y por la independencia que se origina de la aptitud para producir una cosa necesaria á los hombres. En Hampton, también por la primera vez, comprendí lo que es una vida de abnegación y hasta qué punto el interés por los otros contribuye al propio bienestar.

No tenía un céntimo en el bolsillo cuando hice mis exámenes de fin de curso. Como otros estudiantes de Hampton, que se hallaban en idéntica situación, encontré un empleo de mozo en un hotel de verano, en el Connecticut; un préstamo me sirvió para trasladarme allí. No me fué necesario largo tiempo para vencerme de mi ignorancia en el arte de servir la mesa; sin embargo, el dueño del establecimiento me trató como á un mozo experimentado. A los pocos días me confió una mesa donde comían cuatro ó cinco clientes ricos y casi aristócratas. Mi ignorancia del arte de servir era tal que, reprendiéndome ellos agriamente, escapé lleno de miedo dejándoles delante de una mesa



vacía. Esta conducta me valió el ser retrogradado de mozo de hotel á pinche de cocina. Mientras tanto quise aprender á servir la mesa y me apliqué con tal fervor, que algunas semanas después el dueño me reintegraba en mis funciones. Mas tarde, viajando, me he detenido algunas veces en aquel hotel donde había servido como mozo.

A fines de temporada volví á mi casa y me nombraron director de la Escuela de negros. Aquí empieza el período más dichoso de mi vida. Tenía la convicción de que iba á ser útil á mis conciudadanos haciéndoles conocer un ideal de vida más alto y tratando de inculcar á los jóvenes de Malden la idea de que la instrucción no se encuentra en los libros solamente.

Mi labor comenzaba á las ocho de la mañana y, en general, no acababa hasta las diez de la noche. Además de la instrucción reglamentaria dada en todas partes, yo ayudaba á mis discípulos á aprender el arte de peinarse los cabellos, de lavarse las manos y la cara y de cuidar sus vestidos. Esforzábame sobre todo en demostrarles la necesidad del baño y del cepillo para los dientes porque durante toda mi carrera de enseñanza he estado y continúo estando convencido de que el cepillo para los dientes es uno de los agentes más poderosos de la civilización.

Había tantas personas de la villa á quienes el deseo de instruirse, apesar de su labor cotidiana, mordía las entrañas, que se impuso la necesidad de abrir clases nocturnas. Estas clases se vieron pronto tan concurridas como las de día. Verdaderamente admiraba considerar los esfuerzos de aquellos hombres y aquellas mujeres algunos de los cuales contaban más de cincuenta años.

No solamente atendía yo á las clases de día y á las de noche, sino que establecí además un salón de lectura

y una sociedad de debates oratorios. Los domingos hacía dos «escuelas dominicales»: una, á tres millas de Malden, por la mañana, y otra por la tarde en Malden mismo. Fuera de esto, daba algunas lecciones particulares á muchachos que se preparaban para ingresar en el instituto de Hampton. A todos prodigaba la instrucción sin preocuparme de remuneraciones y cuando se me presentaba el caso de ser útil á alguien era completamente feliz. Hay que hacer constar que, como maestro, el Estado me asignaba un sueldo.

Mientras hacía mis estudios en Hampton, mi hermano mayor me había ayudado con todas sus fuerzas, á la vez que trabajaba en las minas para subvenir á los gastos y manutención de toda la familia. Este constante trabajo le había privado de instruirse. Mi más ardiente deseo, por lo tanto, era ayudarle á mi vez; prepararle para entrar en Hampton y hacer las economías necesarias para que pudiera pagar todos sus gastos en la Escuela. Tuve la satisfacción de lograrlo. Hizo allí sus tres años de estudios y actualmente es director de la enseñanza profesional en Tuskegee. A su regreso de Hampton juntamos nuestros esfuerzos y nuestras economías para enviar igualmente á nuestro hermano adoptivo James á la Escuela. Lo logramos también y actualmente es director del correo en Tuskegee. El año 1877, que fué el segundo de mi permanencia en Malden, no se diferenció sensiblemente del primero.

Por aquel tiempo fué cuando funcionaron con mayor actividad los «Ku-Klux-Klan.» Estos *Klan* los formaban unos cuantos hombres asociados con objeto de vigilar la actitud de los negros, sobre todo en materia política. En cierto modo podían compararse á las «patrullas» de que yo había oído hablar en mi niñez. Las «patrullas» estaban formadas de muchachos blancos que espiaban



todos los actos de los esclavos y les impedían trasladarse, por las noches, de una plantación á otra sin pasaporte, ó reunirse en *meetings* sin la presencia de un blanco, por lo menos.

Los «Ku-Klux» operaban como las «patrullas» principalmente por la noche, pero eran mucho más crueles que éstas. En el fondo aspiraban á sofocar en el negro todo germen de ambición política; pero no se limitaban á esto; incendiaban las escuelas y las iglesias y causaban gran número de víctimas inocentes. Durante aquel período muchos negros perdieron su vida.

Las atrocidades de aquellas turbas desenfundadas, causaron profunda impresión en mi espíritu de muchacho. Fui testigo de una escaramuza que tuvo lugar en Malden, entre negros y blancos. Había, en cada campo, un centenar de hombres; y muchos de entre ellos fueron gravemente heridos como el general Lois Ruffner, el marido de mi buena amiga la señora Viola Ruffner. El general Ruffner, quiso tomar la defensa de los negros y se vió derribado, recibiendo heridas tan graves, que nunca pudo restablecerse por completo. El espectáculo de aquella lucha me arrebató toda esperanza sobre el porvenir de mi raza en América, y fueron aquellos días sombríos, tal vez los más tristes de la época de mi regeneración.

He hecho alusión á aquel triste episodio de la historia de los Estados del Sud, únicamente para hacer notar el cambio que se ha producido desde los tiempos del «Ku-Klux». Ya no hay rastro de semejantes asociaciones; su propia existencia ha caído en el olvido general; hoy quedan pocos sitios, en el Sud, donde la conciencia pública, tolerase la existencia de semejantes organismos.

## CAPÍTULO V. — LOS DÍAS DE LA REGENERACIÓN. 7878

El lapso de tiempo comprendido entre 1867 y 1878 puede llamarse en mi concepto, el período de la «regeneración.» Comprende el tiempo que pasé como estudiante en Hampton y como Director de la Escuela en Malden. Dos ideas principales privaban por entonces en la conciencia de los educandos negros: el apasionamiento ciego por los estudios clásicos (griego y latín) y la ambición de llegar á ser empleados del Gobierno.

No era dable esperar que un pueblo del que muchas generaciones habían vivido en la esclavitud y en las más profundas tinieblas de la ignorancia, comprendiera, desde el primer momento, el verdadero alcance de la educación. Durante el período de la regeneración, las clases diurnas y nocturnas en todos los Estados del Sud, rebosaban de alumnos de todas clases y condiciones. Algunos tenían sesenta y setenta años. Este deseo de instruirse era indudablemente laudable y alentador. Pero la idea general que, desgraciadamente, animaba á la mayoría de aquellos alumnos era que, una vez instruidos, iban á verse libres de toda preocupación en este mundo ó, cuando menos, de todas las fatigas que acarrea el trabajo manual. También creían que el conocimiento, aunque fuese superficial, de las lenguas griega ó latina, convertían al hombre en un ser casi sobre-



todos los actos de los esclavos y les impedían trasladarse, por las noches, de una plantación á otra sin pasaporte, ó reunirse en *meetings* sin la presencia de un blanco, por lo menos.

Los «Ku-Klux» operaban como las «patrullas» principalmente por la noche, pero eran mucho más crueles que éstas. En el fondo aspiraban á sofocar en el negro todo germen de ambición política; pero no se limitaban á esto; incendiaban las escuelas y las iglesias y causaban gran número de víctimas inocentes. Durante aquel período muchos negros perdieron su vida.

Las atrocidades de aquellas turbas desenfundadas, causaron profunda impresión en mi espíritu de muchacho. Fui testigo de una escaramuza que tuvo lugar en Malden, entre negros y blancos. Había, en cada campo, un centenar de hombres; y muchos de entre ellos fueron gravemente heridos como el general Lois Ruffner, el marido de mi buena amiga la señora Viola Ruffner. El general Ruffner, quiso tomar la defensa de los negros y se vió derribado, recibiendo heridas tan graves, que nunca pudo restablecerse por completo. El espectáculo de aquella lucha me arrebató toda esperanza sobre el porvenir de mi raza en América, y fueron aquellos días sombríos, tal vez los más tristes de la época de mi regeneración.

He hecho alusión á aquel triste episodio de la historia de los Estados del Sud, únicamente para hacer notar el cambio que se ha producido desde los tiempos del «Ku-Klux». Ya no hay rastro de semejantes asociaciones; su propia existencia ha caído en el olvido general; hoy quedan pocos sitios, en el Sud, donde la conciencia pública, tolerase la existencia de semejantes organismos.

## CAPÍTULO V. — LOS DÍAS DE LA REGENERACIÓN. 7878

El lapso de tiempo comprendido entre 1867 y 1878 puede llamarse en mi concepto, el período de la «regeneración.» Comprende el tiempo que pasé como estudiante en Hampton y como Director de la Escuela en Malden. Dos ideas principales privaban por entonces en la conciencia de los educandos negros: el apasionamiento ciego por los estudios clásicos (griego y latín) y la ambición de llegar á ser empleados del Gobierno.

No era dable esperar que un pueblo del que muchas generaciones habían vivido en la esclavitud y en las más profundas tinieblas de la ignorancia, comprendiera, desde el primer momento, el verdadero alcance de la educación. Durante el período de la regeneración, las clases diurnas y nocturnas en todos los Estados del Sud, rebosaban de alumnos de todas clases y condiciones. Algunos tenían sesenta y setenta años. Este deseo de instruirse era indudablemente laudable y alentador. Pero la idea general que, desgraciadamente, animaba á la mayoría de aquellos alumnos era que, una vez instruidos, iban á verse libres de toda preocupación en este mundo ó, cuando menos, de todas las fatigas que acarrea el trabajo manual. También creían que el conocimiento, aunque fuese superficial, de las lenguas griega ó latina, convertían al hombre en un ser casi sobre-



humano. Recuerdo perfectamente la admiración y la envidia que despertó en mí el primer negro á quien oí hablar un poco en lengua extranjera.

La mayor parte de los negros que se instruían, se hacían luego maestros ó pastores (sacerdotes.) Aunque muchos de ellos eran capaces, graves y piadosos, la mayor parte profesaban la enseñanza ó el sacerdocio, esperando llevar una vida más reposada y fácil. Entre los maestros había algunos cuya ciencia se limitaba á escribir su nombre. Uno de estos buscaba local por los alrededores de nuestra casa y habiéndole preguntado incidentalmente qué pensaba enseñar á sus alumnos respecto á la forma de la tierra, respondió que estaba dispuesto á enseñar que la tierra era plana ó redonda, según lo que quisiera la mayoría de sus clientes.

Pero este falso concepto de la educación se reflejó principalmente en la carrera sacerdotal, que todavía se resiente de él, á pesar de los cambios verificados en la opinión, no tan sólo por la ignorancia, si no también por la inmoralidad de los que se decían «llamados á predicar la buena nueva.» Pudo notarse que en los primeros días que sucedieron á la emancipación, todo negro recibía una de esas «llamadas á la predicación» apenas comenzaba á conocer las letras. En la Virginia del Oeste, donde yo habitaba, el procedimiento era curiosísimo. El sujeto en cuestión, recibía de ordinario «la llamada» en la iglesia. Caía en tierra, como herido de una bala y permanecía allí unas cuantas horas sin voz ni movimiento. Entonces corría la voz de que había recibido una «llamada». Si se le ocurría negarse á aquella inspiración celeste, volvía á caer una y otra vez y no le quedaba otro remedio que ceder. Recuerdo que, deseando sinceramente instruirme, yo me vi atormentado, al principio de mi instrucción, por el temor de re-

cibir, cuando supiera leer y escribir, una de esas «llamadas»; pero no sé por qué no la recibí jamás.

Cuando se hace el recuento de todos los hombres, ignorantes ó instruidos, que profesaban el sacerdocio, se comprende que el número de pastores era más que suficiente. Yo conozco una iglesia que sobre doscientos miembros, contaba recientemente diez y ocho pastores. Pero de todas maneras, repito, que el nivel intelectual del sacerdote ha subido en la mayoría de las comunidades del Sud, y creo que, dentro de unos treinta años, el número de los malos disminuirá notablemente. Conviene advertir que las «llamadas» ya no son tan frecuentes y que cada día crece el número de negros que, al acabar sus estudios, escogen una profesión industrial. Entre el personal de enseñanza es todavía mayor el progreso.

Como el hijo confía en su madre para todo lo que necesita, nuestras gentes del Sud confiaban en el gobierno federal durante el período de su regeneración. Era muy natural. El gobierno les había dado la libertad; durante más de dos siglos toda la nación se había enriquecido con el trabajo de los negros. Yo no he podido perdonarle nunca al gobierno federal el no haberse preocupado de asegurar á los negros, desde el mismo día de la emancipación, los recursos suficientes para prepararse con más libertad al cumplimiento de sus nuevos deberes cívicos.

Pero es fácil criticar y recetar lo que hubiera debido hacerse; tal vez los que estaban al frente del gobierno hicieron lo único que entonces era factible. A pesar de todo, cuando pienso en aquel primer período de nuestra libertad, no puedo menos que lamentar el que no se pensara en formular una ley sometiendo el ejercicio del voto á la previa justificación de un cierto gra-



do de instrucción, de una porción determinada de propiedad ó de ambas cosas á la vez; ley que hubiera sido necesario aplicar imparcial y honradamente á las dos razas.

Aunque muy joven, yo sentía que se estaban cometiendo desaciertos en la dirección de la cosa pública y que aquello no podía prolongarse largo tiempo. Veía igualmente que la política del período de regeneración en lo que concernía á mi raza, descansaba sobre principios falsos y que era artificial y estrecha. Se utilizaba la ignorancia de los negros para procurar á los blancos los mejores cargos públicos. Por otra parte, había en los Estados del Norte, un partido que, para vengarse de los blancos del Sud, obligaba á los negros á aceptar posiciones que les colocaban por encima de sus enemigos. En resumidas cuentas ¿quién, sino el negro, había de resentirse? Además de que esta fiebre política distraía á los negros de lo que era entonces más importante para ellos: el aprendizaje de los oficios á su alcance y la adquisición de un poco de propiedad.

Tuve un momento la fuerte tentación de lanzarme á la política; pero el sentimiento de que podría hacer obra más útil preparando una raza fuerte por medio de una sólida educación á la vez intelectual, profesional y moral, me apartó de semejante idea. He conocido negros, miembros legislativos de los Estados y funcionarios civiles, que no sabían leer ni escribir y que dejaban mucho que desear desde el punto de vista de la inteligencia y la moralidad.

No hace mucho tiempo pasaba yo por una de las calles de cierta ciudad del Sud, cuando oí que varios albañiles, desde lo alto del andamio donde trabajaban, llamaban á uno de sus ayudantes con el nombre de «Gobernador» para decirle que se diera prisa en subirles

unos cuantos ladrillos que faltaban. Muchas veces les oí decir: «Date prisa, Gobernador.» Picado de curiosidad quise informarme sobre la identidad de aquel gobernador y supe, que, en efecto, había ocupado, en un momento dado, el cargo de gobernador en el Estado á que pertenecía.

Pero no todos los negros que, por aquel tiempo, fueron investidos de altas funciones políticas eran indignos de ellas. Algunos, como B. K. Bruce, el gobernador Pinchback y muchos otros, eran hombres graves, íntegros y útiles. Aún entre los designados con el apodo de *carpet baggers* (1) los había, como el gobernador Bullock de la Georgia y otros muchos, que eran hombres de carácter y prestaron grandes servicios.

Faltos por completo de instrucción y de experiencia política, los negros, cometieron, naturalmente, como cualquier otro pueblo que se hubiera hallado en sus mismas condiciones, yerros enormes. Los blancos de los Estados del Sud siguen creyendo que, si hoy día se les concedieran á los negros derechos políticos más ó menos restringidos, volverían á caer en los mismos errores de entonces. En mi concepto esta opinión es exagerada, porque el negro tiene más experiencia y más instrucción que hace treinta y cinco años, y porque, además, ha aprendido, á costa suya, que no puede prescindir del concurso de sus vecinos, los blancos del Sud. Estoy más convencido que nunca de que el problema del porvenir político de mi raza estará resuelto cuando los Estados, creyendo oportuno modificar su legislación electoral, elaboren leyes imparciales y honradas que puedan aplicarse por igual á entrambas razas.

(1) *Mozos de equipajes*; porque, con una maleta en la mano, sin propiedad ni domicilio, cayeron sobre el Sud para aprovecharse del desorden que sucedió á la guerra.—(N. del T.).



Mis diarias observaciones en el Sud me hacen creer que toda otra táctica resultaría injusta para el negro, para el blanco y para los demás Estados de la Unión y sería, como la esclavitud, una iniquidad que habríamos de pagar un día u otro.

Durante el otoño de 1878, después de haber enseñado dos años en la escuela de Malden y de haber preparado para su ingreso en Hampton á mis dos hermanos y á varios jóvenes y muchachas, resolví irme á pasar unos cuantos meses á Washington, para continuar allí mis estudios. Mi estancia duró ocho meses. El provecho que saqué de aquellos estudios fué abundante y al mismo tiempo, gracias á ellos, entré en relación con algunos hombres y algunas mujeres de extraordinario carácter. En aquella institución no se daba ninguna enseñanza profesional, lo que me permitió establecer su comparación con la de Hampton, donde tanta importancia se concede á esta enseñanza. En Washington, noté que los discípulos eran, más ricos, iban vestidos á la última moda y, en ocasiones, parecían más inteligentes. La organización de Hampton permitía á ciertos alumnos continuar sus estudios á expensas de algunas personas que la administración se encargaba de buscar; pero, en general, discípulos y discípulas venían obligados á subvenir á sus propios gastos de pensión y á pagar su material de clases, sus trajes y su habitación, ya totalmente con su trabajo, ya parte con su trabajo y parte con su dinero. En Washington la mayoría de los estudiantes encontraba el modo de hacerse pagar, en una u otra forma, sus gastos personales; en Hampton, el estudiante debía bastarse á sí mismo gracias á su trabajo manual, lo que era extremadamente importante para la formación del carácter. De aquí que los estudiantes de Washington fueran menos independientes, y

parecieran conceder más atención á las apariencias; en una palabra, no me hacían el efecto de poseer un fondo tan sólido como los de Hampton; si tenían mayor conocimiento del griego y del latín, me parecían, en cambio, menos al corriente de las verdaderas exigencias de la vida que, más tarde, en sus hogares, debían presentárseles. Después de vivir cómodamente dos años estaban poco dispuestos para regresar á los distritos rurales de los Estados del Sud, donde toda comodidad faltaba y preferían á esto el empleo de mozos de hotel ó de factores en los *pulmann-cars*.

Durante mi permanencia en Washington, la ciudad estaba atestada de negros de los que una gran parte acababa de llegar del Sud. Contribuía, en mucho, á esta influencia la idea de que la vida allí era fácil. Algunos se habían procurado plazas inferiores en la administración; los otros, más numerosos, esperaban que el Gobierno les empleara. Había negros de cierta posición, que se sentaban en la Cámara de diputados y uno de ellos, el honorable B. K. Bruce, tenía un sitio en el Senado. Todo esto contribuía á hacer de Washington un lugar lleno de atractivos para los negros. Estos sabían, además, que en el distrito de la Colombia podían apelar á la protección de la ley. Las escuelas públicas de Washington eran mejores que las de otras partes. Y allí pude yo hacer, sobre mi pueblo, un estudio de costumbres que me interesó vivamente. Si, por una parte, había un contingente respetable de hombres de valer y de buenos ciudadanos, comenzaba á dibujarse, por otra parte, una clase demasiado numerosa cuya ligereza de espíritu me causaba serias inquietudes. He visto jóvenes negros, cuyas rentas no pasaban de cuatro dollars por semana, derrochar la mitad el domingo, paseando en coche por la avenida de Pennsylvania, para convencer



á los demás de que eran millonarios; otros, á quienes el Gobierno pagaba de setenta y cinco á cien dollars mensuales, llegaban al cabo del mes llenos de deudas; y, finalmente, otros que meses antes formaban parte del Congreso, al perder su empleo, se quedaban en la miseria. Los había que para todo contaban con el Gobierno; no había ambición en ellos; hubieran querido que se crearan empleos para su uso particular. ¡Cuántas veces he deseado luego tener el mágico poder necesario para trasladar á la gran masa de aquella población á los campos y encariñarla con la tierra, base inmutable que no engaña nunca, reservorio de la Naturaleza de donde han arrancado, lenta y penosamente, pero llenas de seguridad, todas las naciones y todas las razas que debían alcanzar más tarde un grado capital de civilización!

Yo he visto en Washington que las muchachas, cuyas madres eran lavanderas, aprendían el oficio de sus madres, y luego, cuando tenían la edad suficiente, frecuentaban las escuelas públicas durante seis ú ocho años. Al terminar sus estudios tenían, en materia de tocados, pretensiones muy poco en relación con su estado, porque sus necesidades habían aumentado en número, mientras que sus medios no habían crecido en proporción y los seis ú ocho años de estudio habían servido únicamente para hacerles tomar horror al oficio de sus madres. Con mucha frecuencia era aquello causa de que se perdieran. ¡Cuánto más prudente habría sido proporcionar á aquellas jóvenes, al mismo tiempo que una sólida cultura intelectual, en idiomas ó en matemáticas, un oficio del que podrían haber hecho aprendizaje según los mejores y más recientes métodos!

## EL CAPÍTULO VI.—LA RAZA NEGRA Y LA RAZA ROJA. ✎

Durante mi permanencia en Washington y antes de ella, se había originado un serio movimiento en demanda de que la capitalidad de la Virginia del Oeste, localizada en Wheeling, se trasladara á otra ciudad más céntrica. La Legislatura había designado tres ciudades sobre las cuales tenía que recaer la votación. Una de ellas, Charleston, no estaba más que á unas cinco millas de Malden, mi residencia. A fines de mi año escolar en Washington, tuve la agradable sorpresa de recibir una invitación del comité de blancos de Charleston, pidiéndome que hiciera una excursión por el Estado para sostener los intereses de su ciudad. Accedí á la demanda y durante tres meses pronuncié algunos discursos en las diferentes localidades del Estado. Charleston se llevó la victoria y, desde entonces, ha sido sede permanente del Gobierno.

La reputación que como orador me conquisté durante aquella campaña inspiró á muchas personas la idea de inclinarme á la política. Como anteriormente, supe resistir á aquellas insinuaciones, convencido como estaba de poder prestar mayores servicios á mi raza desde



otro terreno. Ya entonces abrigaba la profunda creencia de que lo que, por encima de todo le interesaba á nuestro pueblo, era obtener un poco de instrucción, de habilidad industrial y de propiedad, cosas más dignas de sus esfuerzos que los engrandecimientos debidos á los manejos políticos. Y por lo que á mí propio se refería, aunque me reconociera capaz de triunfar en la carrera política, no se me ocultaba que el entregarme á ella habría sido satisfacer una ambición egoísta en detrimento de un deber ineludible y urgente: el de trabajar por la educación de mi pueblo.

Por aquel tiempo, los negros que estudiaban querían hacerse abogados ó diputados y las mujeres maestras de música. Pero, en mis adentros, ya sentía yo la importancia de otras muchas cosas que debían hacerse antes de preparar el camino á los grandes abogados, á los diputados y á los maestros de música.

Esto me recordaba la historia de un negro que, durante los días de la esclavitud, quería aprender á tocar la guitarra. Dirigióse en consecuencia, á uno de sus dueños, quien no teniendo más que una confianza muy limitada en las aptitudes musicales del esclavo, le dijo así, para apartarle de su idea: «Querido Jack, estoy dispuesto á enseñarte yo mismo, á tocar la guitarra; pero te haré pagar tres dollars por la primera lección, dos por la segunda, uno por la tercera y veinticinco céntimos por la última.» — Jack le respondió: «Patrón, acepto el trato, pero á condición de que comencemos por la última lección.»

Apenas terminada mi campaña en favor de Charleston, recibí una nueva sorpresa que me colmó de alegría. El general Armstrong me mandó una carta pidiéndome que asistiera á la apertura de curso en Hampton y pronunciara en ella el llamado «discurso de los es-

tudiantes laureados.» Nunca me habría atrevido á soñar con semejante distinción. Preparé el mejor discurso de que era capaz, tomando por tema: «La fuerza que triunfa.»

Para trasladarme á Hampton y pronunciar este discurso, tuve que volver á hacer el mismo camino que había recorrido seis años antes para comenzar mis estudios. Esta vez hice en ferrocarril todo el trayecto y el contraste entre ambos viajes no cesaba de ocupar mi imaginación. Creo poder afirmar, sin que se me acuse de vanagloria, que acontece raramente el que cinco años produzcan un cambio tan radical en la vida de un hombre.

Los maestros y los discípulos de Hampton me recibieron con los brazos abiertos. Pude comprobar que, desde mi partida, el instituto había sabido ponerse cada día más al alcance del pueblo y de sus verdaderas necesidades; enseñanza profesional y estudios clásicos, hacían allí reales adelantos. La escuela no estaba formada á imitación de otra ninguna; todas sus mejoras se debían á la superior iniciativa del general Armstrong; dictadas siempre por las exigencias del momento, tendían únicamente al bien de nuestro pueblo. Acontece con frecuencia que, al civilizar las razas inferiores, misioneros y educadores ceden á la tentación de reproducir en ellas lo que se ha hecho en otros países situados á considerable distancia de lugar ó tiempo. Esto equivale á aplicar á diversos sujetos el mismo sistema de educación, sin tener en cuenta su estado intelectual, ni el fin que se persigue; ciertamente, no pasaban así las cosas en Hampton.

Todo el mundo pareció contento de mi discurso en la apertura de clases y con este motivo se me prodigaron elogios alentadores y cariñosos. Vuelto apenas á



mi casa en la Virginia del Oeste, para reanudar mis clases, recibí otra carta del general Armstrong, llamándome á Hampton donde me ofrecía continuar mis estudios, si consentía en encargarme á la vez de una parte de la enseñanza. Esto acontecía en el verano de 1879. Ya se recordará que, apenas llegado á la Virginia del Oeste, yo había escogido cuatro discípulos inteligentes, además de mis dos hermanos, y me había ocupado especialmente de ellos con el designio de prepararles para su ingreso en Hampton. Les admitieron sin dificultad ninguna y les encontraron tan bien preparados que, apenas llegados á la escuela, les hicieron saltar buen número de clases. A esto debía ahora el honor de ser llamado á Hampton como maestro. Entre los jóvenes que había preparado para su ingreso, se encontraba el hoy doctor Samuel E. Courtney, médico famoso de Boston y miembro del Consejo de Instrucción en aquella ciudad.

Por aquel entonces deseaba, además, el general Armstrong hacer un nuevo ensayo: la educación de los indios en Hampton. En general, negábase que los indios fueran capaces de recibir ni de aprovechar una instrucción.

Sin embargo, el general Armstrong quería hacer su experiencia en gran escala. Hizo venir de los Estados del Oeste más de cien indios salvajes completamente ignorantes y en su mayor parte jóvenes. Me recomendó que ejerciera una vigilancia paternal sobre aquellos muchachos indios; yo debía habitar el mismo pabellón que ellos; mantener la disciplina, cuidar de sus cuartos, de sus vestidos, etc. La oferta era tentadora, pero me alejaba de mi obra en la Virginia del Oeste á la que me había entregado con tal entusiasmo, que sentí un vivo

dolor al abandonarla. Lo hice, sin embargo, porque no habría sabido negarle nada al general Armstrong.

En Hampton, tuve que instalarme con setenta y cinco muchachos indios; yo era, entre ellos, el único representante de mi raza. Al principio dudaba de mi capacidad para sacar partido de mis nuevos discípulos.

Sabía que, en general, el indio se consideraba por encima del blanco y con mucha más razón por encima del negro, que se había dejado condenar á la esclavitud, cosa que un indio no habría soportado nunca. Por el contrario, los indios tenían esclavos en los tiempos de la esclavitud.

La idea de hacer obra de civilización entre los indios de Hampton, había sido generalmente acogida con bastante escepticismo. Era una razón más para que yo procediera con circunspección, sintiendo todo el peso de mi responsabilidad. No tardé en ganarme la confianza entera y plena de mis indios, y, me atreveré á decir, su afecto y su respeto. Comprendí que, poco más ó menos como todos los seres humanos, eran sensibles á la bondad y rebeldes á la violencia. Su constante deseo consistía en hacer algo por serme agradables. Lo que más les contrariaba, era romper con su costumbre de llevar los cabellos largos, envolverse en mantas de lana por único vestido y fumar; pero el americano de piel blanca no considera como civilizado más que al hombre que viste como él, se alimenta como él, habla su misma lengua y practica su propia religión.

Una vez en posesión de la lengua inglesa, tenían los indios la misma facilidad para aprender un oficio ó seguir sus estudios que las gentes de mi raza.

Era verdaderamente conmovedor para mí, ver con qué alegría los negros ofrecían sus servicios á los indios. Algunos había que miraban con malos ojos lo que



creían una intrusión; pero eran los menos. Cuando se les pedía que aceptaran á los indios como compañeros de cuarto para acostumbrarles á hablar inglés y á adquirir costumbres de hombre civilizado, no se negaban nunca.

¿Cuántas instituciones de blancos habrían acogido en su seno, con tal cordialidad, cien compañeros de una raza distinta? Y sin embargo, convendría decir á los estudiantes de la raza blanca que se realzan en proporción de lo que hacen por realzar á las otras y que cuanto más infortunada y abyecta es una raza, más se engrandece el que le presta su ayoyo.

Esto me recuerda una entrevista que tuve con Federico Douglass. (1) Me hablaba éste de un viaje suyo en Pennsylvania durante el cual se vió obligado, á causa del color de su piel, á trasladarse al vagón de mercancías, no obstante haber pagado su billete como los demás. Algunos blancos fueron á hablarle manifestándole el sentimiento que les causaba ver que le degradaban así; pero él se irguió sobre su maleta, que le servía de asiento, contestando: «Nadie es capaz de degradar á Federico Douglass; al alma que está en mí, no le llega ningún hombre. No soy yo el degradado por esta injuria, sino los que han querido hacérmela.»

Yo mismo he sido testigo de un incidente muy curioso en una región donde la ley exige todavía la separación de razas en los ferrocarriles y que demuestra que, en ocasiones, es difícil de precisar el límite que divide una raza de otra.

Tratábase de un negro que era verdaderamente ne-

(1) Federico Douglass (1817-1895) era, como Booker Washington, un antiguo esclavo y un orador popular. Fué un gran agitador anti-esclavista.—(N. del T.)

gro, puesto que los suyos lo reconocían como tal, pero de una piel tan blanca, que habría engañado al conoedor más hábil. Este hombre viajaba en un vagón de negros. Cuando pasó el revisor, quedó perplejo; si era negro, no quería enviarle al vagón de los blancos; si era blanco no quería hacerle la injuria de preguntarle si era negro. Examinóle cuidadosamente, le miró los cabellos, los ojos, la nariz y las manos; su perplejidad seguía siendo la misma. Finalmente, para convencerse, tuvo la idea de bajar los ojos y de mirarle los pies. Ahora, dije entre mí, vas á salir de dudas; y, en efecto, el empleado se marchó dejando al negro donde le había encontrado. Yo me alegré infinito de que mi raza no se hubiera visto privada de uno de sus miembros.

Creo que puede juzgarse de la distinción de un hombre por su manera de relacionarse con los hombres de una raza menos favorecida que la suya. No hay más claro ejemplo de esto, que el del antiguo propietario de los Estados del Sud cuando se encuentra en contacto con sus esclavos de otro tiempo ó con los descendientes de éstos.

Jorge Washington, es también, un claro ejemplo de lo que digo. Cuéntase de él que encontrándose un día con un negro que le saludó cortésmente, le devolvió el saludo. Tacharon su acto de condescendencia superflua y respondió: «Vosotros querriais que un negro ignorante y pobre fuera más cortés que yo.»

Durante mi permanencia en Hampton, mis relaciones con los indios me revelaron, más de una vez, los singulares efectos que producen los sentimientos de casta. Sucedió que uno de los muchachos indios cayó enfermo y fué preciso acompañarle á Washington y presentarle al ministerio del Interior para que le firmaran un pasaporte que le permitiera regresar á su «reserva-



tion» (1) del Oeste. Todavía entonces estaba yo poco al corriente de los usos del mundo.

Ya en el vapor que nos trasladaba á Washington, tuve buen cuidado de esperar á que la mayor parte de los viajeros hubiera terminado su comida, antes de acercarme á la mesa; pero, no por eso, el *maitre d'hotel* dejó de manifestarme muy cortésmente en cuanto nos vió aparecer por el comedor, que únicamente el indio podría hacerse servir. Yo me preguntaba de qué modo habría sabido establecer la diferencia entre nosotros dos, dado que casi teníamos el mismo color de piel. Pero parece que aquel *maitre d'hotel* era un experto en la materia. En Hampton me habían dado las señas de un hotel de Washington donde debíamos alojarnos. Pero también allí se reprodujeron las objeciones: podían alojarse á mi protegido; yo tuve que marcharme á otro sitio.

Todavía hube de presenciar algún tiempo después, un hecho análogo. Me encontraba en una ciudad un día en que toda la población era pábulo de una indignación tan grande, que hacía temer algunos linchamientos. Lo que había ocasionado aquella agitación, era sencillamente la llegada de un hombre de color sombrío que había tenido la audacia de hacerse recibir en un hotel de la localidad. Pero bien pronto se calmó la furia popular. Súpose que se trataba de un marroquí, que hablaba inglés. El inocente autor de aquel tumulto juzgó prudente no volver á hablar inglés en su vida.

A fines de mi primer año de permanencia entre los indios, me fué ofrecido un cargo que siempre consideraré como un medio que me envió la Providencia para

(1) Llámase «reservation» á los territorios concedidos por el gobierno federal á las tribus indias donde éstas viven bajo la protección y vigilancia de los agentes federales.—(N. del T.)

prepararme á mi obra ulterior de Tuskegee. El general Armstrong había notado que gran número de muchachas y muchachos negros, llenos de deseo de instrucción, no podían satisfacer este deseo por falta de medios con que pagar su pensión y adquirir libros. Entonces concibió la idea de fundar una clase nocturna en relación con el instituto. Un número determinado de alumnos y alumnas podrían ser admitidos en esta clase de noche, que duraría dos horas, sin otra condición que la de trabajar diez horas durante el día. Como retribución por su trabajo recibirían un plus sobre el precio de su pensión. La porción más grande de sus salarios tenía que depositarse en la caja de la escuela y contribuir á sufragar sus gastos cuando pasaran á ser alumnos de la escuela de día, después de uno ó dos años de asistencia á la de noche. De este modo podrían beneficiar de los primeros elementos de instrucción indispensable, del aprendizaje de un oficio y de otras numerosas ventajas del instituto.

El general me rogó que tomara la dirección de esta clase nocturna y así lo hice. Empecé con una docena de alumnos y alumnas animosos. Durante el día los muchachos trabajaban en la fábrica de aserrar que poseía la escuela y las muchachas en el lavadero.

Ni los unos, ni las otras tenían la tarea fácil, pero, en toda mi carrera de maestro, no he vuelto á encontrar alumnos que me dieran más satisfacción. Estudiaban y cumplían con sus deberes dentro de la absoluta perfección. Ni por casualidad hubieran abandonado la clase antes de sonar la hora; por el contrario, me pedían muchas veces que les prolongara la lección. Aquellos discípulos tenían tanto ardor para el trabajo del día como para las lecciones de la noche; yo di á su clase el sobrenombre de «clase de los bravos», sobrenombre que



hizo fortuna en el establecimiento y que se le conserva todavía. Cuando un alumno había asistido por algún tiempo á mi clase nocturna, recibía un certificado impreso, concebido en estos términos: «El infrascrito, certifica que James Smith formó parte de la «clase de los bravos» y que es un alumno bueno y asiduo.»

Los alumnos apreciaban mucho estos certificados que contribuyeron poderosamente á la popularidad de las clases nocturnas. En el espacio de algunas semanas, el número de asistentes había ascendido á veinticinco. Hay, entre ellos, algunos á quienes nunca más he perdido de vista y que ocupan posiciones honrosas y útiles en diferentes partes del Sud. Esta clase nocturna de Hampton, que comenzó con doce discípulos apenas, cuenta hoy de trescientos á cuatrocientos alumnos, y se ha convertido en una de las ramas principales de aquella institución.

## CAPÍTULO VII.—MIS COMIENZOS EN TUSKEGEE. ✂

Aunque encargado de los indios y de la clase nocturna en Hampton, continuaba mis estudios bajo la dirección de profesores especiales. Uno de estos profesores era el doctor H. B. Frissel, director actual del Instituto de Hampton y sucesor del general Armstrong.

En mayo del 1881, á fines de mi primer año de enseñanza en la clase nocturna, se me presentó inesperadamente la ocasión de emprender resueltamente mi verdadera profesión. Una tarde, en la capilla, después del servicio acostumbrado, el general Armstrong habló de una carta que le habían mandado de Alabama, suplicándole que buscara una persona idónea para encargarse de la dirección de una escuela normal de negros, que se pretendía fundar en la pequeña villa de Tuskegee, en el Estado del mismo nombre. Creíase que sólo un blanco podría reunir las necesarias condiciones. El general Armstrong me llamó á parte y, con asombro mío, me preguntó si me sentía con fuerzas para aceptar aquella dirección. Respondíle que estaba dispuesto á probarlo. Entonces escribió á los interesados, diciéndoles que no conocía ningún blanco que reuniera las condiciones requeridas; pero, que podía recomendarles un negro, si el color no había de ser obstáculo, y, á continuación, da-



hizo fortuna en el establecimiento y que se le conserva todavía. Cuando un alumno había asistido por algún tiempo á mi clase nocturna, recibía un certificado impreso, concebido en estos términos: «El infrascrito, certifica que James Smith formó parte de la «clase de los bravos» y que es un alumno bueno y asiduo.»

Los alumnos apreciaban mucho estos certificados que contribuyeron poderosamente á la popularidad de las clases nocturnas. En el espacio de algunas semanas, el número de asistentes había ascendido á veinticinco. Hay, entre ellos, algunos á quienes nunca más he perdido de vista y que ocupan posiciones honrosas y útiles en diferentes partes del Sud. Esta clase nocturna de Hampton, que comenzó con doce discípulos apenas, cuenta hoy de trescientos á cuatrocientos alumnos, y se ha convertido en una de las ramas principales de aquella institución.

## CAPÍTULO VII.—MIS COMIENZOS EN TUSKEGEE. ✂

Aunque encargado de los indios y de la clase nocturna en Hampton, continuaba mis estudios bajo la dirección de profesores especiales. Uno de estos profesores era el doctor H. B. Frissel, director actual del Instituto de Hampton y sucesor del general Armstrong.

En mayo del 1881, á fines de mi primer año de enseñanza en la clase nocturna, se me presentó inesperadamente la ocasión de emprender resueltamente mi verdadera profesión. Una tarde, en la capilla, después del servicio acostumbrado, el general Armstrong habló de una carta que le habían mandado de Alabama, suplicándole que buscara una persona idónea para encargarse de la dirección de una escuela normal de negros, que se pretendía fundar en la pequeña villa de Tuskegee, en el Estado del mismo nombre. Creíase que sólo un blanco podría reunir las necesarias condiciones. El general Armstrong me llamó á parte y, con asombro mío, me preguntó si me sentía con fuerzas para aceptar aquella dirección. Respondíle que estaba dispuesto á probarlo. Entonces escribió á los interesados, diciéndoles que no conocía ningún blanco que reuniera las condiciones requeridas; pero, que podía recomendarles un negro, si el color no había de ser obstáculo, y, á continuación, da-



ba mi nombre. Pasaron algunos días y la respuesta no vino. Finalmente un domingo por la noche, el general recibió un telegrama, concebido en estos términos: «Booker Washington nos conviene. Enviélo.» Maestros y discípulos de Hampton me manifestaron su alegría y me felicitaron.

En seguida comencé los preparativos para trasladarme á Tuskegee. Hice el viaje pasando por la Virginia del Oeste, para poder hacer una visita á los míos. Tuskegee era una villa de dos mil habitantes, de los cuales la mitad pertenecían á la raza negra. Esta villa estaba enclavada en la llamada «Black Belt» (cintura negra) del Sud. Por allí los negros eran más numerosos que los blancos; la proporción era de uno á tres y en los alrededores de uno á seis.

Muchas veces se me ha pedido que definiera el nombre de «Black Belt.» Yo creo que este término debió emplearse en los comienzos para designar una porción del país, cuyo suelo era negro. En aquella región donde el suelo era graso, negro y muy fértil, se necesitaban muchos esclavos y por consiguiente, los enviaban allí en gran número. Más tarde, y principalmente después de la guerra, se dió al término un alcance exclusivamente político, designándose con él los Estados en que los negros están en mayoría.

Al trasladarme á Tuskegee, yo esperaba encontrarme con una escuela bien instalada y provista de un material de enseñanza completo. ¡Cuál no sería mi decepción al ver que me había equivocado por completo! Pero, en cambio, encontré centenares de negros ardiendo en deseos de instruirse.

Tuskegee era un sitio ideal para fundar una escuela. Esta villa está en el corazón de la enorme masa negra, á cinco millas de la línea férrea, y puesta en re-

lación con ella por una vía estrecha de interés local. En tiempos de la esclavitud, esta villa era el centro de educación para los blancos. Por consiguiente, me encontré con un nivel intelectual, entre los blancos, mucho más elevado que en otras partes. Es verdad que los negros eran ignorantes, pero no habían caído en la abyección y el vicio, como suele acontecer con las clases bajas de las grandes ciudades. Por otra parte, negros y blancos mantenían relaciones cordialísimas. No citaré sino un ejemplo: del mayor y más importante almacén de quincallería de la villa, eran propietarios un blanco y un negro que estuvieron asociados hasta la muerte de este último.

A mi llegada supe que, un año antes, habiendo oído hablar algunos negros de lo que se hacía en Hampton, se habían dirigido por medio de sus diputados, á la Legislatura de Estado, pidiéndole una subvención que les permitiera fundar una escuela normal en Tuskegee. Votóse una suma anual de dos mil dollars; pero me dijeron que este dinero estaba exclusivamente destinado á salarios para los maestros y en el ínterin no había un céntimo disponible para la compra del terreno, la construcción del edificio y la instalación de la escuela. Mi tarea no me parecía del todo fácil; era como sacar un pequeño mundo de la nada. Bien es verdad que me compensaba por completo, ver que los negros rebotaban de alegría y estaban constantemente dispuestos á ofrecerme sus servicios para sacar la escuela adelante.

Me fué preciso empezar por buscar un sitio adecuado en que erigir la escuela. Después de haber recorrido la villa en todas direcciones, no pude hallar nada mejor que una cabaña en ruinas adherida á una antigua iglesia metodista para negros; ambas reunidas formaron una sala de clases; pero la iglesia estaba en tan mal



estado como la cabaña, y en ocasiones, cuando daba lección á mis discípulos, uno de los mayores tenía que aguantar un paraguas abierto sobre mi cabeza, para que no me inundara la lluvia. Recuerdo que, más de una vez, mi cocinera se vió obligada á hacer lo mismo durante mis comidas.

En la época de mi llegada á Alabama, los negros se apasionaban principalmente por las cuestiones políticas y querían obligarme á compartir todas sus opiniones. Parecían desconfiar de los extranjeros. Uno de ellos, delegado por los demás, para dirigir mi conducta política, me decía, muy gravemente: «Nosotros queremos que vote usted absolutamente como nosotros. Nosotros no sabemos leer todos los periódicos, pero sabemos votar y es necesario votar como nosotros. Además, añadía, nosotros espiamos á los blancos hasta que sabemos por quién van á votar, entonces votamos en sentido completamente contrario y estamos siempre seguros de haber acertado.»

Debo advertir que esta manía de votar contra el blanco, únicamente porque es blanco, desaparece poco á poco y nuestros negros van aprendiendo á votar con arreglo á sus principios y á elegir á aquel á quien designa el interés de todos.

Yo llegué á Tuskegee en Junio de 1881. Pasé un mes buscando el sitio donde instalar la escuela; luego recorrí la Alabama para conocer á fondo las costumbres del pueblo, principalmente en los campos y por último, me esforcé en hacer propaganda de mi escuela entre las gentes que debían proporcionarme sus alumnos. Viajaba por las carreteras en un carro ó en un coche enano, arrastrado por un mulo. Comía y dormía en las casas de las gentes del pueblo. Visitaba sus haciendas, sus escuelas, sus iglesias y tenía la ventaja de poderles

observar en la realidad de su vida diaria, porque no les avisaba de mis visitas.

En los distritos de las plantaciones, las cabañas no se componían más que de una sala grande donde vivía y dormía toda la familia; á veces se les añadían los parientes y con frecuencia, gentes extrañas que no tenían lazo ninguno de sangre con la familia. Más de una vez tuve que salir afuera para dejar que los demás se desnudaran ó para desnudarme yo mismo. Regularmente me improvisaban una cama en el suelo ó me hacían sitio en una cama ya ocupada. No había posibilidad de pensar en hacer su tocado y sus abluciones en la casa; para ello había que salir al patio, donde, generalmente, se encontraba lo necesario.

En cuanto á la alimentación, se componía de manteca y pan de maíz. Me aconteció quedarme á comer en casas donde no tenían más que pan de maíz y guisantes hervidos. No se les ocurría á aquellas gentes nutrirse con otra cosa que con estos dos alimentos, comprados carísimos en la ciudad, cuando habrían podido regalarse con las mejores legumbres del país, cogidas en el suelo que circundaba sus chozas. Su única afición era plantar algodón y no era raro ver crecer las plantas hasta en las mismas puertas de las viviendas.

En las cabañas de aquellas pobres gentes encontré á veces máquinas de coser, adquiridas gracias á un sistema de plazos mensuales que elevaban su coste á unos sesenta dollars y relojes de lujo cuyo precio era de doce á catorce dollars. Otra vez, en que fui invitado á comer en una de esas casas, vi con la sorpresa que es de presumir, que siendo cinco los comensales, no había sobre la mesa, sino un solo tenedor. Mi extrañeza subió de punto cuando vi en la misma casa un órgano que costaba sesenta dollars, pagaderos á plazos mensua-



les. ¡Un solo tenedor y un órgano de sesenta dollars!

Cosa más curiosa todavía. Las máquinas de coser no servían, los relojes no marcaban la hora y aunque la marcaran, la mayoría de las veces, nadie la hubiera conocido y en cuanto al órgano, permanecía inactivo porque ninguno sabía tocarlo.

Entre estas familias de que vengo hablando, pude observar que únicamente en mi honor se sentaban á la mesa para comer, rompiendo, al hacerlo, con las costumbres habituales. En la mayor parte de aquellas casas, la mujer, al levantarse por la mañana, ponía un trozo de carne en la sartén y un poco de manteca en un cazo. Colocaba estos utensilios sobre el fuego, y, diez minutos después, el almuerzo estaba pronto. El hombre tomaba en la mano un pedazo de pan y otro de carne y se les comía yendo al campo. La mujer se sentaba en un rincón para desayunarse y comía algunas veces en un plato y otras, sirviéndose de la misma sartén ó del cazo; en cuanto á los niños, comían corriendo y jugando fuera de la casa. En ciertas épocas del año, cuando la carne escaseaba, era un lujo de que no se permitía gozar á los niños que no tenían ni la edad, ni las fuerzas suficientes para trabajar en el campo.

Después de almorzar y, por lo general, sin concederle ningún tiempo al cuidado de la casa, toda la familia se trasladaba al campo de algodón. Los chiquillos, apenas tenían fuerza para aguantar una hocecilla, venían obligados á trabajar; y en cuanto al que mamaba—porque generalmente había uno que mamaba—lo tendían en el suelo al final de una hilera de plantas de algodón y de esta manera su madre podía cuidar de él mientras trabajaba. Las comidas del mediodía y de la noche, se hacían, poco más ó menos, como el almuerzo.

Todos los días de la semana transcurrían de este

modo, excepto el sábado y el domingo. El sábado lo pasaba la familia total ó parcialmente en la ciudad. Iban á ella para hacer compras; sin embargo, una sola persona habría podido hacer todas las compras en menos de diez minutos, dados los escasos fondos de que podía echarse mano. Pero la familia prefería trasladarse á la ciudad por entero, permaneciendo en ella todo un día, husmeando por las calles y perdiendo las mujeres el tiempo en fumar ó en tomar rapé. Los domingos, toda la comitiva se trasladaba á algún gran *meeting*.

Por los lugares que entonces recorrí me encontré, con muy raras excepciones, con todas las cosechas hipotecadas y con todos los labradores negros llenos de deudas. El Estado no había podido hacer construir escuelas en el campo, y generalmente la clase se daba en la iglesia ó en cabañas de madera. Más de una vez advertí que estos colegios improvisados, carecían de aparatos de calefacción. En invierno era preciso encender una hoguera en el patio y alternativamente, maestros y discípulos se trasladaban de dentro á fuera y de fuera á dentro, según tenían frío ó calor. Los maestros, con muy pocas excepciones, estaban lamentablemente preparados para la profesión que pretendían ejercer y carecían de valor moral. Las clases no duraban más de tres ó cinco meses al año. Hablando con propiedad, carecían aquellos colegios de material de enseñanza, (salvo una grosera pizarra negra). Me aconteció, algunas veces, ver cinco discípulos inclinados sobre el mismo libro para estudiar la lección. Dos de ellos estaban sentados y aguantaban el libro; los otros dos leían por encima de los hombros de sus compañeros y finalmente, el quinto, pequeñuelo y revoltoso, trataba de ver algo por encima de los hombros de los otros cuatro.



Lo que he dicho de las escuelas y de los maestros puede aplicarse á las iglesias y á sus ministros.

Debo añadir que tropecé, en mis viajes, con algunos tipos interesantes. La siguiente anécdota, dará idea de la mentalidad de los pobres campesinos, en aquella época. Pedile á un negro sexagenario, que me contara su vida. Me contestó que había nacido en la Virginia y que le habían vendido por los años de 1845 en la Alabama. Cuando le pregunté cuántos fueron los vendidos al mismo tiempo que él me respondió: «Cinco, señor; yo, mi hermano y tres mulas.»

Al dar cuenta de lo que vi durante mis viajes por los alrededores de Tuskegee, no pretendo hacer creer á mis lectores que únicamente descubrí miserias. Si he insistido sobre las deplorables condiciones en que encontré á la población de Tuskegee, por aquel tiempo, es para hacer resaltar más claramente los cambios que después se han operado, no sólo por la acción de la escuela normal de Tuskegee, sino también gracias á otras instituciones.

## ☞ CAPÍTULO VII. — DOY MI CLASE EN UNA CUADRA Y EN UN GALLINERO. ✂✂✂✂

Debo confesar que los resultados de un mes de investigaciones y de viajes, me llenaron de profundo desaliento. La regeneración de aquel país me parecía una empresa superior á mis fuerzas. Estaba completamente solo y me decía que lo poco que pudiera hacer resultaría insignificante, al lado de lo que debía hacerse. Llegué á preguntarme si mis esfuerzos producirían algún resultado sensible y si valía la pena de intentarlo.

Yo estaba profundamente convencido, (y mi convencimiento aumentó viendo el estado intelectual y moral de mi pueblo), de que, únicamente con los estudios, no se lograría nada. Más que nunca comprendí la sabia prudencia del sistema inaugurado en Hampton por el general Armstrong. Vi perfectamente que tomar á aquellos niños y encerrarlos en la clase para hacerles repetir una lección, era perder el tiempo.

Después de haberme entendido con los ciudadanos de Tuskegee, fijé el día 4 de Julio de 1881 para la apertura de la escuela en la cabaña y en la iglesia que se habían adquirido al efecto. Blancos y negros tenían interés por la fundación de aquella nueva escuela y esperaban con impaciencia, el día de su apertura. Por



los alrededores de Tuskegee no escaseaban los blancos que miraban con malos ojos este proyecto, porque dudaban de que pudiera ser útil á los negros y temían sobre todo, que reprodujera una escisión entre ambas razas. Otros parecían temer que el negro perdiera todas las cualidades que le hacían tan valioso, desde el punto de vista económico, al adquirir conocimientos; creían que los negros habrían de desertar de las haciendas y veían bastante difícil procurarse otros sirvientes.

Estos blancos, que se oponían á la fundación de la nueva escuela, se imaginaban al negro instruído como un hombre con sombrero de copa, monóculo montado en oro, bastón elegante, guantes de piel, botas de charol y ¿qué sé yo? en una palabra; como un hombre que no querría vivir más que de su trabajo intelectual. No les cabía en la cabeza ninguna otra representación del negro instruído.

En todas mis dificultades para formar la escuela y durante los diez y nueve años subsiguientes, encontré apoyo constante y recto consejo en dos hombres, que son mis mejores amigos en Tuskegee. A estos dos hombres, cuyo concurso nunca he solicitado en balde, cábeles la mayor parte del éxito que hemos logrado. Uno, el señor Jorge W. Campbell, es blanco y en los tiempos de la esclavitud fué propietario de negros. Otro, el señor Lewis Adams es negro y ha sido esclavo. Ellos fueron los que escribieron al general Armstrong pidiéndole un director para su escuela.

El señor Campbell, negociante y banquero, había permanecido hasta entonces, ajeno á las cuestiones de enseñanza. El señor Adams, es obrero y había sido sucesivamente, en los tiempos de la esclavitud, zapatero, guarnicionero y hojalatero. No había asistido á la escuela en toda su vida, pero había logrado aprender á

leer y á escribir. Ambos comprendieron en seguida mi plan de educación, compartieron mis esperanzas y me ayudaron en mis ensayos. Nunca, en los días difíciles, hice llamamiento á la generosidad del señor Campdell, sin recibir inmediatamente ayuda eficaz. No creo que exista nadie de quien yo hubiera seguido los consejos y aceptado la dirección para lo referente á la escuela de Tuskegee, más voluntariamente que de estos dos hombres, el uno antiguo propietario de esclavos y el otro antiguo esclavo.

Siempre he creído que la extraordinaria fuerza de carácter del señor Adams, nació de haber podido aprender tres oficios, en los tiempos de la esclavitud. Aun hoy día, si alguien que va á una ciudad en los Estados del Sud, pregunta por el negro más notable del lugar, podrá comprobar que le señalan siempre un negro que aprendió un oficio mientras era esclavo.

El día de la apertura de la escuela se hicieron inscribir unos treinta alumnos. Los dos sexos estaban representados por igual. La mayor parte procedían del distrito de Macon del que era cabeza Tuskegee. Se habían presentado muchos más alumnos, pero el acuerdo era no admitir sino á los que pasaban de quince años y habían hecho de antemano algún estudio. Entre los que admitimos los había, por consiguiente, que ya habían estudiado en las escuelas municipales y contaban cerca de cuarenta años.

Algunos maestros se inscribieron en la escuela al mismo tiempo que algunos de sus discípulos y, cosa chocante, después de sufrir el examen de ingreso, hubo discípulos que pasaron á una clase superior á la de sus maestros. Muchos de ellos se vanagloriaban de haber estudiado enormes libros de títulos rimbombantes; cuanto más voluminoso era el libro y más largo el título,



más orgullosos parecían de su ciencia. Unos habían estudiado el latín, dos ó tres el griego y creían que este estudio los realzaba singularmente á nuestros ojos.

La verdad es que, durante el viaje de que antes os he hablado, uno de los más desdichados espectáculos que se ofreció á mi vista, fué el de un joven que estaba sentado en el único cuarto de una cabaña de madera, muy ocupado en estudiar una gramática francesa, mientras que sus vestidos oían á grasa, todo cuanto le rodeaba se caía de suciedad y su huerto estaba lleno de mala hierba.

Nuestros primeros alumnos gustaban de aprenderse de memoria reglas muy complicadas de gramática y de matemáticas; pero ignoraban totalmente el arte de aplicar las nociones adquiridas á las necesidades de la vida real. Ponían gusto en convencerme de que eran muy fuertes en aritmética y en contabilidad comercial; pero muy pronto pude advertir que ni ellos ni sus vecinos, habían tenido nunca cuentas con banco alguno. Al inscribir los nombres de los estudiantes, vi que todos, sin excepción, intercalaban una inicial entre su nombre y el nombre familiar. Pregunté la significación de esta inicial, por ejemplo J. en el nombre Jhon J. Johns, y me respondieron que formaba parte del título de la persona.

La mayoría de estos estudiantes deseaba adquirir conocimientos á fin de mejorar pronto de posición, dedicándose á la enseñanza. Pero, aparte de estos detalles, puedo afirmar que no he conocido alumnos ni alumnas tan llenos de buena voluntad. Siempre estaban dispuestos á hacer lo que se les aconsejara como bueno. Yo deseaba darles, ante todo, una instrucción sólida, pero sencilla. Bien pronto pude comprobar que desconocían en absoluto las ciencias elevadas que me

decían haber estudiado. Igualmente observé que las muchachas que no vacilaban para señalar en la esfera la situación geográfica del Sahara ó de la capital de la China, no tenían ni la idea más remota del sitio que debían ocupar en una mesa los cuchillos, los tenedores, el pan ó la carne.

No era cosa fácil hacer comprender á un alumno que sabía extraer la raíz cúbica y que conocía la contabilidad, que debía haber empezado por estudiar la tabla de multiplicar.

El número de los alumnos aumentó cada semana de tal modo, que al terminarse el primer mes, éramos cincuenta. Casi todos llegaban con la pretensión de no consagrar más que dos ó tres meses á sus estudios; querían ingresar en una de las clases superiores, con objeto de haberlos acabado al terminarse el curso.

Ya habían transcurrido las seis primeras semanas, desde la apertura, cuando me llegó una nueva colega, mujer de rara inteligencia, miss Olivia A. Davidson, que más tarde debía ser mi esposa. Miss Davidson había nacido en Ohío y había hecho sus estudios en una escuela municipal de aquel Estado. Muy joven todavía, oyó decir que faltaban maestras en el Sud. Dirigióse, pues, al Estado del Missisipi, para comenzar allí su enseñanza. Más tarde, ejerció su profesión en Memphis. En el Missisipi, una de sus discípulas enfermó de viruelas. El pánico fué tal que en el lugar nadie quiso encargarse de la enfermita. Miss Davidson cerró entonces su escuela y se instaló á la cabecera de su discípula, noche y día, hasta su completa curación. Poco tiempo después, recién instalada en su casa, para pasar las vacaciones, asoló á Memphis la fiebre amarilla; fué la epidemia más terrible de que se guarda memoria en el Sud. En cuanto ella lo supo, telegrafió al alcalde de



Memphis para ofrecerle sus servicios como enfermera, aunque nunca había tenido aquella enfermedad y se exponía al contagio.

Opinaba, como yo, que una educación puramente libresca no era suficiente para una escuela de negros. Había oído hablar del sistema de educación de Hampton, y, fué á prepararse para ponerse en condiciones de hacer obra verdaderamente útil en el Sud. Su clara inteligencia le valió la protección de la señora doña María Hemenway, de Boston, á cuya generosa amabilidad debió el completar sus estudios durante dos años, en la escuela normal de Framingham (Massachusetts), después de haber recibido sus diplomas en Hampton. En el momento de salir para Framingham, alguien insinuó á miss Davidson que, teniendo la piel tan blanca, podría hacerse pasar por blanca en la nueva escuela, lo que sería para ella una ventaja enorme. Sin vacilar respondió que, bajo ningún pretexto, quería engañar á nadie sobre su identidad.

Poco después de su permanencia en Framingham, miss Davidson llegó á Tuskegee, adonde trajo nuevas ideas sobre los métodos de enseñanza que unidas á su naturaleza escogida y á su desinterés sin igual, nos prestaron grandes servicios.

Nadie ha contribuído más que Olivia A. Davidson á echar los cimientos del instituto de Tuskegee y á preparar su éxito.

Desde los comienzos, nos pusimos de acuerdo sobre los métodos que debíamos adoptar para la escuela. Los alumnos hacían grandes progresos en el estudio de los libros y en su desenvolvimiento intelectual; pero á nosotros nos parecía evidente que, para dejar en ellos una impresión duradera, debíamos darles algo más que simples conocimientos científicos. Los medios de que pro-

venían aquellos alumnos no eran á propósito para que les iniciáramos en los cuidados que debían dar á su cuerpo. Con escasas excepciones, las casas donde vivían alojados, no eran mucho más confortables que las que dejaban en sus distritos. Nuestro deseo habría sido enseñarles á bañarse, á cuidar sus dientes y sus vestidos, á tener y mantener limpios sus cuartos. Queríamos que supiesen comer y lo que debían comer. Igualmente queríamos que aprendieran un oficio y que, con su trabajo, su habilidad y su espíritu de economía, pudieran bastarse á sí mismos, cuando salieran de nuestra escuela. Deseábamos que su atención se fijara en las cosas de la vida práctica y no únicamente en los libros.

Nuestros discípulos procedían, en su mayor parte, de sitios donde la agricultura era el principal recurso de los habitantes. En los Estados del golfo de Méjico se ha podido observar que un ochenta y cinco por ciento de negros vivían del cultivo de la tierra. Siendo así las cosas, nosotros no queríamos que en nuestros discípulos se atenuara el gusto por los trabajos de los campos y que sus deseos les llevasen á la ciudad para vivir en ella de su cerebro. Claro que nuestra voluntad era darles una instrucción que los preparara, en su mayor parte, para la enseñanza; pero, al mismo tiempo, deseábamos volverles á enviar á las plantaciones, para inculcar á los negros una nueva energía y nuevas ideas sobre el cultivo de los campos, así como las nociones morales, religiosas é intelectuales que desconocían.

Todas estas cosas y todas estas necesidades, nos preocuparon hasta el punto de obligarnos á tomar nuevos acuerdos ¿qué hacer? No teníamos más sitio que la vieja cabaña y la iglesia abandonada, que los negros de la ciudad nos habían cedido generosamente. El número de alumnos crecía á diario y, cuanto más les veíamos



y cuanto más recorríamos los campos, más nos convencíamos de que nuestros esfuerzos eran todavía insuficientes para poner remedio á las verdaderas necesidades del pueblo cuya regeneración esperábamos de nuestros discípulos, preparándoles á ser sus jefes. Hablando con los alumnos que nos llegaban de diferentes puntos del Estado, nos convencíamos de que la mayoría, no tenía otra ambición que instruirse para poder prescindir del trabajo de sus manos.

Pensaban en esto como cierto negro de la Alabama que, en un caluroso mediodía del mes de junio, cuando trabajaba en su campo de algodonereros, detúvose bruscamente y levantó los brazos al cielo, diciendo: «¡ Señor Dios! mi campo está lleno de hierbas, el trabajo es penoso y el sol quema tanto que creo que este pobre negro está llamado á predicar el Evangelio.»

Unos tres meses después de la apertura de la escuela y cuando nuestra obra empezaba á llenarnos de inquietud, se puso en venta una vieja hacienda abandonada, á un kilómetro de la ciudad. La casa—ó la «Casa grande,» como debieron llamarla—que ocupaban los propietarios en tiempos de la esclavitud, había sido destruída por un incendio. Después de examinar el terreno, comprendí que su emplazamiento convendría perfectamente á nuestra empresa y garantizaría su eficacia y su permanencia. Pero ¿cómo adquirirlo? El precio de quinientos dollars, no era ciertamente muy subido; pero nosotros no teníamos dinero y además, como extranjeros, carecíamos de crédito en la ciudad. El propietario consentía en cedernos el terreno á razón de doscientos cincuenta dollars pagaderos al contado y el resto en el plazo de un año. No era mucho por la adquisición de un terreno; pero era demasiado para los que no tenían absolutamente nada.

En mi perplejidad, me armé de todo mi valor y escribí á mi amigo el general J. F. B. Marshall, tesorero del instituto de Hampton; en mi carta, le exponía la situación y le suplicaba que me prestara doscientos dollars á expensa y riesgo míos. Algunos días después, recibí respuesta suya, manifestándome que no tenía atribuciones para hacer préstamos con el dinero perteneciente á la caja del instituto de Hampton; pero que, gustosamente, me adelantaría, de su bolsillo particular, la cantidad pedida.

Confieso que no esperaba procurarme el dinero de este modo y que, á la vez, me sentí lleno de sorpresa y de alegría. Hasta entonces no había poseído más de cien dollars á la vez, de modo que la suma pedida al general Marshall me parecía una cantidad inmensa y la responsabilidad de tener que devolver tanto dinero, pesaba sobre mí como una carga enorme.

Me apresuré á hacer el traslado de la escuela á nuestra nueva propiedad.

En el momento en que tomamos posesión de ella, comprendía, como únicos edificios, una cabaña que había servido de comedor, una cocina, una cuadra y un viejo gallinero. Pocas semanas nos bastaron para hacer habitables estas construcciones. La cuadra fué restaurada y utilizada como salón de clases; al cabo de algún tiempo tuvimos que pensar también en la restauración del gallinero.

Era vecino nuestro un negro anciano, al que algunas veces llamaba para pedirle ayuda en mis trabajos. Recuerdo que el día en que le dije que la escuela crecía en extensión, que íbamos á necesitar del gallinero y que le agradecería que, al día siguiente me ayudara á limpiarlo, me preguntó, en un tono lleno de cómica gra-



vedad: «¿Cómo, maestro? ¿va usted á limpiar el gallinero en pleno día?»

Casi todo el acondicionamiento de los nuevos locales fué ejecutado por los alumnos, terminadas las clases de la tarde. En cuanto nuestros edificios parecieron habitables, resolví preparar cierto terreno para hacer de él campos de trigo. Noté que mi proyecto no era grato á los alumnos. No acertaban á comprender la relación que podía existir entre el cultivo del trigo y los estudios. Muchos de ellos habían sido maestros y se preguntaban si el trabajo de la tierra era compatible con su dignidad de pedagogos. Para desvanecer sus dudas cada día, después de la clase, tomaba yo mi azada y rompía la marcha hacia el bosque. Viendo que yo no tenía miedo ni vergüenza de trabajar, ellos se pusieron á la faena con más entusiasmo. Y todos continuamos nuestro trabajo hasta que hubimos roturado una veintena de mojadas y sembrado un campo de trigo.

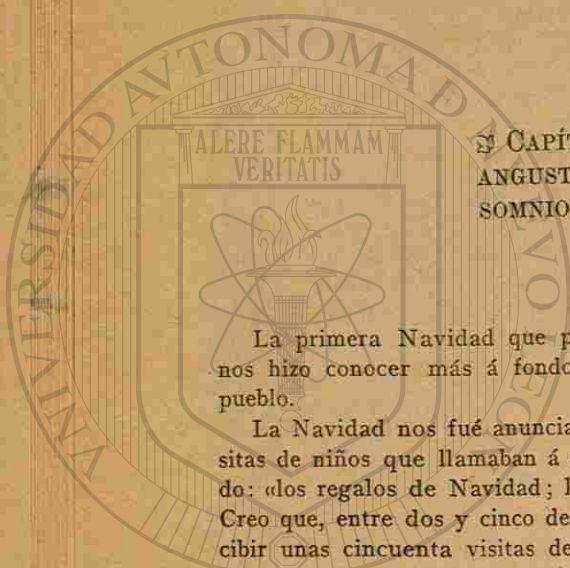
Mientras tanto miss Davidson hacía toda suerte de combinaciones para que pudiéramos pagar nuestro préstamo. Ante todo se propuso inaugurar grandes fiestas ó «cenas de pago» (1). Fué, en persona, á llamar á la puerta de los blancos y de los negros de la ciudad de Tuskegee y se hizo dar por los unos una tortada, por los otros un pollo, por éste pan y por aquél tartinas, todo destinado á venderse en la velada. Era una satisfacción para los negros dar cuanto tenían; pero me apresuro á hacer constar que miss Davidson no se dirigió á una sola familia de blancos sin recibir una dádiva para la fiesta, aparte de otras muchas muestras de interés que prodigaron á la escuela en diferentes ocasiones.

(1) Estas cenas, seguidas de concierto, son procedimiento habitual para reunir dinero en las iglesias americanas. —(N. del T.)

Así dimos muchas veladas que produjeron una fuerte suma. Igualmente abrimos una suscripción en dinero, á la que contribuyeron blancos y negros. Era conmovedor considerar los donativos de los negros ancianos que habían pasado su vida en la esclavitud. Unos daban cinco céntimos y otros veinticinco. Con frecuencia la dádiva consistía en una manta, ó en cierta cantidad de caña de azúcar. A este propósito, me acuerdo especialmente de una negra anciana que vino á verme. Entró en mi cuarto, andando trabajosamente y apoyándose en un bastón; iba vestida de harapos, pero sus harapos estaban limpios: «Señor Washington — me dijo — Dios sabe que he pasado los mejores días de mi vida en la esclavitud. Dios lo sabe que soy tan ignorante como pobre; pero, añadió, no dejo de comprender lo que usted y miss Davidson quieren hacer. Comprendo que quieren hacer, para la raza negra, hombres mejores y mujeres más perfectas. Yo no tengo dinero; pero aquí le traigo seis huevos que he separado para usted y que desearía consagrarse á la educación de estos jóvenes y de estas muchachas.»

Desde la fundación de la escuela de Tuskegee, he tenido la fortuna de recibir muchos donativos; ninguno me ha conmovido tanto como este.





CAPÍTULO IX. DÍAS DE  
ANGUSTIA Y NOCHES DE IN-  
SOMNIO. ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧

La primera Navidad que pasamos en la Alabama, nos hizo conocer más á fondo la verdadera vida del pueblo.

La Navidad nos fué anunciada por innumerables visitas de niños que llamaban á nuestras puertas, gritando: «los regalos de Navidad; los regalos de Navidad.» Creo que, entre dos y cinco de la mañana, debimos recibir unas cincuenta visitas de este género. Esta costumbre se mantiene aún, en algunas partes de los Estados del Sud.

En los tiempos de la esclavitud la costumbre en todos los Estados del Sud, concedía á los negros una semana de libertad, ó un descanso que duraba mientras ardiera el cirio de Navidad. Los hombres (y generalmente las mujeres) de color, se embriagaban y todo esto parecía natural. En Tuskegee y en los alrededores, observamos nosotros que los negros suspendían todo trabajo durante una semana á partir de la víspera de Navidad; era imposible hacerse servir hasta el día de Año nuevo. Aun aquellos que no estaban acostumbrados á los licores fuertes, juzgaban conveniente abusar de

ellos en la fiesta de Navidad. Las carcajadas resonaban á lo lejos; por todas partes se oían tiros de pistola, de fusil ó estallido de petardos. Dijérase que por completo se había perdido de vista el sacro significado de la fiesta.

Durante aquellas primeras vacaciones de Navidad, yo me trasladé á una plantación, un poco lejos de la ciudad, para visitar á sus habitantes. Sus ideas sobre el significado de aquella fiesta, tan cara y sacratísima para los que viven en tierra de América, eran descorazonadoras. En una cabaña, cinco niños se repartían un paquete de petardos; en otra, donde se encontraban unas seis personas, había, para regalar á todo el mundo, dos sueldos de «pan de especies» comprado la víspera, en casa del lonjista. En otra cabaña dos ó tres pedazos de caña de azúcar para toda la familia; finalmente en otra, un jarro de whisky, de bajo precio, del que abusaban largamente la mujer y el marido y este último era, una de las personalidades de la localidad. Los había que no habían encontrado cosa mejor con que divertirse, que unos cuantos grabados con anuncios; otros habían adquirido una pistola nueva. Nada, por consiguiente, recordaba en aquellas casas, una fiesta como la de la venida al mundo del Salvador. Sólo se notaba que era fiesta en que el trabajo de los campos estaba interrumpido y en que todo el mundo holgaba alrededor de la casa. Por la noche, durante la semana de Navidad, tenía lugar, en una de las cabañas de la plantación, una danza primitiva, en cuyos intermedios se bebía mucho whisky y que no podía acabar sin tiros y cu-chilladas.

El día de Navidad encontré á un viejo negro, uno de los numerosos pastores de la localidad, quién trató de convencerme de que el trabajo era un pecado para



el hombre, porque Dios lo había maldecido en el Paraíso. Y fiel á su doctrina este negro, trabajaba lo menos posible. En aquel momento parecía gozar de una felicidad suprema porque iba á pasar una semana sin pecar como él decía.

En la escuela, procurábamos dar á los discípulos otra concepción de la fiesta de Navidad y de la manera de celebrarla dignamente; puedo asegurar, sin engañarme, que lo hemos logrado por completo; la fiesta tiene una nueva significación para ellos y esta significación se la transmiten á aquellos á quienes van á instruir, al separarse de nosotros.

Tenemos la satisfacción de ver que nuestros estudiantes dan, con sus actos de generosidad y de beneficencia, un carácter grave á las fiestas de Navidad y del *Día de acción de gracias* (1). No quiero citar otro ejemplo que el de la reconstrucción de la cabaña de una pobre negra de setenta y cinco años y enferma, llevada á cabo por algunos de nuestros discípulos durante sus vacaciones de Navidad. Otra vez hice saber en la capilla, que uno de los estudiantes padecía frío por falta de abrigo y al siguiente día me enviaron dos gabanes para él.

Ya he hablado de cuánto contribuyeron los blancos de Tuskegee y de sus alrededores, á la construcción de la escuela. Mi deseo era que la escuela formara realmente parte del municipio en que estaba instalada. No quería que las gentes creyeran, al verla, que era una institución forastera, que había surgido en medio de

(1) El «Día de acción de gracias» es una fiesta, común á todos los Estados Unidos, que se celebra el último jueves de Noviembre. Es una de sus grandes fiestas y se señala por los discursos del presidente y de los gobernadores.—(N. del T.)

aquel pueblo como por encanto y que no les concernía, ni les interesaba.

El solo hecho de haber contribuído á la adquisición del terreno, bastaba para despertar en ellos el sentimiento de que en gran parte, la escuela era también suya. Yo pude comprobar que la actitud de los blancos nos era tanto más favorable, cuanto más les hacíamos comprender que, aunque nos agradara contar entre nuestros amigos á los blancos de Boston, nuestro empeño esencial consistía en atraernos la amistad de los de Tuskegee y que, en resumidas cuentas, no teníamos otro deseo que prestar, con nuestra escuela, servicios positivos á todo el mundo.

Añadiré desde ahora lo que, por otra parte, deducirán mis lectores de cuanto vaya escribiendo; esto es, que el instituto de Tuskegee no cuenta, á estas horas con defensores más bien dispuestos ni más ardientes que los blancos de Tuskegee, aun incluyendo los del Estado de Alabama y los de todos los Estados del Sud.

Desde los comienzos tuve el cuidado de aconsejar á nuestros discípulos que se relacionaran con sus vecinos, sin distinción de color, y que fueran amigos rectos y leales. También les aconsejé, que siempre que no hubiese causa que se lo impidiera, procurasen amparar los intereses del municipio, consultando á sus amigos para votar.

Durante algunos meses, debimos continuar nuestros esfuerzos para reunir los fondos que reclamaba el pago de nuestra hacienda. Tres meses habían bastado para ponernos en posesión de los doscientos cincuenta dólares adelantados por el general Marshall; dos meses más tarde poseíamos completa la suma de quinientos dólares y podíamos firmar el contrato que nos otorgaba la propiedad. Experimentamos una alegría inefable. Y lo



que acababa de completar nuestro gozo era la consideración de que habíamos podido procurarnos una instalación duradera, gracias á los donativos de los blancos y de los negros de Tuskegee. Aquel dinero lo recogimos por medio de fiestas, conciertos y suscripciones diversas.

Ahora era necesario cultivar la tierra á fin de sacar de ella la alimentación diaria, despertando en nuestros discípulos el gusto por la agricultura. Todas las industrias de Tuskegee se han desarrollado de una manera natural y lógica y según las necesidades del momento. Comenzamos por cultivar la tierra porque, ante todo, teníamos necesidad de alimentarnos. Tuvimos luego que adoptar un sistema de trabajo remunerador porque muchos de nuestros alumnos carecían de dinero y quisimos facilitarles el que se ganaran con su propio esfuerzo su pensión anual.

El primer animal que poseyó la escuela fué un caballo viejo y ciego que nos regalaron los blancos de la ciudad. Al presente poseemos doscientas cabezas entre caballos, pollinos, mulas, vacas, toros, bueyes, cerca de setecientos puercos y un número crecido de carneros y de cabras.

La escuela aumentaba en número, de tal modo, que, en cuanto acabamos de pagar la propiedad, comenzamos la cultura del suelo, repasamos las construcciones primitivas y tuvimos que pensar en levantar un pabellón más grande y más sólido. Hicimos trazar el plano de un nuevo edificio cuya construcción debía costarnos unos seis mil dollars. El precio nos asustó, pero lo necesitábamos. Era cuestión de vida ó muerte y nuestra obra habría carecido de utilidad, sino hubiéramos podido hacer la educación de nuestros discípulos, partiendo de una concepción familiar de la escuela.

Apenas fué conocido mi proyecto en la ciudad, cuan-

do recibí la agradable sorpresa de una muy grata proposición que me encantó. Un blanco del Sud, que poseía una fábrica de aserrar madera en los alrededores de Tuskegee, vino á ofrecerme todas las maderas de construcción necesarias para la obra, sin otra garantía que la promesa de pagarle cuando tuviéramos los fondos necesarios. Yo le confesé francamente que no teníamos entonces dinero á nuestra disposición; pero él insistió, sin embargo, y aceptamos sus materiales así que logramos reunir una pequeña suma.

Nuevamente miss Davidson dióse á buscar dinero en la misma ciudad de Tuskegee. No he visto hombres más felices que nuestros negros cuando pensaban en aquel nuevo edificio. Un día, en que estábamos reunidos para tratar de los fondos que necesitábamos, un anciano negro, vino de doce millas de distancia con su carreta, sobre la que había cargado un cerdo enorme. Esperó el oportuno momento en la reunión, se levantó entonces y declaró que él no tenía dinero, pero que había cebado dos cerdos hermosísimos y nos traía uno de ellos para contribuir á los gastos de la construcción. Terminó, añadiendo: «Todo negro que sienta amor á su raza y respeto á sí mismo, debe traer su cerdo correspondiente á la próxima reunión.» Gran número de los asistentes nos ofrecieron trabajar gratis en la construcción.

Cuando hubimos agotado todos los recursos que podía ofrecernos Tuskegee, miss Davidson se decidió á emprender un viaje para hacer un llamamiento á las gentes del Norte. Hizo visitas á domicilio y habló en las iglesias, á los niños de las escuelas dominicales y á otras instituciones. Esta tarea le era muy penosa y le creaba con frecuencia todo género de dificultades. Nuestra escuela era desconocida; pero miss Davidson supi



ganarse bien pronto la confianza de los mejores elementos del Norte.

Encabezó la primera suscripción, una persona de New-York á la que miss Davidson encontró en su viaje. Hablaron ambas y la persona (era una dama) quedó tan prendada por el relato que le hizo miss Davidson de nuestra obra, que en el momento de separarse, le entregó un cheque de cincuenta dollars. Antes y después de nuestro matrimonio, miss Davidson se impuso la tarea de mantener el interés por la escuela entre las gentes del Norte y del Sud, gracias á sus conversaciones apostólicas y á una incansable correspondencia. Al mismo tiempo, llenaba en Tuskegee sus funciones de directora y de maestra; se ocupaba en un asilo de ancianos y cuidaba de los niños de una escuela dominical. Nunca había sido muy robusta; sin embargo, no era feliz más que cuando sacrificaba todas sus fuerzas á la causa que amaba tanto. Con frecuencia le acontecía llegar á la noche tan extenuada, que le era imposible desnudarse. Una dama de Boston, á la que había ido á visitar en cierta ocasión, me contaba que, no habiendo podido recibirla en el acto, la encontró momentos después dormida en su salón.

Aún no estaba terminado el primer pabellón, llamado «Porter Hall» del nombre del mayor donante, el señor A. H. Porter, cuando se hizo notar, más que nunca, la necesidad de dinero. Yo había prometido á uno de mis acreedores que en una época determinada, recibiría la suma de cuatrocientos dollars; en la mañana del día señalado no teníamos ni un dollar en caja. Ya estaba desesperado, cuando, en el correo de las diez, me llegó un cheque de cuatrocientos dollars que me enviaba miss Davidson. Podría citar muchos otros hechos del mismo género. Aquella suma la habían dado dos

damas de Boston. Dos años más tarde, cuando nuestra obra se había agrandado, y, todavía una vez, atravesábamos tiempos difíciles y el porvenir se nos presentaba obscuro por falta de recursos, estas mismas señoras nos enviaron seis mil dollars. Nuestra sorpresa fué indescriptible y aquel don renovó nuestros ánimos. Debo añadir que, durante catorce años, aquellas dos amigas nos hicieron un donativo anual de seis mil dollars.

Así que pudimos examinar los planos para la nueva construcción, nuestros alumnos comenzaron á remover la tierra para echar los cimientos; pero este trabajo no se realizaba hasta después de las clases de la tarde. Al principio no querían resignarse á este trabajo suplementario porque habían venido, como me dijo uno de ellos «para hacer sus estudios y no para trabajar con sus manos.» Pero, poco á poco, pude comprobar que cambiaban de opinión y aquel trabajo acabó por merecer de todos un alto aprecio. Después de algunas semanas de ruda labor se habían ahondado los cimientos y pudimos señalar día para la colocación de la primera piedra.

Si se considera la colocación de esta primera piedra en el propio corazón del Sud, en medio del Black-Belt, es decir, en pleno país de esclavos, donde la abolición de la esclavitud no contaba más que diez y seis años, donde, diez y seis años antes, todo negro que aprendía á leer hacía á su maestro reo de la ley y de la pública censura; si se considera todo esto, el espectáculo que se ofrecía á nuestros ojos, en aquel día de primavera, en Tuskegee, era de los más grandiosos de la época y en parte alguna podía haber hallado igual. El primer discurso fué pronunciado por el honorable Waddy Thompson, director de la enseñanza en el distrito. Aquella fiesta había reunido á los profesores, á los discípulos, á



los parientes, á los amigos y á los funcionarios blancos del distrito, que, algunos años antes, tenían derecho de propiedad sobre los negros, es decir, sobre los que ahora se encontraban á su lado. Todos deseaban dejar un recuerdo en aquella primera piedra.

Antes de ver la casa terminada, tuvimos que atravesar momentos muy penosos. Más de una vez nos sentimos á punto de perder toda esperanza viendo que se aproximaba el vencimiento de algún pago sin tener con qué saldarlo. Nadie puede imaginar lo duros que son de soportar, un mes tras otro, los trances de una empresa como aquella que yo había echado sobre mis espaldas sin tener con qué pagarla. Jamás olvidaré mis primeros años de Tuskegee y las noches que pasé, revolviéndome en mi cama, sin poder dormir, preocupado por apuros de dinero. Mi responsabilidad era grande, pues se trataba de demostrar que la raza negra podía fundar un establecimiento y dirigirlo convenientemente. Caer, habría sido herir al mismo tiempo á toda la raza. Todo estaba contra nosotros. Comúnmente se creía que el éxito natural, ciertísimo, si se hubiera tratado de blancos, sería, en nuestro caso, una cosa inaudita. Todas estas consideraciones pesaban sobre nosotros abrumadoramente; á razón de mil libras por centímetro cuadrado, si se me permite la comparación.

Debo hacer constar, que en medio de mis angustias y de mis mayores dificultades, jamás me dirigí á un blanco ó á un negro de Tuskegee sin que al punto hiciera por mí todo cuanto estaba en su mano. ¡Cuántas veces, cuando me llegaban letras de un centenar de dollars, tuve que dirigirme á seis personas para que entre todas, hicieran honor á nuestra firma! Mi principal preocupación era poner á salvo el crédito de la

escuela y sin vanagloria, puedo declarar que lo hemos fogrado siempre hasta el presente.

Nunca olvidaré un consejo que me dió el señor Jorge W. Campbell, el blanco que tuvo la idea de llamarme á Tuskegee. Con su aire paternal me dijo, en nuestra primera entrevista: «Recuerde usted siempre, Washington, que el crédito es un capital.»

Un día, en que nos hallábamos en grandísimo apuro, me dirigí al general Armstrong y le expuse francamente mi situación. Sin vacilar me firmó un cheque, cuyo valor representaba todas sus economías personales; y no fué esta la única vez en que el general vino en auxilio de Tuskegee. Hasta hoy no he tenido ocasión de publicar este rasgo.

Durante el verano de 1882, á fines del primer año escolar, casé con miss Fanny M. Smith, de Malden (Virginia del Oeste.) En los comienzos del otoño nos instalamos y nuestro hogar fué también el de los maestros de la escuela que, entonces, eran cuatro. También mi mujer se había ganado sus diplomas en Hampton; y ocupándose activamente en cuanto se relacionaba con la escuela, llenaba sus funciones de ama de la casa. Desgraciadamente no la conservé más que dos años; murió en Mayo de 1884, dejándome una hija llamada Portia M. Washington.

Mi esposa formaba un solo ser conmigo para todo cuanto concernía á la escuela; se había consagrado á nuestra obra en cuerpo y alma, pero murió sin sospechar toda la importancia que, en lo futuro, había de adquirir nuestra naciente institución.



EL CAPÍTULO X.—UNA TAREA  
MÁS DIFÍCIL QUE HACER LA-  
DRILLOS SIN FUEGO. ✂ ✂

Siempre deseé que no sólo el cultivo de los campos y los trabajos domésticos, sino también las construcciones, fueran en Tuskegee, obra de los alumnos. Mi deseo era hacerles aprender los métodos de trabajo más perfeccionados, primero, en interés de la escuela y, además, para despertar en ellos el sentimiento de la utilidad del trabajo y hacerles comprender su dignidad y su belleza. Quería yo que se acostumbraran á no mirar el trabajo como una carga, y que sintieran el amor del trabajo por el trabajo. En la construcción se utilizaban los procedimientos modernos y aprovechando las fuerzas de la naturaleza, como el agua, el vapor y la electricidad.

Muchas personas combatieron mi idea, sobre todo en lo que concernía á hacer ejecutar los trabajos por los alumnos; pero yo la mantuve tenazmente. Estaba de acuerdo con los que dudaban del éxito de la empresa, en que las primeras construcciones tal vez no serían tan perfectas como las que hubieran ejecutado obreros prácticos; pero ¿no compensaba suficientemente la falta de comodidad ó de belleza el sentimiento de haber contribuído á dar á aquellos jóvenes un medio con que bastarse á sí mismos?

Yo alegaba, además, que la mayor parte de nuestros discípulos que venían de la región de las plantaciones de algodón, de azúcar ó de arroz, eran pobres, muy pobres y no estaban acostumbrados á habitar más que cabañas miserables. Claro que habrían preferido instalarse desde luego en cómodos edificios; pero me parecía un método preferible hacerles seguir una profesión normal y enseñarles, desde luego, á construir sus propias habitaciones. De antemano podía asegurarse que íbamos á cometer errores; pero también estos errores nos serían útiles en lo porvenir. Hace diez y nueve años que la escuela normal de Tuskegee existe y este principio mío de hacer construir los edificios por los alumnos, ha sido constantemente puesto en práctica. Durante este lapso de tiempo se han levantado cuarenta pabellones y, exceptuando cuatro, son todos obra de ellos. Uno de los resultados es que, actualmente, centenares de individuos, esparcidos por el Sud, se han visto en la necesidad de utilizar las lecciones prácticas que recibieron á nuestro lado. Tenemos el cuidado de instruirles en todos los grados de este conocimiento, de tal modo, que nuestros discípulos y nuestros maestros son capaces de construir un edificio en todas las dimensiones; no solamente saben trazar todos sus planos, sino también ejecutar todos los trabajos é instalar en él todos los aparatos eléctricos, sin que sea necesario llamar en su ayuda á un solo obrero extraño.

De este modo lográbamos también que los discípulos tuvieran por los edificios, cuidados especialísimos. Más de una vez he oído á uno de los antiguos decirle á otro nuevo que pretendía hacer un desperfecto en el muro ó con el lápiz ó con el cortaplumas: «No la maltrates; es nuestra casa, yo he ayudado á construirla.»

Lo que fué para mí más penoso, en los comienzos,



fué la fabricación de ladrillos. Tuvimos que pensar en ello, después de haber organizado el trabajo de la hacienda; teníamos necesidad de ellos para construir y no existía fábrica de ladrillos en Tuskegee. Y no solamente los necesitábamos, sino que había demanda general de ellos en el mercado.

Yo había compadecido á los hijos de Israel, obligados á hacer ladrillos, sin fuego; pero á nosotros nos incumbía una tarea mucho más difícil; la de hacer ladrillos sin dinero y sin experiencia.

Este trabajo era penoso y sucio; por eso me costó al principio, una brega inaudita imponerlo á mis discípulos. Aprovecharon principalmente esta ocasión para manifestar el disgusto que les causaba ejecutar á la vez, el trabajo manual y los estudios. Realmente no era muy agradable permanecer durante largas horas en una balsa con fango hasta la rodilla y hubo algunos, que, disgustados de semejante trabajo, abandonaron la escuela.

Fué necesario hacer ensayos en varios terrenos hasta encontrar la arcilla necesaria para la fabricación de los ladrillos. Hasta entonces yo había considerado esta fabricación como una cosa fácil; pero pude aprender, á costa mía, cuánta habilidad y experiencia se necesita, sobre todo en lo relativo á la cocción. Después de muchos esfuerzos, logramos moldear unos veinticinco mil ladrillos: no nos faltaba más que cocerlos, pero la cocción falló, por falta de un horno á propósito. En seguida comenzamos una segunda hornada, que falló también. Los estudiantes se iban desanimando. Pero muchos maestros de escuela, que se habían educado en Hampton nos ofrecieron sus servicios y gracias á ellos, pudimos preparar una tercera hornada. La cocción exigía una semana. A fines de la semana, cuando nos creíamos en

posesión de algunos millares de ladrillos, se hundió nuestro horno durante la noche. Era el tercer fracaso.

No tenía ni un dollar, después de aquella tentativa, para renovar los ensayos; casi todos los maestros opinaban que debía abandonarse la fabricación de ladrillos. Recordé yo entonces que tenía un reloj; lo tomé y me fui á llevarlo á la ciudad de Montgomery, que estaba cerca, y donde encontré un Montepío. Me entregaron, á cambio del reloj, quince dollars que me bastaron para renovar la experiencia. Volví á Tuskegee y con mis quince dollars levanté los ánimos de mis auxiliares y volvimos á empezar el cuarto ensayo. Esta vez fuimos más afortunados. Cuando expiró el plazo para desempeñar mi reloj, no tenía dinero disponible; así es que no he vuelto á verlo más. Puedo afirmar que no he sentido la pérdida.

La fabricación de ladrillos ha llegado á ser una industria de tal importancia en Tuskegee que, el año pasado, nuestros alumnos fabricaron 1.200.000 ladrillos de primera calidad que encuentran compradores en cualquier mercado. Además, esta industria, ha permitido á una infinidad de jóvenes crearse una profesión que, ahora, ejercen provechosamente en muchas ciudades del Sud.

La fabricación de ladrillos me proporcionó ocasión de hacer agradables experiencias en mis relaciones con las dos razas del Sud. Gran número de blancos que no sentían por nosotros ninguna simpatía y que no tenían ninguna relación con la escuela, venían á comprar nuestros ladrillos, porque se habían dado cuenta de que eran buenos. Habíamos logrado llenar un verdadero vacío en las necesidades del municipio aquel. Todos los blancos que, hasta entonces, no habían querido creer en la perfectibilidad de la raza negra, comenzaban á



cambiar de opinión, viendo que, por medio de su trabajo, nuestros alumnos contribuían al bienestar y á la riqueza general. Nuestro comercio de ladrillos nos ponía en relaciones con muchas personas con las cuales entablamos, á continuación, más sólido conocimiento; teníamos intereses comunes; nosotros les procurábamos lo que ellos necesitaban y por su parte, ellos nos daban lo que á nosotros nos hacía falta. De este modo establecimos relaciones de amistad con los blancos de la región que, bien pronto, se hicieron extensivas á todos los blancos del Sud.

Gracias á su oficio, cada vez que uno de nuestros alumnos ha ido al Sud, ha encontrado el modo de hacerse útil al municipio en que vivía y el municipio se le ha sentido obligado y en cierto modo, tributario. Así han nacido y se han desarrollado relaciones de armonía entre ambas razas.

He observado que hay algo en la naturaleza humana que nos fuerza á reconocer y á recompensar el mérito, cualquiera que sea el color de la piel bajo la cual se esconda.

Pero el mérito que se demuestra de una manera visible y concreta, es el que tiene la virtud más poderosa para disipar, en el acto, los prejuicios; y la vista de una casa confortable, construída por un negro, convencerá más pronto de las capacidades del negro, que una larga discusión encaminada á demostrar que podría ó debería construirse. Este mismo principio nos ha llevado á emprender la fabricación de coches, carros y berlinas. Actualmente poseemos docenas de vehículos y nos servimos de ellos para las necesidades de la escuela y de la granja. Son obra de nuestros discípulos y los hemos fabricado también para la venta. Al construir nuestros coches y al repararlos, prestábamos también, como

al fabricar ladrillos, servicios positivos al municipio. Y la verdad es que suele andarse con tiento antes de refirir con un hombre del que se puede tener necesidad.

Aquel que, de cualquier modo que sea, logra hacerse indispensable, acabará por hacer carrera, tenga como tenga el color de la piel. Si llega un hombre á un municipio bien preparado para dar lecciones de griego, tal vez no encuentre gentes dispuestas á aprender el griego y tal vez nadie comprenda la utilidad de semejante enseñanza; pero seguramente que todas las gentes, en aquel municipio, tendrán necesidad de ladrillos, de casas y de coches. Por consiguiente, si el que quería iniciarles en el estudio del griego, puede ante todo satisfacer sus necesidades materiales, tal vez las llevará por este camino á pedirle lecciones de griego, á apreciarlas y á aprovecharlas finalmente.

En la época en que comenzamos á fabricar nuestros primeros ladrillos, nos fué necesario responder categóricamente á las enérgicas observaciones de nuestros alumnos que se negaban á ejecutar aquel trabajo manual que pretendíamos imponerles. Corrió por el Estado, la voz de que los que quisieran hacer sus estudios en Tuskegee se verían obligados, fuera cual fuera su fortuna á aprender un oficio. Nos llegaron cartas numerosas de los padres protestando de que se impusiera á sus hijos la obligación de trabajar con sus manos durante su permanencia en el colegio. Otros venían á protestar personalmente y la mayor parte de los nuevos discípulos nos traían una carta en la que sus padres manifestaban el deseo de que los dedicáramos exclusivamente á estudios intelectuales. Cuantos más libros, cuanto más grandes eran y más largos sus títulos, más contentos parecían los padres y los alumnos.

Estas protestas me inquietaron poco; pero no perdí



ocasión de viajar por todos los rincones del Estado para hablar al pueblo y para tratar de convencer á los padres, de la necesidad de la enseñanza profesional. Adoctrinaba, también, de esta necesidad á mis discípulos y á despecho de la impopularidad del trabajo manual, la escuela crecía de tal modo, que á fines del segundo año, teníamos cerca de ciento cincuenta alumnos originarios del Estado de Alabama y de otros estados vecinos.

En 1882, durante el verano, miss Davidson y yo nos dirigimos al Norte, á fin de reunir los fondos necesarios para la terminación del nuevo local. Por el camino, me detuve en New-York, con objeto de pedirle á un personaje influyente de la obra de las misiones, con quien había trabado amistad algunos años antes, una carta de recomendación. No solamente me negó toda recomendación, sino que me aconsejó vivamente que me volviera á casa porque estaba seguro de que fracasarían todas mis tentativas para encontrar dinero y de que apenas si recogería lo necesario para pagarme los gastos de viaje. Le di las gracias por sus consejos y continué mi camino.

Detúveme primeramente en Northampton (Massachusetts), donde pasé medio día buscando una familia de negros que quisiera alojarme, convencido como estaba de que los hoteles me cerrarían sus puertas. Cuando me enteré de que no me costaría trabajo ninguno hacerme recibir en un hotel, tuve una verdadera sorpresa.

Fuimos lo bastante afortunados para reunir una cantidad suficiente y el «*Día de la acción de gracias*» del mismo año, ya pudimos celebrar nuestro primer servicio religioso en la capilla del «Porter Hall» aunque el edificio no estaba terminado.

Buscando un predicador para aquel día de fiesta, tu-

ve la suerte de encontrar al hombre más cabal que me haya sido dado encontrar en mi vida, el reverendo Roberto C. Bedford, un blanco de Wisconsin, que por aquel entonces era pastor en una pequeña iglesia de Montgomery (Alabama.) Hasta entonces no había oído hablar de él, ni él, por su parte, me conocía. Aceptó gustosamente el venir á Tuskegee para celebrar allí el servicio de acción de gracias. Los negros no habían asistido nunca á un servicio de este género y lo siguieron con especialísimo interés. La vista del nuevo pabellón hacía este día memorable para todos.

El reverendo Robert C. Bedford entró inmediatamente á formar parte de nuestro consejo de administración y durante diez y ocho años, nos ha prestado en calidad de miembro de él, importantísimos servicios. Desde el primer momento hizo suyos los intereses y el honor de la escuela; nunca es más feliz que cuando puede prestar á nuestra obra algún servicio, por pequeño que sea. En toda cosa hace abnegación de sí mismo y se encarga de aquello que rechazarían los demás. De cuantos hombres he tratado, es el que más parece acercarse al espíritu de Cristo.

Algo más tarde, hicimos una excelente adquisición, en la persona de un joven, recién salido de Hampton, sin cuyo concurso la escuela no habría sido lo que es actualmente. Me refiero al señor Warren Dogan que, desde hace diez y siete años es tesorero del instituto y me reemplaza cada vez que tengo que ausentarme. Ha dado siempre pruebas de un olvido completo de sí mismo y de un tacto exquisito para los negocios, acrecentado de un juicio tan seguro que la escuela no se ha resentido nunca de mis ausencias, por mucho que éstas se hayan prolongado. En todas las dificultades financieras su paciencia y su fé en el éxito final, son su salvaguardia.



Aún no estaba terminado nuestro primer edificio, cuando ya pensábamos habitarlo para instalar en él los pensionistas. Pero no pudimos realizar nuestro deseo hasta mediados del segundo año escolar.

Nos llegaban los alumnos de tan lejos y en tal número, que comprendimos claramente la inutilidad de nuestros esfuerzos, hasta que lográramos influir eficazmente en la vida individual de cada uno.

Fuera de los alumnos y de sus buenos deseos, no teníamos ninguna base con que abrir un internado. No habíamos pensado en instalar una cocina, ni un comedor. Fortuna que, cavando la tierra, podríamos instalar, en subsuelo, dos piezas que sirvieran para el caso. Una vez más recurrí á la buena voluntad de mis discípulos para que llevaran á cabo aquel trabajo de remoción de tierra. Al cabo de algunas semanas teníamos lo que deseábamos; dos locales primitivos, pobres y verdaderamente poco confortables á la vista. El que hoy los viera creería con dificultad que hicieron entonces las veces de comedor.

Pero no todo se reducía á poseer una cocina; eran necesarios utensilios y dinero con que comprarlos. Poco me importaban las deudas; teníamos la seguridad de que gozábamos de crédito para adquirir todo lo necesario. Confieso que, por aquel entonces, más bien me avergonzaba la confianza que todos tenían en mí, cuando yo la tenía tan escasa. No era muy hacendera la cocina sin hogar, ni el comer sin platos. Al principio tratamos de cocinar á la antigua usanza, al aire libre, sobre hogueras improvisadas y en cazos y marmitas de bajo precio. Utilizamos como mesas los bancos de los carpinteros que trabajaban en la construcción y nuestra vajilla era tan escasa, que más vale no citarla.

Los que tenían á su cargo las comidas, carecían en

absoluto de toda noción respecto al orden con que debían servirlos y de aquí nacían para nosotros constantes preocupaciones. Nada estaba á punto: reinaba un desorden absoluto y durante las dos primeras semanas, no pasaba comida sin algún incidente desagradable. Unas veces la carne estaba cruda y otras, abrasada. Cuando no habían olvidado la sal en el pan, olvidaban el preparar el té. Una mañana, estaba yo en la puerta del refectorio, desde donde podía oír las quejas de los alumnos, aquel día más vivas que nunca porque todo el almuerzo resultó malo. Recuerdo que una de las muchachas se marchó de la mesa para dirigirse al pozo y consolarse, con el agua, del almuerzo que no había podido probar. Al llegar al pozo, encontró la cuerda rota y tuvo que prescindir también del agua. No sabiendo que yo pudiera oírlo, marchóse, diciendo con desaliento: «¡Ni agua hay en esta escuela!» Ninguna queja me ha conmovido tanto como esta.

Algún tiempo después de esto, M. Bedford, uno de nuestros administradores y un amigo devoto de la institución, de quien he hablado ya, vino á hacernos una visita. El cuarto que ocupaba estaba situado encima del comedor y un día le despertó bruscamente una viva discusión entre dos alumnos que se disputaban una taza de café. Uno de ellos demostró que durante tres días consecutivos no había podido tomar café y se llevó la victoria.

A fuerza de perseverancia y de paciencia, logramos salir de aquel estado de confusión, como acontece siempre con las dificultades, cualquiera que sea su naturaleza y sólo á condición de no abatirse en vista de ellas.

Cuando recuerdo esta época de nuestra historia, no me lamento de haberla vivido. Creo que fué para nosotros un gran bien comenzar por obstáculos y dificulta-



des. Estoy convencido de lo ventajoso que fué para nuestros alumnos tener que instalar por sí mismos su cocina y su refectorio.

No me quejo del local sombrío, mal aireado y húmedo que tuvimos que habitar. Una cómoda instalación desde el principio, tal vez se nos hubiera subido á la cabeza en forma de orgullo. No á todo el mundo le es posible continuar una obra sobre los cimientos echados por sí mismo.

Y hoy día, cuando nuestros antiguos discípulos vienen á Tuskegee, lo que acontece con frecuencia y ven nuestro hermoso refectorio, espacioso y bien aireado; los alimentos apetecibles y bien preparados, productos cultivados por nuestros alumnos, que se sirven sobre mesas cubiertas de manteles y servilletas de una blancura irreprochable; cuando ven que hay jarros con flores en las mesas; cuando oyen en el comedor canto de pájaros; cuando pueden comprobar que la comida se sirve con diligencia y orden perfectos, sin que profieran una sola queja los centenares de alumnos reunidos, estos discípulos antiguos me aseguran que no se arrepienten de nuestros comienzos y que les parece preferible haber llegado á tan hermoso resultado, poco á poco, por medio de un progreso lento y gradual.

☞ CAPÍTULO XI.—NUESTROS  
ALUMNOS FABRICAN SUS CAMAS ANTES DE ACOSTARSE EN  
ELLAS. ✕✕ ✕✕ ✕✕ ✕✕ ✕✕ ✕✕

Algún tiempo después hizo época en la historia de nuestra escuela, la visita del general J. F. B. Marshall, el tesorero del instituto de Hampton, que no había vacilado en prestarnos la suma necesaria para adquirir nuestra hacienda. Pasó entre nosotros una semana completa y realizó una inspección minuciosa. Pareció satisfecho de los progresos que habíamos realizado y envió á Hampton informes muy halagüeños. Después recibimos la visita de miss María F. Mackie, la que, en Hampton me había hecho sufrir el examen de «barrido»; finalmente le tocó el turno al general Armstrong en persona.

En la época de aquellas visitas se hallaba considerablemente aumentado el número de los maestros en el instituto de Tuskegee y casi todos eran antiguos discípulos del de Hampton. Nuestros amigos de la antigua casa y principalmente el general Armstrong fueron recibidos con entusiasmo. Todos se sorprendieron agradablemente de los rápidos progresos realizados por nuestra escuela en tan poco tiempo. Multitud de negros de algunas millas á la redonda, hicieron un viaje para



ver al general Armstrong del que tanto habían oído hablar. La acogida fué tan cariñosa por parte de los blancos como por parte de los mismos negros.

Durante aquella visita pude formarme una idea cabal del carácter del general Armstrong y de sus sentimientos para con los blancos del Sud. Hasta entonces yo había creído que el general no podría abrigar más que sentimientos de animosidad contra los blancos del Sud, que habían sido sus adversarios, y que todo su interés lo reservaba para la causa de los negros.

No tardé en convencerme de que estaba muy lejos de sospechar la grandeza de alma y la generosidad de aquel hombre. En sus visitas y en sus empresas se descubría una solicitud igualmente viva por la prosperidad de ambas razas. No abrigaba ningún sentimiento de odio contra los blancos del Sud y, en toda ocasión, gustaba de manifestarles su simpatía. Su ejemplo fué para mí una enseñanza que me convenció de que las grandes almas no hacen más que profesión de amor; únicamente las almas mezquinas pueden cultivar el odio. Comprendí también que los que socorren al débil se robustecen á sí mismos y que oprimir á los desdichados debilita á los opresores.

La conducta del general Armstrong me inspiró estas reflexiones hace mucho tiempo y, desde entonces, he procurado siempre guardarme de rebajar mi alma hasta el punto de odiar á un hombre, cualquiera que sea el color de su piel. Creo poder afirmar que en mi alma ha desaparecido todo sentimiento de animosidad contra el daño que los blancos del Sud han hecho á mi raza. Hoy día experimento la misma satisfacción prestando un servicio á un blanco que á uno de los míos. Y compadezco profundamente á los que tienen la costumbre de fomentar prejuicios y odios de raza.

Cuanto más lo pienso, más comprendo que son igualmente perjudiciales á los negros y á los blancos las prácticas que éstos últimos se han creído obligados á adoptar para privar á los negros del derecho de voto. El perjuicio causado al negro es únicamente momentáneo; pero el atentado á la moralidad del blanco es permanente. Más de una vez he podido comprobar que cuando un blanco se vende para anular el voto de un negro, acaba por usar de estos bajos procedimientos en otras circunstancias de la vida y ya no solamente contra el negro, sino contra el blanco mismo. El que engaña á un negro no tarda mucho en engañar á un blanco; el que pisotea la ley linchando á un negro hará pronto lo mismo con un blanco. Todas estas consideraciones me llevan á desear que la nación entera inter venga para ayudarnos en nuestra lucha contra la ignorancia que todavía pesa sobre el Sud.

También es digno de tomarse en cuenta el hecho de que el sistema educativo del general Armstrong gane cada día terreno en nuestro país. Hoy día casi no hay estado en el Sud donde no se dé la enseñanza profesional á los hombres como á las mujeres y el honor de esta iniciativa recae por entero sobre el general Armstrong.

Apenas inaugurada la modesta instalación para pensionistas, se nos presentaron nuevos alumnos. Durante largas semanas tuvimos que hacer todas las combinaciones imaginables para alimentarles sin tener un céntimo y para improvisarles, en un rincón, ropa y camas donde dormir. Al efecto alquilamos, en los alrededores de la escuela unas cuantas cabañas. Estas cabañas estaban ruinosas y los estudiantes que las ocupaban se morían de frío en los meses de invierno. No cobrábamos más que ocho dollars mensuales por la pensión de los estu-



diantes; tampoco habrían podido pagarnos más. En este precio iban comprendidos, la comida, el hospedaje, la luz y la colada. Descontábamos de este precio todo trabajo que les plugiera hacer y que resultara de alguna utilidad para la casa. Los gastos de estudio ascienden por año, para cada alumno, á unos cincuenta dollars, y esta suma, entonces como ahora, nos veíamos obligados á procurárnosla del modo que podíamos.

Un precio tan mínimo de pensión no podía proporcionarnos el capital suficiente para organizar un internado en buenas condiciones. El invierno de nuestro segundo año escolar fué excesivamente riguroso. No teníamos la necesaria cantidad de mantas que proporcionar á nuestros alumnos para garantizarlos contra el frío. Durante algún tiempo carecimos también de camas y colchones.

Con frecuencia me acontecía no poder dormir yo mismo pensando en el frío que deberían pasar mis discípulos. A veces me levantaba, á altas horas de la noche, para ir á verles en sus cabañas y confortarles con mis palabras; los había que, envueltos en la única manta que habíamos podido proporcionarles, se mantenían arrebujados cerca del fuego para calentarse un poco; otros no se acostaban en toda la noche. Una mañana, después de una noche horriblemente fría, ordené que levantaran el dedo los que hubieran creído morir helados. Hubo tres. Todo esto no arrancaba una queja á los alumnos, que estaban convencidos de que hacíamos por ellos cuanto nos era posible. Tenían bastante con hallarse en condiciones de mejorar su situación y no dejaban de preguntar á los maestros lo que podrían hacer para aligerar su carga.

En diferentes ocasiones he oído decir, que los negros no respetarían la autoridad representada por uno de

los suyos. A esta afirmación puedo responder con un hecho. Durante mis diez y nueve años de carrera en Tuskegee, no he tenido que señalar una sola palabra ni un acto irrespetuoso en mis discípulos ó en cualquiera de las personas que están á mi servicio. Por el contrario, las numerosas muestras de consideración de que soy objeto á cada paso me confunden. Jamás me han visto mis discípulos cargado con un libro ó con una maleta, sin precipitarse á descargarme. Si llueve, no puedo salir de mi despacho sin que se me acerque algún alumno ofreciéndoseme para aguantarme el paraguas.

Esto me lleva como de la mano á hacer constar que, tampoco en mis relaciones con los blancos del Sud he tenido que soportar una sola afrenta personal. Los blancos de Tuskegee y de los alrededores llegan á considerar como un privilegio el demostrarme su consideración, lo que, en ocasiones, les cuesta algún sacrificio.

No hace largo tiempo viajaba por Tejas, entre Dallas y Houston. Se había esparcido la voz de que yo iba en el tren y representaciones de los blancos de todas las estaciones, principalmente los funcionarios de cada población, venían á saludarme y expresarme su gratitud por la obra que había emprendido en el Sud.

Más tarde, un día en que me dirigía á Atlanta, sintiéndome en extremo fatigado tomé un *Pullman-car*. Al subir al tren, vi á dos damas de Boston á quienes conocía perfectamente. Aquellas damas ignoraban en absoluto las costumbres del Sud y, con toda inocencia de alma, me obligaron á instalarme al lado de ellas, lo que hice no sin alguna vacilación. Apenas me hube colocado allí, una de las damas encargó cena para tres personas, lo que aumentó todavía mi embarazo. El compartimento estaba lleno de blancos del Sud que no apartaban sus ojos de nosotros. Cuando me enteré de que



habían encargado la cena busqué un pretexto para cambiar de sitio, pero fué inútil; ambas señoras se empeñaron en que las acompañara. Por fin me resigné diciéndome: «Lo que es esta vez no me escapo del escándalo».

Para hacer todavía más embarazosa la situación, una de las damas recordó que tenía en su saco de viaje un té excelente que deseaba ofrecernos y, no queriendo confiarlo á los cuidados del cocinero, se dispuso á prepararlo por sí misma. Finalmente se acabó aquella comida que me pareció la más larga de mi vida. Con objeto de poner término á la penosa situación, manifesté mi deseo de trasladarme al compartimento de fumadores y contemplar el paisaje. Pero durante aquel tiempo alguien había pronunciado mi nombre en el vagón y los pasajeros me reconocieron. Nunca he tenido una sorpresa igual á la que me esperaba en el departamento de fumadores. Casi todos cuantos se encontraban en él, ciudadanos de la Georgia en su mayor parte, vinieron á estrecharme la mano y á expresarme su reconocimiento por lo que estaba haciendo en el Sud. Y no eran adulaciones interesadas por su parte, porque todos conocían muy bien que nada podían esperar de mí.

Desde mis comienzos quise hacer sentir á los alumnos que Tuskegee no era obra mía ni de los maestros, sino suya propia; que debía cada uno de ellos interesarse en la buena marcha de la casa tanto como cualquiera de los profesores ó administradores, y, principalmente, que debían considerarme como su amigo y consejero, más que como su censor. Deseo que me hablen con toda franqueza y sin rodeos de los intereses de la escuela. Pido á mis alumnos que me dirijan, dos ó tres veces al año, una carta, consignando las críticas, quejas y proposiciones que les sugiera la organización ó la

marcha de la escuela. Aparte de esta información por escrito, les reúno en la capilla para hablar sinceramente con ellos de lo que conviniere á la escuela. No hay reunión de los estudiantes que me sea más grata ni que con mayor utilidad secunde mis planes. Nada aprovecha tanto á un hombre como sentir, á la vez, la responsabilidad que pesa sobre sus espaldas y la confianza que los demás depositan en él.

Cada vez que leo el relato de alguna huelga comprendo mejor que las disensiones entre patronos y obreros podrían evitarse, si los primeros adquirieran la costumbre de hacerse más accesibles á sus obreros y de consultarles sobre las decisiones que quisieran tomar ó las convicciones que abrigan, haciéndoles sentir que sus intereses son recíprocos. Unicamente de la confianza, puede nacer la confianza. Y esto es todavía más cierto, en el caso particular de la raza negra. En cuanto les hayáis convencido de que os interesáis por ellos, haréis de los negros todo cuanto se os antoje.

Yo me había propuesto hacer construir por los alumnos, no solamente todos los edificios de Tuskegee, sino, en lo posible todo el mobiliario. Todavía admiro hoy la paciencia de aquellos alumnos que dormían en el suelo, esperando que les construyeran una cama, ó que se contentaban con una cama sin colchones esperando que les proporcionaran algo parecido á ellos. Al principio teníamos pocos alumnos entendidos en carpintería y las camas fabricadas por ellos resultaban inconsistentes y rudimentarias. Con frecuencia me acontecía, al pasar mi revista por las mañanas, encontrar que muchos alumnos habían preferido dormir en el suelo. ¿Cómo procurarnos colchones? El problema era difícil de resolver. Finalmente logramos salir del apuro comprando tela barata, con la que fabricábamos enormes sacos que



llenábamos de hojas secas de pinos, recogidas en los bosques vecinos. Debo añadir que la fabricación de colchones ha progresado desde entonces y que constituye una de nuestras industrias favoritas, en la que iniciamos á algunas muchachas, y llegan á fabricarlos con tal perfección que pueden competir con los fabricados en los almacenes ordinarios. Durante algún tiempo nos faltaron sillas para los cuartos de los alumnos y para el comedor. A guisa de sillas nos servíamos de unos taburetes compuestos de tres tablones mal clavados. Por lo demás, el moblaje de los cuartos de los alumnos, era completamente rudimentario en los primeros tiempos, y se componía de una cama, algunos taburetes y, á veces, una mesa, fabricado todo por ellos mismos. Nunca hemos abandonado nuestro principio de hacer fabricar los muebles por los alumnos; por el contrario; el número de muebles ha ido aumentando y la labor material se ha perfeccionado tanto que no deja nada que desear.

Una de mis principales campañas en Tuskegee ha sido el hábito de la limpieza. En los comienzos de nuestra obra, y ahora como entonces, no me cansaba de repetir á nuestros alumnos que la pobreza, la estrechez y la penuria son perdonables, pero no la suciedad. Otro de los puntos sobre los cuales he insistido siempre es el uso del cepillo para los dientes. «El evangelio del cepillo para los dientes» como lo llamaba el general Armstrong, forma parte de nuestra profesión de fe. Para conquistar el derecho de permanecer en Tuskegee, es necesario poseer un cepillo para los dientes y servirse de él. Con frecuencia hemos visto llegarnos alumnos sin otro equipaje que un cepillo para los dientes. Habían sabido, por antiguos discípulos nuestros, la importancia que le atribuíamos y, para producir buena impresión en nuestro ánimo, se procuraban, por lo menos, ese

utensilio. Recuerdo que un día, pasando revista con la directora, recorrimos los cuartos de las menores; entre ellos había uno habitado por tres niñas recién llegadas. Cuando les pregunté si tenían cepillo para los dientes me respondió una de ellas, mostrándomelo: «Sí, señor; ayer nos lo compramos juntas.» No tardaron en comprender que el tenerlo no bastaba. No carecía de interés para nosotros el ir comprobando los efectos del uso del cepillo para los dientes sobre los grados de cultura de nuestros discípulos. Con muy pocas excepciones observé que podían fundarse esperanzas sobre todo alumno que, por su propia iniciativa, reemplazaba su primer ó su segundo cepillo para los dientes cuando se le deterioraba por el uso. Exigimos siempre una limpieza absoluta en los cuidados del cuerpo. Nuestros discípulos, aun antes de que pudiéramos proporcionarles sala de baños, aprendían á bañarse con la misma regularidad con que se come. Muchos de estos discípulos nos llegaban de los distritos rurales y, con frecuencia, era necesario enseñarles el modo de acostarse en la cama; es decir, entre las sábanas y no encima de las dos, cuando fuimos lo bastante ricos para proporcionarles dos. Como es natural, me era bastante difícil enseñarles á acostarse entre dos sábanas, cuando no podía darles más que una. Fué también necesario enseñarles á servirse de la camisa de dormir.

Lo que costó más trabajo fué acostumbrarles á sustituir los botones que se les caían de los trajes, á remendar los desgarrones y á quitarse las manchas. Pero hemos acabado por lograr que estos hábitos de orden arraiguen profundamente; que se transmitan de promoción en promoción y que muchas veces por la tarde, al salir de la capilla y pasar revista, lo que se hace á diario, no se note la falta ni de un solo botón.





UNIVERSIDAD AUTONOMA DE ALABAMA  
ALERE FLAMMAM VERITATIS

☞ CAPÍTULO XII.—BUSCAN-  
DO FONDOS. ❖ ❖ ❖ ❖ ❖

Ya instalado el comedor, pudimos señalar á nuestras alumnas cuartos en el granero de nuestro primer pabellón, que llevaba el nombre de Porter Hall. Pero el número de discípulos de ambos sexos crecía sin cesar. Fácilmente podíamos acomodar á nuestros alumnos, aunque fuese en cabañas, fuera de la escuela; pero, en modo alguno, podíamos hacer lo mismo con las discípulas. Pronto nos encontramos frente á una nueva dificultad. Necesitábamos otro pabellón, más grande que el anterior y que nos permitiera hospedar á nuestros discípulos de ambos sexos. Imponíase la construcción de otro edificio, que poseyera todas las condiciones necesarias en un internado; celdas adecuadas para las hembras y comedores capaces para todos los alumnos.

Trazamos el plano del edificio en cuestión y verificamos que para llevar á cabo las obras debíamos emplear diez mil dollars. Como de ordinario, nos faltaban fondos; lo que no nos impidió escoger un nombre para el nuevo pabellón; esto podíamos hacerlo, aunque no estuviéramos seguros de encontrar los fondos necesarios para construirlo. Acordamos solemnemente llamarle Alabama Hall, en honor al Estado donde realizá-

bamos nuestra obra. Una vez más, miss Davidson interesó á los blancos y á los negros de Tuskegee y los alrededores en una nueva suscripción. Estos respondieron á nuestro llamamiento en la medida de sus fuerzas y nuestros alumnos, como en los comienzos de Porter Hall, hicieron el trabajo de remoción de tierras para echar los cimientos. Ya estábamos acabando casi nuestros recursos cuando la generosidad del general Armstrong se nos manifestó de modo que vino á demostrarme, una vez más, cuán por encima estaba de la línea media de los otros hombres. Una angustiosa ansiedad acababa de apoderarse de nosotros, viendo que iban á faltar los fondos para llevar adelante nuestra construcción. En aquel momento recibí un telegrama del general Armstrong diciéndome que fuera á buscarle en Hampton para acompañarle un mes en un viaje por el Norte. Acepté sin vacilar su invitación. A mi llegada, el general me comunicó su proyecto, que era contratar un cuarteto de músicos y viajar un mes por el Norte dando, en las grandes ciudades meetings en que los dos debíamos hablar. Se comprenderá mi sorpresa cuando supe que los fondos recogidos en esta fiestas no debían ser para Hampton, sino que iban destinados exclusivamente á Tuskegee y que todos los gastos corrían á cargo del instituto de Hampton.

El general Armstrong me dió á entender, sin gran derroche de palabras, que de este modo quería presentarme á los pueblos del Norte y ponerme en condiciones de procurarme fondos para el Alabama Hall. Otro cualquiera, de espíritu menos levantado y generoso hubiera temido perjudicar á Hampton haciendo afluir el dinero á Tuskegee. En el alma del general Armstrong no cabían sentimientos de mezquina competencia. Era demasiado bueno para ser egoísta. No ignoraba que, por



medio de sus donativos, las gentes del Norte entendían contribuir á la civilización de los negros en general y no al sostenimiento de este ó el otro establecimiento en particular. Y sabía, además, que para darle á Hampton toda su fuerza era necesario transformarlo en un centro de utilidad general, cuya influencia bienhechora repercutiera en todo el Sud.

En cuanto á los discursos que yo debía pronunciar en el Norte, el general me dió especialmente un consejo que no quiero pasar por alto. Creo que es el mejor consejo que se puede dar á un orador. «Que cada una de sus palabras — me decía — exprese una idea.» He tratado de recordar siempre este precepto.

Dimos conferencias en New-York, Brooklyn, Boston, Filadelfia y otras grandes ciudades y en todas partes el general abogó conmigo por la causa de Tuskegee. Nuestros esfuerzos tendían á reunir las sumas necesarias para la construcción del Alabama Hall y á dar á conocer al público nuestra institución. La empresa resultó satisfactoria desde ambos puntos de vista.

Después de aquella presentación menudearon mis viajes al Norte con objeto de reunir fondos. Durante los últimos quince años he tenido que pasar grandes temporadas lejos de la escuela, para procurarme los fondos necesarios á las crecientes necesidades del establecimiento. He estado en condiciones de hacer experiencias que tal vez resulten de alguna utilidad para mis lectores. Muchas veces, infinidad de personas interesadas en hacer colectas públicas por causas filantrópicas, me han preguntado el método de que usaba para obtener la simpatía y las dádivas del público para mi obra de Tuskegee.

En la medida en que el arte de pedir puede reducirse á reglas, diré que solamente dos he tenido en

cuenta. La primera, cumplir á conciencia con mi deber, haciendo conocer al público y á las personas á las cuales me dirigía, el fondo y el alcance de la obra; la segunda no preocuparme del resultado. Esta última confieso que es la más difícil de observar. No es muy cómodo, en efecto, aparentar que no se tienen inquietudes, cuando se está en vísperas de importantes vencimientos, sin un dollar en caja con que hacerles frente. Sin embargo, cada año comprendo más hasta qué punto los cuidados de dinero consumen nuestras fuerzas y nos privan de nuestros medios intelectuales y físicos, que podrían más útilmente emplearse en una actividad más beneficiosa. Mis frecuentes relaciones con hombres eminentes por su posición ó su fortuna me han enseñado que aquellos que más bien han realizado se distinguen siempre por una absoluta posesión de sí mismos, una calma, una paciencia y una urbanidad perfectas. El modelo más completo de esta clase de hombres era, en mi concepto, el presidente Mac-Kinley. Para llevar á cabo una empresa determinada, estimo que la condición primera es hacer renuncia de sí mismo y dejarse arrebatar por una causa grande. El éxito y la satisfacción que de ella sacamos están en razón directa de la abnegación con que realizamos nuestra obra.

Mi época de colectas me enseñó á juzgar severamente á los que se pasan la vida condenando á los ricos á causa de sus riquezas y porque no las reparten con mayor esplendor. En primer lugar, los que esto dicen, no suelen sospechar el gran número de personas que se verían condenadas á la miseria, si los ricos abandonaran de una vez su fortuna, desorganizando y paralizando las grandes empresas en las que están interesados. Sobre que están lejos de imaginar la cantidad innumerable de peticiones y demandas que llueven sobre los



ricos. Ricos he conocido que recibían, por lo menos, veinte visitas diarias con objeto de pedirles dinero. A veces me ha acontecido, en mis viajes para reunir fondos, encontrarme en las casas de las personas á quienes me dirigía, con media docena por lo menos, de demandantes llegados con el mismo fin. Y aun esas visitas no son nada al lado de las solicitudes que les llegan por correo. No puede sospecharse el número de personas que hacen donativos sin darse á conocer. Yo he tratado á algunos, reputados por muy tacaños, y que prodigaban, en silencio, cada año centenares de dollars sin que nadie tuviera noticia.

No quiero citar otro ejemplo que el de aquellas dos damas de New-York, cuyos nombres figuran raramente en las listas de suscripción y á las que nosotros debemos haber podido construir tres edificios en estos últimos ocho años. Fuera de éste, han hecho otros donativos á la escuela. Y no solamente quieren que se aproveche Tuskegee de sus generosidades sino que están constantemente en busca de nuevas obras dignas de su simpatía y de su apoyo.

Aun cuando he disfrutado del privilegio de hacer entrar en las cajas de Tuskegee algunos miles de dollars, he evitado constantemente y con empeño lo que el mundo llama «mendicidad». Muchas veces he dicho á los que quieren oirme que nunca «he mendigado» dinero y que no soy un «mendigo». Sé por experiencia que el hecho de pedir brutalmente dinero á los ricos no es buena manera de provocar su generosidad. Parto del principio de que las gentes que han tenido la necesaria aptitud para procurarse dinero deben tener también la prudencia necesaria para hacer uso de él. En mi concepto el modo mejor de interesaries en una causa es pre-

sentarles los hechos con sencillez y dignidad. Esto da todavía mejores resultados que la mendicidad.

Aun cuando sea una tarea penosa, desagradable y á la vez llena de fatiga, el ir buscando fondos de puerta en puerta tiene sus compensaciones. Es una manera de trabar conocimientos con excelentes, mejor diré, con las mejores almas que puedan encontrarse. Puede afirmarse que los hombres más útiles y de más provecho para la sociedad son aquellos que se interesan en las instituciones que tienen por objeto hacer el mundo mejor.

Un día, en Boston, visité á una dama riquísima. Me introdujeron en su antesala y allí me estuve esperando mientras le pasaban mi tarjeta. En este intervalo el marido de aquella señora llega á su casa, me encuentra en la antesala y me pregunta bruscamente qué objeto me llevaba allí. Apenas le hube expuesto el fin de mi visita me habló tan grosera y violentamente que, sin esperar siquiera la contestación de la dama, salí de aquella casa. Continué mi camino y, un poco más lejos, encontré á un señor que me recibió con una cordialidad perfecta. Me firmó un cheque de una cantidad considerable y, sin darme tiempo á que le expresara mi reconocimiento, me dijo: «Señor Washington, yo le agradezco á usted infinito el haberme proporcionado la ocasión de servir tan buena causa. Es un verdadero privilegio el poder contribuir á ella y todavía los ricos le quedamos deudores á usted del trabajo que desempeña por nosotros». Puedo afirmar, gracias á mis experiencias personales, que la primera categoría de hombres se hace cada vez más escasa y que, en cambio, aumenta la segunda; es decir que los ricos tienden á considerar á los que llegan á pedirles su dádiva para obras nobles, como verdaderos agentes suos, que les reemplazan cer-



ca de los menesterosos y no como mendigos importunos.

Raras veces he recibido un donativo en Boston sin que mi interlocutor me diera las gracias por haberme dirigido á él, antes que yo tuviera tiempo de dárselas por su generosidad. Parece que, en esta ciudad, se tenga como un honor el ser solicitado para hacer un donativo. En parte alguna he encontrado tan desarrollado este noble espíritu cristiano: sin embargo, he visto dignos ejemplos de él fuera de Boston. Repito mi convencimiento de que el mundo se va acostumbrando á dar.

Muchas de mis primeras solicitudes fueron desoídas y me aconteció recorrer las calles, en las ciudades y los grandes caminos en el campo, sin lograr recoger un solo dollar. También me aconteció, después de largas semanas de decepción y descorazonamiento, recibir importantes donativos de quien menos lo esperaba y no obtener nada de aquellos á quienes me había dirigido con la firme convicción de que no me dejarían marchar con las manos vacías.

Me habían dicho, una vez, que un hombre que vivía en el campo, á unas dos millas de Stamford (Connecticut), se interesaría en nuestra obra, si le explicábamos nuestra situación y nuestras necesidades. Me puse en camino, para ir en busca suya, un día de tempestad y de frío, haciendo las dos millas á pie. Después de algún trabajo pude obtener de él una entrevista. Me escuchó atentamente, pareció interesarse en lo que le contaba, pero no me dió nada.

Me separé de él, persuadido de que había perdido tres horas preciosas, aunque sin arrepentirme de haber dado aquel paso que consideraba como una obligación.

Dos años más tarde recibí una carta concebida en estos términos: «Le envío á usted adjunto un cheque de diez mil dollars para la obra de Tuskegee. Tenía in-

tención de legárselos por testamento, pero estimo más acertado entregárselos en vida. He guardado un excelente recuerdo de la visita que me hizo usted, hace dos años».

Ninguna generosidad me ha proporcionado alegría más grande que la experimentada aquel día. Era el más importante donativo, que hasta entonces, se había hecho á nuestra escuela. Llegaba oportunamente porque hacía mucho tiempo que nada habíamos recibido, carecíamos de fondos y estábamos en la mayor miseria. Creo que no hay situación más penosa ni enervante que la del Director de una grande institución, abrumado de responsabilidades monetarias, cuando falta el dinero y cada mes es preciso preguntarse de dónde ha de salir.

Otra dificultad agravaba mis responsabilidades y no hacía más que acrecentar mi angustia. Si nuestra empresa hubiera fracasado, dirigiéndola los blancos, únicamente se habría resentido la educación de los negros y aun de los negros de aquella región; pero, dirigiéndola nosotros, nuestra obra no podía derrumbarse sin arruinar consigo toda esperanza sobre el porvenir de la raza negra, condenada, por este solo hecho, como refractaria á toda civilización. Por este cúmulo de circunstancias, el recibo de aquel cheque me libraba repentinamente de una angustia que no me dejaba descansar hacía ya algún tiempo.

Desde los comienzos traté de hacerle comprender á mi personal de enseñanza que el éxito de la escuela dependía, en gran parte, de la limpieza, corrección y buen estado higiénico de la casa. La primera vez que vi al difunto señor Collis P Huntington, el gran propietario de líneas ferreas, me entregó dos dollars para el instituto. Más tarde, algunos meses antes de morir, recibí de su parte cincuenta mil dollars que vinieron á aumen-



tar el capital de la escuela. Aparte de esto, cada año, el señor y la señora Huntington nos hicieron donativos no menos generosos.

Se dirá que logramos este donativo gracias á nuestra buena suerte. No; contribuyó principalmente á ello nuestro perseverante trabajo. Nada de lo que en el mundo merece la pena de lograrse lo obtenemos sin esfuerzo. Ni por un momento se me ocurrió criticar al señor Huntington cuando no me dió más que dos dollars; pero estaba profundamente decidido á demostrarle que merecíamos donativos más considerables.

Durante doce años me esforcé en convencerle de la importancia de nuestra obra y tuve la satisfacción de comprobar que seguía atentamente los progresos de la escuela y que sus dones correspondían á ellos. Nadie manifestó jamás un interés mayor que el señor Huntington por nuestra escuela: no solamente nos proporcionaba dinero sino que prodigaba sus consejos en lo relativo á la dirección del instituto como lo hubiera hecho un padre por un hijo.

Más de una vez me encontré en crueles embarazos al hacer mis viajes de propaganda por el Norte. Nunca he querido relatar lo que sigue por miedo de no ser creído. Era una mañana, en Providence (Rhode Island); no tenía un céntimo para almorzar. Al atravesar la calle para visitar á una dama, de la que esperaba algunos fondos, vi brillar junto á los rieles del tranvía una pieza nueva de veinticinco *cents*. Cinco minutos más tarde, á aquella cantidad se le añadía otra que me había dado la dama en cuestión y que me permitió salir de apuros.

En cierta ocasión, tuve el atrevimiento de invitar, para una de nuestras sesiones de *Apertura de curso*, al Reverendo E. Winchester Donald, doctor en Teología,

rector de la iglesia de la Trinidad en Boston, suplicándole que nos hiciera el sermón acostumbrado. No poseyendo sala suficientemente capaz para contener á toda la asistencia, construimos una vasta tienda con postes recubiertos de ramajes. Apenas había comenzado á hablar el reverendo Donald, cuando una lluvia torrencial le obligó á detenerse, mientras que procurábamos abrigarle bajo un paraguas.

Cuando vi al Rector de la Trinidad, de pie ante el auditorio, bajo un viejo paraguas y esperando el fin de la lluvia, comprendí toda la temeridad de mi invitación.

La lluvia duró poco y el Doctor Donald pudo terminar su sermón que fué excelente á despecho del mal tiempo. Una vez libre de su ropa húmeda se vió obligado á confesarme que la necesidad de una gran capilla se imponía en Tuskegee; al día siguiente recibí de dos damas que, á la sazón viajaban por Italia, una carta en la cual se me ofrecía la cantidad necesaria para la construcción de una capilla.

No hace mucho tiempo que hemos recibido del señor Andrés Carnegie la suma de veinte mil dollars para construir una Biblioteca nueva. Nuestra primitiva biblioteca, con sala de lectura, ocupaba un espacio infinitamente pequeño en el rincón de una cabaña que medía cinco pies por doce. Me habían sido necesarios diez años para interesar al señor Carnegie en nuestra obra.

La primera vez que le vi no manifestó más que un interés mediocre por la escuela; pero yo también estaba decidido á demostrarle que éramos dignos de su protección.

Pasados diez años de dura labor, le escribí la siguiente carta.



«15 Diciembre 1900

»Sr. D. Andrés Carnegie.

»5, Oeste, calle cincuenta y nueve  
»New-York.

»Señor: Conforme al deseo que no hace mucho me manifestó usted en su propia casa, me tomo la libertad de dirigirle por escrito una demanda para una biblioteca.

»Nuestra escuela comprende 1.100 alumnos; ochenta y seis empleados y profesores que viven aquí con sus familias y unos doscientos negros que habitan en los alrededores del instituto; todos los cuales utilizarán la biblioteca.

»Poseemos más de doce mil libros y revistas, donativo de nuestros amigos; pero no tenemos sitio adecuado donde colocarlos y carecemos en absoluto de sala de lectura.

»Los alumnos que salen de nuestra escuela se entregan en el Sud á diversas profesiones, y los conocimientos que los libros les suministrarán pueden ejercer sobre ellos una influencia de que beneficiará toda la raza.

»La biblioteca que convendría á nuestras necesidades exige para construirse la suma de unos veinte mil dollars. Todo el trabajo de la construcción, la fabricación de tejas, la albañilería, la carpintería y la cerrajería se llevará á cabo por nuestros alumnos. El dinero que solicitamos de usted tendrá la doble ventaja de proporcionar á gran número de nuestros discípulos la ocasión de hacer aprendizaje de los diferentes oficios que comprenden la construcción de un edificio y de ponerles en condiciones de saldar sus cuentas de pensión con la escuela, toda vez que recibirán el pago de su trabajo. No

creo que nunca una suma parecida haya podido contribuir tan eficazmente á la regeneración de toda una raza.

Si desea usted más detalles estoy á su completa disposición.

»Suyo obligado,

»BOOKER T. WASHINGTON»

Por el siguiente correo recibí esta respuesta:

»Será una satisfacción para mí pagar los gastos que acarree la construcción de una biblioteca hasta la suma de veinte mil dollars y me felicito de esta ocasión que me permite manifestarle el interés con que sigo su generosa empresa.»

A mí me han parecido siempre bien las prácticas estrictamente comerciales. En mis relaciones con los bienhechores de la escuela y en mis funciones de Director en Tuskegee, he llevado los asuntos comerciales y los demás, con arreglo á principios que no creo que el Banco de New-York habría desaprobado.

Ya he hablado de los donativos importantes que ha recibido el instituto; pero, aunque sorprenda á muchos, el progreso real y continuo de Tuskegee no se debe á ellos, sino á las ofrendas mínimas, procedentes de personas poco favorecidas de la fortuna. En mi concepto, el éxito de toda obra filantrópica se debe á esos donativos, en apariencia insignificantes, pero que revelan el interés anónimo de centenares de personas.

No sé cómo expresar toda mi admiración por los ministros de las iglesias, cuya paciencia y cuyo profundo interés he podido comprobar, á pesar de las peticiones que á cada instante del día llueven sobre ellos.

Aun sin otras razones para creer en la eficacia de una vida cristiana, lo que hace treinta y cinco años se está haciendo por la Iglesia para regenerar la raza negra,



habría bastado para convertirme al cristianismo. De un modo decisivo, los óbolos procedentes de las escuelas dominicales, de las «asociaciones de acción cristiana», de las misiones y de la propia Iglesia, han sido la mayor contribución al despertamiento de la raza negra.

A propósito de estos donativos mínimos, debo mencionar la costumbre que tienen nuestros alumnos, cuando ya han salido de Tuskegee, de enviarnos una cuota anual. Estas cuotas oscilan entre veinticinco *cents* y diez *dollars*.

Acabábamos de comenzar el tercer curso en Tuskegee, cuando tuvimos la sorpresa de vernos subvencionados, por tres partes distintas, con importantes cantidades que hemos seguido cobrando anualmente hasta el momento actual. La primera nos fué otorgada por el Estado de Alabama que aumentó en mil *dollars* la suma anual de dos mil, votada para subvencionarnos desde el comienzo: más tarde la subvención creció todavía hasta llegar á cuatro mil quinientos *dollars*. Este aumento lo debimos al honorable M. F. Foster, diputado del distrito de Tuskegee. La segunda fué una suma de mil *dollars* que nos concedía la fundación Jhon F. Slater (1). Nuestra obra debió ganarse las simpatías de los administradores de esta fundación, porque la suma fué creciendo gradualmente cada año, y en la actualidad cobramos de ellos once mil *dollars* anuales. La tercera subvención la votó para nosotros la fundación Peabody. Al principio era de quinientos *dollars*, pero luego se ha elevado á mil quinientos.

Al solicitar una subvención de las fundaciones Sla-

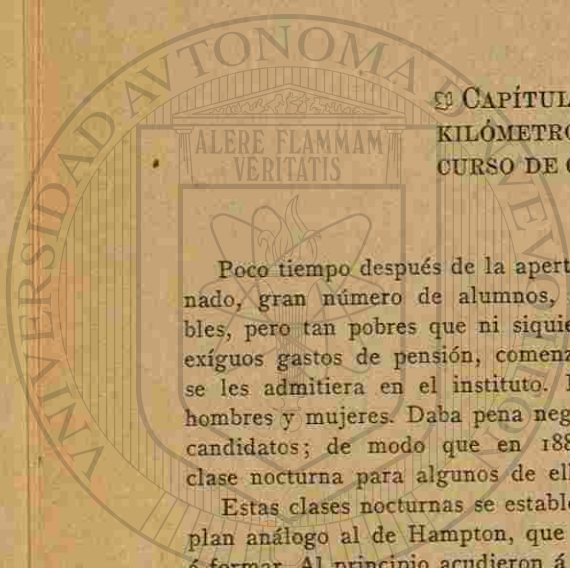
(1) John Slater era un manufacturero, gran filántropo, que estableció en 1882 la fundación Slater (de un millón de *dollars*) para la educación de los negros del Sud. Murió en 1884.—(N. del T.)

ter y Peabody (2), tuve que ponerme en relación con dos hombres de espíritu escogido, que contribuyeron ampliamente á dar impulso á la obra de educación de la raza negra. Fueron estos, el honorable J. L. M. Curry, de Washington, agente general de las dos fundaciones de que he hablado, y el señor Morris K. Jesup, de New-York. El doctor Curry, oriundo del Sud, es un antiguo soldado de la Confederación y nadie se interesa como él en el porvenir de los negros ni está más libre de todo prejuicio de raza. El día en que le vi, por vez primera, será un día inolvidable para mí. Iba á verle en Richmond (Virginia), donde habitaba el doctor, á la sazón. Se me había hablado mucho de él con gran elogio. Me acerqué á él, temblando, á causa de mi juventud y de mi inexperiencia. Sin embargo, me recibió con extrema cordialidad; estrechóme la mano, y, sin soltarla, me habló de un modo tan alentador y me dió consejos tan preciosos que tuve la impresión de haber hallado á un hombre de absoluto desinterés, cuyo único objeto en la vida era trabajar por la felicidad de los demás.

En cuanto al señor Morris K. Jesup, tesorero de la fundación Slater, debo citarle porque nunca he tratado un hombre que haya prodigado como él su tiempo, su dinero y su inteligencia por la causa negra, á pesar de sus muchas ocupaciones. A él se debe, en gran parte, el que, durante los últimos años, la educación profesional haya adquirido la importancia que hoy tiene y se vea colocada en el rango que actualmente ocupa.

(2) Jorge Peabody (1795-1869) era un rico banquero y generoso filántropo. Sus obras son innumerables; la que acabamos de citar en estas páginas estaba también destinada á la educación de los negros.—(N. del T.)





CAPÍTULO XII.—TRES MIL KILÓMETROS PARA UN DISCURSO DE CINCO MINUTOS. ❧

Poco tiempo después de la apertura de nuestro internado, gran número de alumnos, con méritos innegables, pero tan pobres que ni siquiera podían pagar los exiguos gastos de pensión, comenzaron á solicitar que se les admitiera en el instituto. Eran los solicitantes hombres y mujeres. Daba pena negar la entrada á tales candidatos; de modo que en 1884, organizamos una clase nocturna para algunos de ellos.

Estas clases nocturnas se establecieron, siguiendo un plan análogo al de Hampton, que yo había contribuído á formar. Al principio acudieron á ellas unos doce estudiantes. Únicamente se les recibía en la escuela nocturna cuando no tenían dinero para pagar, por lo menos, una parte de su pensión en la escuela de día. Por otra parte se les exigía que trabajasen diez horas del día en algún oficio y que siguieran durante dos horas los cursos de la noche.

Tales eran las condiciones durante el primero y segundo año de su estancia en Tuskegee. Se les pagaba una pequeña cantidad, además de su pensión y se convino, en que todo lo que ganaran, excepción hecha de una parte mínima, pasaría á los fondos de la escuela y serviría para pagar sus gastos en las clases de día cuan-

do fueran admitidos á ellas. Estas clases de noche, comenzadas así, se han desarrollado de tal modo que hoy día asisten á ellas cuatrocientos cincuenta y siete alumnos.

No hay prueba más decisiva para apreciar la aplicación de un estudiante que este ramo de nuestra enseñanza. Y principalmente porque nos proporciona ésta ocasión excelente de apreciar la calidad de un alumno, atribuyo yo tanta importancia á nuestra escuela nocturna. El que consiente en trabajar diez horas diarias en la fábrica de ladrillos ó en los lavaderos, durante un año ó dos, para poder asistir dos horas, á las clases nocturnas, es un alumno que tiene en sí lo necesario para compensar cuantos sacrificios se hagan por su educación.

Después que un alumno ha dejado las clases nocturnas, asistí á las ordinarias cuatro días de la semana y trabaja en su oficio los dos restantes. Además, trabaja en su oficio durante los tres meses de verano. En general, cuando un alumno ha soportado victoriosamente la prueba de la escuela nocturna encuentra siempre el modo de acabar el curso completo de sus estudios literarios y profesionales. Ningún alumno, por rico que sea, queda dispensado de ejercer un trabajo manual. Y de hecho, los cursos profesionales son en la actualidad, tan populares como los literarios. Algunos de nuestros mejores alumnos, hombres ó mujeres, comenzaron sus estudios en la escuela nocturna.

Aun cuando insistamos constantemente en la parte industrial del trabajo de Tuskegee, no por eso desdeñamos el lado religioso y espiritual. La escuela es perfectamente neutra (*undenominational*), pero perfectamente cristiana y no queremos descuidar la educación religiosa de nuestros alumnos.



Demuéstralo nuestro servicio, con sermón; las reuniones para el rezo; nuestra escuela dominical; nuestra «sociedad de acción cristiana» y nuestra «unión cristiana de jóvenes, además de nuestras diversas organizaciones de misioneros.

En 1885, miss Olivia Davidson, de quien ya he hablado en diferentes ocasiones como de uno de nuestros mejores auxiliares del primer momento y á quien la escuela debe parte de su fortuna, pasó á ser mi mujer. Durante los años de nuestro matrimonio compartió el tiempo y sus fuerzas, entre la familia y los cuidados de la escuela. No solamente continuó trabajando en la escuela de Tuskegee, sino que renovó sus excursiones al Norte en busca de fondos. En 1889 murió, después de cuatro años de dichosa vida de familia y ocho de labor tan penosa como gustosa por la escuela. Literalmente se había consumido en el servicio de aquella obra que había amado tanto y á la que consagró tan incesantes esfuerzos. De su matrimonio logré dos hijos hermosos é inteligentes, Baker Taliaferro y Ernesto Davidson. El mayor de ambos, Baker, ya ha aprendido el oficio de ladrillero en Tuskegee.

Con frecuencia se me ha preguntado cómo comencé á hablar en público. En contestación á esta pregunta debo manifestar que nunca pensé dedicar mucho tiempo á la oratoria. Siempre he creído que es más conveniente *hacer* las cosas que hablar de la necesidad de hacerlas. Parece que, cuando mi viaje con el general Armstrong, para dar conferencias en el Norte, el honorable Tomás W. Bicknell, presidente de la Asociación patronal de instrucción pública, que asistía á una de esas conferencias, me oyó hablar. Algunos días después me envió una carta, invitándome á pronunciar un discurso en la próxima Asamblea de la Asociación de instrucción pú-

blica. Esta asamblea debía celebrarse en Madison (Wisconsin.) Acepté la invitación. A decir verdad, aquel fué el comienzo de mi carrera de orador.

La noche en que hablé ante la Asociación debía de haber unas cuatro mil personas en la sala. Sin habérmelo prevenido acudieron gran número de personas de la Alabama y algunas de Tuskegee. Estas personas me confesaron francamente que habían asistido á la reunión creyendo oír violentos ataques contra el Sud; pero que les sorprendió agradablemente comprobar que ni una sola palabra agresiva contenía mi discurso. Por el contrario, hice justicia al Sud por cuantos actos laudables había realizado. Una señora blanca, que era maestra en una escuela de Tuskegee, escribió una carta á un periódico local en la que declaraba que estaba sorprendida y satisfecha viendo como había hecho justicia en mi discurso á los blancos de Tuskegee por la parte que habían tomado en la fundación y en los comienzos de la escuela. Aquel discurso de Madison fué el primero que pronuncié sobre el problema general de las razas. Los que lo oyeron parecían aprobar mis palabras y la sinceridad con que eran dichas.

Cuando, por primera vez, llegué á Tuskegee, resolví fundar allí mi hogar y tomar mi parte de orgullo ó de humillación en cuanto la comunidad de las gentes hiciera bueno ó malo, con el mismo título que cualquier otro ciudadano de raza blanca. Resolví no decir nunca, en un discurso público, en el Norte, lo que no estuviera dispuesto á repetir en el Sud. Había comprendido muy pronto que no es manera de convertir á nadie el injuriarle y que generalmente conduce á más pronto resultados alabar las buenas acciones que insistir exclusivamente en los defectos.

Aunque practicando por convicción este método, no



he dejado de llamar la atención en el momento oportuno y en la forma querida, con toda claridad, sobre los defectos de que el Sud se ha hecho culpable. He podido notar que hay en el Sud gran número de ciudadanos que aceptan, sin enojo, las críticas sinceras y honradas. Por regla general el sitio adecuado para criticar al Sud cuando merece que lo critiquen, es el propio Sud y no Boston. Un ciudadano de Boston que viniere á la Alabama para criticar á su país, creo que no haría tanto bien como el que se quedase en Boston para hacer sus críticas.

En aquel discurso de Madison yo afirmaba que la mejor política á seguir en lo tocante á entrambas razas era acercarlas por todos los medios honrosos que estuvieran á mano y facilitar sus relaciones cordiales en lugar de atizar sus divisiones. Sostenía igualmente que los negros al votar atenderían cada vez más á los intereses de su municipio y prescindirían gradualmente de atender intereses localizados á mil leguas de ellos.

En este discurso decía que el porvenir del negro dependía de averiguar si por medio de su habilidad, de su inteligencia y de su carácter, sabría hacerse tan útil á su municipio, que el municipio no pudiera prescindir de sus servicios. Añadía que el hombre que aprendiera á hacer algo mejor que otro, ó á hacer una cosa ordinaria de un modo poco corriente, habría resuelto el problema de su vida independientemente del color de su piel y, finalmente, que el negro se vería respetado á medida que se pusiera en condiciones de producir algo necesario al resto de los hombres.

Citaba el caso de uno de nuestros alumnos que había obtenido doscientas sesenta arrobas de patatas en media hectárea de terreno en un municipio donde la producción corriente era únicamente de cuarenta y nueve

arrobas por media hectárea. Había llegado á semejante resultado, gracias á su conocimiento de los abonos químicos y á la aplicación de métodos perfeccionados de agricultura. Los labradores blancos del contorno le respetaban y venían á consultarle sobre el cultivo de la patata.

Y le respetaban y le honraban porque, gracias á su habilidad y á su inteligencia, había añadido alguna cosa á la riqueza y al bienestar del municipio en que vivía. Explicaba, además, en mi discurso, que mi teoría sobre la educación del negro no le condenaba para siempre á producir la mejor calidad de patatas; pero que si lograba triunfar en este ó parecido terreno, echaría los cimientos de una fortuna, gracias á la cual sus hijos y sus nietos tendrían el derecho de aspirar á una carrera más alta y á un papel de más viso en la vida.

Tales fueron, en resumen, algunas de las opiniones que mantuve en el primer discurso que pronuncié sobre las relaciones de ambas razas. Desde entonces á acá no he encontrado razones que me obliguen á cambiarlas, en lo substancial.

En mi juventud solía experimentar sentimientos de cólera contra los que denunciaban á los negros y preconizaban medidas que tendieran á oprimirlos ó á limitarles la libertad del desenvolvimiento integral al que todo hombre tiene derecho. Ahora, cuando oigo á alguien defender leyes que tiendan á entorpecer el progreso del prójimo, no puedo menos de compadecerle. Le compadeczo porque á él le han detenido en su desenvolvimiento, porque persigue un empeño vano y porque un día el progreso continuo de la humanidad le hará enrojecer avergonzado de su estrechez de miras. Tanto valdría tratar de detener la marcha de una locomotora lanzada á toda máquina arrojándose sobre la vía, como tratar



de detener la marcha del mundo hacia un mañana de inteligencia, de cultura, de habilidad, de libertad, de simpatía y de bondad fraternal.

El discurso que pronuncié en Madison delante de la Asociación Nacional de Educación constituyó, para mí, una presentación en regla al gran público del Norte y desde entonces las ocasiones de hablarle se me presentaron á cada momento.

Sin embargo, deseaba que se me ofreciera una coyuntura para dirigirme á un público del Sud. En parte se me ofreció una, cuando en 1893 se dió en Atlanta (Georgia), el meeting internacional de trabajadores cristianos. La aproveché como una útil introducción. Cuando me invitaron á aquel meeting, yo tenía en Boston ocupaciones que parecían hacerme aquel viaje imposible. Sin embargo, después de examinar cuidadosamente mi lista de fechas de conferencias y de visitas por hacer, vi que podía tomar el tren en Boston y llegar á Atlanta unos treinta minutos antes de la hora señalada para mi discurso. Me quedaban, después del discurso, unos sesenta minutos para tomar otro tren en que regresar á Boston. Mi invitación para hablar en Atlanta limitaba en cinco minutos la duración de mi discurso. Era cuestión de ver si podía encajar bastantes cosas en un discurso de cinco minutos para que valiera la pena de emprender aquel viaje.

Sabía que el auditorio estaría compuesto, en su mayor parte, de la clase más influyente de los blancos de ambos sexos y que era aquella una ocasión única para hacerles saber lo que tratábamos de hacer en Tuskegee y hablarles, al mismo tiempo, de las relaciones entre ambas razas. Decidí hacer el viaje. Y hablé, durante cinco minutos, á un público de dos mil personas, compuesto, en su mayor parte, de blancos del Norte y del

Sud. Lo que dije pareció que lo recibían con agrado y entusiasmo. Los periódicos de Atlanta comentaron al siguiente día mi discurso con benevolencia y se habló mucho de él en diferentes partes del país. Comprendí que casi había logrado lo que quería: es decir, hacerme oír de las clases directoras del Sud.

Las invitaciones para que hablara se hicieron cada vez más numerosas y procedían por igual de las gentes de mi raza y de los blancos del Norte. A estos discursos consagré todo el tiempo que podía robar á mis trabajos de Tuskegee. La mayor parte de los discursos pronunciados en el Norte iban destinados á recoger fondos para la escuela. Los que pronunciaba delante de un auditorio de negros tendían principalmente á hacerle comprender la importancia de la educación profesional y técnica como complementaria de la religiosa y literaria.

Voy á hablaros, ahora, de uno de los acontecimientos de mi vida que más interés ha despertado y que ha contribuido más que otro, ninguno á darme una reputación que puede calificarse de nacional. Me refiero al discurso que pronuncié en la apertura de la Exposición Internacional de los Estados Productores de Algodón, en Atlanta (Georgia), el 18 de Septiembre de 1895.

Se ha hablado y se ha discutido tanto sobre este incidente, se me han hecho á propósito de aquel discurso tantas preguntas que espero que mis lectores me perdonarán si hablo de él con algún detenimiento. El discurso de cinco minutos de Atlanta fué, tal vez, la ocasión que decidió de mi segundo discurso en el mismo sitio. En la primavera de 1895 recibí un telegrama redactado por ciudadanos influyentes de Atlanta y pidiéndome que acompañara á Washington, á un comité de aquella ciudad para comparecer ante una comisión del Congreso y solicitar el apoyo del Gobierno para la futura Exposición.



El comité se componía de unos veinticinco ciudadanos influyentes de raza blanca de la Georgia. Todos los miembros de este comité eran blancos excepto el obispo Grant, el obispo Gaines y yo. El alcalde y muchos otros dignatarios de la ciudad ó del Estado hablaron ante la comisión. Les sucedieron en el uso de la palabra los dos obispos negros. Mi nombre era el último en la lista de los oradores. Yo no había comparecido nunca ante semejante comisión ni había pronunciado jamás un discurso en la capital de los Estados Unidos. Estaba muy inseguro de lo que iba á decir y de la impresión que produciría. No recuerdo, en concreto, lo que dije; pero sé que traté de dar á entender, con toda la seriedad y toda la simplicidad de que soy capaz, que si el Congreso quería hacer algo para suprimir del Sud la cuestión de razas y para establecer una armonía sólida entre ambos pueblos, debía cooperar, por todos los medios posibles, al progreso material de uno y de otro.

Declaré que la Exposición de Atlanta era una ocasión propicia para que ambas razas manifestaran los progresos realizados desde la fecha de la emancipación y al mismo tiempo una exhortación oportuna para que continuaran en su desarrollo progresivo.

Traté de hacer ver que, aunque es cierto que no conviene privar al negro de su voto por medios fraudulentos, también es cierto que el negro no encontrará nunca su salvación en una agitación política. Para completar y *autorizar* su derecho de voto es necesario que el negro se haga con buenas cualidades, energía, habilidad, inteligencia y carácter, sin las cuales el triunfo de una raza no es más que un fenómeno pasajero. Dije, finalmente, que, otorgando los créditos que le pedíamos, el Congreso haría algo de una utilidad duradera y positiva en bien de ambas razas y que esta era la

primera gran ocasión que se presentaba, después de la guerra civil, para intentar una cosa semejante.

Hablé durante unos quince ó veinte minutos y me sorprendió, después de mi alocución, recibir las felicitaciones calurosas del comité de la Georgia y de los miembros del Congreso que estaban presentes. Por unanimidad el informe de la comisión fué favorable y en pocos días se votaban los fondos otorgados. Este voto aseguró el éxito de la Exposición de Atlanta.

Poco después de mi viaje á Washington, los directores de la Exposición decidieron que convendría, como homenaje á la raza de color, construir un gran pabellón, dedicado exclusivamente á mostrar el progreso realizado por los negros desde su liberación. Se decidió además que los planos y los trabajos de aquel edificio debían llevarse á cabo completamente por los negros. Realizóse este proyecto: como arquitectura, como belleza, y como perfección el pabellón negro igualaba á los mejores de la Exposición.

Faltaba decidir quien debía dirigirlo. La administración había querido encargarme á mí pero tuve que rechazar el cargo porque mis ocupaciones en Tuskegee, sobre todo en aquella época, reclamaban toda mi atención y todas mis fuerzas. A propuesta mía fué nombrado director el señor J. Garland Penn de Lynchbourg (Virginia). Le ayudé cuanto pude y, en resumidas cuentas, la exposición negra resultó lucida y nos hizo honor. Lo que más llamó la atención fueron las exposiciones respectivas de los institutos de Hampton y de Tuskegee. Y los más agradablemente sorprendidos de este resultado fueron los blancos del Sud.

El día de la apertura de la Exposición se aproximaba y los individuos de la junta trataban de ultimar el programa de inauguración. Al discutir los números que



debían integrar este programa, creyóse que era justo inscribir entre los oradores un representante de la raza negra, ya que se había concedido á los negros un lugar tan importante en la Exposición. Era, al mismo tiempo, una coyuntura propicia para poner de relieve las buenas relaciones que parecían iniciarse entre ambas razas. No faltó quien se opusiera á semejante idea, pero el comité directivo, compuesto de los hombres más eminentes y liberales del Sud, la hizo suya y votó la invitación de un orador negro para el día de la apertura. Imponíase enseguida la elección de orador. Después de algunas discusiones decidióse, por unanimidad, que fuera yo y á los pocos días recibí la invitación oficial.

Me sería difícil hacer comprender á cualquiera que no se haya hallado en una situación análoga la responsabilidad que sentía sobre mí. Yo me acordaba de haber sido esclavo; de haber pasado los primeros años de mi vida en las profundidades de la ignorancia y la pobreza, y pensaba, que tal vez estaba poco preparado para aceptar aquella responsabilidad. Algunos años antes, cualquier blanco del auditorio habría podido reclamarme como esclavo y, entre mis oyentes, tal vez se encontrarían algunos de mis antiguos amos.

Era, al mismo tiempo, la primera vez — y yo no lo ignoraba — que se llamaba á un hombre de mi raza para hablar desde la misma tribuna en que pronunciaban sus discursos los blancos del Sud, en ocasión de tal importancia. Y se me pedía que hablara delante de un auditorio compuesto de cuanto encierra el Sud de hombres ricos y cultos; es decir: delante de los representantes de mis antiguos amos. Sabía además que, aparte de los blancos del Sud, habría entre mis oyentes buen número de blancos del Norte y un contingente respetable de individuos de mi raza.

Estaba decidido á no decir sino lo que considerara verdadero y leal. En la invitación que recibí no se hacía indicación alguna sobre lo que tenía que decir ó tenía que callar. Era esto una gran muestra de confianza por parte del comité director, que no ignoraba hasta qué punto, una sola palabra pronunciada fuera de lugar, hubiera comprometido el éxito de la Exposición. Al mismo tiempo, yo estaba cruelmente persuadido de que, debiendo permanecer fiel á la causa de mi pueblo, corría el riesgo de cometer alguna ligereza cuyo resultado habría sido impedir que, durante muchos años, volviera á invitarse á un negro á tomar la palabra en circunstancias parecidas. Por lo demás quería, en lo substancial de mi discurso, hacer justicia al Norte, pero hacerla también á los buenos elementos del Sud.

Los periódicos en el Norte y en el Sud habían tomado mi futuro discurso como tema de discusión y, á medida que se aproximaba el día, aumentaban las controversias en proporción considerable. Entre los periódicos del Sud no faltaban los que veían con malos ojos el que se concediera la palabra á un negro. Por otra parte, recibía de las propias gentes de mi raza infinidad de consejos sobre lo que tenía que decir. Me preparé para hacer mi discurso lo mejor que pude, pero á medida que se acercaba el 18 de Septiembre sentía decrecer mis ánimos y cada vez tenía más miedo á un fracaso y á una decepción.

Había recibido aquella invitación en un momento en que los trabajos de la escuela me absorbían más que de ordinario porque el año escolar acababa de empezar. Una vez compuesto mi discurso, lo releí con mi mujer, según mi costumbre cuando se trata de discursos que considero importantes, y ella aprobó lo que había preparado. El 16 de Septiembre, la víspera de mi salida para



Atlanta, la mayor parte de los profesores de Tuskegee manifestaron deseos de conocer lo que había hecho y renové ante todos reunidos la lectura. Aquello me reanimó un poco, porque oídas sus críticas y sus impresiones, me pareció que estaban satisfechos.

El 17 de Septiembre salí para Atlanta con mi mujer y mis tres hijos. Mis sensaciones creo que debían parecerse á las de un sentenciado, dirigiéndose al cadalso. Al atravesar la villa de Tuskegee encontré á un hombre del campo, blanco, vecino nuestro, que me dijo riendo: «Washington, hasta ahora, ha hablado usted á los blancos del Norte, á los negros del Sud ó á nosotros, campesinos blancos del Sud; pero mañana tendrá que hablar en Atlanta, á los blancos del Norte, á los blancos del Sud y á los negros reunidos. Temo que se haya metido usted en un callejón sin salida.» Aquel buen hombre, en pocas palabras, había definido mi situación; pero por francas y acertadas que fueran sus palabras no contribuyeron á disipar mis inquietudes.

En el transcurso de mi viaje, hasta Atlanta, venían en gran número á verme pasar por las estaciones los blancos y los negros y hablaban libremente, delante de mí, de lo que iba á ocurrir al otro día. En Atlanta nos esperaba ya una delegación. Las primeras palabras que hirieron mis oídos al descender del wagón fueron estas, de un anciano negro: «He aquí el hombre de mi raza que mañana pronunciará un discurso en la Exposición. Iré á oírle...»

La ciudad de Atlanta estaba literalmente atestada de gente aquellos días; había forasteros de todos los rincones del país, representantes extranjeros y diputaciones militares y civiles. Los periódicos de la tarde publicaban en grandes anuncios los acontecimientos del siguiente día. Todo esto acrecentó mi malestar. Aque-

lla noche dormí poco. Al otro día repasé cuidadosamente mi discurso y, siguiendo una práctica observada cada vez que debo hablar en público, me arrodillé para atraer sobre lo que tenía que decir las bendiciones del Señor.

Igualmente tengo la costumbre de hacerme una preparación especial para cada discurso determinado. Nunca se dan dos auditorios absolutamente idénticos. En cada caso concreto me propongo llegar al corazón del auditorio, como si personalmente pudiera hablarle aparte. Poco me importa el efecto que podrán causar mis palabras en un periódico, ó en otro auditorio cualquiera ó en un individuo determinado: el auditorio del momento actual absorbe entonces toda mi simpatía, todo mi pensamiento y toda mi voluntad.

Por la mañana, muy temprano, me habían mandado una delegación que debía escoltarme en el cortejo, al dirigirnos al palacio de la Exposición. Formaban parte del cortejo aquel, eminentes ciudadanos negros en sus coches y diferentes diputaciones militares de color. Pude notar el empeño con que los comisarios de la Exposición procuraban que los negros estuvieran bien colocados y tratados con atenta urbanidad. El cortejo empleó unas tres horas para trasladarse á los terrenos de la Exposición y durante el tránsito el sol nos asaeteaba con sus rayos abrasadores. Cuando, por fin, llegamos al sitio destinado, el calor y la sobreexcitación que me agitaban, me hicieron creer, por un momento, que iba á desfallecer sin remedio y empecé á considerar seguro mi fracaso. Al entrar en la sala de fiestas, una rápida ojeada me comunicó la visión del gran recinto atestado de gente de arriba á abajo, mientras, desde afuera, millares de personas pugnaban todavía por entrar.

La sala era inmensa y perfectamente adecuada para



alocuciones públicas. Mi entrada señalóse por frenéticos aplausos de los negros y aplausos débiles por parte de los blancos. Se me había dicho en Atlanta que mientras unos blancos venían á escucharme por simple y natural curiosidad, otros acudían con verdadera simpatía, y otros, finalmente, con la única esperanza de asistir á mi derrota, y con ganas de decir á los que me habían invitado: «¡Ya os lo habíamos predicho!»

Uno de los miembros del Consejo de Administración de Tuskegee, que es, al mismo tiempo mi amigo personal, el señor William H. Baldwin (J.), era, en aquella época, director general de los ferro-carriles del Sud y, casualmente, se encontraba en Atlanta aquel día. Estaba tan inquieto por ver cómo me recibirían y el efecto que produciría mi discurso que no pudo decidirse á entrar en la sala y se quedó afuera paseando, hasta que acabó la ceremonia.

#### EL CAPÍTULO XIV.—EL DISCURSO DE LA EXPOSICIÓN DE ATLANTA. ❧ ❧ ❧ ❧ ❧

La Exposición de Atlanta, á la que yo había sido invitado para pronunciar un discurso, como dejo dicho en el capítulo precedente, abrióse por una corta alocución del Gobernador Bullock. Después de otros números interesantes, entre los cuales recuerdo una plegaria del obispo Nelson, de la Georgia; una oda de Alberto Howell; y discursos del Presidente de la Exposición y de la señora Joseph Thomson, presidenta del comité de damas, el Gobernador Bullock me presentó al auditorio, en los siguientes términos: «Hoy tenemos entre nosotros un representante de la actividad y de la civilización negra.»

Cuando me levanté para hablar, hubo numerosos aplausos, sobre todo entre los negros. En la medida en que ahora puedo recordarlo, sé que una cosa me preocupaba por encima de todas las demás: decir algo que pudiera contribuir á cimentar la amistad entre ambas razas y á establecer una cooperación cordial entre sus individuos. Por lo que se refiere á las circunstancias exteriores, lo único que recuerdo es que, al levantarme, vi millares de ojos ardientemente clavados en mí.



alocuciones públicas. Mi entrada señalóse por frenéticos aplausos de los negros y aplausos débiles por parte de los blancos. Se me había dicho en Atlanta que mientras unos blancos venían á escucharme por simple y natural curiosidad, otros acudían con verdadera simpatía, y otros, finalmente, con la única esperanza de asistir á mi derrota, y con ganas de decir á los que me habían invitado: «¡Ya os lo habíamos predicho!»

Uno de los miembros del Consejo de Administración de Tuskegee, que es, al mismo tiempo mi amigo personal, el señor William H. Baldwin (J.), era, en aquella época, director general de los ferro-carriles del Sud y, casualmente, se encontraba en Atlanta aquel día. Estaba tan inquieto por ver cómo me recibirían y el efecto que produciría mi discurso que no pudo decidirse á entrar en la sala y se quedó afuera paseando, hasta que acabó la ceremonia.

#### EL CAPÍTULO XIV.—EL DISCURSO DE LA EXPOSICIÓN DE ATLANTA. ❧ ❧ ❧ ❧ ❧

La Exposición de Atlanta, á la que yo había sido invitado para pronunciar un discurso, como dejo dicho en el capítulo precedente, abrióse por una corta alocución del Gobernador Bullock. Después de otros números interesantes, entre los cuales recuerdo una plegaria del obispo Nelson, de la Georgia; una oda de Alberto Howell; y discursos del Presidente de la Exposición y de la señora Joseph Thomson, presidenta del comité de damas, el Gobernador Bullock me presentó al auditorio, en los siguientes términos: «Hoy tenemos entre nosotros un representante de la actividad y de la civilización negra.»

Cuando me levanté para hablar, hubo numerosos aplausos, sobre todo entre los negros. En la medida en que ahora puedo recordarlo, sé que una cosa me preocupaba por encima de todas las demás: decir algo que pudiera contribuir á cimentar la amistad entre ambas razas y á establecer una cooperación cordial entre sus individuos. Por lo que se refiere á las circunstancias exteriores, lo único que recuerdo es que, al levantarme, vi millares de ojos ardientemente clavados en mí.



Hé aquí el discurso que pronuncié:

«Señor Presidente y señores Miembros de la Comisión:

»Ciudadanos:

»Un tercio de la población del Sud es de raza negra. Ninguna empresa que tienda al bien material, político ó moral de esta parte del país puede menospreciar este elemento de nuestra población, sin comprometer las probabilidades de éxito. No hago más que interpretar los sentimientos de la masa de mi pueblo al deciros, señor Presidente y señores Directores, que el valor y la dignidad del negro americano no han recibido nunca una sanción más generosa y adecuada, que la que proviene de la actitud de los organizadores de esta magnífica Exposición. Esta actitud ha hecho más por cimentar la amistad entre ambos pueblos que cualquier otro acontecimiento desde el día de la emancipación.

»Pero no es esto todo. La ocasión que aquí se nos ha ofrecido producirá entre nosotros una nueva era de progreso industrial. Ignorantes y faltos de experiencia como estábamos, no es de extrañar que, durante los primeros años de nuestra nueva vida, hayamos comenzado por la cima en vez de trabajar en la base; que hayamos codiciado un sitio en el Congreso ó en la legislatura, antes que el logro de la propiedad ó de la habilidad industrial; que la convención política ó la elocuencia de las reuniones públicas hayan tenido, para nosotros, más atractivos que organizar una buena lechería ó dedicarnos á la desecación de pantanos.

»Un barco perdido hace días en alta mar, descubre repentinamente la silueta de otro barco amigo. Enseguida, en el mástil del barco en peligro, aparece una señal: «Agua, agua, nos morimos de sed!» La respuesta

del barco amigo no se hace esperar: «Echad un cubo en el sitio en que estáis». Otra vez la señal: «Agua, agua, dadnos agua» dice el barco en desgracia. Recibe igual respuesta: «Echad un cubo en el sitio en que estáis». Y una tercera, y una cuarta vez, la misma petición recibe idéntica respuesta: «Echad un cubo en el sitio en que estáis». El capitán del barco en desgracia, obedece finalmente á las indicaciones que se le hacen y arroja un cubo que vuelve á subir rebosante del agua fresca y clara de las bocas del Amazonas.

»Aquellas gentes de mi raza que sueñan con la emigración á países extranjeros para mejorar su suerte ó que no aprecian, en su justo valor, la importancia de cultivar sus relaciones amistosas con los blancos del Sud, sus próximos vecinos, les diré: «Echad un cubo en el sitio en que estáis; echadlo, ligándoos en amistad, por todos los medios honrosos, con los hombres de todas las razas que nos rodean. Echadlo en la agricultura, en las artes mecánicas, en el comercio, en el servicio doméstico y en toda suerte de profesiones.» Y á este propósito, conviene recordar, cualesquiera que sean los otros errores de que el Sud es responsable, que, en punto á negocios, el negro goza, para todo lo relativo al comercio de las mismas ventajas que los otros ciudadanos. Y estas ventajas se han demostrado en esta Exposición de una manera indudable. Nuestro gran peligro sería olvidar, en este salto de la esclavitud á la libertad, que la masa del pueblo negro debe vivir del producto de su trabajo. Nosotros no debemos ignorar que nuestra prosperidad depende de la medida en que aprendamos á glorificar el trabajo manual; á proceder con inteligencia y razón en las ocupaciones ordinarias de la vida y á distinguir entre las cosas superficiales y las cosas esenciales, entre las bagatelas frívolas de la



existencia y las realidades necesarias. Ninguna raza puede prosperar mientras no comprenda que es tan honroso cultivar un campo como escribir un poema. Es preciso comenzar á vivir por la base y no por la cima. No debemos permitir que nuestras quejas hagan perder caminos á nuestros privilegios.

»A los blancos que para procurarle prosperidad al Sud, cuentan con la inmigración de hombres de origen, de lengua ó de costumbres extranjeras, les diré, si me dais permiso, lo que ya he dicho á las gentes de mi raza «Echad el cubo en el sitio en que estáis.» Echadlo entre los ocho millones de negros cuyas costumbres conocéis: cuya fidelidad y cuya afección pudisteis poner á prueba en los tiempos en que su traición habría podido acarrear la ruina de vuestros hogares. Descendad vuestros cubos entre esas gentes que, sin huelgas ni motines, han trabajado vuestros campos, podado vuestros bosques, construido vuestros caminos de hierro y vuestras ciudades, extraído los tesoros de las entrañas de la tierra y colaboran con vosotros para hacer posible esta magnífica representación de los progresos del Sud. Si echáis vuestros cubos entre los hombres de mi raza, ayudándoles y animándoles, como lo habéis hecho en esta Exposición, para que formen su espíritu, su corazón y sus manos, veréis cómo ellos comprarán las sobras de vuestras tierras, cultivarán las partes incultas de vuestros campos y harán prosperar vuestras fábricas. Obrando de esta suerte, podréis estar seguros de que, en lo porvenir, como en el pasado viviréis rodeados de las familias más pacientes, más fieles, más respetuosas de la ley y más ajenas al sentimiento de odio que hayan existido nunca. Así como en el pasado os demostramos nuestra lealtad cuidando á vuestros hijos, velando á la cabecera de vuestros padres y de vues-

tras madres y, con frecuencia, escoltándolos hasta la sepultura con lágrimas en los ojos, os la demostraremos en lo porvenir, permaneciendo á vuestro lado humildemente, pero con una abnegación que ningún extranjero podría igualar; prontos á dar, si es necesario, nuestra vida en defensa de la vuestra y mezclando nuestra actividad industrial, comercial, civil y religiosa con la vuestra, de modo que se confundan para siempre los intereses de ambas razas. En todas las cosas puramente sociales podremos estar tan separados como los dedos, pero unidos como la mano en todo lo que es esencial para el progreso mutuo.

»No hay garantía ni seguridad para nosotros más que en el desenvolvimiento íntegro de todos. Si en algún sitio se hacen esfuerzos por impedir la expansión del pueblo negro, esos esfuerzos deben consagrarse por el contrario á estimularlo y hacer de él un grupo de ciudadanos útiles é inteligentes. Esos esfuerzos producirán un interés de mil por ciento. Y serán doblemente benditos, «bendiciendo al que los dé y al que los reciba».

»No hay ley humana, ni divina que nos permita escapar á lo inevitable:

«Las leyes de la inmutable justicia  
 »atan el opresor al oprimido;  
 »vamos á cumplir nuestro destino, dándonos la mano  
 »tan estrechamente unidos como el pecado y el sufrimiento.»

»Cerca de diez y seis millones de brazos os ayudarán á levantar vuestra carga ó pesarán sobre ella para impedir que la remováis. Nosotros constituiremos un tercio de la ignorancia y del crimen del Sud, ó un tercio de su inteligencia y su progreso; nosotros contribuiremos, en un tercio, á los negocios y á la prosperidad del Sud ó seremos un verdadero peso muerto, un principio



de estancamiento y depresión que retardará cada uno de los esfuerzos hechos para que avance el cuerpo social.

»Señores de la Exposición: en el momento en que venimos á presentar el resultado de nuestros humildes esfuerzos, á esta exhibición de nuestros progresos, no conviene que os mostréis demasiado exigentes. Comenzando, hace treinta años con algunas mantas, algunas calabazas y algunas aves (recogidas en fuentes variadas) por toda propiedad, recordad que el camino que hemos tenido que recorrer hasta la invención y fabricación de instrumentos agrícolas, carros, máquinas de vapor, periódicos, libros, estatuas, grabados, cuadros, dirección de farmacias y de bancos, no se ha visto limpio de tropiezos ni de espinas. A la vez que nos enorgullecemos de lo que venimos á exponer, como resultado de nuestros esfuerzos independientes, no olvidamos un solo instante que nuestra parte en esta Exposición habría quedado muy por debajo de nuestras esperanzas, si nuestra educación no hubiera sido objeto de la constante solicitud no solamente de los Estados del Sud, sino, en particular, de los filántropos del Norte, cuyas munificencias forman una corriente inexhausta de bendiciones y de exhortaciones.

»Los hombres prudentes de mi raza comprenden que la agitación por cuestiones de igualdad social es la mayor de las locuras y que el progreso en el goce de cuantos privilegios hemos de obtener un día, resulta de una lucha íntima, ardiente y mantenida, pero jamás es efecto de una coacción violenta y artificial. Ninguna raza que posea algo con que contribuir al progreso de los pueblos puede verse herida de ostracismo largo tiempo. Es importante y es justo que gocemos nosotros de los privilegios de la ley, pero es todavía más importante que estemos dispuestos á hacer uso de estos privilegios. El

derecho de ganar un dollar en una fábrica vale infinitamente más, en estos momentos, que el derecho de derrochar uno en el teatro.

»Para terminar, me atreveré á repetir que nada nos ha animado y esperanzado tanto, que nada nos ha acercado tanto á la raza blanca, durante los últimos treinta años, como esta ocasión que la Exposición de Atlanta nos ha ofrecido; y humillado, por decirlo así, delante del altar que representa el resultado de los esfuerzos de vuestra raza y de la mía, que hace treinta años entró con las manos vacías en la vía del progreso, doy fe de que, en el cumplimiento de vuestra tarea para resolver el complejo y capital problema que Dios ha impuesto al Sud, podréis contar siempre con la ayuda gustosa y paciente de mi raza. No olvidemos, sin embargo, que, cualquiera que sea el resultado de la exhibición en estos pabellones de los productos del campo, de la selva, de las minas, de la fábrica, de las letras y de las artes, muy por encima de estos beneficios materiales, ha de llegarle el turno á aquel beneficio superior, que resultará, si Dios nos ayuda, de la desaparición de hostilidades regionales, de animosidades y de suspicacias de raza, de la resolución de administrar una justicia imparcial y de la obediencia voluntaria de todos á la lógica de la ley. Todo esto, unido á la prosperidad material, contribuirá á inaugurar en nuestro Sud bien amado una era nueva de felicidad y regeneración.»

Lo primero que recuerdo, es que luego que hube acabado de hablar, el gobernador Bullock atravesó el estrado para estrecharme la mano y que otros muchos le imitaron. Recibí tantas y tan cordiales felicitaciones que me ví con apuros para abandonar la sala. Sin embargo, yo no me di cuenta, ni siquiera aproxima-



damente de la impresión que mi discurso había producido hasta la mañana siguiente, cuando fui al barrio de los comerciantes, en la ciudad de Atlanta. Así que me reconocieron sorprendiéndome que me señalaran con el dedo y que me rodeara una multitud de gente que quería estrecharme la mano. La cosa continuó durante todo el trayecto hasta tal punto que tuve que volverme á mi casa. A la mañana siguiente regresé á Tuskegee. En la estación de Atlanta y casi en todas las estaciones en que el tren se detenía, entre esta villa y Tuskegee, encontré una muchedumbre de gentes que venían á estrecharme la mano.

Los periódicos de todas las regiones de los Estados Unidos publicaron el discurso íntegro y durante dos meses se refirieron á él por medio de alusiones laudatorias. El señor Clark Howell, Director de la Constitución de Atlanta telegrafió á un periódico de New-York, entre otras, las siguientes palabras: «No exagero diciendo que el discurso del profesor Booker T. Washington, tanto por su valor esencial como por la acogida que mereció, fué uno de los más importantes que se hayan pronunciado nunca ante un público del Sud. Este discurso fué una revelación. Es un programa, á partir del cual negros y blancos pueden unirse haciéndose mutuamente justicia.»

El *Transcript* de Boston dijo en un suelto editorial: «El discurso de Booker T. Washington en la Exposición de Atlanta parece haber dejado en segundo término todos los otros acontecimientos y la misma Exposición. La emoción que ha producido en la prensa no ha tenido nunca igual...»

Pronto comencé á recibir toda suerte de proposiciones de agencias de conferencias ó de directores de revistas y periódicos, para dar conferencias ó escribir artículos.

Una de estas agencias me ofreció cincuenta mil dollars (250,000 pesetas) ó bien doscientos dollars por noche si ponía mis servicios á su disposición durante un tiempo determinado. A todas estas comunicaciones respondí que la obra de mi vida era Tuskegee y que no me proponía hablar nunca más que en interés de mi escuela y de mi raza. Por lo demás no quería aceptar proposiciones que solamente tuvieran en cuenta mis servicios desde el punto de vista comercial.

Algunos días después de pronunciarlo envié un ejemplar de mi discurso impreso al Presidente de los Estados Unidos, el honorable Grover Cleveland. Recibí como respuesta estas líneas, escritas de su puño y letra:

«Gray Gables, Buzzard's Bay, Mass., 6 Octubre 1895.

»Booker T. Washington Esq.

»Querido señor: Doy á usted las gracias por haberme enviado un ejemplar del discurso que pronunció en la Exposición de Atlanta.

»Le doy las gracias con entusiasmo por haber pronunciado ese discurso. Lo he leído con profundo interés y estimo que la Exposición estaría plenamente justificada, aunque sólo hubiera servido para proporcionarle á usted la ocasión de pronunciarlo. Sus palabras no pueden menos que animar y sugerir á cuantos quieren bien á su raza y en cuanto á nuestros conciudadanos negros han de encontrar en su discurso una nueva esperanza y una nueva razón que les ayuden á conquistar todas las prerrogativas á que su título de ciudadanos les da derecho.

»Muy suyo,

»GROVER CLEVELAND».



Más tarde vi yo á Cleveland, por primera vez, cuando visitó, como Presidente, la Exposición de Atlanta. A petición mía y de otras muchas personas consintió en pasar una hora en el pabellón negro, examinando las diversas instalaciones, para dar á las gentes de color que allí se encontraban, una ocasión de estrecharle la mano. En cuanto vi á Cleveland, me impresionaron su simplicidad, su grandeza de alma, y su ruda honradez. Luego he vuelto á verle con frecuencia, ó en ceremonias públicas ó en su casa privada de Princeton y cuanto más le veo, más le admiro. Cuando visitó el pabellón negro de Atlanta, pareció entregarse por entero, durante aquella hora, al pueblo de color. Parecía desear con tanta fuerza estrechar las manos de una pobre anciana negra y encontrar en ello tanto gusto, como si se tratara de una rica millonaria. Muchos negros aprovecharon aquella ocasión para hacerle escribir su nombre en un libro ó en la punta de un papel. Pareció hacerlo con tanta atención y paciencia como si se tratara de firmar un documento importante del Estado.

No solamente me ha dado muestras en diferentes ocasiones de su amistad personal, sino que siempre le he visto dispuesto á hacer cuanto le he pedido por nuestra escuela. Lo ha hecho personalmente ó procurándome, gracias á su influencia, donativos de otras personas. A juzgar por mis relaciones con Cleveland, no creo que tenga conscientemente ningún prejuicio respecto al color de los pueblos. Es demasiado grande para tenerlo. En mi trato con los hombres he podido ir comprobando que semejantes prejuicios no existen más que en las gentes mezquinas, que viven únicamente para su provecho personal, que no leen buenos libros, que no viajan, y que no abren nunca sus almas hasta ponerlas en comunicación con las otras almas y con el gran mundo exterior.

Un hombre, cuyas simpatías se ven limitadas por un prejuicio de color, no puede entrar en contacto con lo que hay en el mundo de más noble y elevado. En mis numerosas relaciones con los hombres he observado que los más felices son los que hacen más por los otros y los más miserables aquellos que hacen menos. También he observado que pocas cosas ciegan y limitan tanto la inteligencia como los prejuicios de color. Con frecuencia digo á mis alumnos, en mis alocuciones del domingo por la tarde, en la capilla, que, cuanto más vivo, más convencido estoy de que, si algo en el mundo vale la pena de vivir — y llegado el caso, de morir — es la ocasión de hacer á otro hombre más feliz ó más útil.

Las gentes de color y sus periódicos parecieron, al principio, muy contentos de mi discurso en Atlanta, y de la acogida que se le hizo. Pero, pasada la primera explosión de entusiasmo y á medida que iban leyendo el discurso impreso, algunos de ellos se preguntaban si habían sido hipnotizados. Diéronse á decir que yo me había mostrado demasiado liberal al hablar de los blancos del Sud y que no me había pronunciado con cuanta fuerza creían necesaria en favor de lo que llamaban ellos «los derechos de la raza». Durante algún tiempo manifestóse una reacción contra mí, entre ciertos miembros de mi raza; pero, más tarde, estos elementos hostiles se fueron convenciendo y vinieron á mi manera de pensar y de hacer.

Y ya que estoy hablando de cambios verificados en la opinión pública, recuerdo que unos diez años después de fundado nuestro instituto de Tuskegee, pude hacer en este sentido una experiencia que no creo olvidar nunca. El doctor Lyman Abbutt, pastor entonces de la Iglesia de Plymouth, y al mismo tiempo director del Outlook (que se llamaba *Unión cristiana*), me pidió que escri-



biera una carta para su periódico, dándole mi opinión sobre la exacta condición intelectual y moral de los pastores negros en el Sud, según mis observaciones personales. Escribí la carta, agrupando hechos exactos tal como los había visto. El cuadro resultaba un poco negro — «blanco» debería decir ya que yo soy negro; — pero no podía ser de otro modo tratándose de una raza que acababa de salir de la esclavitud, de una raza que no había tenido ni el tiempo ni la oportunidad de producir un cuerpo sacerdotal competente.

Lo escrito por mí llegó muy pronto á conocimiento de todos los pastores negros del país y las cartas de reproche que me mandaron fueron numerosas. Creo que durante todo el año que siguió á la publicación de mi artículo cada asociación ó cada simple agrupamiento religioso, perteneciente á mi raza, no terminó un solo día sus tareas sin condenarme ó sin invitarme por lo menos á rectificar ó anular lo que había escrito. Algunas de estas organizaciones llegaron, en sus arbitrariedades, á aconsejar á los padres que retiraran á sus hijos de Tuskegee. Una de estas designó un «misionero» cuyo deber consistía en soliviantar á los padres contra el Instituto para que dejaran de enviar á él á sus hijos. Este «misionero» tenía su hijo en Tuskegee y yo pude comprobar, que á pesar de cuanto decía ó aconsejaba á los demás, él no apartó á su hijo de nuestro lado. Muchos periódicos negros y principalmente los que eran órgano de asociaciones religiosas se unieron al coro general de condenación ó demanda de retractación.

Durante todo el tiempo que duraron aquellos ataques, yo no pronuncié una sola palabra de explicación ni de retractación. Sabía que estaba en lo justo y que el tiempo y la reflexión del pueblo ratificarían mi escrito. No transcurrió mucho tiempo sin que los obispos y otros

jefes de la Iglesia ordenaran que se hiciera una información seria sobre la condición de sus ministros y pastores: los hechos demostraron la razón que me amparaba. Uno de los más antiguos y más influyentes obispos de una de las ramas de la Iglesia metodista dijo que mis palabras habían sido excesivamente indulgentes. Bien pronto la opinión pública habló para pedir una depuración del cuerpo sacerdotal. Aunque tal obra esté muy lejos de realizarse todavía por completo, creo que puedo afirmar sin vanidad, porque muchos ministros de la Iglesia me lo han dicho, que mis palabras habían contribuido en mucho á provocar este movimiento destinado á levantar el nivel moral del sacerdocio. Tuve la satisfacción de recibir la expresión del agradecimiento de muchas personas que antes me habían criticado por mi franqueza.

El cambio de actitud del cuerpo pastoral en lo que á mí concierne es tan completo, que ahora, no tengo, en ninguna clase de la sociedad, amigos más fervientes que entre los pastores. La mejora del carácter y de la vida de los pastores negros es una de las pruebas más grandes del progreso de la raza. Mi experiencia, en este incidente, como en otras muchas circunstancias de mi vida, me convence de que, lo único que puede hacerse cuando se ha dicho la verdad y nos combaten por ello, es permanecer tranquilo y no decir una palabra. Vuestra razón la demostrará el tiempo.

Mientras la discusión proseguía á propósito de mi discurso de Atlanta, recibí la carta siguiente del doctor Gilman, Presidente de la Universidad John Hopkins:



*«Universidad John Hopkins, Baltimore, despacho del presidente, 30 Septiembre 1896.*

«Querido señor Washington: ¿Convendría á usted ser uno de los miembros del jurado en la sección de instrucción pública en Atlanta? En caso afirmativo, tendré mucho gusto en colocar su nombre en lista. Una línea por telegrama nos será grata.

«Muy suyo,

D. — C. GILMAN».

Creo que esta invitación me sorprendió todavía más que la de hablar en la apertura de la Exposición. Como miembro del jurado iba á tener que pronunciarme no sólo sobre los envíos de las escuelas negras sino también de las escuelas blancas. Acepté aquel cargo — y me pasé un mes en Atlanta, cumpliendo con las obligaciones que me imponía. El jurado era muy numeroso componiéndolo sesenta miembros en junto. Lo formaban casi por mitades iguales blancos del Sud y blancos del Norte. Entre ellos había presidentes de colegios, sabios renombrados, literatos y especialistas en muchas materias. Cuando el jurado, de que yo formaba parte, se reunió para organizarse el señor Thomas Nelson Page, que era uno de sus miembros, propuso que yo fuera nombrado secretario de aquella sección y la moción fué adoptada por unanimidad. Cerca de la mitad de los miembros de nuestra sección eran gentes del Sud. Al cumplir mis funciones de inspector de los envíos que habían hecho las escuelas de blancos, fuí tratado con invariable respeto, y al final de mis trabajos, no me separé sin pena de mis colegas.

Con frecuencia se me pide que me pronuncie más explícitamente de lo que suelo hacerlo sobre la condi-

ción política y el porvenir político de mi raza. Estos recuerdos de mis experiencias en Atlanta, me proporcionan una ocasión de hacerlo brevemente. Mi opinión — que, por lo demás, nunca he formulado tan explícitamente — es que ha de llegar el tiempo en que el negro del Sud reciba todos los derechos políticos á que su habilidad, su carácter y su riqueza le den derecho. Creo, sin embargo, que la ocasión de ejercer libremente tales derechos políticos no resultará de una imposición exterior y violenta, sino que la ofrecerá espontáneamente el propio Sud, protegiendo á los negros en el ejercicio de sus derechos. En cuanto el Sud se cure de la manía de que se ve forzado por «extranjeros» á hacer lo que no quiere hacer, creo que se iniciará el cambio en el sentido indicado por mí. De hecho, ya hay muestras de que empieza á producirse.

Permitidme que ponga un ejemplo. Supongamos que, algunos meses antes de la apertura de la Exposición, se hubiera hecho una campaña para lograr que en la lista de los oradores y en la lista del jurado figurara un negro. Semejante homenaje á nuestra raza, ¿habría tenido lugar? No lo creo. Los funcionarios de la Exposición de Atlanta hicieron lo que hicieron porque voluntariamente tuvieron gusto en cumplir con lo que creyeron su deber de recompensar el mérito (al decir de ellos), de la raza negra. Dígase lo que se quiera: hay algo en la naturaleza humana, algo que no puede anularse y que nos obliga á reconocer y á recompensar el mérito de los demás sin tener para nada en cuenta el color de su piel.

Creo que es un deber del negro — y la mayor parte de estos parecen comprenderlo así, — mostrarse muy modesto en sus ambiciones políticas, contando principalmente con la influencia lenta pero segura de su riqueza, de su inteligencia y de su carácter para hacer



respetar cada vez más sus derechos de ciudadano. Creo que la concesión de estos derechos se verificará poco á poco, en progreso lento y natural: no es la obra de un día. No creo que el negro deba cesar de votar; es tan difícil á un hombre aprender sus deberes cívicos dejando de votar, como á un niño aprender á nadar, absteniéndose de entrar en el agua. Pero creo que al votar debe constantemente aconsejarse de los hombres de inteligencia y de carácter que le rodean.

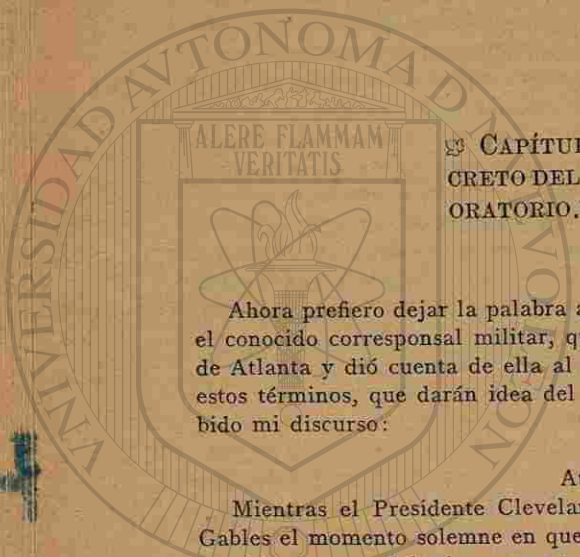
Yo conozco negros del Sud que gracias á las exhortaciones, al socorro y á los consejos de los blancos han acumulado propiedad por valor de unos cuantos miles de dollars. Estos mismos hombres no acudirían nunca á los blancos para preguntarles en qué sentido deben votar. Esto me parece poco lógico y esto debería acabar. Al hablar de este modo, no quiero decir que el negro deba humillarse y votar contra sus principios: porque desde el momento en que dejara de votar según sus principios perdería la confianza y el respeto de los ciudadanos blancos del Sud.

Yo no creo que un Estado deba sancionar leyes permitiendo votar á un ciudadano de raza blanca que sea, á la vez, indigente é ignorante y arrebatando ese derecho á un negro que se encuentra en las mismas condiciones. Una ley así no es solamente injusta; es peligrosa como todas las leyes injustas. Porque si uno de sus efectos es espolear al negro para que adquiriera instrucción y propiedad, el otro es corromper al blanco que no tiene ningún interés en salir de su ignorancia y su pobreza. Creo que con el tiempo, gracias á la inteligencia popular y al mejoramiento de las relaciones entre ambas razas cesarán, en el Sud, los fraudes electorales. Se irá comprendiendo que el blanco que roba el voto de un negro, acaba por estafar el suyo á un blanco y que éste

hombre termina su carrera de deshonra robando ó cometiendo otro delito igualmente grave. En mi concepto vendrá un tiempo en que el Sud obligará á votar á todos sus ciudadanos. Comprenderá que, para un país, es preferible desde todos los puntos de vista, gozar de una vida sana y vigorosa, que debilitarse en ese marasmo político que forzosamente ha de producirse cuando una mitad de la población no tiene parte ni interés ninguno en la cosa pública.

En principio soy partidario de un sufragio universal y libre: pero creo que, en el Sud, nos hallamos en presencia de particulares condiciones que, durante algún tiempo, justificarían la protección del voto por un censo de instrucción ó un censo de propiedad ó por los dos, á la vez; pero cualquiera que fuera dicho censo debería aplicarse, con estricta justicia á las dos razas.





CAPÍTULO XV. — EL SE-  
CRETO DEL ÉXITO EN EL ARTE  
ORATORIO. \* \* \* \* \*

Ahora prefiero dejar la palabra al señor J. Creelman, el conocido corresponsal militar, que asistió á la sesión de Atlanta y dió cuenta de ella, al *New-York World* en estos términos, que darán idea del modo como fué recibido mi discurso:

Atlanta 18 Septiembre.

Mientras el Presidente Cleveland esperaba en Gray Gables el momento solemne en que hacer brotar la chispa eléctrica que debería poner en movimiento todas las máquinas de la Exposición de Atlanta, un Moisés negro, se levantaba ante un auditorio de blancos y pronunciaba un discurso que hará época en la historia del Sud: al mismo tiempo un cuerpo de tropas negras marchaba, en un cortejo, con las milicias de la Georgia y de la Luisiana. Desde el discurso inmortal de Henry Grady, ante la sociedad de la Nueva Inglaterra en New-York, ningún hecho ha demostrado tan elocuentemente el nuevo espíritu que hoy día anima al Sud, como la apertura de la Exposición de Atlanta.

En el momento en que el profesor Booker T. Washington, director de una escuela profesional para ne-

gros en Tuskegee (Alabama), se irguió sobre el estrado del *Auditorium* para pronunciar su discurso, cegado por el sol que iluminaba su semblante con los fuegos de la profecía, Clark Howell, el sucesor de Henry Brady, me dijo: «El discurso de este hombre es el principio de una revolución moral en América».

Era la primera vez que un negro pronunciaba en el Sud un discurso, delante de un auditorio compuesto de blancos de ambos sexos y en un acto de tal importancia. Electrizó á sus oyentes de tal modo que un clamor formidable, parecido al retumbar de un trueno, acogió sus palabras.

Acababa de sentarse Mme. Thomson cuando todos los ojos se clavaron en un negro bronceado, sentado sobre el estrado, en primera fila. Era el profesor Booker T. Washington, director de la Escuela Normal profesional de Tuskegee, que ocupará desde hoy un lugar preponderante entre los hombres de su raza. La orquesta de Gilmore interpretó el *Star-Spangled-Banner* y estallaron los aplausos. Luego entonó el *Dixie* y hubo frenéticos clamores. Acabó con el *Yankee Doodle* y el entusiasmo tendió á decrecer (1).

Mientras tanto millares de ojos estaban clavados en el negro: un acontecimiento extraño iba á tener lugar: un negro hablaría en nombre de los suyos sin que nadie le interrumpiera. Al acercarse el profesor Washington al borde del estrado, el sol que entraba por las ventanas circundó su frente de fuego. El negro hizo un movimiento por evitar la luz que le cegaba, buscó un sitio cómodo en la tribuna y, por fin, afrontó resueltamente al sol sin un parpadeo, y empezó á hablar.

(1) «Star-Spangled-Banner» es uno de los himnos nacionales de los Estados Unidos. — «Dixie» es el himno regional del Sud. — «Yankee-Doodle» es el himno regional del Norte — N. del T.



Era una silueta imponente: grande, huesudo, manteníase erguido como un jefe *sioux*, la cabeza noble, la frente alta, la nariz recta, las mandíbulas fuertes, la boca firme y voluntariosa, los dientes bellos y blancos y los ojos vivos: tenía un aspecto grande y fiero. El bronceado cuello era nervioso y su brazo musculoso se erguía en el aire, mientras en la mano apretaba nerviosamente un lápiz negro. Sus anchos pies descansaban sólidamente en el suelo; los talones estaban juntos y las puntas se echaban afuera, formando ángulo. Su voz era clara y sonora: anunciaba por medio de una corta pausa las frases que le interesaba destacar. En menos de diez minutos la muchedumbre vióse agitada de un verdadero delirio de entusiasmo: hubo sombreros por el aire. Hasta las bellas damas de la Georgia se levantaban para aplaudir.

Y cuando levantó la mano, con los dedos separados, y, hablando á los blancos del Sud, les dijo, en nombre de su raza: «Podremos, en nuestras relaciones sociales, estar, como los dedos, separados unos de otros; pero juntos como la mano, para todo lo que es esencial para el progreso mutuo» su voz, retumbante fué á estrellarse como una ola contra los muros de la sala y todo el público, levantado como por ensalmo, aplaudía frenéticamente...

He oído á los grandes oradores de muchos países; pero ni el propio Gladstone, habría defendido su causa con tanto arte como aquel negro anguloso que se erguía, nimbada la cabeza por el sol, ante aquellos mismos que, en otros tiempos, habían cogido las armas para mantener á su raza en la esclavitud. Los clamores se hacían cada vez más fuertes; pero la expresión de su rostro seguía siendo impasible.

Mientras tanto un negrazo enorme, negro como el

ébano y harapiento, agazapado en un rincón de la sala, seguía al orador, ardientes los ojos y temblándole el rostro, hasta el momento en que la suprema salva de aplausos le arrancó un torrente de lágrimas; la mayor parte de los negros lloraban, probablemente sin darse cuenta de ello.

Después de las últimas palabras del discurso, el Gobernador Bullock atravesó rápidamente el estrado y fué á estrechar las manos del orador. Renovóse la ovación y los dos hombres se encontraron unos instantes frente á frente, dándose la mano.»

Después de mi discurso de Atlanta, acepté algunas invitaciones que se me hicieron para hablar en público; principalmente aquellas que me proporcionaban ocasión de visitar las regiones donde mi palabra podía servir á la causa de mi raza; pero siempre á condición de poder extenderme libremente sobre la obra que había emprendido y sobre las necesidades de mi pueblo y sin tenerme que inquietar, como un conferenciante profesional, del éxito monetario.

Desde que hablo en público me pregunto con asombro cómo hay tantas personas que se molesten por venirme á oír. Muchas veces me ha acontecido, al contemplar desde la calle la muchedumbre que invadía una sala de conferencias donde yo debía hablar, sentirme avergonzado por hacer perder á tanta gente una hora tan preciosa. Hace algunos años tenía que pronunciar un discurso ante una sociedad literaria de Madison (Wisconsin). Una hora antes de la conferencia cayó una copiosa nevada. Convencido de que no habría nadie en la sala, me fuí á ella sin embargo, por cumplir con mi conciencia pero seguro de que no iba á hablar. Encontré la sala rebosando de auditorio y experimenté tan grande



asombro que no pude volver de él en toda la noche.

Con frecuencia se me ha preguntado si estoy conmovido antes de hablar; hay quien dice que, estando acostumbrado á hablar frecuentemente en público, ya no debo experimentar esa emoción. Confieso que paso siempre por un momento penoso antes de pronunciar un discurso; y, á veces, ha sido tan grande la tensión nerviosa, que he resuelto no volver á hablar jamás en público. Estas sensaciones no las experimento únicamente antes de hablar: después de haber pronunciado un discurso suelo quedarme con el sentimiento de no haber dicho lo esencial ó lo mejor de lo que había pensado decir.

Pero hay también grandes compensaciones. Con frecuencia esta agitación nerviosa da lugar, algunos minutos después, á una real satisfacción que me comunica el sentimiento de haber sabido coger á mi auditorio y de haber establecido una corriente de simpatía entre el público y yo.

Dudo que haya en el mundo un goce á la vez físico é intelectual que iguale al del orador que siente al auditorio completamente á merced de su palabra. Hay un lazo de simpatía y de unión, que pone al auditorio en comunicación con el orador, y que es tan fuerte como un cordón visible y tangible. Basta con que haya entre un auditorio de un millar de hombres uno solo cuyas opiniones estén en contradicción con las mías, ó cuya actitud sea simplemente fría, crítica ú hostil para que yo lo advierta en seguida. Cuando he descubierto á *mi hombre* me dirijo llanamente á él y me doy el gusto de reducirle poco á poco. Lo que, en estos casos me suele dar mejores resultados es narrar alguna historieta; aunque no suelo contar nunca una anécdota simplemente por el gusto de contarla. Este procedimiento es vacío y frívolo y no siempre engaña á los que escuchan.

Hablar únicamente por hablar es, en mi concepto, perjudicar á los oyentes y perjudicarse á sí mismo. Yo creo que no se tiene el derecho de hablar más que cuando realmente nos obliga á ello el sentimiento de algo que queremos comunicar á los demás. Todo el que está profundamente convencido de que lo que va á decir será útil á un hombre ó á una causa humana, debe hablar, y yo creo que, en semejante caso, incluso puede burlarse de las reglas de la retórica. Entonces todos los preceptos artificiales de la oratoria son de escasa utilidad.

Claro que conviene cuidar las pausas, la manera de respirar y el tono de la voz, pero ninguna de estas cosas vale tanto como el *alma* del discurso. Cuando tengo que hablar, me gusta olvidarme de las leyes de la gramática y la retórica y me gusta que mis oyentes las olviden.

Nada contribuye á hacerme perder la cabeza, cuando hablo, como el ver á alguien abandonar su sitio. Para evitarlo, me impongo siempre como un deber el tratar de hacer un discurso tan ceñidamente interesante y tan lleno de hechos vivos que nadie pueda pensar en marcharse. He podido concluir de mis observaciones que lo que quieren la mayoría de los auditorios son hechos, más que generalidades y doctrina moral. Dad á los hombres hechos positivos, en forma interesante: ellos sabrán deducir por sí mismos las conclusiones necesarias.

En cuanto á los auditorios que prefiero pongo por encima de todos, una reunión de hombres de negocio, inteligentes y despiertos, como se encuentran en las ciudades de New-York, Boston, Chicago y Buffalo. Nunca he visto auditorio más pronto á apoderarse de un mínimo matiz y ni más entusiasta.

Durante estos últimos años he hablado ante las principales sociedades de este género en las grandes pobla-



ciones de los Estados Unidos. El momento oportuno para hablar á un cenáculo de comerciantes es después de una buena comida; aunque no conozco tortura que pueda compararse á la de una comida de catorce platos, después de la cual tenga que hablarse. A cada instante, mientras dura la comida, creemos que el discurso será un fracaso y una decepción.

Raras veces me acontece asistir á una de esas comidas sin recordar el tiempo de mi infancia, cuando habitaba como esclavo en mi cabaña de madera, y sin desear íntimamente volver á encontrarme allí como por ensalmo y gustar, una vez por semana, la rica miel que nos traían de la «Casa grande». Nuestro régimen ordinario se componía de pan de maíz y carne de cerdo; pero el domingo por la mañana mi madre estaba autorizada á traernos un poco de miel ó almíbar de la «Casa grande»; cuando los tres niños la veíamos venir, habríamos deseado que todos los días fuesen domingo. Iba yo á buscar mi plato de hojalata y lo presentaba para que me sirvieran en él la golosina apetecida; pero cerraba los ojos, para procurarme la sorpresa de encontrarme una gran cantidad cuando los abriera. Una vez en posesión de mi fortuna inclinaba el plato blandamente, en todos sentidos á fin de que el espeso líquido colmara todo el cuenco: en mi candidez infantil creía que así aumentaba mi ración y que hacía durar más tiempo mi regalo. Estos festines dejaron tal impresión en mi ánimo que, aun hoy, sería difícil convencerme de que no hay más miel en un plato cuando ocupa todo el cuenco, que cuando sólo llena un rincón, si puede hablarse de rincones en materia de platos.

Mi parte consistía en dos cucharadas de las grandes, pero estas dos cucharadas de almíbar me eran infinita-

mente más agradables que un banquete; después del cual tengo la perspectiva de pronunciar un discurso.

Después de los hombres de negocios, mis preferencias van directamente á un auditorio compuesto de hombres del Sud de una ú otra raza juntas ó por separado. Su entusiasmo y el interés que ponen en vuestras palabras son un goce continuo. Los «amén» y los «es verdad» que se escapan á cada momento, de los labios de los negros, serían un estimulante para el peor de los oradores. Viene en seguida en el orden de mis preferencias un auditorio de colegiales. He tenido el privilegio de dar conferencias en nuestros primeros establecimientos de enseñanza, tales como Harvard, Williams, Amherst, la Universidad de Fisk, la de Pensylvania, Wellesley, la de Michigan, el Colegio de la Trinidad en la Carolina del Norte y muchos otros.

Al terminar mis discursos, oía decir, no sin cierta satisfacción, á un gran número de personas que venían á estrecharme la mano, que era la primera vez que llamaban «señor» á un negro.

Cuando hago un viaje que tenga particularmente por objeto el instituto de Tuskegee combino de antemano una serie de conferencias, en los centros más importantes de la región que voy á visitar: entonces me dirijo á auditorios de iglesia, á los de escuelas dominicales, *unión cristiana* y clubs de ambos sexos. Algunas veces doy, en un mismo día, cuatro conferencias.

Hace tres años, á propuesta del señor M. Morris K. Jesup de New-York y del doctor J. L. M. Curry, agente general de la fundación Jonh F. Slater, los administradores de la sociedad votaron una suma que debía emplearse en pagar los gastos de la señora Washington y los míos propios, durante un viaje de conferencias á los grandes centros negros, principalmente en los estados



donde la esclavitud había estado en vigor. Desde hace tres años consagramos anualmente algunas semanas á esos viajes. Por la mañana yo me dirijo á los pastores, á los maestros y á los comerciantes; por la tarde mi esposa reúne á las mujeres y finalmente por la noche tomo yo la palabra en las grandes reuniones públicas. Casi siempre asisten blancos á estas conferencias. En Chattanooga (Tennessee), por ejemplo, donde logré reunir unas tres mil personas, me han asegurado que había entre mis oyentes ochocientos blancos. Estos viajes me han dado más satisfacciones y mejores resultados que ninguno de los que había hecho hasta ahora. Gracias á ellos, mi esposa y yo hemos podido penetrar más adentro en los medios negros y verles de cerca en su vida privada, en sus iglesias, en sus escuelas dominicales, en sus talleres, y en sus prisiones y hasta en sus antros. Constituyen asimismo un buen método para apreciar las relaciones que existen entre ambas razas. Y cada vez, después de haber dado estas conferencias, siento crecer mis esperanzas en el porvenir de mi raza.

Ya sé que muchas veces es fácil dejarse ofuscar por apariencias y manifestaciones de entusiasmo momentáneo; pero ya he aprendido á no detenerme en estas muestras exteriores; me esfuerzo por llegar al fondo de las cosas y recoger informaciones con método y sangre fría. Ultimamente he oído afirmar por alguien que pretende conocer las cosas de que habla, que, en toda la raza negra, considerada en conjunto, no hay más allá de un noventa por ciento de mujeres que sean virtuosas. Jamás se ha dicho mentira más odiosa á propósito de una raza ni aportado un dato más difícil de demostrar.

Es necesario no haber estado durante veinte años en contacto con la raza negra, como lo he estado yo, en

el mismo corazón del Sud, para negar que la raza negra, á pesar de cuanto quieran decir de ella, está en buen camino, y se desenvuelve tal vez, con lentitud, pero también con seguridad, desde el punto de vista material, intelectual y moral. Podría tomarse como ejemplo la existencia de ciertos tipos en la clase baja de New-York y juzgar por ellos de la moralidad de la raza blanca: pero ya se ve que este no sería un método leal.

A principios del año 1897 recibí una carta rogándome que aceptara el pronunciar un discurso dedicatorio del monumento de Robert Gould Shaw (1), en Boston. Acepté. No tengo necesidad de decir quien es Robert Gould Shaw, ni lo que hizo. El monumento erigido á su memoria se encuentra en lo alto del jardín público de Boston, frente al palacio del gobernador. Se le considera como una obra maestra de estatuaria; la mejor de los Estados Unidos.

Las ceremonias que integraban esta fiesta de la ofrenda del monumento tuvieron lugar en la sala de conciertos de Boston, y la inmensa sala, rebosaba de cuanto había en la ciudad de más escogido y culto. Había en aquel auditorio más representantes del viejo elemento anti-esclavista, que se verán jamás en nuestro país. Presidió la sesión el honorable Roger Wolcott, por aquel entonces gobernador de Massachusetts y en la tribuna estaban, á su lado, altos funcionarios y centenares de hombres distinguidos. Un suelto sobre aquella reunión que publicó el *Transcript* de Boston, la describirá mejor de lo que yo podría hacerlo: (R)

(1) Robert Gould Shaw, ciudadano de Boston, que se alistó como simple soldado en la guerra civil y que fué en 17 de Abril de 1869 coronel del 54.º regimiento de Massachusetts, el primer regimiento de negros que se formó en los Estados Unidos.—N. del T.



«La *nota saliente* de ayer tarde en la hermosa ceremonia en honor de la fraternidad humana, en la sala de fiestas de Boston, fué el magnífico discurso del director de la Universidad de Tuskegee, Booker Washington que en Junio último recibió el último grado de A. M. (*Master of Arts*) de la Universidad de Harvard. Ha sido el primero de su raza al que se le concede tal honor por parte de la más antigua universidad de nuestro país, por haber sido «el digno conductor de su pueblo» como dijo el general Wolcott, al presentarle al público.

»Cuando el señor Washington se levantó, entre una atmósfera sobrecargada de patriótico entusiasmo y en la que flotaban banderas militares, el público tuvo la adivinación instintiva de que se hallaba en presencia de la justificación viviente del viejo espíritu abolicionista de Massachussets. Aquella personalidad era la encarnación de su vieja fe indomable y en su elocuencia, rica de pensamiento y de fuerza, los antiguos días de lucha, y sufrimiento encontraron su recompensa y su corona.

»La decoración, en torno, era de una gran belleza y de alta significación. Boston, tachado de tan «frío» se había animado y ardía en el fuego de justicia y de verdad que está en su corazón. Desbordaba la sala de gentes á quienes nunca se ve en público; familias que de ordinario, en los días de fiesta, se apresuran á ir al campo. La ciudad entera, aquel día, festejaba el aniversario de la mayoría en la persona de sus mejores ciudadanos, hombres y mujeres, cuyos nombres y cuyas vidas representan las virtudes amadas de una ciudad. Habían resonado en el aire las músicas marciales. Las oraciones habían sucedido á las oraciones; aplausos calurosos y prolongados habían saludado á los amigos y á los oficiales del

coronel Shaw, al escultor Saint-Gaudens (1) y á los soldados negros del 54° regimiento de Massachussets, á su entrada en la sala y luego, al aparecer en la tribuna. El Coronel Henry Lee, del antiguo Estado Mayor del gobernador André, acababa de hacer una alocución llena de noble simplicidad y por medio de la cual abría la fiesta, rindiendo homenaje á John. M. Forbes, cuyo sitio ocupaba. El gobernador Walcott pronunció un memorable y corto discurso en el que declaraba «que el Fuerte Wagner constituía época en la historia de una raza y que marcaba los comienzos de su mayor edad». El alcalde Quincy había aceptado el monumento, en nombre de la ciudad de Boston; finalmente la historia del coronel Shaw y de su regimiento de negros se había repetido en términos elocuentes y el cántico «Mis ojos, Señor, han visto vuestra gloria» acababa de entonarse cuando Booker T. Washington se levantó. El momento no podía ser más propicio. La muchedumbre que había perdido aquella calma habitual en los oyentes de conciertos sinfónicos, vibraba al impulso de una emoción que no era fácil contener. Ya unas diez veces se había levantado, como un sólo hombre, para aplaudir, lanzar *hourrahs* y agitar los pañuelos. Cuando aquel hombre inteligente, dotado de una voz poderosa y de una piel completamente negra, comenzó á hablar y á pronunciar los nombres de Stearns y de Andrew, la emoción fué aumentando. Los ojos de todos los oyentes se humedecieron cuando el orador, vuelto á los soldados negros que ocupaban la entrada, clavó los ojos en el abanderado del Fuerte-Wagner, que sonriendo, levantaba ahora la bandera no abandonada nunca, á pesar de las heridas,

(1) Famoso escultor nacido en Dublín en 1848. Uno de los más apreciados en la América hoy día.—(N. del T.)



y dijo: «Por vosotros, restos mutilados y deshechos del 54.º, que faltos, el uno de un brazo, el otro de una pierna, habéis honrado este acto con vuestra presencia, por vosotros no ha muerto vuestro comandante. Y aunque la ciudad de Boston no hubiera pensado en erigirle este monumento, y aunque la historia hubiera desdefiado el recoger sus altos hechos, en vosotros y en la raza leal que representáis, Roberto Gould Shaw tendría un monumento indestructible.»

Ahora fué Roger Wolcott quien, á la vez en su nombre personal y como Gobernador de Massachussets representando las simpatías de su pueblo, dió la señal de la ovación, levantándose para gritar: «Tres aclamaciones para Booker T. Washington!»

En el estrado se hallaba, entre otros varios, el sargento William H. Carney, de New-Bedford (Massachussets), el bravo abanderado negro, que en el Fuerte Wagner, mantuvo erguida siempre la bandera americana. Aunque su regimiento quedara diezmado, él pudo escapar, exclamando después de la batalla: «La bandera no ha tocado al suelo!»

Aquel día la tenía en las manos, su bandera y cuando yo me volví hacia los sobrevivientes del regimiento negro que estaban allí y cité el nombre del sargento Carney, instintivamente se puso en pie y levantó solemnemente la bandera.

Muchos discursos míos me han dado ocasión de asistir á manifestaciones emocionantes y halagadoras para mí: pero ninguna ha igualado en efecto dramático á la del día aquel: durante algunos minutos, mi auditorio estaba fuera de sí.

Cuando las fiestas que sucedieron á la guerra hispano-americana, se organizaron reuniones importantes, en honor de la paz, en muchas ciudades. El Comité de la

villa de Chicago, presidido por el señor W. Harper, presidente de la Universidad, me invitó á pronunciar un discurso en la semana del Jubileo. Hice dos discursos en Chicago. El más importante fué el del día 16 de Octubre, en el Auditorium, donde logré reunir el público más numeroso de toda mi carrera de orador. Aquella misma noche tenía que hablar en dos distintos sitios á otros dos auditorios diferentes.

Calculóse en dieciseis mil el número de personas que llenaban aquella noche el Auditorium y yo creo que un número igual quedaba en la calle pretendiendo entrar. Para lograr atravesar las puertas era preciso recurrir á la policía. Esta sesión iba á verse honrada con la presencia del Presidente William Mac-Kinley acompañado de todos los miembros del gabinete, de muchos ministros extranjeros, y de numerosos oficiales de la marina y del ejército, muchos de los cuales se habían distinguido en la reciente guerra. Aquel día los oradores eran, sin contarme á mí, el rabino Emilio Q. Hirsch, el Padre Thomas P. Hodnett y el doctor John H. Barrows. El *Times-Herald*, de Chicago, habló así de mi discurso: «Mostró al negro prefiriendo la esclavitud á la expulsión y recordó á Crispus Attucks derramando su sangre, en los comienzos de la Revolución de América, para dar á la raza blanca la libertad, mientras el negro continuaba en la esclavitud; narró la conducta de los negros en tiempos de Jakson, en la Nueva Orleans; trazó un cuadro sobrio y emocionante de los esclavos del Sud, protegiendo y manteniendo á las familias de sus dueños, mientras éstos empuñaban las armas para perpetuar la esclavitud; evocó la bravura de las tropas negras en Port-Hudson y en los fuertes Wagner y Pillou; y elogió el heroísmo de los regimientos negros que bombardearon el Caney y Santiago, para dar la libertad á los cubanos,



sin considerar la injusta distinción con que éstos últimos por ley y por costumbre tratan á los negros en su país.

«En todas estas cosas—dijo el orador,—mi raza se ha reservado la mejor parte.» Entonces hizo un elocuente llamamiento á la conciencia americana. «En verdad que no habréis oído vosotros la noble historia de la conducta heroica del negro en la guerra hispano-americana, historia que narran por igual el soldado del Norte y el del Sud, el exabolicionista y el ex-amo, sin deciros que una raza que así consiente en morir por su país, merece que se le permita vivir para él!»

La parte del discurso que más frenéticamente pareció provocar el entusiasmo del público, fué aquella en que dí las gracias al Presidente por haber querido otorgar un sitio al negro en la guerra hispano-americana. El Presidente estaba en un palco, á la derecha del estrado; en el momento en que, vuelto á él, terminaba mi frase de agradecimiento, estalló una ovación estrepitosa; el auditorio estaba en pie; veíanse agitarse pañuelos, bastones y sombreros; no cesando el clamor hasta que se levantó el Presidente para saludar. Reprodujose, entonces, la ovación con violencia indescriptible.

Hubo, en mi discurso de Chicago, algunos puntos que no fueron exactamente interpretados por la prensa del Sud y algunos periódicos me criticaron con bastante dureza. Estas críticas duraron semanas enteras, hasta que el Director del *Age-Herald* de Birmingham (Alabama) me escribió, para pedirme aclaraciones. Le respondí por medio de una carta que pareció contentar á mis críticos. Decía en ella que era principio mío no decir nunca en el Norte lo que no pudiera repetir en el Sud y que me parecía que mi abnegación durante diez y siete

años en la obra de Tuskegee debía bastar para justificarme á los ojos de los sudistas más exigentes.

Por lo demás repetía las mismas razones dadas en mi discurso de Atlanta para disipar los prejuicios de raza por medio de constantes relaciones comerciales y sociales. Añadí que no acostumbraba á discutir nunca lo que ha dado en llamarse «reconocimiento social del negro» y citaba el pasaje de mi discurso de Atlanta sobre esta materia.

Hay, en las reuniones públicas, una clase de individuos á la que temo por encima de todo: los chiflados. En cuanto tropecé con el primero de estos personajes aprendí á conocerles desde lejos y á *verles venir*. Llevan de ordinario, la barba larga y descuidada; su cara es también flaca y larguirucha: visten levita negra. Sus ropas y su camisa rezuman grasa; los pantalones forman rodilleras.

A continuación de mi discurso de Chicago vino á abordarme uno de esos personajes cuya especialidad consiste en poseer un remedio para todos los males del universo. Este pretendía conocer un sistema para conservar el maíz durante tres años y, según él, si la raza negra le compraba su secreto, ya los negros no tendrían que pensar jamás en la cuestión de raza. Fué inútil todo cuanto hice por convencerle de que lo que ante todo queríamos nosotros era enseñar á la raza negra á producir los cereales suficientes para el año. Otro de estos chiflados pretendía cerrar todos los Bancos nacionales del país; me habló para solicitar mi concurso; estaba seguro de que esto zanjaría para siempre la cuestión de razas.

Es incalculable el número de personas que están dispuestas siempre á acapararos y haceros perder el tiempo. Una noche yo había hablado en Boston, ante una numerosa concurrencia. A la mañana siguiente me des-



pertaron para entregarme una tarjeta, diciéndome que alguien deseaba hablarme. Creyendo que se trataría de un negocio importante, me visto precipitadamente y desciendo al salón del Hotel donde encuentro á un hombre, de rostro inocente y plácido que me dice «Le he oído hablar ayer noche y tuve tanto gusto que he venido á verle esta mañana para oírle hablar otra vez y renovar aquel placer».

Se me ha indicado con frecuencia que debe serme difícilísimo ocuparme de la dirección de Tuskegee, viajando tan á menudo como viajo. Responderé á esta indicación que, en oposición con el adagio que dice «no hagas hacer á los demás lo que puedes hacer tú mismo», yo tengo por principio no hacer nunca en persona lo que los demás pueden hacer tan bien como yo.

Nuestro establecimiento funciona maravillosamente, aunque falte de él uno de sus administradores. Su personal, hoy día, comprendidos empleados y profesores es de 86 personas. Cada cual tiene su parte de trabajo tan precisamente distribuída que el todo marcha solo con la regularidad segura de un cronómetro. La mayoría de nuestros profesores forman parte del instituto desde hace muchos años y están interesados en él con iguales títulos que yo mismo. En mi ausencia el señor Warren Logan, tesorero del instituto, que hace diez y siete años está en la Escuela, desempeña las funciones de Director. Le secundan la señora Washington y mi fiel secretario Emmett J. Scott que se encarga de la mayor parte de mi correspondencia y me tiene al corriente de cuanto se refiere á la Escuela y aun de cuanto ocurre en el Sud relacionado con la raza negra. Son indecibles los servicios que me ha prestado el señor Scott, gracias á su tacto, su inteligencia y su perseverancia.

La marcha general de la escuela, hálleme yo ó no

me halle en Tuskegee, es discutida y dirigida, por lo que llamamos nuestro Consejo ejecutivo. Este Consejo se reúne dos veces por semana. Compónese de nueve personas respectivamente encargadas de un trabajo especial de la escuela. Por eso la señora B. K. Bruce, viuda del ex senador Bruce, forma parte de nuestro Consejo, en su calidad de directora del internado de alumnas y se ocupa en todo lo referente á ellas. Al lado de este Consejo ejecutivo hay un Comité de Hacienda, compuesto de seis miembros; se reúne todas las semanas y decide de los gastos que han de hacerse semanalmente. Por lo menos una vez al mes, hay reunión de profesores y ya no hablo de las reuniones menos importantes, como las de las clases bíblicas, las sociedades agrícolas, etc.

Para permitirme seguir el buen funcionamiento de la escuela, hemos adoptado un sistema de información en cuya virtud puedo estar al corriente de los menores detalles del servicio, sea cual sea el rincón del país donde me halle. Así me dan cuenta de los alumnos á quienes se les dispensa de asistir á clase y por qué motivos; de las ganancias de la escuela día por día; del número de litros de leche y de libras de manteca que produce nuestra granja; de lo que comen discípulos y profesores; de si presentan á la mesa la carne hervida ó asada; de si los legumbres se compraron en el mercado ó provienen de nuestra granja. La naturaleza humana varía poco de un extremo á otro del globo. Y es mucho más cómodo, por ejemplo, tomar del saco de arroz el cereal ya limpio y preparado, que ir á la tierra de la huerta y arrancar con personal esfuerzo las patatas que luego habrán de pelarse y de lavarse. Sin la obligación de dar diariamente cuenta de todo, degenerarían fatalmente todos los servicios.

Se me ha preguntado cómo encuentro tiempo para



mis distracciones y para mi reposo en medio de tantas ocupaciones y á pesar de las horas que consume mi vida pública. Alguien ha llegado á preguntarme cuáles eran mis diversiones y mis juegos favoritos. Confieso que esta es una pregunta que me embaraza un poco. Por mi parte, creo que todo hombre viene obligado, por sí mismo y por la misión que haya escogido, á constituirse un temperamento robusto, y nervios sólidos, que le ayuden á afrontar las situaciones difíciles y los desengaños. Por lo que se refiere á mi trabajo, hago una distribución del tiempo, en la que todos los deberes cotidianos quedan despachados en las primeras horas de la mañana, á fin de que no vengan á mezclarse con los nuevos que puedan traerme cada día. Tengo por principio limpiar cada noche mi mesa de todo trabajo de correspondencia y contabilidad á fin de comenzar, á la mañana siguiente, un día enteramente nuevo. De este modo soy dueño absoluto de mis días y puedo reglamentar mis horas de trabajo, en lugar de verme tiranizado por ellas. Hay un goce, á la vez físico, intelectual y moral, en sentirnos dueños de nuestro trabajo, en sus menores detalles. La experiencia me ha demostrado que este modo de proceder da al espíritu un ánimo valiente y al cuerpo el necesario vigor para mantener al hombre en buena salud. Cuando uno llega á amar su obligación, nacen fuerzas inapreciables con que llevarla á cabo.

Me pongo á trabajar por la mañana, lleno de entusiasmo y esperando un buen día, pero, al mismo tiempo, no olvido que he de estar apercibido para todo género de eventualidades desagradables: unas veces se ha declarado un incendio en uno de nuestros edificios, que ha ardió totalmente y otras veces un periódico me critica por algo que he hecho ó no he hecho, por algo que

creen que he dicho y que probablemente no habré dicho nunca.

Hace dos años, por la primera vez en diez y nueve de trabajo incesante, me concedí unas vacaciones, que, por decirlo así, mis amigos me obligaron á aceptar poniendo en mis manos la suma necesaria para hacer un viaje á Europa mi mujer y yo. Como acabo de decirlo, yo creo que es un deber nuestro cuidar nuestra propia salud y encuentro razonable no dejar que se agraven los pequeños males, único medio de alejar los grandes. Cuando tengo insomnios sé que algo anda mal en mi organismo y en cuanto alguno de mis órganos flaquea consulto al médico. Poderse dormir cuando uno quiera y donde uno quiera es un gran recurso. Gracias á esta facilidad yo he logrado hacer sueños de quince minutos, reposarme un poco en ellos y volver á la labor tranquilamente.

También he dicho que tengo por principio no dejar que las ocupaciones de un día me invadan al siguiente. Hago, en este punto, una excepción para las cosas en las que toma parte el sentimiento: para esto encuentro prudente dejar pasar la noche y darme tiempo á consultar con mi mujer ó mis amigos.

Voy á hablar de mis lecturas. Tengo poco tiempo para consagrarlo á mis lecturas y la mayoría de ellas las he hecho en mis viajes. Los periódicos son una fuente constante de goce y de recreo para mí; no tienen más que un inconveniente, y es que leo demasiados. No tengo inclinación ninguna por las obras de pura imaginación y necesito hacer un gran esfuerzo para leer la novela en boga. La literatura que más me cautiva es la biografía, me gusta sentir que el héroe cuya vida leo es real y que se habla en ella de hechos realizados. No creo exagerar diciendo que he leído todos los libros y



todos los escritos que hacen referencia á Abraham Lincoln. En literatura es mi dios y mi maestro.

De los doce meses del año paso, los menos seis, alejado de Tuskegee. Si el vivir tanto tiempo alejado de la escuela tiene sus inconvenientes, no cabe duda que también ofrece sus ventajas. El cambio de ocupación ya es, por sí mismo, un reposo. Un largo viaje en ferrocarril llega á serme agradable, si puedo instalarme con comodidad y siempre que no venga á molestarme el inevitable individuo que parece encontrarme en todos los trenes, únicamente para tener el gusto de decirme: «¿Es al señor Booker Washington al que tengo el honor de hablar?... Me tome la libertad de presentarme... etcétera.»

Otro efecto del alejamiento es hacerme olvidar los detalles insignificantes de la obra y abarcar mejor su conjunto. Mis viajes me permiten, asimismo, descubrir nuevos métodos de educación y relacionarme con los mejores pedagogos del país.

Aparte de todo esto debo confesar que el mejor momento de mi vida es el que paso en Tuskegee, en el seno de mi familia, por las noches, después de comer, rodeado de mi mujer y de mis tres hijos Portia, Baker y Davidson. Es el momento en el que leemos ó en el que contamos anécdotas, cada cual por turno. Sólo un paseo por el bosque sobrepaja en encanto al de estos instantes. Paseamos, alguna vez, los domingos por la tarde en el bosque estamos en contacto con la naturaleza misma; lejos de los importunos respiramos el aire puro, rodeados de árboles, de arbustos, de flores y de los dulces perfumes que emanan de millones de plantas, mientras en la distancia suena el *cricri* monótono de los grillos y sobre nuestras frentes el canto de los pájaros. Este es el reposo; el verdadero reposo.

Mi jardín es también una fuente de placeres para mí, á pesar del poco tiempo que puedo permanecer en él. Experimento una gran satisfacción siempre que puedo sentirme en comunicación con la tierra; es decir lejos de todo lo que es artificial ó imitado.

Cuando puedo dejar mi despacho lo bastante temprano para concederme media hora de jardinería, experimento como una renovación de fuerzas que me ayudan á soportar los contratiempos inevitables en mi accidentada vida. Compadezco á los que no saben extraer como yo de la naturaleza fuerza y alegría para vivir.

Sin hablar de los establos y de los animales domésticos que forman parte de la escuela, yo poseo personalmente algunos cerdos y aves de rarísimas especies que tengo un gusto especial en cuidar. El cerdo es mi animal favorito. Aprecio, por encima de todas, la especie Berkshire ó el cerdo Poland-China.

Me preocupan poco los juegos; no he visto nunca un *foot-ball*. Soy absolutamente ignorante en materia de naipes; no llego á distinguir una carta de otra. A veces me pongo á jugar á la lotería antigua con mis hijos. Tal vez el gusto del juego se habría manifestado en mí, si durante la infancia me hubieran iniciado un poco; pero entonces no era posible pensar en juegos.







de la escuela, es tener que separarme de la familia de este modo. Mi familia es lo mejor del mundo para mí.

Siempre he envidiado al hombre cuyo trabajo está ordenado de tal modo que le permite pasar las veladas al lado de la familia y creo que esta clase de hombres no aprecian en su valor justo el inapreciable privilegio de que gozan. Renuncio á explicar el placer que entraña el escapar de las multitudes y de los abrazos, dejar de viajar y encerrarse en la casa con la familia, aunque sólo sea por unos instantes.

Otra de mis íntimas satisfacciones en Tuskegee es una reunión de media hora en la capilla, que tiene lugar todas las noches, á las ocho y media, y á la que pueden asistir discípulos, maestros y parientes, para tomar parte en el servicio religioso, el último ejercicio antes de acostarse. Verdaderamente es un espectáculo que conforta la vista el de un auditorio compuesto de unos mil doscientos jóvenes de ambos sexos, gravemente recogidos y atentos, y no puede menos que considerarse como un verdadero privilegio el poderles ayudar á vivir una vida elevada y útil.

En la primavera de 1899, recibí una de las mayores sorpresas de mi vida. Algunas damas organizaron en el teatro Hollis street de Boston un reunión pública á beneficio de Tuskegee. Congregóse lo más selecto de Boston, blancos y negros. Presidió la sesión el obispo Laurence. Yo pronuncié un discurso; el señor Pablo Laurence Dunbar leyó alguno de sus poemas y el doctor W. E. B. du Bois dió lectura á una memoria que había redactado.

Debí dar muestras de fatiga y al terminarse la sesión una de las damas que la habían organizado, me preguntó, como de pasada, si había estado ya en Europa. Al recibir mi respuesta negativa, insistió para preguntarme

si había pensado hacer ese viaje alguná vez. Le respondí que mis medios no me permitirían satisfacer un deseo de este género. Nada más. Ya me había olvidado de aquella conversación cuando, algunos días más tarde, se me hizo saber que amigos míos de Boston, entre otros el señor Francis, J. Garrison, habían reunido la suma necesaria para que emprendiéramos un viaje de tres ó cuatro meses á Europa, mi mujer y yo. Se me añadía que no teníamos derecho á negarnos. Ya, un año antes, el señor Garrison me había hablado de este viaje, aunque por hacerlo fuera de propósito yo no había prestado atención á sus palabras. Pero, ahora, se había decidido á unir sus esfuerzos á los de aquellas damas y cuando me hablaron á mí, todo estaba ya previsto: él había trazado el itinerario y había comprado nuestros pasajes en el vapor que debía transportarnos.

Estos proyectos fueron tan inesperados y se combinaron con tal rapidez que literalmente quedé asombrado al conocer la noticia. Durante diez y ocho años había estado metido en mi obra de Tuskegee y no creía poder hacer otra cosa en toda mi vida. Cada día la escuela necesitaba más de mí para sus gastos diarios. Tuve que dar las gracias á mis excelentes amigos de Boston y manifestarles que mi viaje á Europa era para mí una cosa materialmente imposible, porque la escuela no podría vivir pecuniariamente en mi ausencia. Respondióseme en seguida que el señor Henry L. Higginson, con otros amigos cuyo nombre no quiero pronunciar para no molestarles, se ocupaba activamente en ir recogiendo la suma necesaria para asegurar la marcha de la escuela durante mi ausencia. Entonces me vi obligado á rendirme á discreción: no había excusa posible. Me preparé para la marcha.

Todo aquello me hacía el efecto de un sueño; no po-



día comprender que se tratara de un proyecto real; me costaba trabajo creer que era yo mismo el que había de marcharme á Europa. Yo había nacido en la esclavitud y había crecido en los abismos de la ignorancia y la pobreza. En mi infancia había padecido hambre y frío; no tenía casa. Ya era casi un hombre cuando gusté por la primera vez el privilegio de sentarme á una mesa para comer. El lujo y el bienestar me parecían entonces cosas únicamente destinadas á la raza blanca. En cuanto á Europa, Londres y París eran, para mí, paraísos de sueño; y ¡he aquí que yo iba á disfrutar del inestimable privilegio de visitar Europa! No podía quitarme estos pensamientos de la cabeza.

Me preocupaban, además, dos cosas. Tenía miedo de que al conocerse la noticia de nuestro viaje, las gentes, ignorantes del modo en que podíamos llevarlo á cabo, nos creyeran envanecidos y ganosos de darnos importancia. Con mucha frecuencia había oído en mi juventud pronunciar este juicio, á propósito de individuos de mi raza que habían logrado triunfar; solía decirse que, al mejorar de fortuna, perdían la cabeza y querían imitar á los ricos. Tenía yo miedo de provocar iguales críticas. Por otra parte la conciencia me remordía al abandonar el trabajo. Era cada vez mayor el que tenía que realizarse y me parecía mal tomarme aquellas vacaciones mientras los demás continuaban en la faena. Yo había trabajado desde muy niño y no podía acostumbrarme á la idea de pasar tres ó cuatro meses sin hacer nada; para decirlo de una vez no sabía cómo empezar mis vacaciones.

Mi mujer compartía mis sentimientos; lo que principalmente influyó en ella fué el deseo de procurarme un reposo, que al parecer me hacía mucha falta. Teníamos tanto más reparo en emprender aquel viaje cuanto que

gran número de cuestiones vitales para el porvenir de la raza negra se discutían en aquel momento. De todos modos hicimos saber á nuestros amigos de Boston que partiríamos y ellos nos suplicaron que apresurásemos la marcha. Fijamos el día 10 de Mayo. Mi excelente amigo Garrison había dispuesto todo lo necesario para el viaje: íbamos provistos de cartas de recomendación para infinidad de personas en Francia y en Inglaterra. Todos los detalles para asegurar nuestra comodidad y nuestro bienestar en los sitios que debíamos visitar estaban ordenados de antemano. Luego de despedirnos de nuestros compañeros, discípulos y amigos de Tuskegee, salimos para New-York el 9 de Mayo, dispuestos á embarcarnos. Nuestra hija Portia, que por entonces hacía sus estudios en South Framingham (Massachussets), fué á New-York y asistió á nuestra partida. El señor Scott, mi secretario, me acompañó á bordo y de este modo pude aprovechar, hasta el último momento, disponiendo lo necesario sobre los asuntos que quedaban en suspenso. Algunos instantes antes de embarcarnos recibí otra sorpresa agradable bajo la forma de una carta en la que dos damas generosas nos ofrecían la suma necesaria para levantar un edificio que pudiera servir de taller para nuestras alumnas.

El vapor que iba á transportarnos era el *Friesland* de la *Red Star Line*, un barco soberbio en verdad. Pasamos á bordo antes del medio día, hora en que debíamos zarpar. Nunca había estado á bordo de un transatlántico; experimenté una sensación indescriptible, una mezcla de terror y goce al mismo tiempo. No dejó de causarnos profunda satisfacción ver que el capitán y alguno de los oficiales del navío no solamente estaban advertidos de nuestra presencia sino que ya nos esperaban para hacernos una excelente acogida. Conocíamos



á algunos de nuestros compañeros de viaje como el Senador Sewell y Eduardo Marshall, el periodista. Temí un momento que algún pasajero pretendiera humillarnos. Mis temores tenían por origen lo que me habían contado algunos negros que no habían sido bien tratados en vapores americanos. Pero, mis temores se desvanecieron viendo la exquisita amabilidad que nos demostraban desde el capitán hasta el último empleado. Lo mismo pudimos observar en todos los pasajeros, sin excepción de ningún género; había á bordo gentes del Sud que nos trataron con cordial amabilidad.

A medida que el barco se alejaba del puerto, me iba ganando una inmensa tranquilidad: parecía que se me quitaban de encima, á razón de una libra por minuto, todas las preocupaciones, angustias y responsabilidades que me habían embargado durante diez y ocho años. Por la primera vez, al cabo de tanto tiempo, respiraba con entera libertad y me es imposible explicar el bienestar que me producía esto junto con el encanto de saber que pronto me hallaría en Europa. Vivía como en un sueño.

Gracias al señor Garrison teníamos los camarotes más confortables del barco. Al segundo día de travesía entráronme unas ganas tremendas de dormir; dormí quince horas diarias mientras duró la travesía: hasta entonces no me dí cuenta del extremo de fatiga á que había llegado y seguí con este régimen durante todo un mes á mi llegada á Europa. ¡Qué nuevo era para mí despertarme por la mañana y sentirme libre de toda obligación precisa! Ni tren que tomar á hora fija, ni cita á que acudir, ni discurso que pronunciar. Era un cambio notable en la vida de un hombre que, á veces, en una misma noche se había tendido en tres camas diferentes.

Llegado el domingo el capitán me rogó que presidiera el servicio religioso. Tuve que negarme porque no soy ministro. Pero entonces insistieron los pasajeros para que les hiciese una alocución en el comedor. El Senador Sewell presidió. Después de una travesía de diez días, con un tiempo espléndido y sin haberme mareado un minuto, desembarcamos en la interesantísima y antigua ciudad de Amberes en Bélgica.

El día siguiente se celebraba una de las numerosas fiestas del país. Era además un hermoso día de sol. Nuestro cuarto daba sobre la gran plaza y la primera ojeada dióme una sensación de novedad extraordinaria. Los campesinos que llegaban cargados de flores para venderlas en el mercado, las mujeres con sus carritos de que tiraban los perros, llenos de jarros de leche, y toda la muchedumbre empujándose hacia la catedral constituían para mí un espectáculo absolutamente nuevo.

A nuestra permanencia en Amberes sucedió un viajecito por Holanda con algunos americanos, entre otros Eduardo Marshall y algunos artistas que habían hecho la travesía con nosotros. Este corto viaje fué encantador. Contribuyó á su encanto el que lo hicimos por el canal sobre un barco viejo, á antigua usanza; lo que al mismo tiempo nos dió pie para hacer observaciones sobre las costumbres de los campesinos. De este modo llegamos hasta Rotterdam y aún hasta La Haya, donde tenía lugar entonces la conferencia de la paz y donde fuimos admirablemente recibidos por los representantes americanos.

Me pareció notable Holanda por su agricultura y sus grandes rebaños de Holstein. Me llenó de asombro el partido que saben sacar allí de un palmo de tierra: no podemos formarnos idea de esto en América; creo que no se pierde un centímetro cuadrado de terreno. Por



otra parte el sólo espectáculo que ofrecían aquellas trescientas ó cuatrocientas vacas hermosas de Holstein paciéndose en la campiña de verdura intensa justificaba las molestias del viaje.

Regresamos rápidamente, por Bélgica, no deteniéndonos más que en Bruselas para visitar el campo de Waterloo. Desde allí, en un directo, nos trasladamos á París, donde el señor Teodoro Stanton, hijo de Elisabeth Cady Stanton (1) había hecho ya, sin tener nosotros noticia de ello, todos los preparativos necesarios para procurarnos una buena instalación. Apenas llegados, recibimos una invitación para asistir al banquete del Club de la Universidad en París. Nos encontramos en él con el expresidente Benjamin Harrison y el arzobispo Ireland, de paso, entonces por París. El embajador de América, general, Horacio Porter, presidía el banquete. Mi alocución pareció producir una impresión favorable. El general Harrison tuvo la amabilidad de consagrar su discurso á mi persona y á la influencia que podría producir en el problema de las razas mi obra en Tuskegee. Esta primera alocución me valió otras muchas invitaciones que tuve que ir rechazando por no faltar al principal objeto de mi viaje que era, ante todo, descansar. Hice una excepción en favor de la capilla americana, donde tuve como oyentes al general Harrison, al general Porter y á otros americanos de nota.

El Embajador de América nos hizo una visita de atención, pasados unos días y nos invitó á una recepción en la Embajada. Había en ella multitud de americanos y vimos, entre otros magistrados, á los jueces Fuller y Harlan, del Tribunal supremo de los Estados

(1) Joven literato negro que se ha hecho una sólida reputación como novelista y poeta. — (N. del T.)

Unidos. Durante mi permanencia de un mes en París, el Embajador de América, su esposa y otros americanos, tuvieron para nosotros toda clase de amables atenciones.

En París pudimos ver con frecuencia al célebre pintor negro, cuyo conocimiento hicimos ya en América, O. Tanner. Comprobamos con alegría que se había hecho un nombre entre los artistas y que gozaba de mucha autoridad entre todas las clases sociales. Los amigos á los cuales manifestábamos nuestra intención de ir á visitar en el Luxemburgo el cuadro de un negro, se maravillaban de que tal honor se hubiera hecho á un hombre de color. Han necesitado verlo para convencerse. El ejemplo de Tanner volvió á confirmarse en la idea que no dejo de predicar á nuestros alumnos de Tuskegee y á todo nuestro pueblo, en la medida en que puede oír mi voz: todo hombre recoge, tarde ó temprano, sin diferencias de color, la recompensa que merece, cuando logra separarse de los demás por su valor personal aunque sea humilísimo. Lo he dicho muchas veces y lo repito ahora: creo en el porvenir de mi raza en tanto que mi raza aprenda á hacer mejor que nadie lo que hacen las demás; ó que sepa prestar servicios de los que la Humanidad considera como indispensables. Un sentimiento confuso de todo esto me animó en Hampton mientras hacía mi famosa prueba de barrido.

En aquel momento sentía perfectamente que mi porvenir dependía de aquella labor y estaba resuelto á concluirla con tanta perfección que nadie tuviera nada que decir. El el Museo de Luxemburgo no se preguntan á qué nacionalidad pertenece Tanner: si es un negro, un francés ó un alemán. Saben que ha producido algo de que el público tiene necesidad: un cuadro hermoso; la idea de que puede tener la piel de otro color que otros pintores no se le ocurre á nadie. Una negra que se-



pa cocinar, lavar los platos, coser ó escribir un libro mejor que otra mujer y un muchacho negro que sepa cuidar caballos, cultivar patatas, hacer manteca, construir una casa ó ejercer la medicina mejor que otro hombre, serán juzgados por lo que hagan, y no por su color ni por su raza. En fin de cuentas el mundo acabará por exigir la perfección en todo y los que puedan ofrecer *lo mejor* serán los preferidos cualquiera que sea su raza, su religión ó sus antecedentes históricos.

Todo el porvenir de mi raza se apoya en una sencillísima cuestión. ¿Podrá hacerse de tal modo indispensable en el municipio ó en la región á que pertenece, que su presencia sea necesaria para el bienestar de todos? Es imposible que un hombre contribuya al bienestar material, intelectual y moral de su prójimo sin obtener la recompensa adecuada. Es ley de la naturaleza humana que no puede dejar de regir indefinidamente.

Me ha sorprendido mucho el prurito del goce y la excitabilidad que en tan larga medida parecen caracterizar al pueblo francés. Creo que estos trazos están más acusados en ellos que en las gentes de mi raza. Desde el punto de vista de la moralidad y de la gravedad interna no creo que los franceses sean muy superiores á los hombres de mi color en América. Las exigencias de la vida y la gran competencia industrial les han enseñado á hacer las cosas con más habilidad y á practicar una economía más estricta. Pero esto puede aprenderlo mi raza con el tiempo. Desde el punto de vista de la veracidad y del sentimiento del honor no creo yo que el francés medio sea superior al negro americano; por lo que se refiere á la piedad y á la dulzura con respecto á los animales creo que mi raza le es infinitamente superior. De hecho, cuando salí de Francia tenía más

confianzas que nunca en el porvenir del negro americano.

De París nos trasladamos á Londres: llegamos en el mes de Julio, en plena *season*. Estaba abierto el Parlamento y había multitud de fiestas. El señor Garrison y otros amigos nos habían provisto de cartas de presentación y habían escrito á varias personas en Inglaterra para advertirlas de nuestra llegada. Desde los primeros días llovieron sobre nosotros las invitaciones para toda clase de fiestas sociales; también recibí algunas demandas de discursos. Me negué á la mayor parte de estas demandas, alegando mi necesidad de descanso. Tampoco aceptamos más que un reducido número de las otras invitaciones. El reverendo doctor Brooke Herford y la señora Herford, á quienes había conocido en Boston, organizaron, de acuerdo con el embajador de los Estados Unidos, una reunión en Essex Hall. Joseph Choate, el propio embajador, consintió en presidirla. Acudió á ella gran gentío: muchos personajes conocidos y miembros del Parlamento, entre otros, James Bryce, que pronunció algunas palabras. El breve discurso de introducción del embajador y un extracto del mío fueron publicados en todos los periódicos de América y de la Gran Bretaña. El doctor Herford y su señora nos invitaron á una de sus veladas, donde tuvimos la fortuna de encontrar reunida la mejor sociedad de Inglaterra. Durante nuestra permanencia en Londres fuimos objeto de las más amables atenciones por parte del embajador Choate. En su casa conocí á Mark Twain. ®

En diferentes ocasiones fuimos huéspedes de la señora T. Fisher Unwin, hija del hombre de Estado Ricardo Cobden. El señor y la señora Unwin hicieron cuanto estaba en su mano para sernos agradables. Más



tarde pasamos cerca de una semana en casa de la señora Clark, la hija de John Bright que habita en Street en Inglaterra. Al año siguiente la señora Clark y su hija vinieron á devolvemos la visita en Tuskegee. En Birmingham nos hospedó el señor Joseph Sturge, cuyo padre fué ardiente abolicionista y gran amigo de Whittier y Garrison. Yo me consideraba muy feliz cada vez que podía trabar conocimiento con alguno de los que en Inglaterra habían conocido y honrado al muerto general William Lloyd Garrison, y al honorable Federico Douglass. Los abolicionistas ingleses con los cuales estuvimos en relación no se cansaban de elogiar á los dos grandes americanos. Hasta entonces yo no me había formado una idea exacta del interés con que los ingleses habían seguido la causa de nuestra libertad, ni de lo mucho que á ella contribuyeron.

Mi mujer y yo pronunciamos cada cual una alocución en el club liberal de las mujeres en Bristol. Igualmente fuí invitado á hablar en la sesión de fin de curso del Real Colegio de ciegos: la ceremonia tuvo lugar en Crystal Palace y presidía el difunto duque de Westminster, uno de los hombres más ricos, sino el más rico del mundo. El duque, la duquesa y su hija parecieron muy satisfechos de mi discurso y me lo agradecieron calurosamente.

Gracias á la amabilidad de Lady Aberdeen pudimos asistir al Congreso Internacional de mujeres que en aquella época se celebraba en Londres; y también gracias á ella, pudimos ir á visitar á la reina Victoria á su castillo de Windsor, donde tuvimos el honor de tomar el té como huéspedes de su majestad. Formábamos parte de una delegación en la que figuraba miss Susan B. Anthony. No siempre se presenta la ocasión de ver reu-

nidas, á dos mujeres tan notables y tan diferentes como la reina Victoria y miss Susan B. Anthony (1).

En la Cámara donde tuvimos ocasión de ir algunas veces, me encontré con sir Henry M. Stanley, con quien hablé del Africa y de las ventajas que podría tener para los negros una emigración á ella. Pero aquellas conversaciones me convencieron de que no había esperanza ni probabilidad alguna de que los negros de América mejoraran su suerte trasladándose al Africa.

Muchas veces tuvimos la buena fortuna de vernos invitados por ingleses á sus casas de campo, donde el carácter inglés puede manifestarse con entera libertad. Los ingleses tienen sobre los americanos la ventaja de saber disfrutar más de la vida. Su vida de familia es perfecta. Todo se lleva á cabo con una regularidad irprochable. La deferencia de los criados por sus dueños me ha sorprendido tanto más cuanto que en América ni el nombre de dueños se tolera ya. El criado inglés no aspira á salir de su condición y esto hace que se perfeccione en ella, mientras que al americano no le deja perfeccionarse el deseo de convertirse con el tiempo en *dueño*. ¿Cuál de los dos sistemas es mejor? No puedo dar la respuesta.

Hay, además, en Inglaterra un gran respeto, en todas las clases sociales por el orden y la ley: todo se lleva á cabo con un aplomo y una perfección que me admiraban á cada instante. El inglés se toma mucho tiempo para sus comidas y para todo cuanto hace. Es indudable que á la larga, hace tanta labor como el americano, apesar de su agitación y de su *rush*.

Mi visita á Inglaterra me ha hecho conocer mejor á

(1) Revolucionaria americana que ha reclamado el derecho del voto para las mujeres.—(N. del T.)



la nobleza inglesa y he aprendido á estimarla. No creía yo que fuera á tal extremo querida y respetada de las masas; ignoraba el tiempo y el dinero que consagra á las obras filantrópicas. Hasta entonces había creído que tiraba el dinero por la ventana llevando una vida de prodigalidad y fausto.

Los auditorios ingleses no son los más á propósito para animar á un orador americano: me fué difícil acostumbrarme. El inglés es de una gravedad desesperante y, en general, lo toma todo en serio. Cuando relataba alguna anécdota que habría hecho morir de risa á un auditorio americano, mi auditorio inglés me contemplaba tranquilamente sin esbozar siquiera una sonrisa.

Cuando un inglés os coge amistad y os abre su corazón, sabe uniros á él por lazos indisolubles; estoy seguro de que no existen en la tierra amistades mejores y más duraderas. Y á este propósito quiero contar lo que nos sucedió á nosotros mismos. Mi mujer y yo fuimos invitados á una *soirée* que daban los duques de Sutherland en Stafford House, que tiene fama de ser la casa más suntuosa de Londres, como la duquesa tiene fama de ser la mujer más hermosa de Inglaterra. Habían acudido á la fiesta unas trescientas personas. Durante la velada, la duquesa se molestó dos veces para venir á hablarme y me hizo prometer que, una vez de regreso en Tuskegee, le escribiría para enviarle datos y noticias sobre el Instituto. Así lo hice. El mismo año por Navidad, recibimos su fotografía con su autógrafo. Hemos continuado en correspondencia con ella y sabemos que en ella tenemos una de nuestras mejores amigas. Después de tres meses de permanencia en Europa, nos embarcamos, para el regreso, en Southampton, á bordo del San Luis. Había en aquel barco una espléndida biblioteca que le habían ofrecido los ciudadanos de San Luis

(Missouri). En esta biblioteca encontré una biografía de Federico Douglass que comencé á leer. Lo que me interesó particularmente fué la relación que hace del trato que le dieron cuando se embarcó para Inglaterra. Dice que durante todo el viaje tenía prohibido entrar en el salón ó mantenerse en la puerta. Apenas acababa de leer esto, cuando recibí á una delegación de pasajeros de ambos sexos que venían á suplicarme les hiciera una alocución en un concierto que debía celebrarse al otro día. A despecho de estos ejemplos se continuará negando que la antipatía de razas tiende á desaparecer en América.

Presidió el concierto aquel, el honorable Benjamín B. Odell, actual gobernador del Estado de New-York. Aquella tarde tuve el auditorio más simpático que pueda soñarse y la mayor parte de mis oyentes eran ciudadanos del Sud. Se expuso la idea de hacer una colecta para Tuskegee: todos contribuyeron con sus dádivas.

En París había recibido una carta que me sorprendió y me conmovió profundamente. Los ciudadanos de la Virginia del Oeste y de la ciudad donde había pasado mi infancia me escribían lo que sigue:

*«Charleston (Virginia del Oeste), 16 de Mayo 1899.*

»Querido señor: un gran número de ciudadanos, entre los que está lo más selecto de la Virginia del Oeste, han manifestado, de común acuerdo, su admiración por usted y por su obra, así como el deseo de que, á su regreso de Europa, consienta usted en honrarles con su presencia y hacerles oír su palabra elocuente. Con verdadera alegría le comunicamos la expresión de estos votos y, en nombre de los ciudadanos de Charleston, le rogamos que nos favorezca con una visita á fin de que



podamos honrar á usted que con su vida y con su obra ha hecho tanto en honra de todos.

»De usted muy sinceramente,

»*El Consejo Municipal de la villa de Charleston.*

*El alcalde,*

»W. HERMAN SMITH».

A esta invitación siguióle otra que me enviaban unas cuantas personas cuyas firmas seguían á continuación:

»*Profesor Booker T. Washington.*

»París-Francia.

»Señor:

»Nosotros, ciudadanos de Charleston y de la Virginia del Oeste deseamos hacerle saber lo orgullosos que estamos de usted y de la bella carrera recorrida hasta aquí. Nos sería gustoso poderle dar muestras de nuestra admiración y de nuestro interés, de una manera más efectiva.

»Rogámosle nos dispense el honor de aceptar la hospitalidad de nuestra villa, á su regreso de Europa, para brindarnos la ocasión de oírle y de entrar en relación con la obra que usted dirige, para que podamos contribuir á ella por nuestra parte y para que podamos recibir la inspiración de su palabra y de su presencia.

»Sólo esperamos una pronta respuesta, indicándonos el día en que podremos desearle la bienvenida en nuestra villa.

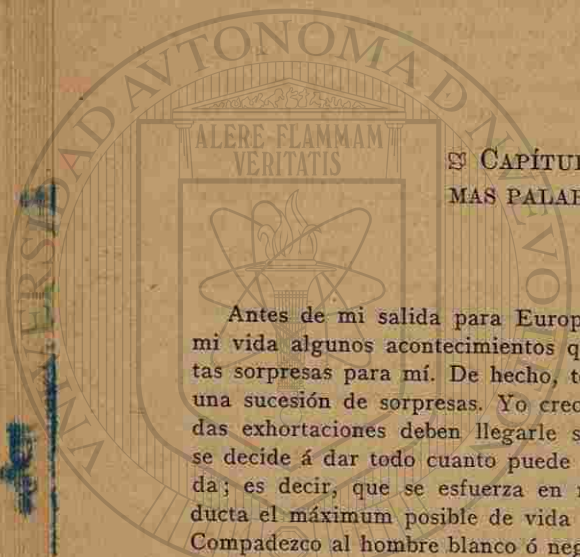
»De usted respetuosamente,

»*The Charleston Daily Gazette; the Daily Mail Tribune; G. W. ATKINSON, gobernador; E. L. BOGGS, secretario del gobernador; M. O. DAWSON, secretario de Estado; L. M. LAFOLETTE, tesorero; J.-R. TROTTER, director de las escuelas; E. W. WILSON, ex-gobernador; JOHN DICKINSON, presidente del banco de Kanawha Valley; L. PRICHARD, presidente del banco nacional de Charleston, etc., etc...*»

Esta invitación que partía del Consejo municipal, los funcionarios del Estado y de todos los ciudadanos importantes de ambas razas de la ciudad donde había pasado mi infancia y de la que había salido, algunos años antes, pobre, ignorante y desconocido, en busca de una educación, esta invitación, digo, á la vez me llenó de gozo y me enterneció. ¿Qué había hecho yo para merecer tantos honores?

Anuncié el día en que contaba llegar á Charleston y fui recibido en la estación por una diputación que presidía el exgobernador V. A. Mac-Corkle y en la que figuraban en número igual blancos y negros. Habíase puesto á la disposición del Comité la sala del teatro y la raza negra tomó parte activa en la organización de la velada. La sala estaba llena de blancos y negros y entre los primeros había muchos para quienes yo había trabajado, siendo niño. Al día siguiente, el gobernador y su esposa dieron, en mi honor, una *soirée*, en el palacio del gobernador, en la que estaban representadas todas las clases de la sociedad. Poco después, los negros de Atlanta (Georgia) me hicieron una recepción presidida por el gobernador del Estado; también en Nueva Orleans fué á recibirme el alcalde de la ciudad. Por entonces caía sobre mí una lluvia de invitaciones y tenía que rechazarlas casi todas.





CAPÍTULO XVII. — ÚLTIMAS PALABRAS.

Antes de mi salida para Europa, se produjeron en mi vida algunos acontecimientos que fueron otras tantas sorpresas para mí. De hecho, toda mi vida ha sido una sucesión de sorpresas. Yo creo que estas inesperadas exhortaciones deben llegarle siempre á aquel que se decide á dar todo cuanto puede á cada día de su vida; es decir, que se esfuerza en realizar con su conducta el máximum posible de vida desinteresada y útil. Compadezco al hombre blanco ó negro que nunca ha experimentado el goce que proviene de haber hecho más útil ó más feliz á otro hombre.

Seis meses antes de morir y aproximadamente un año después de su ataque de parálisis, el general Armstrong, manifestó su deseo de visitar Tuskegee todavía una vez antes de marcharse para siempre. Aunque no podía hacer uso de sus miembros paralizados, sus deseos fueron atendidos y le trasladaron á Tuskegee. Los propietarios del camino de hierro local de Tuskegee, ciudadanos de raza blanca, se ofrecieron á montar gratuitamente para hacer el transporte, un tren especial. Llegó el general á los terrenos de la escuela, cerca de las nueve de la tarde. Alguien propuso hacer al ge-

neral una recepción con antorchas. Ejecutóse en el acto la proposición y cuando su coche comenzó á rodar por terrenos de la escuela, pasó entre dos filas de antorchas de pino, mantenidas en alto por un millar de alumnos y maestros. El efecto era tan nuevo y tan sorprendente, que el general no cabía en sí de alegría. Permaneció en mi casa cerca de dos meses y aunque casi no podía servirse de su voz ni de sus miembros, apenas transcurrió una hora sin que imaginara nuevos planes con que venir en auxilio del Sud. Mil veces me repitió durante aquellos días que tanto como la de los negros, le interesaba al país la condición miserable de los pobres blancos del Sud. Aquella visita sirvió para que yo renovara mis votos de entregarme por entero á la causa que le apasionaba tanto. Me dije que si él, enfermo como estaba, todavía era capaz de trabajar, de pensar y de obrar, no debía yo mostrarme menos enérgico, tratando de realizar por todos los medios imaginables, los votos de su corazón.

A la muerte del general Armstrong, unos meses más tarde, debí el trabar conocimiento con uno de los hombres más nobles, más desinteresados y más llenos de simpatía que he tratado nunca. Me refiero al reverendo doctor Hollis B. Frissell, hoy director del instituto de Hampton y sucesor del general Armstrong. Bajo la dirección enérgica y casi perfecta del doctor Frissell, Hampton ha gozado de cuanta prosperidad y utilidad el general Armstrong le deseaba. Diríase que el esfuerzo constante de Frissell es ocultar su personalidad bajo la del general Armstrong — permaneciendo en la sombra, para bien de la causa porque lucha.

Si me preguntaran cuál ha sido la mayor sorpresa de mi vida, respondería sin vacilar: la carta siguiente que llegó á mis manos un domingo por la mañana,



mientras estaba en la *verandah* de Tuskegee, rodeado de mi mujer y mis tres hijos:

«Universidad Harvard, Cambridge, 28 Mayo 1896.

«Presidente Booker T. Washington.

«Muy señor mío: La Universidad de Harvard desea conferirle en la ceremonia de su *apertura*, un grado de honor; es costumbre, en la Universidad, no conferir estos grados más que en presencia de los interesados. Nuestra *apertura* tendrá lugar este año el 24 de Junio y su presencia nos sería necesaria desde el medio día á las cinco de la tarde. ¿Le es á usted posible hallarse en Cambridge, en esa fecha?

«Crea usted, etc.

CHARLES W. ELIOT».

He aquí una consagración con la que no había soñado nunca. No me cabía en la cabeza que de ese modo viniera á honrarme con un diploma una de las universidades más antiguas de América. Estaba sentado, con mi carta en la mano, los ojos llenos de lágrimas. Toda mi vida pasada; mi vida de esclavo en la plantación, mis trabajos en la mina, los días en que vivía sin comida y sin vestido, en que falto de dinero tenía que dormir sobre las aceras; mis luchas para procurarme una educación; los días de prueba en Tuskegee, cuando no sabía de qué lado volverme para encontrar un dollar que me permitiera llevar mi obra adelante; el ostracismo y á veces la opresión de mi raza, todo, pasó por delante de mis ojos y puso el colmo á mi emoción.

Yo no había buscado nunca lo que en el mundo se llama *la fama*; no me había preocupado de ello. Siem-

pre la he considerado como una cosa de que es necesario servirse para hacer el bien. A mis amigos les digo algunas veces que me alegro de tener alguna notoriedad cuando puedo utilizarla como instrumento con que practicar el bien. Pero no la considero más que como un medio de ser útil; como se considera el dinero por el bien que nos permite realizar. Cuanto más tratos tengo con personas adineradas, más me convenzo de que van tendiendo á considerar su fortuna como un instrumento que Dios ha puesto en sus manos para realizar el bien. No entro una sola vez en la oficina del señor John D. Rockefeller (1), que en más de una ocasión ha sacado de apuros á Tuskegee, sin pensar estas cosas. La investigación ceñida y minuciosa á que se entrega siempre hasta asegurarse de que cada dollar que entrega, producirá la mayor cantidad posible de beneficios — investigación tan laboriosa y grave como si se tratara de colocar fondos en un negocio — me convence de que está fuertemente penetrado de su papel de gran administrador de la Providencia.

El 24 de Junio, á las nueve de la mañana, me unía al presidente Eliot, al comité de inspectores de la Universidad de Harvard y á los otros huéspedes, en el sitio indicado, dentro de los terrenos de la universidad, para dirigirnos luego, en procesión al teatro *Sanders*, donde iba á tener lugar la ceremonia de la *apertura* y dónde debían conferirme los grados de honor.

Entre los invitados á recibir un grado, se encontraban: el general Nelson A. Miles (1); el doctor Bell, in-

(1) Uno de los más ricos comerciantes americanos, presidente del poderoso *trust* de los petróleos; tan conocido por sus obras filantrópicas como por sus millones.—N. del T.

(2) General del ejército americano que se ha hecho popular por sus luchas contra los indios.—N. del T.



ventor del teléfono Bell; el obispo Vincent y el reverendo Minot J. Savage (1). Nos colocamos en fila, detrás del presidente y del comité de los inspectores. En seguida, llegó el gobernador de Massachusetts escoltado de lanceros, y ocupó su sitio en el cortejo al lado del presidente Eliot. Había en la procesión muchos otros funcionarios y profesores vestidos con toga y birrete. En este orden, nos dirigimos al teatro *Sanders*, donde, después de los ejercicios de costumbre y de la distribución de diplomas, tuvo lugar la colación de los grados de honor. Al parecer, esta parte del programa es la que despierta mayor interés en Harvard. Nadie conoce á los agraciados hasta que aparecen personalmente para recibir los grados de honor. Entonces el público y los estudiantes les aclaman en proporción de su popularidad. Durante la colación de los grados son considerables la animación y el entusiasmo de la concurrencia.

Cuando pronunciaron mi nombre me levanté y el presidente Eliot, pronunciando una sobria y briosa alocución, me confirió el grado de «Licenciado en letras» (*Master of arts.*). Los que habían recibido grados de honor fueron invitados á almorzar, después de la ceremonia por el presidente. Después de almorzar, volvimos á formarnos en procesión y escoltados por el preboste del día, obispo William Laurence, recorrimos los terrenos de la universidad y varias veces fuimos aclamados por los estudiantes, recibiendo el *yell* (2) de Harvard. El paseo terminó en *Memorial Hall*, donde estaba servida

(1) Minot J. Savage es uno de los principales predicadores de la denominación unitariana en los Estados Unidos.—(N. del T.)

(2) El *yell* es un cierto grito tradicional que adoptan los estudiantes de los distintos colegios ó Universidades y que lanzan en los momentos solemnes para manifestar su alegría ó su entusiasmo.—(N. del T.)

la comida de los *alumni* (antiguos discípulos). No es vulgar el espectáculo de un millar de hombres que representan lo más selecto del Estado, de la Iglesia, de la Hacienda y de la Enseñanza, haciendo acto público, de lealtad y adhesión á una universidad, con el ardor y el entusiasmo que entonces caracterizaba especialmente á los antiguos discípulos de Harvard.

Entre los oradores que hablaron después de la comida, figuraban el presidente Eliot, el gobernador Roger Wolcott, el general Miles, el reverendo Minot J. Savage, el honorable Henry Cabot Lodge y yo. Cuando me concedieron la palabra, dije, entre otras cosas:

«En cierto modo sería una compensación á mi embarazo el crearme digno del honor que me habéis otorgado. No me corresponde explicar por qué me habéis sacado del fondo del *Black Belt* del Sud y del seno humilde de mi familia, para formar parte en los honores de esta fiesta. Y sin embargo, permitidme que os diga que una de las cuestiones capitales para el problema de nuestra vida americana, es poner en relación los fuertes, los ricos y los instruídos con los pobres, los ignorantes y los humildes, haciendo al mismo tiempo comprender á los unos la influencia vivificante de los otros. ¿Cómo, sino, hacer sentir á vuestros habitantes del Beacon Street, las necesidades y la miseria de los que viven en las sórdidas cabañas de las plantaciones de algodón de Alabama ó de las plantaciones de azúcar de Luisiana? Este es el problema que Harvard ha resuelto no rebajándose ellos, sino levantando hasta ellos á las masas.

«Si en lo pasado ha contribuído mi vida á realzar á mi pueblo y á mejorar las relaciones de vuestra raza con la mía, os aseguro que desde este momento, me consagrare á la labor con doble empeño.



»En este mundo, tal como Dios lo ha dispuesto, no hay más que una ley para que triunfen los individuos ó las razas. Nuestra nación entiende que toda raza debe ser juzgada según la ley americana. Aplicándola ésta ley, se conoce si una raza se realza ó degenera, si triunfa ó fracasa. Nada tiene que hacer el sentimiento en este punto. Durante el medio siglo en que vamos á entrar y por más tiempo todavía, si es preciso, mi raza quiere que se la someta á la dura prueba de los principios americanos. Y así se comprobarán nuestra paciencia, nuestra perseverancia y nuestra fuerza para soportar la desgracia, resistir á las tentaciones, practicar la economía, adquirir habilidad mecánica é industrial y saber aprovecharlas. Así se comprobará además nuestra capacidad para luchar y triunfar en el comercio, para despreciar lo superficial por lo real, lo aparente por la sustancia, para ser grandes, sin dejar de ser pequeños, instruidos permaneciendo simples, elevados en autoridad, pero en la voluntad servidores de todos.»

Como era aquella la primera vez que una universidad de Nueva Inglaterra confería un grado de honor á un negro, este acontecimiento provocó muchos comentarios en la prensa del país. Un corresponsal de un periódico de New-York, escribía:

«Cuando fué pronunciado el nombre de Booker T. Washington y éste se levantó, para recoger su diploma, estalló en la sala una salva de aplausos sólo comparable á la obtenida por el soldado y patriota, general Miles. Aquellos aplausos no eran aplausos convencionales, fríos, de simpatía y agrado; sino que traducían el entusiasmo y la admiración. Todo el auditorio se asociaba á ellos y pude ver en torno mío semblantes iluminados de alegría, que atestiguaban sincera admiración por los

esfuerzos del antiguo esclavo y por la obra llevada á cabo en bien de su raza.»

Un periódico de Boston publicaba este *suelto*:

«Al conferir el grado honorario de *Master of arts* al profesor Booker T. Washington, la universidad de Harvard se ha honrado á sí misma en la medida que honraba. La obra llevada á cabo por el profesor Booker T. Washington para la educación, civismo y desarrollo intelectual del pueblo negro, en los Estados del Sud, le da derecho á reclamar un sitio entre nuestros bienhechores nacionales. La universidad que puede contarle entre sus hijos, á título de estudiante efectivo ú honorario, debe sentirse orgullosa.»

«Se ha dicho que Washington es el primero de su raza en recibir un grado de honor de una universidad de Nueva Inglaterra. Esto solo constituye una distinción. Pero dicho grado no se le ha otorgado porque Washington es hombre de color ó porque ha nacido en la esclavitud, sino porque ha demostrado, en su obra para la cultura del pueblo en el *Black Belt* del Sud un talento y una amplitud de miras que constituyen la verdadera grandeza de los hombres, cualquiera que sea el color de su piel.»

Otro periódico de Boston, dijo:

«Harvard es la primera universidad de Nueva Inglaterra que confiere á un negro un grado de honor. Ninguno de los que conocen la historia de Tuskegee y su obra, puede dejar de admirar el valor, la perseverancia y el perfecto buen sentido de Booker T. Washington. Harvard ha hecho lo que debía, honrando al antiguo esclavo, cuyos servicios al país y á su raza, serán con el tiempo honrados en la Historia.»

El corresponsal del *New-York Times*, escribió:

«Todos los discursos fueron acogidos con entusias-



mo, pero el negro se llevó la palma oratoria y los aplausos que estallaron cuando terminó su alocución fueron prolongados y ensordecedores.»

Al poco tiempo de comenzar mi obra en Tuskegee, me había prometido á mí mismo, prestar al país tantos servicios con mi escuela, que el presidente de los Estados-Unidos, tuviera que venir á visitarla. Confieso que mi pretensión era temeraria; por eso, durante mucho tiempo, la guardé dentro de mi corazón sin atreverme á comunicarla á nadie.

En el mes de Noviembre de 1897, di el primer paso hacia la realización de mis deseos, obteniendo la visita de un miembro del gabinete Mac-Kinley, el honorable James Wilson, secretario de Agricultura. Vino á pronunciar el discurso en la inauguración solemne de nuestro pabellón de agricultura que llevaba el nombre de Slater-Armstrong y que era el primer edificio construído en grande escala para enseñar la agricultura á nuestros estudiantes.

Durante el otoño de 1898 supe que el presidente visitaría indudablemente Atlanta (Georgia), para tomar parte en las ceremonias del jubileo de la paz, que debía celebrarse allí para conmemorar el acabamiento afortunado de la guerra hispano-americana. Hacía entonces diez y ocho años que trabajaba yo en unión de mis maestros para tratar de fundar una escuela que fuera útil á la nación; resolví realizar un esfuerzo enérgico para obtener una visita del presidente y de su gabinete. Fui á Washington y me dirigí sin pérdida de tiempo á la Casa Blanca. Cuando llegué á ella encontré llenas de gente las salas de espera y empecé á perder toda esperanza de ser recibido. De todos modos, tuve ocasión de hablar al señor J. Addison Porter, secretario del Presidente y le expliqué mi pretensión. El señor Porter tuvo

la bondad de enviar mi tarjeta directamente al presidente y á los pocos minutos, se me hizo saber que Mac-Kinley me recibiría.

¿Cómo puede un hombre ver á tanta gente, de tantas clases, con tantas solicitudes y llevar á cabo trabajos tan diferentes permaneciendo, sin embargo, sereno, paciente y fresco, como si empezase su jornada al recibir á cada nuevo visitante? Esto es lo que le acontecía al presidente Mac-Kinley y nunca he podido explicármelo. En cuanto vi al presidente, me dió amablemente las gracias por lo que hacíamos en Tuskegee para bien del país. Entonces le expliqué brevemente el objeto de mi viaje. Le di á entender que una visita del jefe de la nación, no solamente daría nuevos ánimos á maestros y discípulos, sino que sería útil para toda la raza negra en general. Pareció interesarle mi proposición, pero no me hizo ninguna promesa de venir á Tuskegee, porque sus planes para el viaje á Atlanta no eran todavía definitivos. Me suplicó que volviera á hacerle presente mi petición, pasadas unas semanas.

Hacia la mitad del mes siguiente, el presidente había decidido definitivamente, asistir al jubileo de la paz en Atlanta. Volví á Washington y le visité para rogarle que alargara su viaje hasta Tuskegee. En esta segunda visita me acompañaba el señor Carlos W. Hare, un blanco notable de Tuskegee, que voluntariamente se había brindado á reforzar mi invitación con otra de todos los blancos de Tuskegee y sus contornos.

Precisamente pocos días antes de mi segundo viaje á Washington, el país se había conmovido y las gentes de color estaban descorazonadas á consecuencia de sangrientas luchas entre las dos razas que acababan de tener lugar en diferentes partes del Sud. En cuanto vi al presidente, pude comprobar que aquellos desórdenes le



habían preocupado en alto grado. Aunque aguardaban para visitarle, gran número de personas, me retuvo bastante tiempo para hablar conmigo de las condiciones y del porvenir de mi raza. Repitióme varias veces que estaba decidido á demostrar su fe y su interés en el porvenir de los negros, no solamente con discursos, sino con acciones. Cuando le manifesté mi creencia de qué en aquel momento nada podía reanimar la esperanza de los míos y el valor de mi pueblo como el hecho de que el presidente consintiera en hacer un viaje de cuarenta millas, para pasar algunas horas en una escuela de gentes de color, pareció profundamente impresionado.

Mientras estaba yo con el presidente, un ciudadano blanco de Atlanta, un demócrata, antiguo propietario de esclavos, entró en el despacho y el presidente le preguntó su opinión acerca de la oportunidad de un viaje á Tuskegee. Sin vacilar, el ciudadano de Atlanta le respondió que nada más acertado podía intentarse. Apoyó además esta opinión, la de un grande amigo de la raza negra, el doctor J. L. M. Curry.

El presidente prometió que visitaría nuestra escuela el 16 de Diciembre.

Cuando se supo que el presidente iba á venir, los blancos de la ciudad de Tuskegee, que está á una milla de la escuela, tuvieron tanta alegría como nuestros alumnos y nuestros profesores. Todos, hombres y mujeres, comenzaron sus preparativos para engalanar la villa. Formáronse comisiones que debían funcionar de acuerdo con nuestro consejo de administración, para que el distinguido visitante fuera dignamente recibido. Creo que nunca, hasta entonces, comprendí el interés que los blancos de Tuskegee y sus contornos tenían por nuestra institución. Durante aquel período de los pre-

parativos, vinieron á verme muchas personas para decirme que ellas no se atrevían á obrar por su cuenta, pero que se darían por dichosas si podían encargarse de hacer algo, aliviándome en mis ocupaciones. Y de hecho, lo que me conmovió casi tanto como la visita de nuestro presidente, fué la especie de orgullo que nuestra institución parecía inspirar á todos los ciudadanos de Alabama, sin distinción de clases.

En la mañana del 16 de Diciembre, rebosaba la pequeña villa de Tuskegee de una muchedumbre como nunca se había visto allí. Llegaron con el presidente, su esposa y todos los miembros de su gabinete, excepto uno solo; la mayor parte de ellos venían con sus mujeres ó con algún individuo de su familia. Había también muchos generales famosos, como el general Shafter y el general Joseph Wheeler, que acababan de volver de la guerra hispano-americana.

Abundaban por todas partes los corresponsales de los periódicos. La legislatura de Alabama, debía reunirse en sesión aquel día. Resolvió establecer una prórroga para poder visitar Tuskegee. Algunos momentos antes de la llegada del presidente y su séquito, había llegado dicha legislatura, llevando á su frente al gobernador y á otros muchos funcionarios del Estado.

Los ciudadanos de Tuskegee habían adornado profusamente la villa desde la estación hasta la escuela. Para ganar tiempo, nos decidimos á hacer desfilar toda la escuela delante del presidente. Cada estudiante llevaba una caña de azúcar con algunos botones de algodón abiertos en la extremidad. Detrás de los estudiantes podía pasarse revista á todos los trabajos de la escuela, presentados sobre carros arrastrados por caballos, por mulas ó por bueyes. Sobre aquellos carros tratamos de representar, no sólo el trabajo actual de la escuela, sino



el contraste entre los antiguos y los nuevos métodos. Por ejemplo, mostramos el viejo sistema de lecherías, opuesto al nuevo; los viejos métodos de labores al lado de los nuevos; las antiguas prácticas de cocina y de economía doméstica comparadas con las nuevas. Estos carros emplearon hora y media en desfilarse.

En su discurso, pronunciado en nuestra gran capilla, acabada de construir por nuestros estudiantes, dijo el presidente, entre otras cosas:

«Ha sido, en verdad, un goce inmenso para mí, encontrarnos bajo tan agradables auspicios y haber hallado ocasión de contemplar con mis propios ojos lo que hacéis. El instituto normal é industrial de Tuskegee, es ideal en su concepción; goza ya de una sólida reputación en el país y no es desconocido en el extranjero. Yo felicito á todos los que se han asociado á esta empresa por la buena obra que realizan, enseñando á los alumnos á seguir caminos honrosos y útiles y contribuyendo de este modo al progreso de la raza para la cual ha sido fundada.

«Creo que no había podido encontrarse en parte alguna un sitio mejor ni más adecuado para este ensayo de educación, único en el mundo. Ha llamado la atención y se ha captado las simpatías de los filántropos más avisados, en todas las partes del país.

«Sería imposible hablar de Tuskegee, sin rendir un tributo especial al talento y á la perseverancia de Booker T. Washington. El fué quien comenzó esta empresa y á él le corresponde toda la gloria. Su entusiasmo y su genio emprendedor han hecho posible, el progreso continuo de la institución y la han colocado en el grado de perfección en que hoy día la vemos. Ha conquistado el merecido renombre de uno de los primeros directores de su raza, y es conocido y respetado en el país

y en el extranjero como un educador, un gran orador y un verdadero filántropo.»

El honorable John D. Long, Ministro de Marina, dijo entre otras cosas:

«Hoy no puedo pronunciar discursos; mi corazón está demasiado lleno: lleno de esperanza, de admiración y de orgullo por mis conciudadanos del Norte y del Sud, de raza blanca y de raza negra.

«Estoy lleno de reconocimiento y admiración por vuestra obra y, á partir de este momento, tendré absoluta confianza en vuestro progreso y en la solución del problema que habéis abordado.

«En realidad el problema ya está resuelto. Hoy se ha desarrollado á nuestra vista un cuadro que debería trasladarse al lienzo con los retratos de Washington y Lincoln para ser transmitido á las futuras generaciones, un cuadro que la prensa del país debería esparcir de un extremo á otro del territorio, un cuadro dramático en extremo; el presidente de los Estados Unidos, de pie, sobre esta tribuna; á un lado el gobernador de Alabama y al otro, completando la trinidad, un representante de una raza que hace solamente algunos años estaba todavía en la esclavitud, el director del instituto normal é industrial de Tuskegee.

«Dios bendiga al presidente bajo cuyos auspicios ha podido presentarse esta escena á los ojos del pueblo americano. Dios bendiga al Estado de Alabama que ha demostrado que sabía resolver el problema por sí mismo. Dios bendiga al orador, al filántropo, al discípulo del gran Maestro — que, de continuar en la tierra, le ayudaría en su obra — Dios bendiga á Booker T. Washington.»

El Ministro de Comunicaciones, terminó su alocución con las siguientes palabras:



«En estos últimos tiempos hemos sido testigos de grandes espectáculos. Hemos visto la magnífica grandeza y el éxito magnífico de una de las más importantes metrópolis del Sud. Hemos visto desfilar á los héroes de la guerra. Hemos visto fiestas con profusión de flores. Pero estoy seguro de que mis colegas estarán de acuerdo conmigo para declarar que nada hemos visto tan emocionante ni tan lleno de promesas para el porvenir como el espectáculo que esta mañana se ha ofrecido á nuestros ojos.»

Algunos días después del regreso del Presidente á Washington, recibí la carta siguiente:

«Palacio del Poder Ejecutivo. (Executive Mansion).

»Washington, 23 Diciembre 1899.

«Querido señor: Tengo el gusto de remitirle por este correo, copia del documento conmemorativo de la visita del Presidente á su instituto. Estas hojas llevan los autógrafos del Presidente y de los miembros del gabinete que le acompañaron en su viaje.

«Permítame que aproveche esta ocasión para felicitarle sinceramente y desde el fondo de mi corazón por el gran éxito del programa de festejos preparado y ejecutado bajo sus auspicios durante nuestra permanencia en Tuskegee. Cada detalle resultó de una manera irreprochable y todos los visitantes que tomaron parte en la fiesta como actores ó como expectadores, experimentaron la misma satisfacción absoluta. La exhibición sin precedente de los alumnos ocupados en sus actividades industriales, no sólo fué artística, sino de un relieve inolvidable. El tributo pagado por el Presidente y por su gabinete á su obra no era exagerado y creo que es

de buen agüero para la prosperidad futura de su institución.

»No me resuelvo á terminar sin asegurarle que la modestia de que dió usted pruebas durante toda la fiesta fué comentada en los más halagadores términos, por todos los que acompañaban en su viaje al Presidente.

»Con mis votos mejores por el progreso continuo de su útil y patriótica empresa, reciba la expresión de mi simpatía personal y mis deseos de un feliz año nuevo.

»De usted devoto,

»John Addison Porter  
»Secretario del Presidente.

»Al presidente Booker T. Washington, instituto normal é industrial de Tuskegee (Alabama).»

Veinte años han transcurrido desde que hice en Tuskegee mi primera tentativa en una cabaña ruinosísima, sin poseer el valor de un dollar en propiedad y no contando con más de treinta estudiantes. Hoy la institución posee dos mil trescientas *acras* de tierra (mil ciento cincuenta hectáreas), de las que setecientas son anualmente cultivadas por los estudiantes. En los terrenos de la institución se levantan, entre grandes y pequeños, cuarenta edificios. Mientras los estudiantes trabajan en los campos ó construyen edificios, hay profesores competentes que les enseñan los más recientes métodos agrícolas y todos los oficios que están relacionados con la edificación.

Al lado de la enseñanza literaria, científica y religiosa, hay en la escuela veintiocho clases industriales que funcionan siempre. En todas estas clases, nuestros alumnos aprenden oficios gracias á los cuales pueden encontrar una colocación al salir del instituto. En la



actualidad, el único inconveniente es que nuestros diplomas, son tan solicitados por el público del Sud blanco y negro, que no podemos servir más que la mitad de las demandas que se nos hacen. Por otra parte, no tenemos más que la mitad de los edificios y del dinero que se necesita para admitir á todos los negros de ambos sexos que solicitan su admisión en la escuela.

En lo que llamamos nuestra enseñanza industrial, partimos de tres principios capitales. Ante todo queremos educar á nuestros alumnos de tal modo, que sean perfectamente adaptables á las actuales condiciones de vida en el Sud; es decir que sean capaces de hacer precisamente aquello que *necesitarán* hacer. Queremos, en segundo lugar, que cada alumno, al salir de nuestra escuela esté en condiciones de ganarse su vida y la de su familia. Y finalmente, queremos que nuestros alumnos abandonen sus clases con la convicción arraigada de que el trabajo tiene su dignidad y su belleza y que conviene amarlo, en lugar de esquivarlo hipócritamente. Además de la enseñanza agrícola que damos á todos nuestros alumnos y de las lecciones de economía doméstica que reciben todas nuestras alumnas, hemos comenzado á iniciar en la agricultura á algunas de estas últimas. Principalmente les enseñamos la jardinería, la floricultura, la fabricación de la manteca, la apicultura y el arte relativo al mantenimiento de animales domésticos.

Aunque la institución no tenga, en ningún sentido, carácter religioso, poseemos algunas cátedras, conocidas con el nombre de escuela bíblica de Phelps Hall, en la que se preparan algunos estudiantes para el ministerio sacerdotal y para otras formas de acción cristiana, sobre todo en los distritos rurales. Es digno de observarse que cada uno de estos estudiantes trabaja igualmente en

un oficio la mitad de su día, para ir adquiriendo la práctica y el amor del trabajo, de suerte que, cuando deje nuestra institución, esté en condiciones de dar ejemplo con su actividad, á aquellos entre los cuales viva.

El valor de nuestra propiedad es, ahora, de más de trescientos mil dollars (un millón quinientos mil francos). Si añadimos á esta suma, nuestro capital, que es de unos doscientos quince mil dollars, el valor total de nuestra propiedad, asciende á cerca de medio millón de dollars. Los gastos anuales corrientes, son, en la actualidad, de unos ochenta mil dollars (cuatrocientos mil francos.) La mayor parte de esta suma la recojo cada año yendo de puerta en puerta y de casa en casa. Ninguna hipoteca grava nuestra propiedad, que está á nombre de un comité de administración anónimo con derecho de revisar los actos de la institución.

El número de estudiantes ha crecido desde treinta á mil ciento. Nos llegan de veinte y siete Estados y de los territorios de Africa, de Cuba, de Puerto Rico, Jamaica y otros países extranjeros. En nuestras clases hay ochenta y seis funcionarios y profesores; añadiéndoles las familias de los profesores, podemos concluir que en los terrenos de la escuela vive una población constante de cerca de mil cuatrocientas almas.

Se me ha preguntado, con frecuencia, cómo podemos lograr que una muchedumbre tan numerosa vivan reunidas con orden, corrección y moralidad. Podemos dar dos respuestas: en primer lugar los hombres y las mujeres que vienen á nuestra escuela buscando una educación tienen un buen fondo de seriedad; en segundo lugar la actividad constante garantiza el orden.

La siguiente tabla del empleo de nuestro tiempo lo demuestra:

A las cinco de la mañana, toque de campana para



levantarse; á las 5'50, primera campanada para el almuerzo; á las 6, campana para el almuerzo; de las 6'20 á las 6'50 limpieza de las habitaciones; á las 6'50 campana para el trabajo; á las 7'30, estudio de la mañana; á las 8'20, campana para prepararse á las clases de la mañana; á las 8'25, inspección de limpieza y tocado de los alumnos; á las 8'40, servicio religioso en la capilla; á las 8'55, recreo de cinco minutos para comunicarse las noticias del día; á las 9, comienzo de las clases; á las 12, fin de las clases; á las 12'15, comida; á la 1, campana para el trabajo; á la 1'30, comienzo de clases; á las 3'30, fin de clases; á las 5'30, campana para anunciar el fin de los trabajos; á las 6, cena; á las 7'10, plegarias de la noche; á las 7'30, estudio nocturno; á las 8'45, fin del estudio nocturno; á las 9'20, primera campanada para acostarse; á las 9'30, campana para acostarse.

Procuramos tener siempre presente que nuestros alumnos con diploma, darán el tono de lo que valga nuestra escuela. Contando los que han concluido sus estudios y los que estaban suficientemente preparados para ejecutar buena labor, cuando los dejaron, podemos afirmar con toda seguridad, que hay, actualmente, tres mil hombres y mujeres formados en Tuskegee para trabajar en distintas partes del Sud; unos y otros, con su propio ejemplo, ó con su esfuerzo personal demuestran á la masa de nuestro pueblo cómo puede mejorar su vida material, intelectual, moral y religiosa. A la vez, poseen un sentido común tan recto y un dominio de sí mismos tan completo, que obligan á creer á los blancos del Sud en el valor de la educación dada á los negros. Subsiste, al lado de todo esto, una influencia en ejercicio constante, por medio de los meetings á las madres de familia y por medio de la obra de plantación, que dirige la señora Washington.

Adonde quiera que vayan nuestros alumnos, una vez obtenido su diploma, adviértense desde luego cambios notables en la adquisición de terrenos, mejora de viviendas, espíritu de economía y nivel de moralidad. Municipios enteros se reorganizan por medio de esos hombres y esas mujeres.

Hace diez años, instituí en Tuskegee la primera *Conferencia negra*. Es una asamblea anual que convoca en nuestra escuela unos ochocientos ó novecientos hombres y mujeres, pertenecientes á lo más selecto de la raza y que emplean un día entero estudiando las verdaderas condiciones industriales, mentales y morales del pueblo y haciendo planes de reformas adecuadas. De esta *Conferencia negra* de Tuskegee han salido muchas otras *conferencias* locales que se ocupan en la misma tarea. Como resultado de estas reuniones, uno de nuestros delegados contó en nuestra última asamblea que en sólo un municipio, diez familias negras han adquirido casas y las han pagado. Al día siguiente de la *Conferencia negra* anual, tiene lugar la llamada *Conferencia de los trabajadores*. Esta la forman profesores que se dedican á la enseñanza en varias instituciones del Sud.

La *Conferencia negra* proporciona á estos profesores una ocasión excelente para estudiar y conocer el espíritu de las masas.

Durante el verano de 1900, con el concurso de eminentes ciudadanos de raza negra, tales como el señor T. Thomas Fortune que ha secundado siempre mis esfuerzos, organicé la *Liga nacional de comerciantes negros* que tuvo su primera reunión en Boston y que agrupó, por la primera vez, á un gran número de hombres de color ocupados en diferentes industrias en las diversas provincias de los Estados Unidos. Treinta Estados se vieron representados en aquella reunión. De



nuestra primera Asamblea nacional han ido saliendo las ligas locales y las ligas de los Estados.

A pesar de mis ocupaciones como administrador en Tuskegee y de las colectas que me veo obligado á realizar para reunir el dinero necesario á la escuela, no puedo negarme á aceptar, por lo menos, una gran parte de las invitaciones que se me hacen para hablar ante auditorios de blancos del Sud, de gentes de mi raza y con frecuencia en meetings del Norte. El siguiente recorte de un periódico de Buffalo (Estado de New-York) demostrará á qué punto llegan mis ocupaciones. Estas líneas se escribieron con ocasión de un discurso que pronuncié ante la Asociación nacional de enseñanza en aquella ciudad:

«Booker T. Washington, el más eminente pedagogo negro del mundo, tuvo estos días una velada ocupadísima. Llegó á Buffalo procedente del Oeste y se hospedó en el *Iraquois*. Apenas había tenido tiempo de cepillarse cuando tuvo que sentarse á la mesa para cenar. En seguida asistió á una recepción en los salones del *Iraquois* que duró hasta las ocho. En este intervalo recibió el saludo de más de cien profesores y pedagogos de todas las partes de los Estados Unidos. Poco después de las ocho, fué conducido en coche al Music Hall y, en hora y media, hizo dos vibrantes discursos sobre la educación de los negros á un público total de cinco mil almas. El señor Washington fué acaparado luego por una delegación de gente de su raza, presidida por el reverendo Walkius, que le condujo á una pequeña recepción organizada en su obsequio por los negros.»

Tampoco puedo dejar de llamar la atención del Sud y del país en general, por medio de la prensa, acerca de los asuntos que rozan los intereses de ambas razas. Así lo he hecho, por ejemplo, á propósito de la odiosa cos-

tumbre del *lynchaje*. Cuando se hallaba en sesión la Convención constitucional del Estado de Luisiana, escribí una «carta abierta» á dicha Asamblea, pidiendo justicia para mi raza. Y en todos estos esfuerzos he recibido siempre el apoyo caluroso y cordial de los periódicos del Sud y de las otras partes del país.

A despecho de las señales aparentes y momentáneas que pudieran sugerir la idea contraria, nunca la situación de la raza negra me ha inspirado más confianza que ahora. La gran ley humana que, á la larga, reconoce y recompensa el mérito es eterna y universal. El mundo, en general, no conoce ni está en condiciones de apreciar la lucha que constantemente se libra en el corazón de los blancos del Sud y de sus antiguos esclavos para desembarazarse de los prejuicios de raza; y ya que ambas razas luchan y se esfuerzan de este modo, merecen obtener la simpatía, el apoyo y la indulgencia universales.

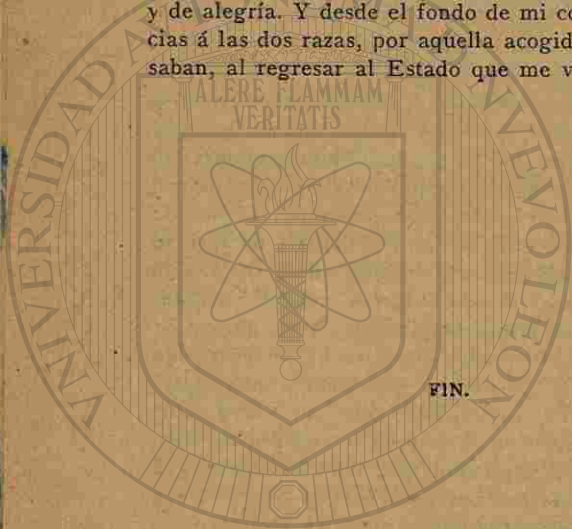
Mientras escribo las últimas líneas de esta autobiografía me encuentro, casualmente, en la villa de Richmond, en Virginia, la ciudad que, hace una decena de años, era capital de la Confederación del Sud y donde, hace veinticinco años, tuve que dormir en el arroyo.

Hoy soy en Richmond huésped de la población negra; vine, invitado por ella para pronunciar un discurso, la última noche, ante los ciudadanos de ambas razas, en la Academia de música, la más grande y más hermosa sala de la ciudad. Era la primera vez que hombres de color recibían autorización para servirse de esta sala. El día que precedió al de mi llegada, el consejo municipal votó una decisión para venir en corporación á escucharme. La Legislatura del Estado, compuesta de la Cámara de diputados y del Senado, decidió también asistir en corporación á la conferencia.

En presencia de centenares de ciudadanos negros y



de muchos notables de la raza blanca; en presencia del Consejo de Estado y de los funcionarios del Estado, pronuncié, pues, mi mensaje: fué un mensaje de esperanza y de alegría. Y desde el fondo de mi corazón di las gracias á las dos razas, por aquella acogida que me dispensaban, al regresar al Estado que me vió nacer.



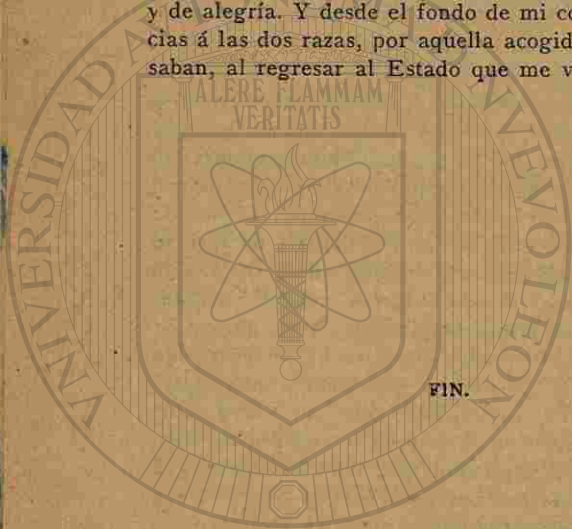
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE

DEDICATORIA.	
PRÓLOGO ESPECIAL PARA NUESTRA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA.	9
PREFACIO DEL AUTOR. . . . .	11
PREFACIO DEL TRADUCTOR. . . . .	13
CAPÍTULO I. Esclavo entre los esclavos. . . . .	43
— II. Mi infancia. . . . .	60
— III. La lucha por la educación. . . . .	74
— IV. Ayudo á mis compañeros. . . . .	89
— V. Los días de la regeneración. . . . .	101
— VI. La raza negra y la raza roja. . . . .	109
— VII. Mis comienzos en Tuskegee. . . . .	119
— VIII. Doy mi clase en una cuadra y en un galli- nero . . . . .	127
— IX. Días de angustia y noches de insomnio. . . . .	138
— X. Una tarea más difícil que hacer ladrillos sin fuego. . . . .	148
— XI. Nuestros alumnos fabrican sus camas an- tes de acostarse en ellas. . . . .	159
— XII. Buscando fondos. . . . .	168
— XIII. Tres mil kilómetros para un discurso de cinco minutos. . . . .	182
— XIV. El discurso de la Exposición de Atlanta. . . . .	197
— XV. El secreto del éxito en el arte oratorio. . . . .	214
— XVI. Viaje á Europa. . . . .	236
— XVII. Últimas palabras. . . . .	254



de muchos notables de la raza blanca; en presencia del Consejo de Estado y de los funcionarios del Estado, pronuncié, pues, mi mensaje: fué un mensaje de esperanza y de alegría. Y desde el fondo de mi corazón di las gracias á las dos razas, por aquella acogida que me dispensaban, al regresar al Estado que me vió nacer.

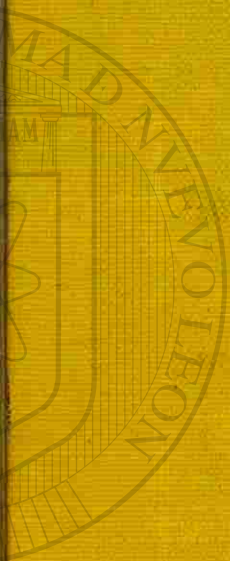


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE

DEDICATORIA.	
PRÓLOGO ESPECIAL PARA NUESTRA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA.	9
PREFACIO DEL AUTOR. . . . .	11
PREFACIO DEL TRADUCTOR. . . . .	13
CAPÍTULO I. Esclavo entre los esclavos. . . . .	43
— II. Mi infancia. . . . .	60
— III. La lucha por la educación. . . . .	74
— IV. Ayudo á mis compañeros. . . . .	89
— V. Los días de la regeneración. . . . .	101
— VI. La raza negra y la raza roja. . . . .	109
— VII. Mis comienzos en Tuskegee. . . . .	119
— VIII. Doy mi clase en una cuadra y en un gallinero. . . . .	127
— IX. Días de angustia y noches de insomnio. . . . .	138
— X. Una tarea más difícil que hacer ladrillos sin fuego. . . . .	148
— XI. Nuestros alumnos fabrican sus camas antes de acostarse en ellas. . . . .	159
— XII. Buscando fondos. . . . .	168
— XIII. Tres mil kilómetros para un discurso de cinco minutos. . . . .	182
— XIV. El discurso de la Exposición de Atlanta. . . . .	197
— XV. El secreto del éxito en el arte oratorio. . . . .	214
— XVI. Viaje á Europa. . . . .	236
— XVII. Últimas palabras. . . . .	254





UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUE  
CIÓN GENERAL DE BIBLICTE